

# **CUENTOS POLICÍACOS**

Edición de **NIEVES ALGABA**

Selección de **EMILIO PERAL**



**BIBLIOTECA EDAF**  
**257**

Director de la colección:  
MELQUIADES PRIETO

Diseño de cubierta:  
GERARDO DOMÍNGUEZ

- © Alejandro Pareja de la traducción de:  
La tragedia del señor Higginbotham, El robo del elefante blanco, El  
maestro del misterio, Un abono excelente, Humo, La zambullida.  
© Mauro Armiño de la traducción de:  
Maese Cornélius, Tú eres el hombre.  
© 2000. De esta edición, Editorial EDAF, S. A.

Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. 28001 Madrid  
Dirección en Internet: <http://www.edaf.net>  
Correo electrónico: [edaf@edaf.net](mailto:edaf@edaf.net)

Edaf y Morales, S.A.  
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.  
C.P. 15530. México D.F.  
[Edaf@edaf-y-morales.com.mx](mailto:Edaf@edaf-y-morales.com.mx)  
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>

Edaf y Albatros, S.A.  
San Martín, 969, 3.º, Oficina 5.  
1004 Buenos Aires, Argentina.  
[edafal3@interar.com.ar](mailto:edafal3@interar.com.ar)

Marzo 2001

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito legal: M. 8.852-2001  
ISBN: 84-414-0860-2

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Closas-Orcoven, S. L. Pol. Ind. Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

# Índice



|                                                         | <i>Págs.</i> |
|---------------------------------------------------------|--------------|
| INTRODUCCIÓN, por Nieves Algaba .....                   | 9            |
| 1. La novela policíaca como género .....                | 9            |
| 2. Autores y obras contenidas en esta antología..       | 17           |
| Honoré de Balzac (1799-1850).....                       | 17           |
| Nathaniel Hawthorne 1804-1864) .....                    | 21           |
| Edgar Allan Poe (1809-1849).....                        | 24           |
| Mark Twain (1835-1910).....                             | 27           |
| Jack London (1876-1916).....                            | 30           |
| Robert Graves (1895-1985) .....                         | 33           |
| William Faulkner (1897-1962) .....                      | 34           |
| Roald Dahl (1916-1990) .....                            | 38           |
| <i>Bibliografía</i> .....                               | 41           |
| <b>CUENTOS POLICÍACOS</b>                               |              |
| MAESE CORNÉLIUS (H. de Balzac).....                     | 45           |
| LA TRAGEDIA DEL SEÑOR HIGGINBOTHAM (N. Hawthorne) ..... | 127          |
| TÚ ERES EL HOMBRE (E. A. Poe).....                      | 145          |
| EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO (M. Twain) .....            | 165          |
| EL MAESTRO DEL MISTERIO (J. London) .....               | 197          |
| UN ABONO EXCELENTE (R. Graves).....                     | 215          |
| HUMO (W. Faulkner).....                                 | 223          |
| LA ZAMBULLIDA (R. Dahl) .....                           | 263          |

# Introducción



## 1. La novela policíaca como género

EN 1841, Edgar Allan Poe publicaba en la revista *Graham's Magazine* un relato titulado «The Murders in the rue Morgue» (Los asesinatos de la calle Morgue), narración que se convertiría en el primer ejemplo de cuento policíaco, según el juicio de buena parte de los estudiosos del género. Ciertamente la aparición de esta obra supuso una auténtica revolución en el panorama literario del siglo XIX, pues inauguraba un nuevo camino en la creación ficcional. Pero no es menos cierto que el autor norteamericano se había inspirado en una serie de relatos precedentes a los que también podía caberles la designación de «relato policíaco». Como el mismo Poe reconoció, la lectura de algunos de estos textos —entre los que se encontraba la *Mr. Higginbotham's catastrophe* (La tragedia de Mr. Higginbotham), relato de Nathaniel Hawthorne aparecido en el 1837—, influyeron en la construcción de ese peculiar universo literario que le consagró como maestro del género.

El nacimiento de esta literatura en la primera mitad del XIX se entiende como la expresión de un conflicto planteado entre el racionalismo y el irracionalismo (una problemática que se había acentuado en el paso del Siglo de las Luces al Romanticismo) y que se nutrió a la vez de

una serie de factores de carácter histórico como fueron las grandes concentraciones urbanas —que conllevaron un importante aumento de la criminalidad—, el periodo de efervescencia de la lucha de clases y, un poco más tardíamente, la aparición de las primeras policías secretas y el nacimiento de la prensa sensacionalista.

Con todos estos elementos, empieza a crearse una «nueva literatura» que, desde muy pronto, contó con el favor del gran público y, al tiempo, con un ostensible desinterés de la crítica que denunciaba en ella una falta de verdadera calidad formal y artística: se sostuvo con insistencia que los logros estilísticos de Poe se debían más a la traducción de Baudelaire que a su redacción original. El desprecio o el silencio con que se saldó cualquier referencia a este nuevo uso provocó que hasta muy tardíamente no se delimitara la terminología o las características que debían aplicarse al género. Ha sido en estudios recientes como los de Alberto del Monte, Pierre Boileau o Feredoun Hoveyda donde se ha intentado solventar la falta de sistematización de un corpus de obras cada vez más amplio y sujeto a parámetros variables.

En cuanto a las diferencias terminológicas, es posible apreciar cómo las particulares designaciones que asume el género en los distintos países muestran ya la predilección por una modalidad u otra, dentro de las posibilidades que ofrece la novela policíaca entendida de manera amplia. Si en Francia —tras un primer momento en que se denominó a estas narraciones *roman judiciaire* (partiendo del título usado por el editor Dentu para las novelas de Emile Gaboriau)—, hoy en día se habla simplemente de *roman policier*, en Inglaterra y Estados Unidos el título de *detective novel* ha gozado de mayor fortuna. Y mientras para el caso de Alemania se utiliza la designación de

*Kriminalroman*, en Italia fue el éxito de una colección editada por Mondadori, con cubiertas amarillas, la que otorgó el nombre de *romanzo giallo* a la novela de argumento policíaco que se publicaba en esa serie.

Establecida esta primera disparidad en torno a la nomenclatura, cabe decir que ya César E. Díaz manifestaba, en su libro *La novela policíaca: síntesis a través de sus autores, sus personajes y sus obras*, que «el término *novela policíaca* abarca, en realidad, relatos de muy distintas índoles y construcciones»<sup>1</sup>, y, partiendo de esta heterogeneidad manifiesta, establecía cuatro subtipos, definidos así en sus líneas fundamentales:

- Novela detectivesca pura. En ellas el lector sabe desde el inicio quién cometió el crimen y de qué manera lo hizo. Por ello lo importante es asistir al modo en que el detective, verdadero protagonista de estas obras, es capaz de desvelar el misterio y desenmascarar al asesino.
- Novela de suspense. Este tipo «requiere tal vez menos ingenio sutil que la novela detectivesca pura, pero más fantasía y calidad literaria por parte del autor» (*op. cit.*, p. 12). Lo característico de estos relatos es la suma de acontecimientos misteriosos que ocultan la explicación del suceso trágico: no se sigue aquí el esquema de pistas y deducciones en las que puede participar más o menos activamente el lector<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> César E. Díaz, *La novela policíaca: síntesis a través de sus autores, sus personajes y sus obras*, Barcelona, Ediciones Acervo, 1973, p. 11.

<sup>2</sup> Las señales e indicios que el autor disemina a lo largo de su obra deben servir no solo para el desarrollo argumental del relato, sino para ofrecer al lector avisado la posibilidad de resolver el enigma, el asesinato o la clase de hecho misterioso que se haya planteado. Esta premisa

- Novela de acción policíaca. Alcanza su máximo esplendor con las creaciones de Dashiell Hammett<sup>3</sup> y constituye uno de los subgéneros más cultivados y leídos de la novelística estadounidense de mediados de siglo. Según César E. Díaz, «hay casi siempre un detective que sale adelante a base de cinismo, puñetazos y disparos» (*op. cit.*, p. 13).
- Novela de psicología criminal. Aquí no se destaca la figura del detective ni adquiere especial relevancia la resolución del misterio o del hecho delictivo: lo importante es asistir al desarrollo psicológico del personaje principal, conocer las motivaciones que explican su comportamiento y analizar exhaustivamente todas sus reacciones ante el suceder de los acontecimientos.

Tanto en esta como en otras clasificaciones se concluye afirmando que si existe un parámetro que define al género este sería, sin duda, la mezcla de los diferentes elementos apuntados, lo que complica la asignación indiscutible a un tipo o subgénero determinado de las distintas obras. Del mismo modo, tampoco se realiza una elemen-

se convirtió en una normativa obligada que debían jurar quienes quisieran ingresar en el *Detection Club* (fundado el año 1928 en Londres), lugar donde se agruparon los principales autores de novela policíaca del momento bajo la consigna del «fair play»: juego limpio con los lectores.

<sup>3</sup> Samuel Dashiell Hammett (1894-1961) recreó en sus narraciones policíacas el gangsterismo norteamericano de la primera mitad del siglo XX y así dio paso a la aparición de la novela de «serie negra». En esta línea escribieron: M. Cain, Raymond Chandler, Mickey Spillane o Peter Cheyney. Entre los títulos de Hammett se cuenta *El halcón maltés*, novela en la que aparece el detective Sam Spade, magistralmente interpretado en la gran pantalla por Humphrey Bogart.

tal distinción entre la materia policíaca vertida bien en el molde de la novela, bien en forma de cuento: admitiendo que los contenidos y su tratamiento sean los mismos en uno y otro caso, la menor extensión del cuento obliga a una condensación argumental que no tiene por qué respetar la novela. En el caso del relato breve, la caracterización psicológica de los personajes, así como el planteamiento y posterior resolución del caso delictivo tienen que reducirse a sus líneas fundamentales, premisa no siempre fácil de mantener sin que se resientan los principios del género. La presente antología recoge algunos de los mejores ejemplos en que el desarrollo de la materia policíaca en sus líneas fundamentales se resuelve —en breve espacio— con gran precisión y calidad formal.

Tampoco hay acuerdo en la delimitación del elemento constitutivo del género. Alberto del Monte resume, en su *Breve historia de la novela policíaca*, las distintas posturas establecidas en torno a tan espinoso asunto. Mientras para algunos, como A. Lichtenstein (*Der Kriminalroman*, Múnich, 1908), sin asesinato no puede hablarse de narración policíaca —ya que su desarrollo se fundamentaría en la lucha del criminal y su perseguidor<sup>4</sup>—; para otros, un suceso misterioso basta para desencadenar todo el entramado de sospechas y averiguaciones con las que se mantiene el suspense característico de este tipo de relatos. En efecto, para estudiosos como Román Gubern la premisa fundamental de estas novelas es el suspense, que define como «información

<sup>4</sup> Cfr. Alberto del Monte, *Breve historia de la novela policíaca*, traducción de Florentino Pérez, Madrid, Taurus, 1962, p. 15. Aquí se recoge también la interpretación del género ofrecida por uno de sus autores clásicos, G. K. Chesterton, para quien la esencia de la novela policíaca estaría en «la presencia de fenómenos visibles cuya explicación está oculta, o en lo poético que encierra el tema de la ciudad moderna» (p. 15).

escamoteada al lector y dosificada sabiamente en la progresión del relato»<sup>5</sup>. Así, una muerte violenta —caso de que se produzca— es, en su opinión, un punto de partida, pues son el misterio, el suspense y el peligro que conlleva el desconocimiento de determinados acontecimientos los entramados sobre los que realmente se asentaría la novela policíaca.

En lo que sí parece existir un relativo acuerdo es en señalar como consustancial a la materia policíaca la aparición de una figura que debe dar resolución a la trama establecida. Ciertamente, también en la «novela de psicología criminal» se designa a un personaje para el desempeño de esta tarea, aunque su función —puramente instrumental— no le otorgue una verdadera relevancia. Por tanto, revestido de mayor o menor entidad, es frecuente la inclusión de un «detective» encargado de dilucidar el misterio: a veces es quien se ocupa también de la narración del relato, otras es un personaje secundario al que, en principio, no se presta excesiva atención y, en otros casos, se convierte en el absoluto protagonista de la narración y su trayectoria puede seguirse en sagas. En los cuentos contenidos en esta antología (quizá con la excepción de *La zambullida*, de Roald Dahl, y *Un abono excelente*, de Robert Graves) también será posible individualizar el papel del «detective» en alguno de los personajes, como luego tendremos ocasión de analizar.

En una nómina que diera cuenta de estos héroes de novela policíaca no podrían faltar: Charles Auguste Dupin (creado por Poe), Sherlock Holmes (Arthur Conan Doyle), el padre Brown (Gilbert Keith Chesterton), Hércules Poirot y Miss Marple (Agatha Christie), y también, aunque con una serie de características distintas, el abogado Perry Mason (Erle Stanley), Arsenio Lupin (Maurice Leblanc),

<sup>5</sup> *La novela policíaca*, prólogo de Román Gubern, Barcelona, Ediciones Cotal, 1979, p. 8.

Simon Templar «el Santo» (Leslie Charteris), Philip Marlowe (Raymond Chandler) o Pepe Carvalho (Manuel Vázquez Montalbán). Bien es verdad que entre los consignados en primer término y los últimos median diferencias sustanciales: quizá la más perceptible sea que los primeros investigadores fundamentan su modo de actuación en un racionalismo muy de moda en el momento en que fueron creados (no hay más que pensar en Holmes) y, sin embargo, los detectives «de última generación» no dudan en acudir a medios violentos para avanzar en sus pesquisas, si el caso lo requiere.

Salvo en este y algún otro particular más, no existe un verdadero acuerdo entre los estudiosos del tema para delimitar qué características resultarían inexcusables en la creación de una novela policíaca. Quizá de entre las normas apuntadas a tal efecto se destaquen las de S. S. Van Dine<sup>6</sup> por su mayor repercusión, aunque muchas de ellas puedan o hayan sido ya rebatidas. De entre las veinte reglas consignadas por este autor, podrían señalarse:

1. La novela policíaca debe ser una especie de juego intelectual.
2. El lector y el detective deben tener iguales posibilidades para resolver el enigma.
3. No debe de haber ninguna intriga amorosa.
5. El culpable debe ser descubierto por auténticas deducciones.
7. Una novela policíaca sin cadáver no puede existir.
10. El culpable debe ser un personaje importante de la novela.

<sup>6</sup> Cf. S. S. Van Dine (Williard Huntington Wright, 1888-1939), *Introduction to the great detective stories*, Nueva York, 1927.

12. Debe haber un solo culpable al margen del número de asesinatos.
17. El autor debe abstenerse de escoger al culpable entre los profesionales del crimen.
18. Lo que se presenta como un crimen no puede acabar como un accidente o un suicidio.

Siguiendo al pie de la letra la instrucciones aquí apuntadas por Dine se confeccionaría, sin duda, un texto admitido unánimemente como «novela policíaca», pero no es menos cierto que se dejarían de lado un sin fin de posibilidades que también caracterizan al género y que no deben excluirse de forma gratuita. Es posible que sea justamente la pluralidad de líneas que ofrece esta clase de literatura, la ausencia de un corsé normativo, la libertad de acción que poseen los autores de novela policíaca lo que haya propiciado que esta propuesta literaria goce todavía hoy de una amplia nómina de cultivadores y de un no menos numeroso grupo de seguidores. Y no puede olvidarse que parte de su éxito —mantenido en el tiempo— se debe a que, si en principio este tipo de creación no sobresalía por su calidad literaria, no mucho después de sus primeros ejemplos empezó a contar entre sus creadores con figuras que hoy consideramos clásicos indiscutibles de la literatura universal.

La presente antología ofrece una buena muestra tanto de la evolución cronológica del género (y es un proceso diacrónico que permite apreciar cómo se ensamblan en la materia policíaca los gustos estéticos y estilísticos de cada una de las épocas por las que se transita), al tiempo que nos acerca a maestros de la prosa como Honoré de Balzac o al indiscutible renovador de las técnicas narrativas contemporáneas que fue William Faulkner.

## 2. Autores y obras contenidos en esta antología

### HONORÉ DE BALZAC (1799-1850)

Balzac, el célebre autor de *La Comédie Humaine*, nació en Tours, ciudad que —si bien abandonó con tan solo 15 años— recreó en muchas de sus novelas.

Tras una primera aproximación al ensayo filosófico con obras como *Dissertation sur l'homme* (1819), y tras su incursión en el mundo del teatro, que se saldó con la escritura de comedias y tragedias de escasa fortuna (ejemplo, *Cromwell*, 1820), el autor francés se internó en la construcción de su propio universo novelístico.

Ya en el 1829 publica su primera novela firmada como Balzac, *Le Dernier Chouan* (*Les Chouans*), a la que siguió *Scènes de la vie privée* (1830). Poco a poco, va confeccionando *La Comédie Humaine*, que nacerá oficialmente en 1842, y con la que pretende ofrecer un original ensamblaje de todas sus novelas. Allí tendrán cabida sus grandes narraciones, como *Eugénie Grandet*, *Le Père Goriot* (versión moderna de *El rey Lear*) o *La Peau de Chagrin* (símbolo de la vida humana donde se difuminan las fronteras de lo real y lo fantástico, de lo cotidiano y lo sobrenatural).

Por su parte, los numerosos relatos breves escritos por el autor francés fueron recogidos en compilaciones, de entre las cuales destacarían *Les Cent Contes Drolatiques*.

Debe señalarse cómo amparados por el éxito de público de que gozaban sus novelas, también los autores de folletín del siglo XIX se sintieron atraídos por las posibilidades argumentales y formales que les ofrecía el relato policíaco. Así, Eugenio Sue, Victor Hugo, Ponson du

Terrail o el mismo Balzac decidieron insertar en sus obras algunos de los elementos característicos del género. Aunque Balzac no escribió ninguna novela enteramente policíaca, contribuyó con algunas de sus narraciones a la codificación y desarrollo del género: desde muy joven manifestó interés por la literatura de temática criminal como demuestran sus obras *Le Vicaire des Ardennes* (1822) o *Argow le pirate* (1824). En esta última novela describe no solo los asesinatos cometidos por el personaje protagonista, Argow, también da cuenta del proceso y de la investigación policial mediante los que se resuelve la autoría de los crímenes.

Entre estas obras y *Maese Cornélius*, el relato que se recoge en esta antología, Balzac publica *Les Chouans*, texto en el que aparece por primera vez el policía Corentin asumiendo el papel detectivesco que, según queda dicho, resulta casi imprescindible en la construcción de un texto policíaco. Este personaje reaparecerá en otras narraciones del autor, como *Une ténébreuse affaire*, de 1841.

En el 1831 se publica *Maese Cornélius*, una novela que, en determinados aspectos, revela una lectura de la célebre obra de E. T. A. Hoffman, *Das Fräulein von Scuderi* (La señorita de Scudéri)<sup>7</sup>, si bien el final es distinto desde el momento en que Balzac encadena una serie de robos sin solución lógica aparente y, después, resuelve

<sup>7</sup> Alberto del Monte, en su libro ya citado, *Breve historia de la novela policíaca*, resume el argumento de la novela de Hoffman del modo siguiente: «(...) se narran una serie de hurtos y asesinatos contra caballeros que llevan joyas a sus amantes, en el París de Luis XIV. Cuando es asesinado el principal orfebre de la ciudad, Cardillac, se sospecha de Oliveiro Brusson, empleado suyo y prometido de su hija. Pero al final, gracias a los esfuerzos de la señorita de Scudéri, se descubre que el autor de los crímenes era el mismo Cardillac, quien, utilizando un pasadizo secreto, robaba a sus clientes y había encontrado la muerte en su intento de robar a un oficial» (op. cit., p. 48).

un entramado —cubierto de tintes siniestros— por medio de una explicación racional.

El texto de Balzac personaliza uno de esos ejemplos en que no aparece un asesinato como desencadenante de la acción dramática. En este y en otros muchos aspectos, la obra del escritor francés ofrece una singularidad destacada. Para empezar, la extensión sitúa a la narración a medio camino entre el relato corto y la novela: se aprovecha esta mayor amplitud para incluir una serie de *excur-sus* muy del gusto del autor y también para conformar una original estructura narrativa.

En efecto, la obra se inicia con el relato de una historia amorosa acaecida en Tours en el 1479 (precisión cronológica que aporta mayor verosimilitud a los hechos y que se armoniza con toda la serie de personajes históricos que pueblan la narración). Tras un prolongado desarrollo de las vicisitudes del triángulo amoroso en que se ven inmersos los amantes, tras detallada descripción de la catedral y alrededores de la Tours medieval, tras innumerables pormenores más o menos prescindibles, se informa de los acontecimientos que permiten hablar de relato policíaco. En un diálogo entre la pareja de enamorados, el amante anuncia que ha decidido ofrecerse como ayudante a Maese Cornélius para aprovechar la cercanía de su casa con la de la dama; es entonces (dominando a la perfección las técnicas del suspense) cuando se informa escuetamente a los lectores del hecho misterioso:

— «¡Marchaos, dejadme morir antes que entrar en casa de Cornélius! ¿No sabéis que todos sus aprendices?...

— Fueron colgados —terminó riendo el gentilhom-bre» (p. 58).

Se produce así la inserción de las dos líneas temáticas, si bien, poco después, la historia inicial —la de los enamorados— quedará en un segundo plano, ensombrecida por la figura y avatares del personaje que da título a la obra. El mismo autor, consciente de este viraje argumental y sin olvidarse en ningún momento del lector (al que se dirige con insistencia) se apoya en la figura del narrador para guiar nuestra lectura:

Pero, para hacer comprender plenamente a unos lectores del siglo XIX la forma en que unos acontecimientos bastante vulgares en apariencia se habían vuelto sobrenaturales, y para hacerles compartir los terrores de los viejos tiempos, es preciso interrumpir esta historia para echar una rápida ojeada sobre las aventuras de maese Cornélius. (p. 64).

La pretensión de Balzac aparece de manera explícita en ese «hacerles compartir los terrores», y a ello se dedica hasta que el rey de Francia, Luis XI, padre de la enamorada, pasa a encarnar esa necesaria figura del «detective» que resuelve el caso misterioso. Y también aquí, como en el cuento de Poe, el sorprendente desenlace de la obra ocasiona una muerte, la de la hermana de Cornélius en este caso, por la impresión que le causa conocer la verdad de los hechos.

Por supuesto, toda la narración se desarrolla en una atmósfera inquietante (la casa de Cornélius es definida como «una casa embrujada», p. 64), en la que son perceptibles las huellas del romanticismo decimonónico: el comienzo de la obra —en la catedral de Tours y en mitad del oficio religioso del Día de Todos los Santos— no puede ser más ilustrativo:

Estaban encendidas las luminarias de cada uno de los altares y todos los candelabros del coro. Desigualmente diseminadas por el bosque de pilares y de arcadas que sostienen las tres naves de la catedral, aquellas masas de luz apenas iluminaban la inmensa nave porque, al proyectar las fuertes sombras de las columnas a través de las galerías del edificio, producían en ella mil fantasías que realizaban aún más las tinieblas (...). La muchedumbre presentaba contrastes no menos pintorescos. Algunas figuras se (...) las podía tomar por fantasmas. (...) Las estatuas parecían animadas y los hombres petrificados. Aquí y allá, en los ojos de los pilares, relucían unos ojos, la piedra lanzaba miradas, hablaban los mármoles, las bóvedas repetían suspiros y el edificio entero estaba dotado de vida (p. 46).

Sin duda, y como puede apreciarse en este ejemplo, la novela policíaca ha sabido, desde su aparición, uniformarse con los gustos estéticos de cada época y cifrar en ello gran parte de su éxito y de las razones de su pervivencia.

#### NATHANIEL HAWTHORNE (1804-1864)

El escritor americano, autor de *The Scarlet Letter* (1850), inició su andadura literaria con la desafortunada novela *Fanshawe* (1828), a la que siguieron unas colecciones de cuentos que evidenciaban ya su calidad artística: *Twice-told Tales* (1837), o *Mosses from an Old Manse* (1842-1845).

Tras esta incursión en el relato breve, que culminaría con su tercera colección de cuentos, *The Snow Image and*

*Other Twice-told Tales* (1851), se dedicó a una novela en la que reflejaba el mundo de fabulación, superchería y misterio que aún rodeaba a su ciudad de origen, Salem. Nació así *The Scarlet Letter*, obra a la que siguió la no menos enigmática *The House of the Seven Gables* (1851).

Además de una novela parcialmente autobiográfica, que apareció con el título de *The Blithedale Romance* (1852), reunió un volumen de ensayos sobre Inglaterra, fruto de su etapa como cónsul en Liverpool: *Our Old Home* (1863).

Como ya se ha dicho, *La tragedia del señor Higginbotham*, contenida en su colección de cuentos *Twice-told Tales*, es una de las primeras obras que podría incluirse bajo la denominación de relato policíaco, aunque es anterior a las creaciones de Poe, en las que influyó según reconoció este mismo autor.

Se trata de una narración sorprendente que ofrece una alternativa, un modo constructivo distinto con el que hacer progresar la materia policíaca. En este caso los acontecimientos avanzan y retroceden, se modifican y se confirman a lo largo de un viaje, lo que hace que se consigne un plazo para la resolución y verificación de los hechos, que no es otro que el momento en que el personaje protagonista llegue a su lugar de destino.

En este cuento se nos informa, desde el inicio, de que se ha cometido un asesinato y, lo que es más importante, se señala ya a los ejecutores. Lo asombroso del caso es el carácter intrascendente que se le da a la noticia. Domenicus Pike, un vendedor de cigarros que debe finalizar su comercio ambulante en la ciudad de Kimballton, encuentra en mitad de un camino a un desconocido a quien pregunta novedades del lugar del que procede. El hombre contesta de este modo:

Si recuerdo una cosilla sin importancia —dijo—. Al viejo señor Higginbotham, de Kimballton, lo asesinaron anoche a las ocho en su huerto de frutales, un irlandés y un negro. Lo colgaron de la rama de un peral de San Miguel, donde nadie lo encontró hasta la mañana siguiente (p. 129).

El problema estriba no solo en el peculiar modo en que se informa de la noticia, sino en que los personajes se han encontrado al alba de esa «mañana siguiente», lo que introduce un elemento de misterio difícil de resolver: un personaje conoce los hechos con anterioridad a que estos ocurran. La originalidad del cuento se encuentra en la asombrosa peculiaridad de que el asesinato se conozca antes de que se ejecute. Este dato no le pasa inadvertido a Domenicus Pike (quien, al igual que los lectores, sospecha de la implicación del informador en los acontecimientos) pero, su afán por ser el primero en difundir una noticia de tal envergadura, hace que lo pase por alto. Hawthorne se servirá aquí de un elemento que frecuentemente se incluye en este tipo de narraciones: la presión de la opinión pública y de una prensa escrita deseosa de propagar y, lo que es más grave, modificar unos hechos con el fin de hacerlos más truculentos.

A partir de este momento se desarrolla una curiosa estructura fundamentada en la repetición, que sirve para proyectar mayor extrañeza sobre el caso y aumentar el desconcierto, pues la noticia se va confirmando y desmintiendo según avanza Pike hacia el lugar de los hechos. Asombrosamente, al final, estos gozan de una sencilla explicación racional. Y, aunque esta conclusión resulta del todo inesperada, lo que hace del relato de Hawthorne un cuento capaz de interesar vivamente a Poe es el mane-

jo del suspense. La tensión dramática se sustenta en la certeza de los lectores de que cuando Pike llegue al Kimballton se resolverá el enigma: pero es algo que también sabe el autor y que utiliza para crear una expectación que aumenta a medida que el desenlace está más próximo.

### EDGAR ALLAN POE (1809-1849)

El norteamericano Edgar Allan Poe cultivó desde muy joven la poesía y la crítica literaria, aunque su celebridad se debe, sin duda, a sus *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840). En esta obra se encierran algunos de sus títulos más emblemáticos, como «Manuscript Found in a Bottle», «The Black Cat», «The Pit and the Pendulum» o «The Gold Bug». Junto a estos ejemplos, que le valieron el nombre de maestro de la literatura fantástica y de terror, no puede olvidarse la veta cómica que Poe desarrolló en algunos de sus relatos cortos, como tampoco sus ensayos sobre la literatura contemporánea de su época, recogidos en el libro *Essays and Reviews*.

Cuatro son los cuentos de este autor que se han significado tradicionalmente como los pioneros de su creación narrativa y en los cuales ya quedan establecidas las claves en el manejo de la intriga y el misterio que desarrollaría a lo largo de su producción. Estos «relatos de raciocinio», como se han designado en ocasiones, serían: «The Murders in the rue Morgue» (Los asesinatos de la calle Morgue), «The Mystery of Marie Rogêt» (El misterio de Marie Rogêt), «The Purloined Letter» (La carta robada) y el cuento incluido en la presente antología «Thou Art the Man» (Tú eres el hombre). En todos ellos, Poe se destacó como maestro del género y allanó el cami-

no por el que transitarían los autores de este tipo de narrativa.

Con el primer texto señalado, Poe consiguió perfilar el relato de resolución aparentemente imposible y toda una serie de elementos que —desde entonces— conformarían el género, como el misterio de una habitación cerrada, una mítica inoperancia policial y, al tiempo, la figura del detective excéntrico, Auguste Dupin, y su proverbial ayudante. Con «El misterio de Marie Rogêt», inventa otra situación clásica: la del «detective de salón» que resuelve el caso a través de las noticias que lee en los periódicos. Y, por fin, con «La carta robada» desarrolla el tema del engaño psicológico utilizado después, entre otros, por G. K. Chesterton.

Con «Tú eres el hombre» se interna Poe en un tema que le era especialmente grato y a partir del cual desarrolló varios de sus cuentos de misterio: la frontera que separa la vida de la muerte<sup>8</sup>. Maneja igualmente un conjunto de situaciones que se convirtieron después en tópicos: la preparación de pistas falsas (como también en *Humo*, de Faulkner), el empleo —por vez primera— de una balística elemental, la posibilidades argumentales que ofrece la presión de la opinión pública, etc.

De nuevo, nos encontramos con un narrador que, por una serie de circunstancias que de momento desconocemos, se encuentra en una óptima situación para contarnos una historia calificada de milagrosa. Desde el inicio, pues, se sientan las bases del misterio: «Ahora yo haré el papel de Edipo en el enigma de Ratteloborough. Les explicaré a ustedes, como solo yo puedo hacerlo, el secreto del mecanismo que provocó el milagro de (...)» (p. 145).

<sup>8</sup> En «Facts in the case of M. Valdemar», se consigue, a través del mesmerismo, que hable un hombre que llevaba siete meses en estado de coma; realizada su revelación, se desintegra.

El argumento no es otro que la misteriosa desaparición de un hombre, la condena de un inocente y el posterior hallazgo del verdadero culpable. Buena parte de la crítica especializada ha visto en este texto un claro ejemplo de cómo el personaje más insospechado, Charley Goodfellow, resulta que es el culpable de la fechoría cometida; en mi opinión, Poe insiste desmesuradamente en la supuesta bondad del personaje con el claro propósito de que, desde el principio, desconfiemos de él: de hecho, no creo que el saber de antemano la identidad del asesino invalide la carga de suspense y misterio que atesora el cuento, pues es en el peculiar modo de incriminar al culpable y conseguir su confesión donde se cifra el valor de la obra.

El relato de Poe conformaría, por tanto, un tipo de narración en que el asesinato se utiliza como punto de partida sobre el que construir el verdadero entramado del cuento: la muerte no es más que el pretexto que permite poner en marcha ese mecanismo de averiguación de lo sucedido que nos anuncia el narrador desde sus primeras palabras. La complejidad de este medio de indagación impide que el lector pueda participar en la resolución del caso, tan solo puede aventurar una hipótesis. Y es justamente en este punto donde narrador y lector se uniforman: como se nos aclara en las páginas finales de la obra, el narrador hace las veces del investigador que se propone averiguar la realidad del caso. Para ello plantea también una hipótesis —dirigida como la tesis de los lectores hacia el excesivamente honesto Goodfellow—, y, como él sí tiene medios a su alcance para verificarla, pone en marcha toda su astucia para conseguir su propósito. De este modo —y aquí se aprecia la originalidad y maestría de Poe—, en lo que podría denominarse epí-

logo del relato, los lectores necesitamos no solo que nos confirmen la identidad del asesino y las circunstancias de su muerte, además (y esto es lo importante), se hace necesaria una explicación del modo en que el narrador—detective ha podido constatar la hipótesis que manteníamos en común.

## MARK TWAIN (1835-1910)

El verdadero nombre de este escritor norteamericano, nacido en Missouri, era Samuel Langhorne Clemens.

Antes de iniciarse en la creación literaria, Twain trabajó como piloto en los barcos que atravesaban el río Misisipí, y fue esta una dedicación que le aportó buena parte de la materia temático de sus primeras obras. Tras desempeñar esta tarea, fue incluido (entre 1862 y 1864) en la nómina de reporteros del periódico *Territorial Enterprise*, publicado en Virginia. Es aquí donde, para firmar sus colaboraciones, empezó a utilizar el seudónimo con el que se haría célebre.

Realiza una de sus primeras incursiones en el campo de la literatura en colaboración con Charles Dudley Warner al publicar *The Gilded Age* (1873), obra con la que satirizaban la corrupción del capitalismo. Después publica por entregas, para el periódico *Atlantic Monthly*, la novela *Old Times on the Mississippi* (1875), que conocería una versión como libro con el título *Life on the Mississippi*, en el 1883.

Ya como autor consagrado verían la luz sus célebres *The Adventures of Tom Sawyer* (1876), *The Prince and the Pauper* (1882) o la conocida parodia de la narrativa de Walter Scott que constituye *The Adventures of Huckleberry Finn* (1885). Su peculiar manejo del humor es igualmente

perceptible en novelas como *The Connecticut Yankee in King Arthur's Court* (1889).

Ya en el capítulo XXXI de su novela *Life in Mississippi* había demostrado Twain su interés por desvelar misterios a través de una técnica que permanecía aún en mantillas: el estudio de las huellas dactilares<sup>9</sup>. Tras esta relativa incursión en el género de la narrativa policial, el autor norteamericano se decidió por la parodia de este tipo de obras, sin duda saturado por su proliferación y el éxito de público que las acompañaba. Así, en 1883, escribió dos narraciones en clave de humor que tituló «A double Barrelled Detective Story» y «The Stolen White Elephant». La muerte impidió al autor terminar un libro titulado *Jim Wheeler, detective*, con el que quería culminar su sátira del género policiaco.

El cuento de Twain, *El robo del elefante blanco*, supone un evidente contrapunto con respecto a las historias que le anteceden y suceden en esta antología, pues emplea con el mayor escrúpulo los elementos que caracterizan el género policial, pero les dota de un sesgo desmesurado, caricaturesco, con el que construye la parodia<sup>10</sup>. De este modo, y en cumplimiento de la tácita preceptiva que se referiría a la figura del narrador, también el cuento del Twain se escribe en una primera persona dotada —en este caso— de cierto artificio: «El caso curioso que presento a continua-

<sup>9</sup> También en su obra *Pudd'n' head Wilson*, de 1894, se realiza una identificación a través de las huellas dactilares; no olvidemos que estaba reciente la publicación de *Fingerprints*, de Galtón, mucho antes de que esta técnica fuera utilizada por la policía norteamericana.

<sup>10</sup> Que los rasgos apuntados son voluntarios lo demuestra la ironía con la que Twain redacta una nota explicativa que encabezaría la narración: «Este relato no se incluyó en el libro *A Tramp Abroad* porque se temía que algunos de sus detalles se habían exagerado y que otros no eran verídicos. Cuando quedó demostrado que estas sospechas eran infundadas, el libro ya estaba en prensa. M. T.» (p. 165).

ción me lo relató una persona que conocí por casualidad en un viaje en ferrocarril» (p. 165). Así, nuestro narrador ha sido, en un primer momento, receptor de la historia de boca del protagonista de la misma, por tanto, no ha sido testigo directo de lo sucedido (como sí ocurre en los cuentos de Poe, Grave, etc.), sino que es un simple transmisor que no puede asegurar su veracidad. Pero lo intenta con el párrafo que define al personaje principal: «Era un caballero de más de setenta años de edad, y su rostro perfectamente bueno y amable y sus modales atentos y sinceros daban un sello inconfundible de verdad a cada una de las afirmaciones que salían de sus labios» (p. 165).

La trama consiste en el robo a un funcionario de Siam de un elefante blanco que se iba a ofrecer como regalo a la reina de Inglaterra. El primer guiño cómico queda, pues, establecido con la elección del «objeto perdido». El responsable de la entrega del animal (el caballero de más de setenta años) decide acudir a un detective para que lo encuentre y, a partir de aquí, asistimos a la descripción del mundo detectivesco, eso sí, bajo la óptica de quien quiere ridiculizarlo y movernos a risa.

La sagacidad del jefe Blunt se pone de manifiesto desde que aparece y se dedica a recabar toda la información posible sobre el elefante que le pueda poner tras su pista; así, mantiene con el funcionario de Siam un ilustrativo diálogo sobre los gustos alimenticios del animal:

- Bueno, en cuanto a lo que come... es capaz de comer *cualquier cosa*. Es capaz de comerse a un hombre, es capaz de comerse una Biblia (...).
- Bueno; magnífico, pero demasiado genérico. Necesitamos detalles: los detalles son lo único que tiene valor en nuestro oficio. Estupendo: en cuanto

a los hombres... ¿a cuántos hombres frescos es capaz de comerse de una sentada o, si prefiere, en un solo día? (...). ¿De qué nacionalidades los prefiere?

— Las nacionalidades le son indiferentes. Prefiere a sus conocidos, pero no tiene prejuicios con sus desconocidos.

Diálogos de este tipo se suceden continuamente provocando la hilaridad en el lector y, lo que es más importante para el desarrollo de la acción dramática, la absoluta fascinación del encargado del elefante por el inspector Blunt. Es verdad que, a tenor de la resolución del cuento, esta confianza es del todo merecida porque el detective acaba encontrando al elefante —como no podía ser de otra forma—. Eso sí, hasta que se origina el desenlace, se producen toda una serie de muertes que satisfarían la nota trágica que deben tener los relatos policíacos. Y, por supuesto, todos estos elementos se encaminan aquí al establecimiento de la parodia y la comicidad.

### JACK LONDON (1876-1916)

Escritor americano nacido en San Francisco y creador de una novelística original por su marcado exotismo. Ya su primer cuento, «Story of a Typhoon off the Coast of Japan», que fue publicado en el 1893 en un periódico local, apunta el camino que marcaría la creación posterior de este autor. No abandonó nunca la escritura de relatos cortos, que recogió en títulos como *The Son of the Wolf*, de 1900, al que siguieron obras como *A Daughter of the Snows* (1902), o sus célebres *The Call of the Wild*, *The*

*Snows* (1902), o sus célebres *The Call of the Wild*, *The People of the Abyss* (1903), *The Sea Wolf* (1904) o *White Fang* (1906).

En su narrativa se alterna la exploración de lugares y culturas más o menos distantes y desconocidas con creaciones de marcado signo político, que abogan por una defensa del socialismo, y con narraciones autobiográficas del tipo *Martin Eden* (1909) o *John Barleycorn* (1913).

En cuanto al cuento de London aquí incluido, *El maestro del misterio*, cabe decir que podría constituirse en paradigma de lo apuntado por Román Gubern respecto a que no hace falta un asesinato, sino la presencia del misterio y el suspense, para crear una novela policíaca: en este caso, el simple robo de unas mantas origina el desarrollo de la intriga narrativa.

London también opta aquí por una ambientación exótica, por la referencia a otras culturas, medios de vida o creencias, y logra manifestar así que el miedo, las supersticiones, los engaños y la crueldad forman parte de la esencia del ser humano.

Aunque no se efectúa precisión alguna sobre la cronología, sí se nos informa de que la acción transcurre en el poblado de una tribu india asentada en el noroeste de la costa americana. Del mismo modo, también desde la primera página se nos introduce en una atmósfera perniciosa y se nos comunica la existencia de un culpable:

El aire estaba cargado de sospechas. Ningún hombre confiaba en su vecino, y todos eran conscientes de que ellos mismos resultaban igualmente sospechosos a los ojos de su prójimo. (...) el pequeño Di Ya, que era el causante de todo, había recibido dos buenas palizas, primero a manos de

Hooniah, su madre, y después a manos de su padre.  
Bawn. (p. 197).

Este incipiente misterio se ve refrendado con la inclusión del verdadero motivo argumental del cuento: el miedo al castigo ejemplar y a los modos de averiguación del culpable que ponen en práctica los chamanes, especie de hechiceros que personifican el poder de lo desconocido y cuyo juicio se considera infalible.

También aquí, como en *Tú eres el hombre*, el hecho delictivo es una excusa. Si Poe utiliza un original modo de averiguación, en el relato de London se emplea uno que no lo es menos porque, aunque la prueba en que se fundamenta sea ciertamente sencilla, juega con lo sagrado, con el misterio intocable de la divinidad y de los espíritus, algo que está en la raíz antropológica del hombre. De hecho, el chamán que cumple en este caso la función de detective no logra la confesión del responsable del robo: lo que delata a este es su miedo a la justicia que puede llegar del más allá.

Una vez consumada la averiguación y determinado el culpable, se manifiesta tanto la astucia del hechicero (hombre execrable en quien una subyugada comunidad ha depositado el poder) como la alienación del pueblo y su extrema crueldad a la hora de administrar justicia, todo lo cual provoca, irremediabilmente, una reflexión sobre los comportamientos humanos.

El maestro del misterio constituye, pues, un ejemplo de cómo los pilares del género se pueden revestir de muy diferentes argumentos, situaciones y decorados para hacer nuevo cada producto y ofrecer la variedad que posibilita la vigencia de estos relatos.

## ROBERT GRAVES (1895-1985)

Poeta, novelista, ensayista, traductor y mitógrafo inglés, Graves fue un escritor de prodigiosa fecundidad. Su primera obra, un relato autobiográfico que narra su traumática experiencia en la Primera Guerra Mundial, apareció en el 1929 con el título *Goodbye to All That*.

Pero, sin duda, su mayor éxito se debió a la publicación de sus narraciones históricas *I Claudius* y *Claudius the God* (1934), novelas en las que manifestaba una erudición que culminó con su obra *The Greek Myths* (1955).

Con *Un abono excelente* manifiesta Graves todo un alarde de economía narrativa: podría decirse que es precisamente en el empleo de este recurso donde reside la originalidad del cuento y su valor intrínseco.

Ciertamente, en el caso de los relatos policíacos, la economía narrativa se traduce bien en la dosificación del material temático, bien en omisión de noticias, de contenidos —a veces sustanciales— de la obra. El propósito no es otro que fomentar el misterio mediante la falta de explicitud en el desarrollo de los hechos: se asiste así al desenlace, pero no se conoce la manera en que se produce. De este modo, el autor juega con lo inesperado y provoca la sorpresa en el lector.

En *Un abono excelente* encontramos, de nuevo, una narración en primera persona, pues es el vecino de Elsie y Roland Hedge quien se encarga de relatarnos lo sucedido. Y, como suele ser habitual en un género donde la complicidad con el lector es fundamental, también el narrador de esta historia manifiesta una preocupación por sus receptores: «Llegado este punto, el relato se vuelve un poco duro para los lectores (...); lo suavizaré todo lo que pueda» (p. 221). Este tipo de apuntes, que forman parte de la retó-

rica manejada por los escritores de novela policíaca, más sirve para estimular la imaginación del lector que para apaciguarle. Es, por tanto, un modo de incrementar la tensión sobre un texto que argumentalmente no reviste ninguna complejidad.

En efecto, el relato de Graves narra, simplemente, el fanatismo con que la pareja antes mencionada se aplica al cultivo del método del doctor Steinpilz, que consiste en mejorar la calidad de los alimentos gracias al aprovechamiento de los residuos orgánicos como abono. Esta sencilla trama, en la que no entran más elementos de misterio que los que puedan derivarse de la descripción del extraño doctor Eugen Steinpilz, no necesitaría de ningún apoyo adicional para resultar verosímil, pero el autor decide situarla en unas coordenadas cronológicas concretas: la Segunda Guerra Mundial. Si Graves opta por incluir esta precisión es porque le resulta necesario para el desarrollo del relato: en tiempo de guerra determinadas conductas no despiertan sospechas.

#### WILLIAM FAULKNER (1897-1962)

El célebre escritor norteamericano, nacido en New Albany (Mississippi), inició su andadura literaria con un libro de poemas, publicado en el 1924, con el título de *The Marble*. Sin embargo, a partir del año 1926, en que vio la luz la novela *Soldier's Pay*, se dedicó casi exclusivamente a la escritura narrativa. A esta obra siguió un periodo de gran fecundidad en el que aparecieron algunos de sus mejores títulos: *Mosquitoes* (1927), *Sartoris*, *The Sound and the Fury* (1929), *As I Lay Dying* (1930), *Sanctuary* (1931) y *Light in August* (1932). Es en estos mismos años cuando escribe alrededor de 40 relatos de

los que logra publicar dos terceras partes en las revistas nacionales más importantes. Intenta paliar así sus problemas económicos, y también con su contrato como guionista en la Metro Goldwyn Mayer, donde permanecerá del 1932 al 1945. Entre sus colecciones de cuentos se encuentran: *These Thirteen* (1931), *Doctor Martino and other Stories* (1934), *Knight's Gambit* (1949), *Collected Stories* (1950), etc.

Son años en los que continúa escribiendo y publicando novelas. Del 1935 es *Pylon* y a esta siguen: *Absalom! Absalom!* (1936) y, entre 1938 y 1942, *The Unvanquished*, *The Wild Palms*, *The Hamlet*, *Go Down, Moses*. Un año antes de que le concedieran el Premio Nobel de Literatura (1949), había publicado *Intruder in the Dust*.

Siguió escribiendo hasta el mismo año de su muerte, 1962, en que editó *The Reivers*, y hoy es considerado unánimemente como uno de los más importantes renovadores de la novela contemporánea.

Para algunos, *Sanctuary* y *Intruder in the Dust* podrían incluirse dentro del apartado «novela criminal». En esta última aparece como personaje Gavin Stevens, el protagonista de los seis relatos que conforman el libro *Knight's Gambit* (*Gambito de caballo*)<sup>11</sup>.

Como ya se ha dicho, la novela policíaca empezó designándose en Francia como *roman judiciaire*, debido a que se entendía que los casos judiciales podían constituir un filón argumental en la creación del género. Faulkner,

<sup>11</sup> Uno de estos relatos, «An Error in Chemistry», quedó en segundo lugar en el primer concurso de novela corta de tema detectivesco convocado por *Ellery Queen* (seudónimo utilizado por los autores norteamericanos Frederic Donnay y Manfred B. Lee para la publicación de sus novelas policíacas. Con este nombre editaron también un conocido *Magazine de Misterio*, revista en la que se compilan las mejores narraciones del género y que fue traducido a varios idiomas).

con la invención de Gavin Stevens, un procurador estatal que no duda en extralimitarse en su papel con el fin de aclarar los procesos que se le encomiendan, abunda en esta concepción de la novela policíaca. Y un magnífico ejemplo de ello es el relato antologado en esta colección: *Humo*.

Faulkner opta por construir su narración sobre la base de un asesinato al que luego se sumará otro como consecuencia del primero: podría decirse que —en comparación con el resto de cuentos aquí recogidos— es quizá el más fiel seguidor de las normas apuntadas por Dyne. Escribe así un relato canónico, que respeta puntualmente las premisas del género (entre las que se cuenta que el autor de los distintos crímenes debe ser el mismo), pero en cuya conformación se mezclan elementos del cuento y de la novela lo que origina una peculiar disposición rítmica que constituye uno de los mayores aciertos de la obra.

Por un lado, confecciona una pequeña biografía del primer asesinado aportando una serie de pormenores que no son en absoluto necesarios para cimentar el argumento policíaco del cuento: el autor norteamericano pretende con ello crear un universo de relaciones en el que se encuentra inmerso el culpable, pero de forma que nada le apunte de manera inequívoca. El hecho de no someter el relato a un estricto límite espacial permite al autor dedicarse más por extenso a la caracterización de los personajes, todo lo cual redundará en una mayor complejidad a la hora de individualizar al asesino. Como en las novelas de Agatha Christie, todos parecen tener motivos para desear la muerte del finalmente difunto.

Como ocurrirá en el cuento de Balzac, estos prolegómenos gozan de tal entidad que hacen de *Humo* un relato en el que, de algún modo, se superponen dos historias: la

que tiene que ver con la vida de Anselm Holland (la víctima) y sus hijos —y que podría funcionar de manera independiente— y la que tiene que ver con el juez instructor del caso, Dukinfield, asesinado por tener claves suficientes para desenmascarar al asesino. Establecidas estas dos temáticas, lógicamente imbricadas, aparece en escena Gavin Stevens, de quien los lectores de Faulkner esperan ya la resolución de ambos casos. Y de algún modo, tanto una historia como la otra se destinan al lucimiento personal del procurador del Estado.

Hasta el momento en que asistimos al desarrollo del juicio y a la reconstrucción de los hechos mediante el empleo del *flash-back*, contábamos como espectadores con una visión sesgada de los sucesos: la que nos proporcionaba —de forma intencionalmente maniquea— el narrador de la obra, un habitante de Jefferson, lugar donde se desarrolla toda la acción, quien se erige en portavoz de esa opinión popular que suele designar a sus propios culpables y aplicar sus propias penas. Se aprecia un claro ejemplo de ello en el parlamento en el que se nos informa del fallecimiento de la esposa de Holland: «lo consideramos responsable [a Anselm], consideramos que su vida se había consumido a causa de la violencia grosera de un foráneo mal educado» (p. 223).

Esta manifiesta parcialidad no es aprovechada por el autor para crear falsos culpables, pues en todo momento el narrador reconoce su falta de omnisciencia con repetidos «eso oímos contar» (p. 225) o «puede que fuera una cosa así» (p. 234). El conocimiento de todos los hechos y pormenores que finalmente demuestra el narrador y que le permiten desempeñar este papel se explica, con toda lógica, porque es uno de los integrantes del jurado popular que asiste al alegato de Stevens.

Y, sin lugar a dudas, es en esta intervención del personaje que hace las veces de detective donde se muestra el manejo narrativo de Faulkner: el discurso de Stevens no es solo explicativo (como pueda serlo el parlamento exegético que se incluye en el final del cuento de Edgar Allan Poe), sino que pretende además provocar la confesión del asesino. El empleo de pistas falsas que logran intimidar al culpable y, sobre todo, la elocuencia del procurador (que sabe crear momentos de tensión con largos silencios o con la inclusión de pormenores innecesarios), evidencian ese manejo del ritmo narrativo a que antes me refería y que hizo sobresalir el talento artístico de Faulkner.

#### ROALD DAHL (1916-1990)

Escritor británico de ascendencia noruega, nacido en Llandoff (País de Gales). Su primera colección de relatos cortos fue *Over to you: 10 Stories of Flyers and Flying* (1946), en los que se evocan, entre otros temas, los horrores de la Segunda Guerra Mundial. A esta siguieron otras recopilaciones como *Someone like you* (1953), *Kiss Kiss* (1960) o *Switch Bitch* (1974).

Dahl es igualmente reconocido por sus cuentos para niños, en los que manifiesta tanto su capacidad para crear universos imaginarios, como su manejo de la fantasía y del humor: *James and the Giant Peach* (1961) o *Charlie and the Chocolate Factory* (1964) son algunos ejemplos.

Quizá sus novelas, entre las que pueden citarse *Sometime Never: A Fable for Superman* (1948) y *My Uncle Oswald* (1979), hayan tenido menor repercusión.

Por lo que respecta a *La zambullida*, es un cuento que manifiesta una gran perfección formal, que aparentemente se aleja de los presupuestos que conforman el género de la novela policial, pero su inclusión en esta antología no solo está justificada, sino que además permite establecer un enriquecedor contrapunto con el resto de obras aquí contenidas. Es un ejemplo perfecto de las distintas posibilidades que ofrece esta narrativa para su tratamiento. Entre los aciertos del relato se cuentan: la descripción del personaje protagonista, la capacidad del autor para transmitir la angustia de este, el manejo de la tensión dramática y la inclusión de un final absolutamente sorprendente e inesperado del que es posible extraer una enseñanza: no hay que fiarse del azar.

El inicio del relato resulta ya sugeridor o, cuanto menos, inquietante: «La mar quedó en calma en la mañana del tercer día» (p. 263). A partir de aquí se desarrolla un argumento que huye de lo truculento o intrincado, que se reduce a la narración de un entretenimiento al parecer habitual en algunas travesías en barco: realizar una apuesta sobre la singladura de la embarcación, es decir, sobre la distancia que puede recorrer la nave en un periodo de 24 horas. Ya el transcurso de la subasta crea uno de los momentos de mayor zozobra desde el momento en que sabemos que el señor Botibol está apostando todos sus ahorros.

Y, aunque no hay asesinatos ni criminales, y aunque no aparecen detectives reuniendo pistas sobre un caso delictivo, se crea una atmósfera de suspense gracias no tanto a los hechos, cuanto al modo de referirlos: «Pues fue en aquel momento cuando se le ocurrió la idea. Se le vino encima de una manera brutal y repentina, y se levantó de la cama de un salto, emocionadísimo, corrió al ojo de

buey y volvió a asomarse» (p. 95). Este breve fragmento puede servir de paradigma para entender la construcción formal de *La zambullida*, lo importante no es la acción en sí, es toda la angustia que genera una determinada decisión en el ánimo del señor Botibol y, como consecuencia, en los lectores, que nos mantenemos a la espera de lo que pueda acaecer.

En relación con lo apuntado, se entiende que Roald Dahl se sirva aquí de técnicas constructivas características de la narrativa del siglo XX como el fluido de conciencia, el monólogo interior o el estilo indirecto libre que le permitan adentrarse en la interioridad de los personajes, en el mundo de dudas e incertidumbres del protagonista de la novela: «Bueno, pensó, ¿por qué no? ¿Por qué no iba a poder ser? (...) Y se dejaría el reloj. ¿Qué hora era? Las nueve y cuarto. Cuanto antes mejor, entonces. Hacerlo ahora y quitárselo de encima» (p. 273).

Y por fin, cuando el señor Botibol se decide a sobreponerse a sus miedos y cautelas, cuando cree tenerlo todo controlado, es la casualidad quien le gana la partida.

## Bibliografía



- BOILEAU, Pierre: *La novela policial*, Buenos Aires, Paidós, 1968. (Versión de Basilia Papastamatín).
- BOILEAU-NARCEJAC: *Le roman policier*, Paris, Presses Universitaires de France, 1975.
- COMA, Javier: *La novela negra: historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policíaca norteamericana*, Barcelona, Ediciones 2001, 1980.
- DEL MONTE, Alberto: *Breve historia de la novela policíaca*, Madrid, Taurus, 1962. (Versión de Florentino Pérez).
- DEL ROSAL, Juan: *Crimen y criminal en la novela policíaca*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1947.
- DÍAZ, César E.: *La novela policíaca: síntesis histórica a través de sus autores, sus personajes y sus obras*, Barcelona, Acervo, 1973.
- DUBOIS, Jacques: *Le roman policier ou la modernité*, Paris, Nathan, 1992.
- DUPUY, Josée: *Le roman policier*, Paris, Larousse, 1974.
- FERNÁNDEZ COLMEIRO, José: *Historia crítica de la novela policíaca española*, Michigan, UMI, 1991.
- *La novela policíaca española: teoría e historia crítica*, Barcelona, Anthropos, 1994. (Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán.)

- HOVEYDA, Fereydoun: *Historia de la novela policíaca*, Madrid, Alianza Editorial, 1967. (Traducción Monique Acheroff.)
- IBEAS VUELTA, Nieves: *La imagen de la mujer en la novela de evasión en Francia, 1970-1985: novela policíaca y novela de ciencia ficción*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991.
- MADRID, Juan, y otros: *La novela policíaca española*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1989. (Edición, estudio preliminar y bibliografía de Juan Paredes Nuñez).
- *La novela policíaca*, Barcelona, Ediciones del Cotal, 1979. (Prólogo Román Gubern).
- *La novela policíaca en la Península Ibérica: actas de Coloquio Internacional de Basilea, 30-31 de enero de 1998*, eds., Beatrice Schmid y Montserrat Ollé, Basel, Universität Basel, 1998.
- *Philosophies du roman policier*, coord., Colas Duflo, París, Ophrys, 1995.
- SILVESTRI, Laura: *Cercando la via: riflessioni sul romanzo poliziesco in Spagna*, Roma, Bulzoni, 1996.
- SYMONS, Julian: *Historia del relato policial*, Barcelona, Bruguera, 1982. (Traducción de Roser Verdaguer).
- VÁZQUEZ DE LA PARGA, Salvador: *Los mitos de la novela criminal*, Barcelona, Planeta, 1981.
- *De la novela policíaca a la novela negra*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.
- *La novela policíaca en España*, Barcelona, Ronsel, 1993.
- VELASCO MARTÍN, Alfonso: *Los venenos en la literatura policíaca*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998.

## CUENTOS POLICÍACOS

# Maese Cornélius

(H. DE BALZAC)



AL SEÑOR CONDE GEORGES MNISZECH<sup>1</sup>

Algún *envidioso* podría creer, al ver brillar en esta página uno de los más antiguos y más ilustres apellidos sármatas, que, como en orfebrería, trato de realzar un trabajo reciente con una joya antigua, fantasía muy de moda en estos tiempos; pero vos, y también algunos otros, mi querido conde, sabrán que trato de pagar aquí mi deuda con el Talento, el Recuerdo y la Amistad.

EL DÍA de Todos los Santos de 1479, momento en el que empezó esta historia, acababan las vísperas en la catedral de Tours. El arzobispo Hélie de Bourdeilles<sup>2</sup> se levantaba de su asiento para dar la bendición a los fieles. El sermón había durado mucho tiempo, había caído la

---

<sup>1</sup> Pocos meses después de esta dedicatoria (agosto de 1846), el conde Georges Mnischcz (1823-1881), a quien Balzac conocía desde el año anterior, se casó con la hija de Mme. Hanska, futura esposa del novelista.

<sup>2</sup> Hélie de Bourdeilles, personaje histórico, arzobispo de Tours que murió siendo cardenal en 1484, tenía en la fecha de la narración —el día de Todos los Santos de 1479— sesenta y nueve años.

noche durante el oficio y la oscuridad más profunda reinaba en ciertas partes de esa hermosa iglesia cuyas dos torres aún no estaban terminadas. Sin embargo, buen número de cirios ardían en honor de los santos en los triangulares portacirios destinados a recibir esas piadosas ofrendas cuyo mérito o significación nunca han sido suficientemente explicados. Estaban encendidas las luminarias de cada uno de los altares y todos los candelabros del coro. Desigualmente diseminadas por el bosque de pilares y de arcadas que sostienen las tres naves de la catedral, aquellas masas de luz apenas iluminaban la inmensa nave porque, al proyectar las fuertes sombras de las columnas a través de las galerías del edificio, producían en ella mil fantasías que realizaban aún más las tinieblas en que estaban sepultadas las cintras<sup>3</sup>, los dovelajes<sup>4</sup> y las capillas, tan sombrías ya en pleno día. La muchedumbre presentaba contrastes no menos pintorescos. Algunas figuras se dibujaban de modo tan vago en el claroscuro que se las podía tomar por fantasmas; otras, sin embargo, iluminadas por resplandores dispersos, atraían la atención como las cabezas principales de un cuadro. Las estatuas parecían animadas, y los hombres, petrificados. Aquí y allá, en los huecos de los pilares, relucían unos ojos, la piedra lanzaba miradas, hablaban los mármoles, las bóvedas repetían suspiros y el edificio entero estaba dotado de vida. No hay en la existencia de los pueblos escenas más solemnes ni momentos más majestuosos. Al hombre en masa siempre le hace falta movimiento para crear poesía; pero, en esas horas de religiosos pensamientos, en los que las riquezas humanas se maridan con las grandezas celestiales, en el

<sup>3</sup> Curvatura de una bóveda o de un arco.

<sup>4</sup> Conjunto, serie u orden de dovelas, que son las piedras labradas en figura de cuña para formar arcos o bóvedas.

silencio se encuentran sublimidades increíbles; hay terror en las rodillas dobladas y esperanza en las manos unidas. El concierto de sentimientos por el que todas las almas se lanzan hacia el cielo produce entonces un explicable fenómeno de espiritualidad. La mística exaltación de los fieles reunidos actúa sobre todos y cada uno de ellos, y hasta el más débil se ve llevado en las ondas de ese océano de amor y de fe. Poder completamente eléctrico, la plegaria arranca de este modo nuestra naturaleza de sí misma. Esa involuntaria unión de todas las voluntades, igualmente prosternadas en el suelo, igualmente alzadas a los cielos, contiene sin duda el secreto de las magníficas influencias que poseen el canto de los sacerdotes y las melodías del órgano, los perfumes y las pompas del altar, las voces de la muchedumbre y sus silenciosas contemplaciones. Por eso no debe extrañarnos ver en la Edad Media tantos amores iniciados en la iglesia después de largos éxtasis, amores resueltos con frecuencia de manera poco santa, pero de los que las mujeres terminan, como siempre, por hacer penitencia. El sentimiento religioso tenía entonces, desde luego, ciertas afinidades con el amor, era su principio o su fin. Todavía el amor era una religión, aún poseía su hermoso fanatismo, sus ingenuas supersticiones, sus abnegaciones sublimes que armonizaban con las del cristianismo. Las costumbres de la época explicaban bastante bien, por otra parte, la alianza de la religión y del amor. En primer lugar, la sociedad apenas se reunía salvo delante de los altares. Señores y vasallos, hombres y mujeres, solo eran iguales allí. Solo allí podían los amantes verse y comunicarse. Finalmente, las fiestas eclesiásticas constituían el espectáculo de la época, el alma de una mujer se agitaba entonces con mayor vivacidad en medio de las catedrales de lo que hoy se agita en un baile o en la Ópera.

¿No llevan las emociones fuertes a todas las mujeres al amor? A fuerza de mezclarse con la vida y de abarcarla en todos sus actos, la religión se había vuelto asimismo cómplice tanto de las virtudes como de los vicios. La religión había pasado a la ciencia, a la política, a la elocuencia, a los crímenes, a los tronos, a la piel del enfermo y del pobre: lo era todo. Estas observaciones semieruditas tal vez justifiquen la verdad del presente estudio, del que ciertos detalles podrían espantar la moral perfeccionada de nuestro siglo, un tanto *engolado*, como todo el mundo sabe.

En el momento en que cesó el canto de los sacerdotes, cuando las últimas notas del órgano se mezclaron con las vibraciones del *amén* salido del fuerte pecho de los chantres<sup>5</sup>, y mientras un leve murmullo resonaba todavía bajo las bóvedas lejanas, en el momento en que la asamblea recogida esperaba la benéfica palabra del prelado, un burgués, ansioso por volver a su casa, o temeroso por su bolsa en el tumulto de la salida, fue retirándose despacio, a riesgo de ser tenido por mal católico. Un gentilhomme, agazapado contra uno de los enormes pilares que rodean el coro, donde había permanecido como perdido en la sombra, se apresuró a ocupar el sitio abandonado por el prudente turonense. Tras llegar, ocultó rápidamente el rostro entre las plumas que adornaban su alto bonete gris y se arrodilló en la silla con un aire de contrición que hubiese podido engañar a un inquisidor. Después de haber mirado con bastante atención al joven, sus vecinos dieron la impresión de reconocerlo y reanudaron sus oraciones dejando escapar cierto gesto por el que expresaron un

<sup>5</sup> Dignidad de las iglesias catedrales, a cuyo cargo estaba antiguamente el gobierno del canto en el coro.

mismo pensamiento, pensamiento cáustico, burlón, una muda maledicencia. Dos viejas menearon la cabeza lanzándose una mutua mirada que escudriñaba el futuro. La silla de la que se había adueñado el joven estaba junto a una capilla practicada entre dos pilares y cerrada por una verja de hierro. En esa época el capítulo<sup>6</sup> alquilaba a ciertas familias señoriales o incluso a ricos burgueses, al precio de rentas bastante elevadas, el derecho de asistir a los oficios, ellos y las gentes de su casa exclusivamente, en las capillas laterales, situadas a lo largo de las dos pequeñas naves que dan la vuelta alrededor de la catedral. Esta simonía<sup>7</sup> todavía se practica hoy. Una mujer tenía su capilla en la iglesia del mismo modo que en nuestros días alquila un palco en los Italiens. Los inquilinos de estos lugares privilegiados se obligaban además a mantener el altar que se les concedía. Cada cual ponía su amor propio en decorar suntuosamente el suyo, vanidad a la que se adaptaba bastante bien la iglesia. En aquella capilla, y junto a la verja, estaba arrodillada una joven dama sobre un hermoso cojín de terciopelo rojo con borlas de oro, precisamente al lado del sitio que antes había ocupado el burgués. Una lámpara de corladura<sup>8</sup> suspendida de la bóveda de la capilla, delante de un altar magníficamente adornado, arrojaba su pálida luz sobre el libro de Horas que sostenía la dama. El libro tembló con violencia en sus manos cuando el joven se situó junto a ella.

*¡Amén!*

<sup>6</sup> Cuerpo o comunidad de eclesiásticos de una iglesia catedral o colegial.

<sup>7</sup> «Tráfico de cosas santas»; Balzac emplea el término de manera abusiva, dado que lo vendido no es ni un bien espiritual ni un sacramento.

<sup>8</sup> Cierta barniz que, dado sobre una pieza plateada y bruñida, la hace parecer dorada.

A este responso, cantado con voz suave aunque cruelmente agitada, y que por suerte se confundió con el clamor general, la dama añadió vivamente y en voz baja:

—Me estáis perdiendo.

La frase fue pronunciada con un acento de inocencia al que debía obedecer un hombre delicado, iba dirigida al corazón y lo traspasaba; pero el desconocido, arrebatado sin duda por uno de esos paroxismos de pasión que ahogan la conciencia, permaneció en su silla y alzó ligeramente la cabeza para lanzar una ojeada a la capilla.

—¡Está durmiendo! —respondió él con una voz tan bien amortiguada que esta respuesta debió de ser oída por la joven como un sonido por el eco.

La dama se puso pálida, su mirada furtiva dejó por un momento la vitela del libro y se dirigió hacia un anciano al que el joven había mirado. ¡Qué terrible complicidad no había en aquella ojeada! Cuando la joven hubo examinado al anciano, respiró con fuerza y alzó su hermosa frente, adornada con una piedra preciosa, hacia un cuadro en el que estaba pintada la Virgen; este simple movimiento, esta actitud y su húmeda mirada explicaban toda su vida con imprudente ingenuidad; de haber sido perversa, hubiese sido fingida. El personaje que tanto miedo infundía a los dos amantes era un viejecillo jorobado, casi calvo, de fisonomía feroz, que tenía una ancha barba de un blanco sucio, cortada en abanico; sobre su pecho brillaba la cruz de Saint-Michel<sup>9</sup>; sus manos rudas, fuertes, surcadas de pelos grises, y que sin duda había tenido jun-

tas al principio, se habían separado ligeramente durante el sueño al que se abandonaba de forma tan imprudente. Su mano derecha parecía a punto de caer sobre su daga, cuya guarda formaba una especie de gruesa concha de hierro esculpido; por el modo en que había colocado su arma, el pomo se encontraba bajo su mano; si, por desgracia, llegaba a tocar el hierro, no había duda de que despertaría de inmediato y lanzaría una mirada sobre su mujer. Sus labios sardónicos y su barbilla puntiaguda, caprichosamente remangada, presentaban los signos característicos de un espíritu malicioso, de una sagacidad fríamente cruel que debía permitirle adivinar todo porque sabía suponer todo. Su frente amarilla estaba plegada como la de los hombres habituados a no creer en nada, a sopesarlo todo, y que, semejantes a los avaros que hacen pesar sus monedas de oro, buscan el sentido y el valor exacto de las acciones humanas. Tenía una complexión ososa y sólida, parecía ser nervioso, y por lo tanto irritable; en resumen, hubierais dicho que era un ogro frustrado. Así pues, de despertarse aquel terrible señor, a la joven dama le esperaba un peligro inevitable. Aquel marido celoso no dejaría de reconocer la diferencia existente entre el viejo burgués, que no le había inspirado desconfianza alguna, y el recién llegado, cortesano joven, esbelto y elegante.

*Libera nos a malo*<sup>10</sup> —dijo ella tratando de hacer comprender sus temores al cruel joven.

Este levantó hacia ella la cabeza y la miró. Había lágrimas en sus ojos, lágrimas de amor o de desesperación. Al verlo, la dama se estremeció, se perdió. Ambos

<sup>9</sup> La Orden de Saint-Michel, fundada en 1469 por Luis XI, estaba reservada exclusivamente, al principio, a treinta y seis nobles; consistía en un collar, sustituido más tarde por un cordón negro rematado por una cruz de ocho brazos.

<sup>10</sup> Literalmente significa «Libranos del mal» y es una parte del Padrenuestro que adquiere aquí una especial connotación al estar pronunciada por la mujer en un momento en que se ve amenazada por la imprudencia del joven.

resistían sin duda desde hacía mucho, y tal vez ya no podían seguir resistiendo a un amor acrecentado día a día por invencibles obstáculos, incubado por el terror, fortalecido por la juventud. Aquella mujer era discretamente hermosa, pero su tez pálida revelaba secretos sufrimientos que la volvían interesante. Tenía, además, las formas distinguidas y los cabellos más hermosos del mundo. Guardada por un tigre, tal vez arriesgaba su vida diciendo una palabra, dejándose coger la mano, acogiendo una mirada. Si nunca amor alguno había estado sepultado más profundamente en dos corazones, ni había sido saboreado con mayores delicias, tampoco nunca ninguna pasión debía de ser más peligrosa. Era fácil adivinar que, para aquellos dos seres, el aire, los sonidos, el ruido de los pasos sobre las losas, las cosas más indiferentes al resto de los hombres, ofrecían cualidades sensibles, propiedades singulares que ellos adivinaban. Tal vez el amor les permitía encontrar fieles mediadores incluso en las manos heladas del viejo sacerdote al que iban a decir sus pecados, o de las que recibían una hostia al acercarse a la sagrada mesa. Amor profundo, amor grabado en el alma como en el cuerpo una cicatriz que hay que conservar durante toda la vida. Cuando aquellos dos jóvenes se miraron, la mujer pareció decir a su amante: «Perezcamos, pero amémonos». Y el caballero pareció responderle: «Nos amaremos, y no pereceremos». Entonces, con un movimiento de cabeza lleno de melancolía, ella le señaló una vieja dueña y dos pajes. La dueña dormía. Los dos pajes eran jóvenes, y parecían bastante desprecupados de lo que pudiese sucederle de bueno o de malo a su amo.

—No os asustéis a la salida, y no ofrezcáis resistencia.

Apenas hubo dicho el gentilhomme en voz baja estas palabras, la mano del viejo señor se deslizó sobre el pomo de su espada. Al sentir la frialdad del hierro, el viejo se despertó de improviso: sus ojos amarillos se fijaron al punto en su mujer. Por un privilegio otorgado muy raramente incluso a los hombres de talento, encontró su inteligencia tan nítida y sus ideas tan claras como si no se hubiese adormilado. Era un celoso. Si el joven caballero tenía un ojo en su amada, el otro miraba de soslayo al marido. Se levantó con presteza, y se esfumó detrás del pilar en el momento en que la mano del viejo quiso moverse; luego desapareció, ligero como un pájaro. La dama bajó rápidamente los ojos, fingió leer y trató de aparentar serenidad; pero no podía impedir que su rostro se ruborizase, ni que su corazón latiese con una violencia inusitada. El viejo señor oyó el ruido de las pulsaciones profundas que resonaban en la capilla y observó el extraordinario rubor difundido por las mejillas, por la frente, por los párpados de su mujer: miró con prudencia a su alrededor; pero, al no ver a nadie del que tuviese que desconfiar, le dijo:

—¿En qué estáis pensando, amiga mía?

—El olor del incienso me sienta mal —respondió ella.

—Es que hoy es malo —replicó el señor.

A pesar de esta observación, el taimado viejo fingió creer en aquel pretexto; pero sospechó alguna traición secreta y decidió vigilar con mayor atención todavía su tesoro. Ya se había dado la bendición. Sin esperar el final del *sæcula sæculorum*, la muchedumbre se precipitaba como un torrente hacia las puertas de la iglesia. Según su costumbre, el señor esperó prudentemente que la prisa general se calmase, y luego salió haciendo que delante de él caminasen la dueña y el paje más joven, que lleva-

ba un farol de mano: dio el brazo a su mujer e hizo que los siguiese el otro paje. En el momento en que el viejo señor iba a alcanzar la puerta lateral abierta en la parte oriental del claustro y por la que tenía costumbre de salir, una oleada de gente se apartó de la muchedumbre que obstruía el pórtico mayor, reflujo hacia la pequeña nave donde él se encontraba con sus acompañantes, y aquella masa compacta le impidió volver sobre sus pasos. El señor y su esposa se vieron entonces empujados hacia el exterior por la fuerte presión de aquella multitud. El marido trató de pasar el primero tirando con fuerza del brazo de la dama; pero, en ese momento, fue vigorosamente arrastrado a la calle, y su mujer le fue arrancada por un desconocido. Arrepintiéndose de haber dormido tanto tiempo, reunió toda su fuerza; con una mano volvió a agarrar la manga del vestido de su mujer, y con la otra trató de aferrarse a la puerta. Pero el ardor del amor triunfó sobre la rabia de los celos. El joven gentilhomme cogió a su amada por la cintura, se la llevó con tanta rapidez y con tal fuerza de desesperación que el paño de seda y oro, el brocado<sup>11</sup> y las ballenas<sup>12</sup> se desgarraron ruidosamente. Solo la manga quedó en manos del marido. Un rugido de león cubrió en el acto los gritos lanzados por la multitud, y enseguida se oyó una voz terrible gritando estas palabras:

—¡A mí, Poitiers! ¡Gentes del conde de Saint-Vallier, al pórtico! ¡Socorro! ¡Aquí!

<sup>11</sup> Tela de seda entretejida con oro o plata, de modo que el metal forme en la cara superior flores o dibujos briscados.

<sup>12</sup> Cada una de las láminas córneas y elásticas que tiene la ballena en la mandíbula superior y que, cortadas en tiras más o menos anchas, se utilizaban como armazón sobre el que mantener rígidas partes del vestido.

Y el conde Aymar de Poitiers<sup>13</sup>, sire de Saint-Vallier, trató de sacar su espada y abrirse paso; pero se vio rodeado, acosado por treinta o cuarenta gentilhombres a los que era peligroso herir. Varios de ellos, pertenecientes a la mayor alcurnia, le respondieron con pullas arrastrándolo al pasaje del claustro. Con la rapidez del relámpago, el raptor había llevado a la condesa a una capilla abierta donde la sentó detrás de un confesonario, en un banco de madera. A la luz de los cirios que ardían ante la imagen del santo al que estaba dedicada la capilla, se miraron un momento en silencio, estrechándose las manos, asombrados uno y otro de su audacia. La condesa no tuvo el cruel valor de reprocharle al joven la osadía a la que debían aquel peligroso, aquel primer instante de felicidad.

—¿Queréis huir conmigo a los estados vecinos? —le dijo vivamente el gentilhomme—. Tengo cerca de aquí dos caballos berberiscos ingleses capaces de hacer treinta leguas de un tirón.

—¡Ah! —exclamó ella con dulzura—, ¿en qué lugar del mundo encontraréis asilo para una hija del rey Luis XI?

—Es cierto —respondió el joven, sorprendido de no haber previsto esta dificultad.

—¿Por qué me habéis arrancado del lado de mi marido? —preguntó ella con una especie de terror.

—¡Ay! —repuso el caballero—, no conté con la turbación en que estoy al encontrarme a vuestro lado, al oírse dirigirme la palabra. Había preparado dos o tres planes, y ahora todo me parece hecho, pues os estoy viendo.

<sup>13</sup> El nombre del personaje es histórico: la casa de Poitiers, de los condes de Valentinois, era una de las más antiguas del Delfinado y poseía el señorío de Saint-Vallier; su personaje más ilustre fue Diana de Poitiers, amante de Enrique II.

—Pero yo estoy perdida —dijo la condesa.

—Estamos salvados —replicó el gentilhomme con el ciego entusiasmo del amor—. Escuchadme atentamente.

—Esto me costará la vida —replicó ella dejando correr las lágrimas que asomaban a sus ojos—. ¡El conde quizá me mate esta noche! Pero id a presencia del rey, contadle los tormentos que su hija ha soportado desde hace cinco años. Él me quería cuando era pequeña, y me llamaba riendo «María llena de gracia», porque era fea. ¡Ay, si supiese a qué hombre me entregó, le acometería una cólera terrible! No me he atrevido a quejarme, por piedad hacia el conde. Además, ¿cómo podría llegar mi voz hasta el rey? Mi propio confesor es un espía de Saint-Vallier. Por eso me he prestado a este rapto culpable, con la esperanza de conseguir un defensor. Pero ¿puedo fiarme de...? ¡Oh! —añadió poniéndose pálida e interrumpiéndose—, ahí está el paje.

Y la pobre condesa hizo una especie de velo con sus manos para ocultar el rostro.

—No temáis nada —prosiguió el joven señor—, es de los nuestros. Podéis emplearlo con toda confianza, me sirve a mí. Cuando el conde venga a buscaros, él nos avisará de su llegada. En este confesionario —añadió en voz baja—, hay un canónigo amigo mío que se supone que os retiró del tumulto y os puso bajo su protección en esta capilla. Así todo está previsto para engañar a Saint-Vallier.

A estas palabras, las lágrimas de la condesa se secaron, pero una expresión de tristeza vino ensombrecer su frente.

—¡Es imposible engañarlo! —dijo—. Esta noche lo sabrá todo. Guardaos de sus golpes. Id a Plessis, ved al rey, decidle que...

Titubeó. Pero algún recuerdo le dio valor para confesar los secretos del matrimonio.

—Pues bien —continuó—, decidle que, para dominarme, el conde me hace sangrar de los dos brazos y me agota. Decidle que me ha arrastrado por los cabellos, decidle que estoy prisionera, decidle que...

Su corazón se hinchó, los sollozos expiraron en su garganta, unas lágrimas cayeron de sus ojos; y en medio de su agitación se dejó besar las manos por el joven, de cuya boca escapaban palabras incoherentes.

—¡Nadie puede hablar al rey, pobre pequeña! Por más que sea sobrino del ballestero mayor, no entraré esta noche en Plessis. ¡Mi querida señora, mi bella soberana! ¡Dios mío, cuánto ha sufrido! María, dejadme deciros dos palabras, o estamos perdidos.

—¿Qué será de mí? —dijo ella.

La condesa distinguió en la negra pared un cuadro de la Virgen sobre el que caía el resplandor de la lámpara, y exclamó:

—¡Santa madre de Dios, aconséjanos!

—Esta noche —prosiguió el joven señor— estaré en vuestra casa.

—¿Y cómo? —preguntó ella ingenuamente.

Estaban en un peligro tan grande que sus palabras más dulces parecían desprovistas de amor.

—Esta noche —prosiguió el gentilhomme—, iré a ofrecerme en calidad de aprendiz a maese Cornélius, el tesorero del rey. He conseguido procurarme una carta de recomendación para que me reciba. Su casa está contigua a la vuestra. Una vez en el tejado de ese viejo tacaño, con la ayuda de una escala de seda sabré encontrar el camino de vuestro aposento.

—¡Oh! —dijo ella, petrificada de horror—, ¡si me amáis, no vayáis a casa de maese Cornélius!

¡Ah! —exclamó él estrechándola contra su corazón con toda la fuerza que se siente a su edad—, ¡entonces me amáis!

—Sí —dijo ella—. ¿No sois mi esperanza? Sois gentilhombre, os confío mi honor.

—Además —prosiguió mirándolo con dignidad—, soy demasiado desdichada para que traicionéis mi confianza. Pero ¿de qué sirve todo esto? ¡Marchaos, dejadme morir antes que entrar en casa de Cornélius! ¿No sabéis que todos sus aprendices?...

—Fueron colgados —terminó riendo el gentilhombre—. ¿Creéis que me tientan sus tesoros?

—¡Oh! No vayáis, seríais víctima de alguna brujería.

—Nunca podré pagar en exceso la dicha de serviros —respondió él lanzándole una mirada de fuego que la hizo bajar los ojos.

—¿Y mi marido? —dijo ella.

—Esto lo dormirá —replicó el joven sacando de su cinturón un frasquito.

—¿No para siempre? —preguntó la condesa temblando.

Por toda respuesta, el gentilhombre hizo un gesto de horror.

—Yo ya le habría desafiado a combate singular si no fuese tan viejo —añadió—. ¡Dios me guarde nunca de libraros de él dándole un plato envenenado!

—Perdón —dijo la condesa ruborizándose—, soy cruelmente castigada por mis pecados. En un momento de desesperación, quise matar al conde, y temía que vos tuvieseis el mismo deseo. Mi dolor es grande por no haberme podido confesar todavía de ese mal pensamiento; pero he tenido miedo a que le revelasen mi idea, a que se vengase. —Os doy vergüenza —prosiguió, ofendida por el silencio que mantenía el joven—. Me he merecido ese reproche.

Y rompió el frasco arrojándolo violentamente contra el suelo.

—No vayáis —exclamó—, el conde tiene el sueño ligero—. Mi deber es esperar ayuda del cielo. ¡Es lo que haré!

Quiso marcharse.

—¡Ah! —exclamó el gentilhombre—, ordenádmelo, ¡yo lo mataré, señora! Me veréis esta noche.

—He hecho bien disipando esa droga —replicó ella con una voz apagada por el placer de verse amada con tal ardor—. El temor a despertar a mi marido nos salvará de nosotros mismos.

—Os prometo mi vida —dijo el joven estrechándole la mano.

—Si el rey quiere, el papa sabrá anular mi matrimonio. Entonces estaríamos unidos —respondió ella lanzándole una mirada llena de deliciosas esperanzas.

—¡Aquí llega mi señor! —exclamó el paje acudiendo.

Acto seguido, el gentilhombre, algo sorprendido por el poco tiempo que había permanecido junto a su amada, y asombrado por la celeridad del conde, le dio un beso que su amada no supo negarle.

—¡Hasta la noche! —le dijo, huyendo de la capilla.

A favor de la oscuridad, el enamorado llegó al pórtico mayor escapando de pilar en pilar, por el largo rastro de sombra que cada gruesa columna proyectaba a través de la iglesia. De pronto, un viejo canónigo salió del confesionario, fue a situarse al lado de la condesa y cerró despacio la verja ante la que el paje se paseó con gravedad y un aplomo de asesino. Vivos resplandores anunciaron al conde. Acompañado por algunos amigos y criados que portaban antorchas, sostenía en la mano su espada desnuda. Sus ojos sombríos parecían traspasar las profundas tinieblas y escudriñar los rincones más oscuros de la catedral.

—Monseñor, la señora está ahí —le dijo el paje saliendo a su encuentro.

El sire de Saint-Vallier encontró a su mujer arrodillada al pie del altar, y al canónico de pie leyendo su breviario. Ante la escena, sacudió con viveza la verja, como para dar rienda suelta a su rabia.

—¿Qué pretendéis con una espada desnuda en la mano dentro de la iglesia? —preguntó el canónico.

—Padre, el señor es mi marido —respondió la condesa.

El sacerdote sacó la llave de su manga y abrió la capilla. Casi a pesar suyo, el conde lanzó unas miradas alrededor del confesionario, entró en él; luego, se puso a escuchar el silencio de la catedral.

—Señor —le dijo su mujer—, debéis agradecimiento a este venerable canónico que me ha puesto a salvo aquí.

El sire de Saint-Vallier palideció de cólera, no se atrevió a mirar a sus amigos, que le habían acompañado más para reírse de él que para ayudarle, y contestó brevemente:

—Gracias a Dios, padre, ya encontraré medio de recompensaros.

Cogió a su mujer del brazo y sin dejarla terminar su reverencia al canónico, hizo una seña a su servidumbre y salió de la iglesia sin decir una palabra a los que lo habían acompañado. Su silencio tenía algo de feroz. Impaciente por llegar a casa, preocupado por los medios de descubrir la verdad, se puso en marcha por las tortuosas calles que entonces separaban la catedral del pórtico de la Cancillería, donde se alzaba el hermoso palacete, entonces recientemente construido por el canciller Juvénal des Ursins<sup>14</sup>, sobre el emplazamiento de una antigua fortificación que Carlos VII había dado a este fiel

<sup>14</sup> Guillaume Juvénal des Ursins, canciller de Francia (1400-1472) y hermano de Jean Juvénal, historiador de Carlos VI.

servidor como recompensa de sus gloriosos trabajos. Allí comenzaba una calle llamada desde entonces de la Scéellerie, en memoria de los sellos que allí se guardaron mucho tiempo. Unía el viejo Tours con el burgo de Châteauneuf, donde se encontraba la célebre abadía de Saint-Martin, de la que tantos reyes fueron simples canónicos. Desde hacía cien años, y tras largas discusiones, ese burgo había sido agregado a la ciudad. Muchas de las calles adyacentes a la de la Scéellerie, y que hoy forman el centro del moderno Tours, ya estaban construidas; pero los palacetes más bellos, y sobre todo el del tesoro Xancoings<sup>15</sup>, casa que todavía subsiste en la calle del Commerce, estaban situados en la comuna de Châteauneuf. Por ahí fue por donde los portaantorches del sire de Saint-Vallier lo guiaron hacia la parte del burgo cercano al Loira; seguía maquinalmente a su servidumbre lanzando de vez en cuando una mirada sombría a su mujer y al paje, con el fin de sorprender entre ellos una mirada de inteligencia que arrojase alguna luz sobre aquel desconcertante encuentro. El conde llegó por fin a la calle del Mûrier, donde estaba situada su casa. Cuando su séquito hubo entrado y se cerró la pesada puerta, un profundo silencio reinó en aquella calle estrecha donde se alojaban entonces algunos señores, porque aquel barrio nuevo de la ciudad estaba junto al Plessis, morada habitual del rey, a la que los cortesanos podían ir en un momento. La última casa de esta calle era también la última de la ciudad y pertenecía a maese Cornelius Hoogworst, viejo negociante brabantón<sup>16</sup>, a quien el rey Luis XI otorgaba su confian-

<sup>15</sup> Un tal Jean de Xainconings fue recaudador de impuestos durante el reinado de Carlos VII, no de Luis XI; poseía un palacete en la calle Colbert, frente a la iglesia de Saint-Julien.

<sup>16</sup> Natural de Brabante, provincia belga con capital en Bruselas.

za en las transacciones financieras que su astuta política le obligaba a hacer fuera del reino. Por razones favorables a la tiranía que ejercía sobre su mujer, el conde de Saint-Vallier había fijado en otro tiempo su residencia en un palacete contiguo al hogar de este maese Cornélius. La topografía de los lugares explicará los beneficios que tal situación podía ofrecer a un celoso. La casa del conde, llamada el *palacete de Poitiers*, tenía un jardín bordeado al norte por el muro y el foso que servían de murallas al antiguo burgo de Châteauneuf, a lo largo de los cuales pasaba la calzada recientemente construida por Luis XI entre Tours y el Plessis. Por ese lado, unos perros defendían el acceso a la mansión, que un gran patio separaba por el este de las casas vecinas, y que por el oeste se encontraba adosada a la casa de maese Cornélius. La fachada de la calle estaba orientada a mediodía. Aislado por tres lados, el palacete del desconfiado y astuto señor solo podía ser invadido por lo tanto por los habitantes de la vivienda brabantona, cuyas cimas y canalones de piedra estaban unidos a los del palacete de Poitiers. Del lado de la calle, las ventanas, estrechas y abiertas en la piedra, estaban provistas de barrotes de hierro; además, la puerta, baja y abovedada como el portillo de nuestras prisiones más antiguas, tenía una solidez a toda prueba. Junto al porche había un banco de piedra, que servía de poyo. Viendo el perfil de las viviendas ocupadas por maese Cornélius y por el conde de Poitiers, era fácil suponer que las dos casas habían sido construidas por el mismo arquitecto, y destinadas a tiranos. Con su aspecto siniestro, ambas semejaban pequeñas fortalezas, y podían defenderse con ventaja durante mucho tiempo frente a un populacho furioso. Sus ángulos estaban protegidos por torrecillas semejantes a las que los aficionados a las antigüedades

contemplan en ciertas ciudades donde el martillo de los demolidores no ha penetrado aún. Los vanos, que tenían poca anchura, permitían dar una fuerza de resistencia prodigiosa a los postigos guarnecidos de hierro y a las puertas. Los motines y las guerras civiles, tan frecuentes en aquellos tiempos de discordia, justificaban ampliamente todas estas precauciones.

Cuando dieron las seis en el campanario de la abadía de Saint-Martin, el enamorado de la condesa pasó por delante del palacete de Poitiers, se detuvo un momento y oyó en la sala baja el ruido que hacían los criados del conde mientras cenaban. Después de haber lanzado una ojeada hacia la habitación donde presumía que debía estar su dama, se dirigió hacia la puerta de la vivienda vecina. Por todas partes durante su trayecto, el joven había oído los alegres acentos de las comidas que se hacían en las casas de la ciudad para celebrar la fiesta. Todas las ventanas mal ensambladas dejaban pasar rayos de luz, las chimeneas humeaban y el buen olor de los asados alegraba las calles. Acabado el oficio, la ciudad entera se divertía y lanzaba murmullos que la imaginación comprende mejor de lo que puede describir la palabra. Mas en aquel lugar reinaba un profundo silencio, porque en aquellas dos moradas vivían dos pasiones que no se divierten nunca. Más allá, los campos callaban. Y allí, a la sombra de los campanarios de la abadía de Saint-Martin, aquellas dos casas también mudas, separadas de las demás y situadas en el extremo más tortuoso de la calle, parecían una leprosería. El edificio de enfrente, que pertenecía a unos criminales de Estado, estaba embargado. Un joven debía impresionarse con facilidad ante aquel repentino contraste. Por eso, a punto de lanzarse a una empresa horriblemente azarosa, el gentilhomme per-

maneció pensativo ante la casa del lombardo<sup>17</sup> recordando todos los rumores que proporcionaba la vida de maese Cornélius y que habían provocado el singular espanto de la condesa. En aquella época, un guerrero, e incluso un enamorado, se estremecía ante la palabra magia. Había entonces pocas imaginaciones incrédulas para los hechos extraños, o frías ante relatos maravillosos. El galán de la condesa de Saint-Vallier, una de las hijas que Luis XI había tenido de Mme. de Sassenage<sup>18</sup>, en el Delfinado, por osado que pudiera ser, debía pensárselo dos veces antes de entrar en una casa embrujada.

La historia de maese Cornélius Hoogworst explicará totalmente la seguridad que el lombardo había inspirado al sire de Saint-Vallier, el terror manifestado por la condesa y la vacilación que detenía al galán. Pero, para hacer comprender plenamente a unos lectores del siglo XIX la forma en que unos acontecimientos bastante vulgares en apariencia se habían vuelto sobrenaturales, y para hacerles compartir los terrores de los viejos tiempos, es preciso interrumpir esta historia para echar una rápida ojeada sobre las aventuras de maese Cornélius.

Cornélius Hoogworst, uno de los comerciantes más ricos de Gante, tras granjearse la enemistad de Carlos, duque de Borgoña, había encontrado asilo y protección en

<sup>17</sup> Con el término de «lombardo» se calificaba a todos los que se ocupaban del comercio de dinero, sea cual fuese su nacionalidad. «Nombre que se daba a los banqueros, usureros y prestamistas sobre prendas en la Edad Media, dado que los lombardos se dedicaban particularmente al comercio de dinero» (*Dictionnaire Littré*).

<sup>18</sup> Noble-Felise-Reynaud, baronesa de Sassenage, perteneciente a una noble familia de Die, enviudó en dos ocasiones, la última del barón Henri de Sassenage. Amante de Luis XI cuando era delfín, tuvo dos hijas que el rey terminaría legitimando y casando: la protagonista de *Maese Cornélius* con Aymar de Poitiers, y la segunda, con Luis de Borbón, bastardo de esa familia.

la corte de Luis XI. El rey se dio cuenta de las ventajas que podía sacar de un hombre relacionado con las principales casas de Flandes, de Venecia y del Levante, lo ennoblecía, lo naturalizó, halagó a maese Cornélius, cosa que rara vez le pasaba a Luis XI. El monarca agradaba además al flamenco tanto como el flamenco agradaba al monarca. Astutos, desconfiados, avaros, tan político e instruido el uno como el otro, superiores ambos a su época, los dos se comprendían de maravilla; abandonaban y volvían a tomar con igual facilidad, el uno su conciencia, el otro su devoción; amaban a la misma virgen, el uno por convicción, el otro por halago; finalmente, de creer las palabras envidiosas de Olivier el Gamo y de Tristan, el rey iba a divertirse a casa del lombardo, como se divertía Luis XI. La historia se ha tomado el cuidado de transmitir los gustos licenciosos de este monarca al que no desagradaba el libertinaje. El viejo brabanzón sacaba sin duda alegría y provecho prestándose a los caprichosos placeres de su regio cliente. Cornélius residía en la ciudad de Tours desde hacía nueve años. Durante estos nueve años habían pasado en su casa sucesos extraordinarios que lo habían convertido en objeto de la execración general. Al llegar, gastó en el edificio sumas bastante considerables para poner a salvo sus tesoros. Las invenciones que los cerrajeros de la ciudad ejecutaron para él en secreto, las extrañas precauciones que había tomado para llevarlos a su casa asegurándose a la fuerza su discreción, fue durante mucho tiempo tema de mil historias maravillosas que encantaron las veladas de la Turena<sup>19</sup>. Los singulares

<sup>19</sup> Antigua provincia y región francesa, integrada hoy en el departamento de Indre-et-Loire y parcialmente en el Indre, y famosa por sus vinos. La capital era Tours. Gobernada por condes, fue cedida en 1044 a la casa de Anjou; tras un periodo de tiempo como posesión de Inglaterra, se incorporó definitivamente a Francia en 1584.

artificios del viejo obligaban a suponerlo dueño de riquezas orientales. Por eso, los narradores de esa comarca, patria del cuento en Francia, edificaban aposentos de oro y pedrerías en casa del flamenco, sin dejar de atribuir a pactos mágicos la fuente de esa inmensa fortuna. En otro tiempo, maese Cornélius había traído consigo dos criados flamencos, una mujer vieja, además de un joven aprendiz de rostro dulce y solícito; este joven le servía de secretario, de cajero, de factótum y de correo. En el primer año de su asentamiento en Tours, en su casa se produjo un robo considerable. Las investigaciones judiciales demostraron que el crimen había sido cometido por un habitante de la casa. El viejo avaro hizo encarcelar a sus dos criados y a su empleado. El joven era débil, murió en los tormentos del interrogatorio, sin dejar de protestar de su inocencia. Los dos criados confesaron el crimen para evitar las torturas; pero cuando el juez les preguntó donde estaban las sumas robadas, guardaron silencio y fueron nuevamente interrogados, juzgados, condenados y ahorcados. De camino al cadalso, siguieron proclamándose inocentes, según costumbre de todos los ahorcados. La ciudad de Tours habló mucho tiempo de este singular asunto. Los criminales eran flamencos, y por lo tanto el interés que aquellos desgraciados y el joven empleado habían despertado se desvaneció enseguida. En esa época, las guerras y las sediciones proporcionaban emociones constantes, y el drama del día hacía palidecer al de la víspera. Más apenado por la enorme pérdida que había sufrido que por la muerte de sus tres servidores, maese Cornélius se quedó solo con la vieja flamenca que era hermana suya. Logró del rey el privilegio de utilizar los correos del Estado para sus asuntos particulares, puso sus mulas en un mulero de la vecindad y, desde entonces, vivió en la soledad más

profunda, sin ver a nadie, más que al rey, y haciendo su comercio por medio de los judíos, hábiles calculadores, que le servían fielmente con el fin de obtener su todopoderosa protección.

Algún tiempo después de esta aventura, el rey procuró a su antiguo *torçonnier*<sup>20</sup> un joven huérfano por el que demostraba mucho interés. Luis XI llamaba familiarmente a maese Cornélius con ese viejo término que, durante el reinado de san Luis, significaba usurero, recaudador de impuestos, hombre que extorsionaba a la gente por medios violentos. El epíteto *tortionnaire*, que subsiste en los tribunales, explica bastante bien la palabra *torçonnier*, que a menudo se encuentra escrita *tortionneur*. El pobre muchacho se entregó celosamente a los asuntos del lombardo, supo agradarlo y se ganó su benevolencia. Una noche de invierno, los diamantes depositados en las manos de Cornélius por el rey de Inglaterra como garantía de una suma de cien mil escudos fueron robados, y las sospechas recayeron sobre el huérfano. Luis XI mostró mayor severidad por haberse convertido él mismo en garante de su fidelidad. Por eso el infeliz fue ahorcado, tras un interrogatorio llevado de forma bastante sumaria por el gran preboste. Nadie se atrevía a aprender el arte de la banca y del cambio en casa de maese Cornélius. Sin embargo, dos jóvenes de la ciudad, turonenses muy honorables y deseosos de fortuna, entraron en ella uno tras otro. Con la admisión de los dos jóvenes en casa del *torçonnier* coincidieron robos considerables; las circuns-

<sup>20</sup> Desde el siglo XII, el término señalaba al que «ejerce exacciones, violencias»; en el lenguaje del derecho, se utiliza el vocablo *torticeiro*, derivado de la misma raíz latina que la voz francesa, con el significado de «Injusto o que no se arregla a las leyes o a la razón». También se emplea hoy en día la locución *enriquecimiento torticero*.

tancias de estos delitos, la forma en que fueron ejecutados, demostraron con toda claridad que los ladrones tenían connivencias secretas con los habitantes de la casa; fue imposible no acusar de ellos a los recién llegados. Cada vez más suspicaz y vengativo, el brabanzón dio cuenta inmediata del hecho a Luis XI, que encargó a su gran preboste de estos asuntos. Cada proceso fue rápidamente instruido y más rápidamente concluido. El patriotismo de los turonenses criticó en secreto la celeridad de Tristan. Culpables o no, los jóvenes fueron considerados víctimas, y Cornélius, un verdugo. Como las dos familias de luto eran estimadas, sus quejas fueron atendidas; y, de conjetura en conjetura, consiguieron que se creyese en la inocencia de todos aquellos que el tesorero del rey había enviado a la horca. Unos pretendían que el cruel avaro imitaba al rey, que trataba de interponer entre él y el mundo el terror y los patibulos; que nunca había sido robado; que aquellas tristes ejecuciones eran resultado de un frío cálculo, y que pretendía no tener miedo por sus tesoros. El primer efecto de estos rumores populares fue aislar a Cornélius; los turonenses lo trataron como a un apestado, lo llamaron *tortionnaire*, y dieron a su casa el nombre de la *Malemaison*. En el caso, incluso, de que el lombardo hubiese podido encontrar extranjeros suficientemente osados para entrar en su casa, todos los habitantes de la ciudad los habrían disuadido con sus afirmaciones. La opinión más favorable a maese Cornélius era la de las personas que lo consideraban un hombre funesto. Inspiraba a unos un terror instintivo; en otros imprimía ese respecto profundo que se profesa a un poder sin límites o al dinero; en muchos ejercía la atracción del misterio. Su género de vida, su fisonomía y el favor del rey justificaban todos los cuentos de los que se había convertido

en protagonista. Cornélius viajaba muy a menudo por países extranjeros desde la muerte de su persecutor, el duque de Borgoña<sup>21</sup>; y, en su ausencia, el rey hacía guardar la casa del banquero por hombres de su compañía escocesa<sup>22</sup>. Esta regia solicitud hacía presumir a los cortesanos que el viejo había legado su fortuna a Luis XI. El *torçonnier* salía muy poco, eran los señores de la corte los que lo visitaban a menudo; les prestaba dinero con bastante liberalidad, pero era caprichoso: ciertos días no les habría dado ni un ochavo parisino<sup>23</sup>; al día siguiente les ofrecía sumas inmensas, aunque, eso sí, a un buen interés y con grandes garantías. Buen católico por lo demás, acudía regularmente a los oficios, pero iba a Saint-Martin muy temprano; y como en ella había comprado una capilla a perpetuidad, también allí, como en cualquier otra parte, estaba separado de los demás cristianos. Finalmente, un proverbio popular de aquella época, y que pervivió mucho tiempo en Tours, era esta frase: «Habéis pasado delante del lombardo, os acarrearé desgracia». *Habéis pasado delante del lombardo* explicaba los males repentinos, las melancolías involuntarias y los reveses de fortuna. Hasta en la corte se atribuía a Cornélius esa fatal influencia que las supersticiones italiana, española y asiá-

<sup>21</sup> Carlos el Temerario (1433-1477), duque de Borgoña, había muerto dos años antes del inicio de la acción de *Maese Cornélius*.

<sup>22</sup> Luis XI dispuso, para su guardia personal, de una compañía escocesa, protagonista de la novela de Walter Scott *Quintín Durward* (1823), cuya trama ocurre durante el reinado de ese monarca francés, descrito como cruel, supersticioso, taimado y perspicaz. En la narración de Scott —que habría de servir de modelo a las novelas históricas del siglo XIX, entre ellas a *Notre-Dame de Paris* de Victor Hugo— aparecen personajes históricos como Olivier el Gambo o el médico Coycetier, que también figuran en *Maese Cornélius*.

<sup>23</sup> El ochavo parisino (*sous paris*), acuñado en París, valía una cuarta parte más que el ochavo tomes.

tica han denominado *mal de ojo*. De no ser por el poder terrible que Luis XI había extendido como un manto sobre aquella casa, a la menor ocasión el pueblo habría demolido la Malemaison de la calle del Mûrier. Y era sin embargo en casa de Cornélius donde habían arraigado las primeras moreras<sup>24</sup> que se habían plantado en Tours; por eso los turonenses lo miraron entonces como un genio benéfico. ¡Para que os fiéis del favor popular! Algunos señores que habían encontrado a maese Cornélius fuera de Francia quedaron sorprendidos ante su buen humor. En Tours siempre estaba sombrío y meditabundo; y volvía allí siempre. Un poder inexplicable lo devolvía a su negra casa de la calle del Mûrier. Como el caracol, cuya vida está tan fuertemente unida a la de su concha, confesaba al rey que solo se encontraba a gusto bajo las piedras vermiculadas<sup>25</sup> y bajo los cerrojos de su pequeña fortaleza, aun a sabiendas de que, muerto Luis XI, aquel lugar sería para él el más peligroso de la tierra.

—El diablo se divierte a costa de nuestro compadre el *torçonnier* —dijo Luis XI a su barbero unos días antes de la fiesta de Todos los Santos—. Se ha vuelto a quejar de que le han robado. Pero ya no puede ahorcar a nadie, a menos que se ahorque él mismo. ¿Pues no ha venido ese viejo truhán a preguntarme si ayer no me llevé por descuido una cadena de rubíes que quería venderme? ¡Vive Dios! Yo no robo lo que puedo coger, le he dicho. —¿Y se ha asustado? —preguntó el barbero. —Los avaros solo se asustan de una cosa —respondió el Rey—. Mi compadre el *torçonnier* sabe de sobra que yo no le despojaré sin

<sup>24</sup> Balzac, oriundo de Tours, acepta la tesis de quienes veían en Luis XI al introductor del cultivo de las moreras en Francia y en esa región; sin embargo, parece demostrado que no fue hasta 1494, durante el reinado de Carlos VIII, cuando ese árbol se introdujo en la región de Montélimar.

<sup>25</sup> Que tiene gusanos o vermes, o los cría.

motivo, de otro modo sería injusto y nunca he hecho nada que no fuese justo y necesario. —Sin embargo, el viejo malandrín os vende muy caro —replicó el barbero. —Querías que eso fuera cierto, ¿verdad? —dijo el rey lanzando una mirada maliciosa al barbero. —Por vida de Mahoma, sire, qué buena herencia para repartir entre vos y el diablo. —Basta —dijo el rey—. No me sugieras malas ideas. Mi compadre es un hombre más fiel que todos aquellos cuya fortuna he hecho yo, quizá porque no me debe nada.

Así pues, desde hacía dos años maese Cornélius vivía solo con su vieja hermana, que pasaba por bruja. Un sastre de la vecindad aseguraba haberla visto a menudo, de noche, esperando en los tejados la hora de ir al aquelarre. Hecho que resultaba más extraordinario todavía porque el viejo avaro encerraba a su hermana en un cuarto cuyas ventanas estaban provistas de barrotes de hierro. Al hacerse viejo, Cornélius, siempre robado, siempre temeroso de ser engañado por los hombres, había llegado a aborrecer a todos, excepto al rey, a quien estimaba mucho. Había caído en una misantropía excesiva, pero, como en la mayoría de los avaros, su pasión por el oro, la asimilación de ese metal a su propia sustancia se había vuelto cada vez más íntima, y crecía en intensidad con los años. Hasta su propia hermana provocaba sus sospechas, aunque quizá fuese más avara y más ecónoma todavía que su hermano, a quien superaba en invenciones de cicatería. Por eso su existencia tenía algo de problemático y misterioso. La vieja compraba tan raras veces pan en la panadería, aparecía tan poco por el mercado, que los observadores menos crédulos habían terminado atribuyendo a aquellos dos extraños seres el conocimiento de algún secreto de vida. Los que entendían algo de alquimia de-

cían que maese Cornélius sabía hacer oro. Los sabios pretendían que había encontrado la panacea universal. Cornélius era, para muchos aldeanos a los que habían hablado de él las gentes de la ciudad, un ser quimérico, y eran varios los que, llenos de curiosidad, acudían a contemplar la fachada de su palacete.

Sentado en el banco de la vivienda situada frente a la de maese Cornélius, el gentilhombre miraba sucesivamente el palacete de Poitiers y la Malemaison; la luna ribeteaba los salientes con su resplandor y coloreaba con mezclas de sombra y de luz los huecos y los relieves de la fachada. Los caprichos de aquel resplandor blanco daban una fisonomía siniestra a los dos edificios; parecía como si la naturaleza misma se prestase a las supersticiones que planeaban sobre aquella morada. El joven recordó una tras otra todas las tradiciones que hacían de Cornélius un personaje curioso y temible al mismo tiempo. Aunque decidido por la violencia de su amor a entrar en aquella casa, a pasar en ella el tiempo necesario para llevar a cabo sus proyectos, dudaba en arriesgar este último paso, aun a sabiendas de que iba a darlo. Pero, en las crisis de su vida, ¿quién no se complace en escuchar los presentimientos, en mecerse sobre los abismos del futuro? Como amante digno de amar, el joven temía morir sin haber recibido los favores de amor de la condesa. Esta secreta deliberación era tan cruelmente interesante que no sentía el frío que silbaba en sus piernas y sobre los saledizos de las casas. Al entrar en la de Cornélius, debía despojarse de su nombre, del mismo modo que ya había abandonado su bella indumentaria de noble. En caso de desgracia, le estaba vedado reclamar los privilegios de su cuna o la protección de sus amigos, a menos de causar irremisiblemente la perdición de la condesa de Saint-Vallier. Si sospechaba la visita noc-

turna de un amante, aquel viejo señor era capaz de hacerla perecer a fuego lento en una jaula de hierro, de encerrarla en lo más profundo de alguna fortaleza para que muriese día a día. Mirando las miserables ropas con las que se había disfrazado, el gentilhombre sintió vergüenza de sí mismo. Viendo su cinturón de cuero negro, sus gruesos zapatos, sus calzones de paño, sus calzas de tiritaña<sup>26</sup> y su jubón de lana gris, parecía el ayudante del alguacil más pobre. Para un noble del siglo xv, encarnar el papel de un burgués sin blanca y renunciar a los privilegios del rango suponía la muerte. Pero escalar al tejado del palacete donde sollozaba su amada, descender por la chimenea o correr por las galerías y, de canalón en canalón, llegar hasta la ventana de su aposento; arriesgar la vida para estar a su lado sobre un cojín de seda, delante de un buen fuego, durante el sueño de un marido siniestro cuyos ronquidos redoblarían su alegría; desafiar cielo y tierra dándose el más audaz de todos los besos; no decir una palabra que no pudiese ser seguida de la muerte o, al menos, de un combate sangriento; todas estas voluptuosas imágenes y los novelescos peligros de la empresa decidieron al joven. Cuanto más ligero debía ser el precio de sus desvelos, aunque solo pudiese besar una vez más la mano de la condesa, más rápidamente se decidió a intentarlo todo, empujado por el espíritu caballeresco y apasionado de aquella época. Además no supuso que la condesa se atreviese a negarle el más dulce placer del amor en medio de peligros tan mortales. Aquella aventura era demasiado peligrosa, demasiado imposible para no acabarla.

<sup>26</sup> Cierta tela de seda muy endeble; el término español procede del francés *tiretaine*, utilizado para designar una tela de lana pura o de lana mezclada con otras sustancias, muy empleada en la fabricación de tejidos para ropa.

En ese momento, todas las campanas de la ciudad dieron la hora de queda, ley caída en desuso, pero cuya observancia subsistía en provincias, donde todo se abole más despacio. Aunque las luces no se apagasen, los jefes de barrio hicieron tender las cadenas de las calles. Muchas puertas se cerraron, los pasos de algunos burgueses retrasados, caminando en grupo con sus criados armados hasta los dientes y llevando faroles de mano, resonaron a lo lejos; luego, enseguida, la ciudad en cierto modo encadenada pareció adormecerse, sin temer los ataques de los malhechores más que por sus tejados. En aquella época, las armazones de los tejados eran una vía muy frecuentada durante la noche. Las calles tenían tan poca anchura en provincias, e incluso en París, que los ladrones saltaban de un alero a otro. Este peligroso oficio sirvió mucho tiempo de diversión al rey Carlos IX en su juventud, de creer las crónicas de la época. Como temía presentarse demasiado tarde a maese Cornélius, el gentilhombre iba a abandonar su banco para llamar a la puerta de la Malemaison cuando, al mirarla, su atención se vio provocada por una especie de visión que los escritores del tiempo hubiesen denominado cornuda. Se frotó los ojos como para aclararse la vista, y mil sentimientos distintos pasaron por su alma al ver aquello. A cada lado de la puerta había una cara enmarcada entre los dos barrotes de una especie de saetera. Al principio había tomado aquellos dos rostros por máscaras grotescas esculpidas en la piedra, hasta tal punto eran arrugados, angulosos, gesticulantes, pronunciados, inmóviles, de tez curtida, es decir, morenos; pero el frío y la luz de la luna le permitieron distinguir la leve nube blanca que la respiración hacía salir de las dos narices violáceas; luego acabó viendo, en cada rostro hundido, bajo la sombra de las cejas, dos ojos de un azul porcelana que

despedían un fuego claro, y se parecían a los de un lobo tumbado en la espesura que cree oír los ladridos de una jauría. El brillo inquieto de aquellos ojos se dirigía hacia él tan fijamente que, después de haberlo recibido durante el instante en que examinó aquel singular espectáculo, se encontró como un pájaro sorprendido por unos perros al acecho, y en su alma se produjo un movimiento febril, rápidamente reprimido. Aquellas dos caras, tensas y suspicaces, eran sin duda las de Cornélius y su hermana. Entonces el gentilhombre fingió mirar el lugar donde estaba, tratar de distinguir una vivienda señalada en un plano que sacó del bolsillo, intentando leerlo a la luz de la luna; luego se fue derecho a la puerta del *torçonnier* y dio en ella tres golpes que resonaron en el interior de la casa como si esta hubiese sido la entrada de una cueva. Bajo el porche pasó una débil luz y, por una pequeña reja extraordinariamente gruesa, se vio brillar un ojo.

—¿Quién va?

—Un amigo enviado por Oosterlinck de Brujas.

—¿Qué queréis?

—Entrar.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Philippe Goulenoire.

—¿Tenéis cartas de presentación?

—Aquí están.

—Metedlas por el cepo.

—¿Dónde está?

—A la izquierda.

Philippe Goulenoire echó la carta por la rendija de un cepo de hierro, sobre el que había una saetera.

—¡Diablos! —pensó—, se ve que aquí ha venido el rey, porque hay tantas precauciones como se han tomado en el Plessis.

Esperó cerca de un cuarto de hora en la calle. Transcurrido ese tiempo, oyó a Cornélius que decía a su hermana:

—¡Cierra las trampillas de la puerta!

Bajo el portal resonó un ruido de cadenas y de hierro. Philippe oyó descorrerse los cerrojos y rechinar las cerraduras; finalmente, se abrió una puertecita baja, forrada de hierro, describiendo el ángulo más agudo por el que pudiese pasar un hombre delgado. A riesgo de desgarrarse las ropas, Philippe se deslizó más que entró en la *Malemaison*. Una vieja desdentada, con cara de rabel<sup>27</sup>, cuyas cejas parecían dos asas de caldero, y que no habría podido poner una avellana entre su nariz y su barbilla ganchuda, pálida y macilenta, de sienes hundidas y que parecía estar hecha solo de huesos y de nervios, guió en silencio al presunto extranjero a una sala baja mientras Cornélius lo seguía prudentemente por detrás.

—Sentaos ahí —le dijo ella a Philippe, señalándole un escabel<sup>28</sup> de tres patas, colocado junto a una gran chimenea de piedra esculpida en cuyo limpio hogar no había fuego.

Al otro lado de esa chimenea había una mesa de nogal de patas torneadas, sobre la que había un huevo en un plato y diez o doce rebanaditas de pan duras y secas, cortadas con estudiada parsimonia. Dos escabeles, en uno de los cuales se sentó la vieja, anunciaban que los avaros estaban cenando. Cornélius fue a echar dos postigos de hierro para cerrar sin duda los ventanillos por los que había estado mirando tanto tiempo la calle, y volvió a ocupar su sitio. El pretendido Philippe Goulenoire vio

entonces al hermano y a la hermana mojando en aquel huevo, por turno y con gravedad, pero con la misma precisión que los soldados ponen en meter en tiempos iguales la cuchara en la escudilla, sus respectivas rebanadas, que apenas manchaban, a fin de combinar la duración del huevo con el número de rebanadas. Aquella operación se hacía en silencio. A la vez que comía, Cornélius examinaba al falso novicio con tanta solicitud y perspicacia como si hubiese pesado viejos besantes<sup>29</sup>. Philippe, que sentía caer sobre sus hombros una capa de hielo, experimentaba la tentación de mirar a su alrededor; pero con la astucia que presta una empresa amorosa, se guardó mucho de lanzar una ojeada, siquiera furtiva, sobre las paredes; porque comprendió que si Cornélius llegaba a sorprenderle, no permitiría a un curioso permanecer en su hogar. Así pues, se contentaba con dirigir sencillamente su mirada unas veces al huevo, otras a la vieja; y, a veces, contemplaba a su futuro amo.

El tesorero de Luis XI se parecía a este monarca, había adquirido, incluso, algunos de sus gestos, como suele ocurrirle a personas que viven juntas en una especie de intimidación. Las cejas espesas del flamenco casi le cubrían los ojos; pero, levantándolas un poco, lanzaba una mirada lúcida, penetrante y llena de energía, la mirada de los hombres acostumbrados al silencio y a los que el fenómeno de la concentración de las energías internas se ha vuelto familiar. Sus labios delgados, de arrugas verticales, le daban un aire de sutileza increíble. La parte inferior del rostro tenía vagos parecidos con el hocico de los zorros; pero la frente alta, abombada, llena de arrugas, parecía revelar grandes y bellas cualidades, una nobleza de alma

<sup>27</sup> Sobre el mango de este instrumento musical solían esculpirse figuras gesticulantes y grotescas.

<sup>28</sup> Asiento pequeño hecho de tabla, sin respaldo.

<sup>29</sup> Moneda de oro, acuñada en Constantinopla —su nombre deriva de Bizancio—, que tuvo curso en Francia a finales de la Edad Media.

cuya expansión había sido moderada por la experiencia, y que las crueles enseñanzas de la vida comprimían sin duda en los repliegues más ocultos de aquella singular criatura. No era desde luego un avaro ordinario, y su pasión escondía sin duda profundos goces y secretas ideas.

—¿A qué tipo están los cequíes<sup>30</sup> de Venecia? —preguntó de improviso a su futuro aprendiz.

—A tres cuartos en Brujas; a uno en Gante.

—¿Cuál es el flete<sup>31</sup> en el Escalda<sup>32</sup>?

—Tres sueldos parisienses.

—¿No hay nada nuevo en Gante?

—El hermano de Lieven d'Herde se ha arruinado.

—¡Ah!

Después de haber dejado escapar esta exclamación, el viejo se cubrió las rodillas con un faldón de su dalmática, especie de túnica de terciopelo negro abierta por delante, con grandes mangas y sin cuello, cuyo suntuoso paño estaba tornasolado. Este resto del magnífico traje que llevaba en el pasado como presidente del tribunal de los Parchons<sup>33</sup>, funciones que le habían valido la enemistad del duque de Borgoña, ya no era más que un harapo. Philippe no tenía frío, sudaba en su arnés temblando ante la idea de sufrir nuevas preguntas. Hasta entonces, las sumarias instrucciones que un judío al que había sal-

<sup>30</sup> Moneda antigua de oro, acuñada en varios estados de Europa, especialmente en Venecia, y que, admitida en el comercio de África, recibió de los árabes este nombre.

<sup>31</sup> Precio estipulado por el alquiler de un barco o de una de sus partes.

<sup>32</sup> Río que nace en Aisne (Francia), atraviesa Bélgica y desemboca por Holanda en el mar del Norte. Entre otras, baña la ciudad de Gante. De sus 400 kilómetros de curso es navegable en 320, por lo que constituye una importante ruta comercial.

<sup>33</sup> El tribunal de los Parchons —o de los Partages— se encargaba de arbitrar los conflictos de herencia.

vado la vida acababa de darle la víspera estaban siendo suficientes gracias a su memoria y al perfecto conocimiento que el judío poseía de las maneras y los hábitos de Cornélius. Pero el gentilhomme, que en el primer ardor de su concepción, no había dudado de nada, empezaba a vislumbrar todas las dificultades de su empresa. La gravedad solemne, la sangre fría del terrible flamenco, obraban sobre él. Además, se sentía bajo cerrojos, y veía todas las cuerdas del gran preboste a las órdenes de maese Cornélius.

—¿Habéis cenado? —preguntó el tesorero en un tono que significaba: «¡No cenéis!».

A pesar del acento de su hermano, la vieja se estremeció, miró al joven comensal como para juzgar la capacidad de aquel estómago que tendría que satisfacer, y dijo entonces con una falsa sonrisa:

—¡No habéis robado el apellido, tenéis un cabello y un bigote más negros que la cola del diablo!...

—He cenado —respondió.

—Bueno —replicó el avaro—, volveréis a verme mañana. Hace mucho que me he acostumbrado a prescindir de un aprendiz. Además, la noche me servirá de consejera.

—¡Eh, por san Bavón<sup>34</sup>, señor, soy flamenco, no conozco a nadie aquí, las cadenas están tendidas, me meterán en la cárcel. Sin embargo —añadió asustado por la viveza que ponía en sus palabras—, si lo preferís, me iré.

El juramento influyó de modo singular en el viejo flamenco.

<sup>34</sup> San Bavón vivió a finales del siglo vi y primeras décadas del vii como ermitaño en bosques, antes de retirarse a un monasterio de Gante —ciudad de la que es patrón.

—Vamos, vamos, por san Bavón, os acostaréis aquí.

—Pero... dijo asustada la hermana.

—Cállate —replicó Cornélius—. Por su carta, Oosterlinck me responde de este joven.

—¿No tenemos —le dijo al oído inclinándose hacia su hermana— cien mil libras en Oosterlinck? ¡Eso es una garantía!

—¿Y si roba las joyas de Baviera? Mira, se parece más a un ladrón que a un flamenco.

—¡Chis!... —hizo el viejo prestando oído.

Los dos avaros se pusieron a escuchar. Insensiblemente, y un momento después del *chis*, un ruido producido por los pasos de varios hombres resonó a lo lejos, del otro lado de los fosos de la ciudad.

—Es la ronda del Plessis —dijo la hermana.

—Vamos, dame la llave del cuarto de aprendices —continuó Cornélius.

La vieja hizo un ademán para coger la lámpara.

—¿Vas a dejarnos a solas sin luz? —exclamó Cornélius en un tono de connivencia—. A tu edad, ¿todavía no sabes prescindir de ver? ¿Tan difícil es coger esa llave?

La vieja comprendió el sentido oculto bajo estas palabras y salió. Al mirar a aquella singular criatura en el momento en que alcanzaba la puerta, Philippe Goulenoire pudo ocultar a su amo la furtiva ojeada que lanzó sobre la sala. Estaba revestida de roble a la altura del antepecho, y las paredes se hallaban tapizadas de un cuero amarillo adornado de arabescos negros; pero lo que más le sorprendió fue una pistola de mecha, provista de su largo puñal con disparador. Esta arma nueva y terrible se encontraba cerca de Cornélius.

—¿Cómo pensáis ganaros la vida? —le preguntó el *torçonier*.

—Tengo poco dinero —respondió Goulenoire—, pero mucha astucia. Con que solo me deis un sueldo por cada marco que os haga ganar, quedaré contento.

—¡Un sueldo, un sueldo! —repitió el avaro—. ¡Eso es mucho!

En esto volvió la vieja sibila<sup>35</sup>.

—Ven —dijo Cornélius a Philippe.

Salieron bajo el porche y subieron por una escalera de piedra cuya caja redonda se encontraba junto a la sala de una alta torrecilla. En el primer piso el joven se detuvo.

—Aquí no —dijo Cornélius—. ¡Diablos! Este cuarto es donde el rey se divierte.

El arquitecto había practicado el alojamiento del aprendiz debajo del tejado puntiagudo de la torre donde se encontraba la escalera; era un cuartito redondo, todo de piedra, frío y sin adornos. Aquella torre ocupaba el centro de la fachada que daba al patio, estrecho y sombrío, como todos los patios de provincias. Al fondo, por entre unas arcadas provistas de rejas, se veía un jardín miserable en el que no había más que moreras cuidadas sin duda por Cornélius. El gentilhomme lo vio todo por los calados de la escalera, gracias al resplandor de la luna que por suerte arrojaba una viva luz. Un camastro, un escabel, un cántaro y un arcón desvencijado formaban el mobiliario de aquella especie de celda. La luz no llegaba sino por pequeños huecos rectangulares, dispuestos de trecho en trecho alrededor del cordón exterior de la torre, y que sin duda formaban adornos, siguiendo el carácter de aquella graciosa arquitectura.

—Aquí tenéis vuestro alojamiento, es sencillo, es sólido, contiene cuanto se necesita para dormir. ¡Buenas noches! ¡Y no salgáis de aquí como los otros!

<sup>35</sup> Mujer sabia a quien atribuyeron espíritu profético.

Después de haber lanzado sobre su aprendiz una última mirada preñada de mil pensamientos, Cornélius cerró la puerta con doble vuelta de llave y bajó, dejando al gentilhomme tan desconcertado como un fundidor de campanas que no encuentra nada en su molde. Solo, sin luz, sentado en un escabel, y en aquel pequeño desván del que sus cuatro predecesores solo habían salido para encaminarse al cadalso, el gentilhomme se vio como una fiera atrapada en un saco. Saltó sobre el escabel, se estiró cuanto pudo para alcanzar las pequeñas aberturas superiores, de las que caía una luz blancuzca; divisó el Loira, las hermosas laderas de Saint-Cyr y las sombrías maravillas del Plessis, donde brillaban dos o tres luces en los huecos de algunas ventanas; más lejos se extendían los bellos campos de la Turena y las plateadas superficies de su río. Los menores accidentes de esta hermosa naturaleza tenían entonces una gracia desconocida: las vidrieras, las aguas y las techumbres de las casas brillaban como pedrerías bajo los trémulos rayos de la luna. El alma del joven señor no pudo sustraerse a una emoción dulce y triste.

—Si esto fuese un adiós... —se dijo.

Permaneció allí, saboreando las terribles emociones que su aventura le había prometido y entregándose a todos los temores del prisionero cuando conserva un rayo de esperanza. Su amada se volvía más hermosa con cada dificultad. Ya no era para él una mujer, sino un ser sobrenatural vislumbrado a través de las ascuas del deseo. Un débil grito que le pareció lanzado en el palacete de Poitiers le hizo volver en sí y a su verdadera situación. Cuando de nuevo se sentaba en su camastro para reflexionar sobre aquel asunto, oyó leves estremecimientos que sonaban en la escalera, escuchó muy atentamente, y entonces estas palabras: «¡Está acostándose!», pronuncia-

das por la vieja, llegaron a su oído. Por un azar desconocido por el arquitecto, el menor ruido repercutía en el cuarto del aprendiz, de modo que el falso Goulenoire no perdió uno solo de los movimientos del avaro y de su hermana que lo espiaban. Se desnudó, se acostó, fingió dormir, y dedicó el tiempo que sus dos anfitriones permanecieron en observación sobre los peldaños de la escalera a buscar los medios para ir desde su prisión al palacete de Poitiers. Hacia las diez, Cornélius y su hermana, persuadidos de que su aprendiz dormía, se retiraron a sus cuartos. El gentilhomme estudió cuidadosamente los ruidos sordos y lejanos que hicieron los dos flamencos, y creyó reconocer la ubicación de sus alojamientos; debían de ocupar todo el segundo piso. Como en todas las casas de aquella época, este piso estaba tomado al tejado, del que se elevaban las ventanas adornadas de tímpanos recortados por ricas esculturas. Bordeaba la techumbre una especie de balaustrada que ocultaba los canalones destinados a conducir las aguas pluviales, que unas gárgolas en forma de fauces de cocodrilo arrojaban a la calle. El gentilhomme, que había estudiado esta topografía con tanto cuidado como lo hubiese hecho un gato, esperaba encontrar un pasaje de la torre al techo, y poder ir al palacete de Mme. de Saint-Vallier por los canalones, ayudándose de alguna gárgola; pero ignoraba que las aberturas de su torrecilla fuesen tan pequeñas, era imposible pasar. Así pues, decidió salir a los tejados de la casa por la ventana de la escalera que iluminaba el rellano del segundo piso. Para realizar este audaz proyecto, tenía que salir de su cuarto, y Cornélius se había llevado la llave. Por precaución, el joven señor se había armado con uno de esos puñales con los que en el pasado se daba el golpe de gracia en los duelos a muerte, cuando el adversario suplica-

ba que lo rematasen. Esta arma horrible tenía un lado de la hoja afilado como el de una navaja de afeitar, y el otro dentado como una sierra, pero dentado en sentido inverso al que seguía el hierro al entrar en el cuerpo. El gentil-hombre contó con servirse del puñal para serrar la madera de la puerta alrededor de la cerradura. Por suerte para él, el cerradero estaba sujeto por fuera<sup>36</sup> por cuatro grandes tornillos. Con la ayuda del puñal pudo desatornillar, no sin grandes esfuerzos, el cerradero que lo retenía prisionero, y dejó cuidadosamente los tornillos sobre el arcón. Hacia la medianoche se encontró libre y bajó sin zapatos para reconocer los lugares. No fue poco su asombro al ver abierta de par en par la puerta de un corredor por el que se accedía a varios cuartos, y en cuyo extremo había una ventana que daba a una especie de valle formado por el palacete de Poitiers y de la Malemaison, que se juntaban allí. Nada podría explicar su alegría, a no ser el voto que inmediatamente hizo a la Virgen de fundar en Tours una misa en su honor en la célebre parroquia de Esgrignoles. Después de haber examinado las altas y anchas chimeneas del palacete de Poitiers, volvió sobre sus pasos para coger su puñal; pero, estremecido de horror, advirtió una luz que iluminó vivamente la escalera, y vio al mismo Cornélius con su dalmática, llevando una lámpara, y con los ojos muy abiertos y fijos en el corredor, en cuya entrada apareció como un espectro.

—¡Si abro la ventana y salto al tejado, me oirá! —se dijo el gentil-hombre.

Y el terrible Cornélius seguía avanzando, avanzaba como avanza la hora de la muerte para el criminal. En este aprieto, Goulenoire, ayudado por el amor, recuperó toda

<sup>36</sup> Lógicamente, tendría que ser «por dentro», como rezaba el texto de Balzac impreso por primera vez en la *Revue de Paris*.

su presencia de ánimo, se lanzó al vano de una puerta, se apretó contra el rincón y esperó a que pasase el avaro. Cuando el *torçonnier*, que llevaba la lámpara delante de sí, se encontró en el rumbo del viento que el gentil-hombre podía producir soplando, apagó la luz. Cornélius rezongó vagas palabras y un juramento holandés; pero volvió sobre sus pasos. El gentil-hombre corrió entonces a su cuarto, cogió su arma, regresó a la bienaventurada ventana, la abrió despacio y saltó al tejado. Una vez en libertad bajo el cielo, se sintió desfallecer de pura dicha; tal vez la excesiva agitación en la que le había puesto el peligro, o la audacia de la empresa, causaba su emoción: la victoria es con frecuencia tan peligrosa como el combate. Se apoyó sobre un canalón, estremeciéndose de gusto y diciéndose: «¿Por qué chimenea bajaré hasta su cuarto?». Miraba todas. Con un instinto que le proporcionaba el amor, fue a palpar para comprobar en cuál de ellas había habido fuego. Cuando se hubo decidido, el osado gentil-hombre clavó su puñal en la hendidura de dos piedras, enganchó en él su escala, la lanzó por la boca de la chimenea y se aventuró sin temblar, fiado en su buena hoja, a descender a casa de su amada. Ignoraba si Saint-Vallier estaría despierto o dormido, pero estaba decidido a estrechar a la condesa en sus brazos, ¡aunque costase la vida a dos hombres! Posó lentamente los pies sobre unas cenizas calientes; se agachó más despacio todavía, y vio a la condesa sentada en un sillón. A la luz de una lámpara, pálida de felicidad, palpitante, la temerosa mujer le señaló con el dedo a Saint-Vallier, acostado en una cama a diez pasos de ella. ¡Estad seguros de que su beso ardiente y silencioso solo tuvo eco en sus corazones!

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, en el momento en que Luis XI salió de su capilla después

de haber oído la misa, encontró a maese Cornélius a su paso.

—Buena suerte, compadre —dijo brevemente alzando su bonete.

—Sire, pagaría con gusto mil escudos de oro por obtener de vos un momento de audiencia, dado que he encontrado al ladrón de la cadena de rubíes y de todas las joyas de...

—Veámoslo —dijo Luis XI saliendo al patio del Plessis seguido de su tesorero, de Coyctier<sup>37</sup>, su médico, de Olivier el Gamo y del capitán de su guardia escocesa—. Cuéntame tu historia. Así que tendremos un ahorcado de tu cosecha. ¡Hola! ¿Tristan?

El gran preboste, que paseaba arriba y abajo por el patio, acudió a paso lento, como un perro que se arrellana en su fidelidad. El grupo se detuvo bajo un árbol. El rey se sentó en un banco, y los cortesanos describieron un círculo delante de él.

—Sire, un pretendido flamenco me ha engañado, y bien —dijo Cornélius.

—Debe de ser muy astuto —dijo Luis XI moviendo la cabeza.

—¡Oh! Sí —respondió el tesorero—. Pero no sé si no os enredaría a vos mismo. ¡Cómo iba a desconfiar de un pobre diablo que venía recomendado por Oosterlinck, un hombre de quien tengo cien mil libras! Por eso apostarí a que la firma del judío está falsificada. En resumen, sire, esta mañana me he encontrado despojado de esas joyas

<sup>37</sup> Jacques Coitier —apellido que adopta distintas formas ortográficas— fue nombrado médico ordinario de Luis XI hacia 1470; murió en 1506, después de obtener grandes beneficios, tierras y sumas considerables de su regio paciente. La codicia del personaje, a quien Balzac califica de «ávido» más adelante, aparece subrayada por todos los novelistas e historiadores, entre ellos Victor Hugo (*Notre-Dame de Paris*, lib. X, cap. v).

que habéis admirado y que eran tan hermosas. ¡Me han sido birladas, sire! ¡Birlar las joyas del elector de Baviera! Los truhanes no respetan nada, os robarán el reino si no tenéis cuidado. He subido inmediatamente al cuarto donde estaba ese aprendiz, ¡que, desde luego, es un maestro en rapiñas! En esta ocasión no han de faltarnos pruebas. Ha quitado los tornillos de la cerradura; pero cuando ha vuelto, como ya no había luna, no ha podido encontrar todos los tornillos. Por suerte, al entrar he notado un tornillo debajo de mi pie. El muy truhán dormía, estaba cansado. Figuraos, señores, que ha bajado a mi gabinete por la chimenea. Mañana, o mejor esta misma tarde, mandaré enjearla. Con los ladrones siempre se aprende algo. Lleva encima una escala de seda, y sus ropas tienen las huellas del camino que ha seguido por los tejados y por la chimenea. ¡El muy osado pensaba quedarse en mi casa, arruinarme! ¿Dónde ha enterrado las joyas? Los campesinos lo han visto volver temprano a mi casa por los tejados. Tenía cómplices que lo esperaban en el dique que habéis construido. ¡Ah, sire, sois cómplice de los ladrones que vienen en barcos; y, zas, se lo llevan todo, sin dejar huellas; pero tenemos al jefe, un granuja atrevido, un mozancón que haría honor a la madre de un gentilhomme. ¡Ah, será un hermoso fruto de horca, y con un poco de tormento lo sabremos todo! ¿Acaso no interesa esto a la gloria de vuestro reino? ¡Bajo un rey tan grande no debería de haber ladrones!

Hacía mucho que el rey no escuchaba. Había caído en una de esas sombrías meditaciones que se volvieron tan frecuentes en los últimos días de su vida. Reinó un profundo silencio.

—Esto te toca a ti, compadre —le dijo por fin a Tristan—, vete a cribar este asunto.

Se levantó, dio unos pasos y sus cortesanos lo dejaron solo. Vio entonces a Cornélius que, montado en su mula, se iba en compañía del gran preboste:

—¿Y los mil escudos? —le dijo.

—¡Ah, sire, sois un rey demasiado grande! No hay suma que pueda pagar vuestra justicia...

Luis XI sonrió. Los cortesanos envidiaron la franqueza y los privilegios del viejo tesorero, que enseguida desapareció en la avenida de las moreras plantada entre Tours y el Plessis.

Agotado de cansancio, el gentilhomme dormía, en efecto, con el sueño más profundo. Al regreso de su expedición galante había dejado de sentir, para defenderse de los peligros lejanos o imaginarios en los que acaso había dejado de creer, el valor y el ardor con que se había lanzado hacia arriesgadas voluptuosidades. Por eso había aplazado hasta el día siguiente la precaución de limpiar sus ropas manchadas y de hacer desaparecer los vestigios de su dicha. Fue un gran error, aunque todo conspiró para que lo cometiese. En efecto, cuando, privado de los resplandores de la luna que se había acostado durante la fiesta de su amor, no encontró todos los tornillos de la maldita cerradura, le faltó la paciencia. Luego, con el abandono de un hombre lleno de alegría o hambriento de reposo, se confió a la buena suerte de su destino, que tan felizmente le había servido hasta entonces. Hizo consigo mismo una especie de pacto, en virtud del cual debía despertarse al amanecer; pero los acontecimientos de la jornada y las agitaciones de la noche no le permitieron cumplir la palabra que se había dado. La felicidad es olvidadiza. Cornélius no pareció tan temible al joven señor cuando se acostó sobre el duro camastro del que tantos desdichados no se habían despertado sino para ir al supli-

cio, y este descuido lo perdió. Mientras el tesorero del rey volvía del Plessis-lès-Tours, acompañado por el gran preboste y sus temibles arqueros, el falso Goulenoire estaba guardado por la vieja hermana, que, sentada en uno de los escalones de la escalera, sin preocuparse del frío, tejía medias para Cornélius.

El joven gentilhomme daba continuación a las secretas delicias de aquella noche tan placentera, ignorando la desgracia que acudía a galope. Soñaba. Sus sueños, como todos los de la juventud, estaban teñidos de colores tan vivos que ya no sabía dónde empezaba la ilusión y dónde terminaba la realidad. Se veía sobre un cojín, a los pies de la condesa; con la cabeza sobre sus rodillas cálidas de amor, escuchaba el relato de las persecuciones y los detalles de la tiranía que el conde había hecho sufrir hasta entonces a su mujer; se enternecía con la condesa, que era en efecto la hija natural que más amaba Luis XI; él le prometía ir, al día siguiente, a revelar todo al terrible padre, disponían las voluntades a su gusto, anulando el matrimonio y encarcelando al marido, en el momento en que podían ser presa de su espada al menor ruido que lo hubiese despertado. Pero en el sueño, la luz de la lámpara, la llama de sus ojos, los colores de los paños y de los tapices eran más vivos; las ropas de noche exhalaban un olor más penetrante, había más amor en el aire, más fuego en torno a ellos de lo que había habido en la escena real. Por eso la María del sueño resistía mucho menos que la verdadera María ante aquellas miradas lánguidas, ante aquellos dulce ruegos, ante aquellas mágicas preguntas, ante aquellos hábiles silencios, ante aquellas voluptuosas sollicitaciones, ante aquellas falsas generosidades que vuelven los primeros instantes de la pasión tan completamente ardientes, e infunden en las almas una embriaguez

nueva a cada nuevo avance del amor. De acuerdo con la jurisprudencia amorosa de aquella época, María de Saint-Vallier otorgaba a su amante los derechos superficiales de la *petite oie*<sup>38</sup>. Se dejaba de buena gana besar los pies, el vestido, las manos, el cuello; le confesaba su amor, aceptaba los cuidados y la vida de su amado, le permitía morir por ella, se entregaba a una embriaguez que aquella semicastidad severa, a menudo cruel, encendía todavía más; pero seguía mostrando intransigencia y hacía, de las más altas recompensas del amor, el precio de su liberación. En aquella época, para disolver un matrimonio, había que ir a Roma, tener a disposición propia algunos cardenales y presentarse ante el soberano pontífice armado con el favor del rey. María quería obtener su libertad del amor, para sacrificársela. Casi todas las mujeres tenían entonces suficiente poder para asentar en el corazón de un hombre su imperio, de modo que una pasión se convertía en la historia de toda una vida, en el principio de las más altas decisiones. Pero también las damas contaban en Francia, eran otras tantas soberanas, tenían hermosas altiveces, los amantes las pertenecían más de lo que ellas se entregaban, su amor costaba mucha sangre a menudo y para ser suyos había que correr muchos peligros. Pero, más clemente y conmovida por la abnegación de su bienamado, la María del sueño se defendía mal frente al violento amor del bello gentilhomme. ¿Cuál de las dos era la de verdad? ¿Vea en sueños el falso aprendiz a la mujer auténtica? ¿Había visto en el palacete de Poitiers una dama con el

<sup>38</sup> En uno de sus significados, la expresión *la petite oie* señala los favores de pequeño alcance que una mujer concede a un galán sin comprometerse mucho: «detalle menudo, besos dados y tomados, / la *petite oie*; en fin lo que se llama / en buen francés los preludios del amor» (La Fontaine, *Contes*, «L'Oraison de Saint-Julien», II, 5).

disfraz de la virtud? Es delicado decidir la cuestión, también el honor de las damas exige que esa cuestión permanezca en litigio.

En el momento en que tal vez la María soñada iba a olvidar su alta dignidad de dueña, el enamorado se sintió agarrado por un brazo de hierro, y la voz agri dulce del gran preboste le dijo:

—¡Vamos, buen cristiano de medianoche que buscáis a Dios a tientas, despertemos!

Philippe vio la negra faz de Tristan y reconoció su sonrisa sardónica; luego, sobre los peldaños de la escalera vio a Cornélius, a su hermana, y, detrás de ellos, a los guardias del preboste. Ante aquel espectáculo, y a la vista de todas aquellas caras diabólicas que respiraban o el odio o la sombría curiosidad de gentes acostumbradas a ahorcar, Philippe Goulenoire se incorporó en el lecho y se frotó los ojos.

—¡Por la muerte de Dios! —exclamó cogiendo su puñal bajo la cabecera del lecho—, que ha llegado la hora de que jueguen los aceros.

—¡Oh, oh, ya salió el gentilhomme! —respondió Tristan—. Me parece ver a Georges d'Estouteville<sup>39</sup>, sobrino del gran maestre de ballesteros.

Al oír pronunciar a Tristan su verdadero nombre, el joven d'Estouteville pensó menos en él que en los peligros que corría su desdichada dueña si era reconocido. Para alejar cualquier sospecha, gritó:

—¡Por Mahoma! ¡A mí los truhanes!

Después de este horrible alarido, lanzado por un hombre realmente desesperado, el joven cortesano dio un

<sup>39</sup> Balzac ha podido encontrar este apellido en *Notre-Dame de Paris*, que saca a escena a una importante familia histórica: Robert d'Estouteville fue chambelán del rey y guardia del prebostazgo de París.

salto enorme y, puñal en ristre, ganó el rellano. Pero los acólitos del gran preboste estaban acostumbrados a este tipo de encuentros. Cuando Georges d'Estouteville estuvo en el primer peldaño, lo agarraron con destreza, sin sorprenderse ante la vigorosa puñalada que había asestado a uno de ellos y que, por suerte, resbaló sobre el coselete del guardia; luego lo desarmaron, le ataron las manos y lo arrojaron sobre el lecho delante de su jefe, inmóvil y pensativo.

Tristan miró silenciosamente las manos del prisionero y, rascándose la barba, dijo a Cornélius señalándoselas:

—No tiene ni las manos de un truhán ni las de un aprendiz. ¡Es un gentilhombre!

—Decid mejor un ladrón —exclamó dolorosamente el *torçonnier*—. ¡Mi buen Tristan, noble o siervo, el muy maldito me ha arruinado! Me gustaría estar viéndole ya los pies y las manos calentados y prensados en esos bonitos y pequeños borceguíes<sup>40</sup> vuestros. No hay duda, es el jefe de esa legión de diablos invisibles o visibles que conocen todos mis secretos, abren mis cerraduras, me roban y me asesinan. ¡Son riquísimos, compadre! ¡Ah, lo que es esta vez les cogeremos sus tesoros, porque este tiene la jeta del rey de Egipto<sup>41</sup>! Voy a recuperar mis queridos rubíes y mis notables sumas: nuestro digno rey va a tener escudos en abundancia...

—¡Oh, nuestros escondites son más sólidos que los vuestros! —dijo Georges sonriendo.

—¡Ah, el condenado ladrón confiesa! —exclamó el avaro.

<sup>40</sup> Calzado que llegaba hasta más arriba del tobillo, abierto por delante y que se ajustaba por medio de correas o cordones.

<sup>41</sup> Con la expresión «el rey de Egipto» se designaba al jefe de los bohemios, cingaros o gitanos, *egyptiens*. En sentido lato señalaba a los pícaros, vagabundos y truhanes que reinaban en la corte de los milagros descrita por Victor Hugo en *Notre-Dame de Paris* y *Los Miserables*.

El gran preboste estaba ocupado en examinar atentamente las ropas de Georges d'Estouteville y la cerradura.

—¿Has sido tú el que ha quitado todos estos tornillos?

Georges guardó silencio.

—Bueno, cállate si quieres. No tardarás mucho en confesarte a san Potro —prosiguió Tristan.

—Eso es hablar bien —exclamó Cornélius.

—Lleaoslo —dijo el preboste.

Georges d'Estouteville pidió permiso para vestirse. A una seña de su jefe, los lacayos vistieron al prisionero con la hábil presteza de una nodriza que quiere aprovechar, para mudar al niño, un momento en que está tranquilo.

Una inmensa muchedumbre atestaba la calle del Mûrier. Los murmullos del pueblo iban en aumento y parecían los precursores de una sedición. Desde por la mañana, la noticia del robo se había difundido por la ciudad. En todas partes, el aprendiz, del que se decía que era joven y guapo, había despertado en su favor las simpatías y reanimado el odio profesado a Cornélius; de suerte que no hubo hijo de buena madre, ni joven con lindos chapines y una cara lozana que mostrar, que no quisiesen ver a la víctima. Cuando Georges salió, llevado por uno de los hombres del preboste, quien, aunque montado a caballo, conservaba enrollada a su brazo la fuerte correa de cuero con la que sujetaba al prisionero, cuyas manos habían sido fuertemente atadas, se produjo un horrible tumulto. Fuese para ver de nuevo a Philippe Goulenoire, fuese para liberarlo, los que acababan de llegar empujaron a los primeros contra el piquete de caballería que se encontraba delante de la *Malemaison*. En ese momento, Cornélius, ayudado por su hermana, cerró la puerta y echó los cerro-

jos con la vivacidad que da un terror pánico. Tristan, que no había sido acostumbrado a respetar a la gente de aquella época, vio que el pueblo no era todavía soberano y apenas se preocupaba por un motín.

—¡Empujad, empujad! —dijo a sus hombres.

A la voz de su jefe, los arqueros lanzaron sus monturas hacia la entrada de la calle. Al ver a uno o dos curiosos caídos a los pies de los caballos, y algunos otros violentamente estrujados contra las paredes donde se ahogaban, las gentes congregadas tomaron el prudente partido de volver cada uno a sus casas.

—¡Paso a la justicia del rey! —gritaba Tristan—. ¿Qué se os ha perdido aquí? ¿Queréis que os cuelguen? ¡Id a vuestras casas, amigos míos, que el asado se está quemando! ¡Vamos, mujer, que las calzas de vuestro marido están llenas de agujeros, volved a vuestra aguja!

Aunque estas palabras anunciaban que el gran preboste estaba de buen humor, hacían huir a los más atareados, como si hubiese lanzado la peste negra. En el instante en que se produjo el primer movimiento de la muchedumbre, Georges d'Estouteville se había quedado estupefacto al ver, en una de las ventanas del palacete de Poitiers, a su querida María de Saint-Vallier, riéndose con el conde. Se burlaba de él, pobre enamorado solícito, que caminaba a la muerte por ella. Pero quizá también la divertían aquellos cuyos gorros se habían llevado las armas de los arqueros. Hay que tener veintitrés años, ser rico en ilusiones, osar creer en el amor de una mujer, amar con todas las potencias de su ser, haber arriesgado la vida con delicia, fiado en un beso y haberse visto traicionado para comprender cuánta rabia, cuánto odio y cuánta desesperación entraron en el pecho de Georges d'Estouteville al ver a su risueña enamorada, de la que

recibió una mirada fría e indiferente. Sin duda estaba allí desde hacía un buen rato, porque tenía los brazos sobre un cojín: se encontraba a gusto y su viejo parecía contento. ¡También reía el maldito jorobado! Unas lágrimas brotaron de los ojos del joven; pero cuando María de Saint-Vallier lo vio llorar, se echó hacia atrás rápidamente. Luego, las lágrimas de Georges se secaron de golpe, vislumbró las plumas negras y rojas del paje que le era adicto. El conde no se dio cuenta de la llegada de aquel discreto servidor, que caminaba de puntillas. Cuando el conde hubo dicho dos palabras al oído de su ama, María se asomó de nuevo al alféizar. Se zafó del perpetuo espionaje de su tirano, y lanzó sobre Georges una mirada en la que brillaban la sutileza de una mujer que engaña a su argos, el fuego del amor y las alegrías de la esperanza.

—Velo por ti.

Esta frase, de haberla gritado, no hubiese expresado tantas cosas como las que decía aquella mirada teñida de mil pensamientos, y en la que se manifestaban los terrores, los placeres y los peligros de su mutua situación. Era pasar del cielo al martirio, y del martirio al cielo. Por eso, el joven señor, ligero y contento, caminó alegremente al suplicio, con la idea de que los dolores del tormento no serían suficientes para pagar las delicias de su amor. Cuando Tristan estaba a punto de abandonar la calle del Mûrier, sus hombres se detuvieron a la vista de un oficial de los guardias escoceses, que acudía a galope tendido.

—¿Qué ocurre? —preguntó el preboste.

—Nada que os concierna —respondió desdénso el oficial—. El rey me envía a llamar al conde y a la condesa de Saint-Vallier, a los que invita a comer.

Cuando el gran preboste llegaba a la calzada del Plessis, el conde y su mujer, montados ambos, ella en una

mula blanca, él en su caballo, y seguidos de dos pajes, se unieron a los arqueros a fin de entrar todos juntos en Plessis-lès-Tours. Todos iban bastante despacio, Georges a pie, entre dos guardias, uno de los cuales lo seguía sujetando con la correa. Tristan, el conde y su mujer, iban desde luego delante, y el criminal los seguía. Mezclado entre los arqueros, el joven paje les hacía preguntas y también dirigía la palabra a veces al prisionero, de suerte que aprovechó hábilmente una ocasión para decirle en voz baja:

—He saltado por los muros del jardín y he venido a traer al Plessis una carta escrita al rey por la señora. Al enterarse del robo de que os acusan, solo pensó en morir. ¡Tened buen ánimo! Ella va a hablar de vos.

El amor ya había prestado su fuerza y su astucia a la condesa. Cuando se había reído, su actitud y sus sonrisas se debían a ese heroísmo que despliegan las mujeres en las grandes crisis de su vida.

A pesar de la singular fantasía que el autor de *Quentin Durward* ha tenido colocando el castillo real de Plessis-lès-Tours en una altura, hemos de decidimos a dejarlo donde estaba en esa época, en una hondonada, protegido a ambos lados por el Cher y el Loira; y, además, por el canal Sainte-Anne, así llamado por Luis XI en honor de su hija querida, Mme. de Beaujeu<sup>42</sup>. Al reunir los dos ríos entre la ciudad de Tours y el Plessis, ese canal suministraba al mismo tiempo una temible fortificación al castillo y una vía de gran valor para el comercio. Por la parte del Bréhémont, vasta y fértil llanura, el parque estaba defendido por un foso cuyos vestigios acusan todavía

<sup>42</sup> Hija de Luis XI y de Margarita de Saboya, Anne de Beaujeu, duquesa de Borbón, ocuparía la regencia a la muerte de su padre, en 1483, hasta el advenimiento de su hermano Carlos VIII.

hoy una anchura y una profundidad enormes. En una época en la que el poder de la artillería estaba en mantillas, la situación del Plessis, elegida hacía mucho por Luis XI para su retiro, podía ser considerada entonces inexpugnable. El castillo, construido con ladrillos y piedras, no tenía nada notable, pero estaba rodeado de bellas arboledas; y desde sus ventanas se descubrían por los claros del parque (*Plexitium*<sup>43</sup>) las perspectivas más hermosas del mundo. Además, ninguna casa rival se alzaba en los alrededores de aquel castillo solitario, situado precisamente en el centro de la pequeña llanura reservada al rey por cuatro temibles barreras de agua. De creer las tradiciones, Luis XI ocupaba el ala occidental y, desde su ventana, podía ver al mismo tiempo el curso del Loira, el hermoso valle que, al otro lado de ese río, riega el Choisille y una parte de las laderas de Saint-Cyr; además, por las ventanas que daban al patio, abarcaba la entrada de su fortaleza y la calzada con que había unido su morada favorita a la ciudad de Tours. El carácter receloso de este monarca presta solidez a tales conjeturas. Por otro lado, si Luis XI hubiese derrochado en la construcción de su castillo el lujo arquitectónico que, más tarde, desplegó Francisco I en Chambord, la residencia de los reyes de Francia hubiese quedado fijada para siempre en la Turena. Basta ir a ver esa admirable posición y sus mágicas perspectivas para quedar convencido de su superioridad sobre todos los emplazamientos de las demás moradas reales.

Llegado al quincuagésimo año de edad, Luis XI, a quien apenas le quedaban tres años por vivir<sup>44</sup>, sentía ya

<sup>43</sup> Según Walter Scott, el parque real «se llamaba en el latín de la Edad Media *plexitium*, de donde le ha venido el nombre de Plessis dado a un gran número de aldeas en Francia» (*Quentin Durward*, cap. II).

<sup>44</sup> Luis XI murió el 30 de agosto de 1483; por lo que en el momento de la ficción, noviembre de 1479, le quedan casi cuatro años de vida.

la cercanía de la muerte en los golpes que le propinaba la enfermedad. Liberado de sus enemigos, a punto de incrementar Francia con todas las posesiones de los duques de Borgoña gracias a un matrimonio entre el delfín y Margarita<sup>45</sup>, heredera de Borgoña, propiciado por la solitud de Desquerdes<sup>46</sup>, comandante de sus tropas en Flandes; después de haber asentado su autoridad en todas partes, después de meditar las más afortunadas mejoras, veía que el tiempo se le escapaba y que ya sólo tenía las desgracias de su edad. Engañado por todo el mundo, incluso por su gente de confianza, la experiencia había acrecentado todavía más su natural desconfianza. El deseo de vivir se convertía en él en el egoísmo de un rey que se había encarnado en su pueblo, y que quería prolongar su vida para rematar vastos proyectos. Todos los cambios que el buen sentido de los publicistas y el genio de las revoluciones han introducido en la monarquía, Luis XI los pensó. La unidad del impuesto, la igualdad de los súbditos ante la ley (entonces el príncipe era la ley), fueron objeto de sus audaces tentativas. La víspera del día de Todos los Santos había mandado llamar a sabios orfebres, con el fin de establecer en Francia la unidad de

<sup>45</sup> Margarita de Austria, nacida en 1480, fue prometida a los tres años de edad al delfín francés, el futuro Carlos VIII; las alianzas, sin embargo, cambiaron; la princesa de Borgoña se casó con Juan, hijo de los Reyes Católicos, mientras su hermano Felipe el Hermoso lo hacía con Juana la Loca; pronto viuda, volvió a casarse con el duque Filiberto de Saboya; viuda de nuevo, se hizo cargo de la regencia de los Países Bajos hasta la mayoría de edad de su sobrino, el futuro emperador Carlos V. Por su parte, su prometido Carlos VIII de Francia terminaría casándose con Ana de Bretaña.

<sup>46</sup> Philippe de Crèvecœur, barón d'Esquerdes, muerto en 1494, pertenecía a una familia de servidores del duque de Borgoña; entró al servicio de Luis XI en 1477, después de la muerte de Carlos el Temerario. Desempeñó tareas diplomáticas, participando, por ejemplo, en el tratado de Arras, en 1482, con poderes plenipotenciarios.

medidas y de pesos, como ya había establecido la unidad de poder. De este modo, aquel espíritu inmenso planeaba como un águila sobre todo el imperio, y Luis XI unía entonces a todas las precauciones del rey las singularidades naturales de los hombres de gran capacidad. En ninguna época fue más poética y más bella esta gran figura. ¡Reunión inaudita de contrastes! Un gran poder en un cuerpo débil, un espíritu incrédulo en las cosas de este mundo, crédulo en las prácticas religiosas, un hombre en lucha con dos poderes más fuertes que los suyos, el presente y el futuro; el futuro, en el que temía encontrar tormentos, y que le obligaba a hacer tantos sacrificios a la iglesia; el presente, o su vida misma, en nombre de la cual obedecía a Coyctier. Este rey, que lo aplastaba todo, se sentía aplastado por los remordimientos, y más todavía por la enfermedad, en medio de toda la poesía de que se rodea a los reyes suspicaces, en quienes se resume el poder. Era el combate gigantesco y siempre magnífico del hombre, en la más alta expresión de sus fuerzas, en lucha contra la naturaleza.

Mientras esperaba la hora fijada para su comida, que en esa época tenía lugar entre las once y las doce de la mañana, Luis XI, de regreso de un corto paseo, se había sentado en un gran sillón de tapicería, junto a la chimenea de su aposento. Olivier el Gamo y el médico Coyctier se miraban sin decir palabra y permanecían de pie en el vano de una ventana, respetando el sueño de su amo. El único ruido que se oyó era el que hacían, paseando por la primera sala, dos chambelanes de servicio, el sire de Montrésor, y Jean Dufou, sire de Montbazon<sup>47</sup>. Estos dos señores

<sup>47</sup> Imbert de Bastarnay, señor de Bouchage y chambelán de Luis XI, murió en 1523. Jean du Fou, señor de Montbazon, fue copero mayor de Francia.

turonenses miraban al capitán de los escoceses probablemente dormido en su sillón, según su costumbre. El rey parecía adormilado. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho; el gorro, caído sobre la frente, le ocultaba casi por completo los ojos. Así colocado en su alto sillón rematado por una corona real, parecía recogido como un hombre que se ha dormido en medio de alguna meditación.

En ese momento, Tristan y su cortejo pasaban por el puente Sainte-Anne, que se encontraba a doscientos pasos de la entrada del Plessis, sobre el canal.

—¿Quién es? —dijo el rey.

Los dos cortesanos, sorprendidos, se interrogaron con una mirada.

—Está soñando —dijo muy bajo Coyctier.

—¡Por Dios vivo! —continuó Luis XI—, ¿creéis que estoy loco? Pasa gente por el puente. Es cierto que estoy junto a la chimenea, y que debo oír el ruido con más facilidad que vosotros. Podría utilizarse este efecto de la naturaleza.

—¡Qué hombre! —dijo el Gamot.

Luis XI se levantó y se dirigió hacia aquella ventana por la que podía ver la ciudad; entonces divisó al gran preboste y dijo:

—¡Ah, ah!, ahí llega mi compadre con su ladrón. Y también mi pequeña María de Saint-Vallier. Se me había olvidado todo este asunto.

—Olivier —prosiguió dirigiéndose al barbero—, vete a decir a M. de Montbazou que procure servirnos buen vino de Bourgueil en la mesa. Y cuida de que el cocinero no se olvide de la lamprea<sup>48</sup>, son dos cosas que a la señora condesa le gustan mucho.

<sup>48</sup> Pez del orden de los cidósmos; vive asido a las peñas, a las que se agarra fuertemente con la boca. Su carne es muy apreciada.

—¿Puedo comer lamprea? —añadió después de una pausa mirando a Coyctier con aire inquieto.

Por toda respuesta, el servidor se puso a examinar la cara de su amo. Aquellos dos hombres eran por sí solos un cuadro.

Los novelistas y la historia han consagrado el gabán de camelote<sup>49</sup> pardo y las calzas de la misma tela que llevaba Luis XI. Su gorro adornado de medallas de plomo y su collar de la orden de Saint-Michel no son menos célebres; pero ningún escritor, ningún pintor ha representado la figura de este terrible monarca en sus últimos momentos<sup>50</sup>: rostro enfermizo, chupado, amarillo y oscuro, cuyos rasgos expresaban una astucia amarga y una fría ironía. En aquella máscara había una frente de gran hombre, surcada de arrugas y cargada de altos pensamientos; luego, en sus mejillas y sobre los labios, un no sé qué de vulgar y de común. Al ver ciertos detalles de esa fisonomía, hubierais dicho un viejo viñador corrompido, un comerciante avaro; pero a través de esas vagas semejanzas y la decrepitud de un viejo moribundo, dominaba el rey, el hombre de poder y de acción. Sus ojos, de un amarillo claro, parecían apagados; mas una chispa de coraje y de cólera anidaba en ellos; y al menor choque, podía despedir llamas capaces de abrasarlo todo. El médico era un burgués gordo, vestido de negro, coloradote de rostro, resuelto, ávido, con aires de importancia. Estos dos personajes tenían por marco una habitación revestida de madera de nogal, tapizada con telas de lizo alto de Flandes, y cuyo techo, formado por vigas esculpidas, ya

<sup>49</sup> Tejido fuerte e impermeable, generalmente de lana.

<sup>50</sup> Balzac describe a Luis XI en su vejez tal como lo presenta la iconografía romántica: por ejemplo, las ilustraciones de Achille y Eugène Devéria para la edición de *Quintin Durward* de 1830.

estaba ennegrecido por el humo. Los muebles y la cama, con incrustaciones de arabescos de estaño, quizá parecerían hoy más preciosos de lo que realmente eran en aquella época, en que las artes empezaban a producir tantas obras maestras.

—La lamprea no os conviene —respondió el físico<sup>51</sup> Este nombre, que ha sustituido hace poco al de *maese mirra*, sigue utilizándose en Inglaterra para los doctores. El título se daba entonces en todas partes a los médicos.

—¿Y qué voy a comer? —preguntó humildemente el rey.

—Negrilla<sup>52</sup> a la sal. De lo contrario, tenéis tanta bilis en movimiento que podríais morir el día de Difuntos.

—Hoy —exclamó el rey lleno de terror.

—¡Eh, sire, tranquilizaos —replicó Coyctier—, que aquí estoy yo! Procurad no atormentaros y tratad de divertirlos.

—¡Ah! —dijo el rey—, en otro tiempo mi hija tenía éxito en esa difícil tarea.

En ese momento, Imbert de Bastarnay, sire de Montrésor y de Bridoré, llamó suavemente a la puerta real. Tras el permiso del rey, entró para anunciarle al conde y a la condesa de Saint-Vallier. Luis XI hizo una seña. Apareció María, seguida por su viejo esposo, que le cedió el paso.

—Buenos días, hijos míos —dijo el rey.

—Sire —respondió en voz baja la dama dándole un beso—, quería hablaros en secreto.

No dio la impresión Luis XI de haber oído. Se volvió hacia la puerta y exclamó con una voz cavernosa:

—¡Hola, Dufou!

<sup>51</sup> El término de *físico* sustituyó al de *mirre* en el siglo xv para designar a los médicos. Balzac utiliza *myrrhe*, una grafía inesperada para *mirre*, que se atribuye a confusión.

<sup>52</sup> Especie de congro que tiene el lomo de color oscuro.

Dufou, señor de Montbazou y, además, copero mayor de Francia, acudió presuroso.

—Vete a ver al mayordomo, necesito una negreta para comer. Luego ve a decirle a Mme. de Beaujeu que hoy quiero comer solo.

—¿Sabéis, señora —continuó el rey fingiendo estar algo irritado—, que me descuidáis? Pronto hará tres años que no os he visto. —Vamos, venid aquí, cariño —añadió sentándose y tendiéndole los brazos—. ¡Qué delgada estáis! ¿Y por qué la adelgazáis? —preguntó bruscamente Luis XI al señor de Poitiers.

El celoso lanzó una mirada tan temerosa a su mujer que esta sintió casi piedad.

—La felicidad, sire —respondió él.

—¡Ah!, os queréis demasiado —dijo el rey, que tenía a su hija de pie, entre sus rodillas. Vamos, veo que tenía yo razón cuando te llamaba María llena de gracia. — ¡Coyctier, déjanos! —¿Qué queréis de mí? —le dijo a su hija en el momento en que se marchó el médico—. Para haberme enviado a vuestro...

Ante aquel peligro, María puso atrevidamente su mano sobre la boca del rey, diciéndole al oído:

—Creía que seguíais siendo discreto y perspicaz...

—Saint-Vallier —dijo el rey riendo—, creo que Bridoré quiere hablaros de algo.

El conde salió. Pero hizo con el hombro un gesto de sobra conocido por su mujer, que adivinó los pensamientos del terrible celoso y juzgó que debía prevenir sus malos designios.

—Dime, hija mía, ¿cómo me encuentras? ¡Eh! ¿Estoy muy cambiado?

—¿Queréis la verdad de la buena, sire? ¿O queréis que os engañe?

—No —dijo él en voz baja—; necesito saber cómo estoy.

—En ese caso, hoy tenéis muy mala cara. Pero que mi sinceridad no perjudique el éxito de mi asunto.

—¿Cuál es? —dijo el rey frunciendo las cejas y pasándose una de sus manos por la frente.

—¡Ah, sire! —dijo ella—, el joven que habéis mandado detener en casa de vuestro tesorero Cornélius, y que en este momento se encuentra en poder de vuestro gran preboste, es inocente del robo de las joyas del duque de Baviera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey.

María bajó la cabeza y se ruborizó.

—No hay que preguntar si anda el amor por medio en todo esto —dijo Luis XI, alzando con dulzura la cabeza de su hija y acariciándole la barbilla—. Si no te confíasas todas las mañanas, hijita, irás al infierno.

—¿No podéis hacerme una merced, sin violar mis pensamientos secretos?

—¿Dónde estaría entonces el placer? —exclamó el rey, viendo en aquel asunto un motivo de entretenimiento.

—¡Ah!, ¿queréis que vuestro placer me cueste sinsabores?

—¡Oh, pícara!, ¿no confías en mí?

—Entonces, sire, poned en libertad a ese gentilhombre.

—¡Ah, es un gentilhombre! —exclamó el rey—. Entonces, ¿no es aprendiz?

—Con toda seguridad es inocente —respondió ella.

—No lo veo yo así —dijo fríamente el rey—. Soy el justiciero mayor de mi reino, y debo castigar a los malhechores...

—Por favor, no pongáis esa cara de preocupación y concededme la vida de ese joven.

—¿No sería eso recuperar lo que es tuyo?

—Sire —respondió ella—, ¡soy prudente y virtuosa! Os estáis burlando.

—Entonces —dijo Luis XI—, como no entiendo nada de todo este asunto, dejemos que Tristan lo aclare...

María de Sassenage palideció, hizo un esfuerzo violento y exclamó:

—Sire, os aseguro que terminaréis desesperado por esto. El pretendido culpable no ha robado nada. Si me concedéis su perdón, yo os revelaré todo, aunque tengáis que castigarme.

—¡Oh, oh, esto se pone serio! —dijo Luis XI echándose el gorro hacia un lado—. Habla, hija mía.

—Pues bien —continuó ella en voz baja, acercando sus labios al oído de su padre—, ese gentilhombre ha permanecido conmigo toda la noche.

—Bien ha podido hacer las dos cosas, ir a tu casa y robar a Cornélius, lo que es robar dos veces...

—Sire, tengo vuestra sangre en las venas y no estoy hecha para amar a un truhán. Este gentilhombre es sobrino del capitán general de vuestros ballesteros.

—¡Vamos! —dijo el rey—. ¡Qué difícil eres de confesar!

Tras estas palabras, Luis XI alejó a su hija, que temblaba toda, corrió a la puerta de su habitación, pero de puntillas y sin hacer ningún ruido. Desde hacía un momento, la luz de una ventana de la otra sala, que iluminaba la parte inferior del marco de la puerta, le había permitido ver los pies de un curioso proyectada en su aposento. Abrió bruscamente la hoja adornada de clavos y sorprendió al conde de Saint-Vallier escuchando.

—¡Por Dios vivo! —exclamó—. Esta osadía sí que merece el hacha.

—Sire —replicó altivo Saint-Vallier—, antes prefiero un hachazo en la cabeza que el adorno del matrimonio en mi frente.

—Podéis tener los dos —dijo Luis XI—. Ninguno de vosotros está exento de esos dos achaques, señores. Retiraos a la otra sala. —Conyngham —prosiguió el rey dirigiéndose a su capitán de guardias—, ¿dormíais? ¿Dónde está M. de Bridoré? ¿Dejáis que se me acerquen de este modo? ¡Por Dios vivo que el último burgués de Tours está mejor servido que yo!

Después de esta reprimenda, Luis XI volvió a su habitación; pero tuvo el cuidado de correr la cortina de tapiz que formaba por dentro una segunda puerta destinada a apagar menos el silbido del cierzo que el rumor de las palabras del rey.

—Así pues, hija mía —prosiguió, complaciéndose en jugar con ella como un gato juega con el ratón que ha atrapado—, ayer Georges d'Estouteville ha sido tu amante.

—¡Oh, no, sire!

—¡No! ¡Ah! ¡Por san Carponio<sup>53</sup>! ¡Merece la muerte! ¿Acaso a ese bribón no le ha parecido mi hija lo bastante bella!

—¡Oh! ¿Se trata de eso? —dijo ella—. Os aseguro que me ha besado los pies y las manos con un ardor que hubiese enternecido a la más virtuosa de todas las mujeres. Me ama con buenas intenciones, honestamente.

—¿Me tomas por san Luis, pensando que voy a creerme esos camelos? ¿Iba a arriesgar su vida un mozo como él por besar tus chapines o tus mangas? A otro con eso.

<sup>53</sup> San Carponio sufrió el martirio, junto a su hermana Santa Fortunata, en Palestina en el año 303.

—¡Oh!, sire, es la verdad. Pero también venía por otro motivo.

A estas palabras, María se dio cuenta de que había puesto en peligro la vida de su marido, porque inmediatamente Luis XI preguntó con viveza:

—¿Y por qué?

Aquella aventura le divertía horrores. Desde luego, no se esperaba las extrañas confidencias que su hija acabó por hacerle, después de haber convenido el perdón de su marido.

—¡Ah, ah, señor de Saint-Vallier! ¿Así derramáis la sangre real? —exclamó el rey, cuyos ojos se encendieron de ira.

En ese momento, la campana del Plessis anunció la comida del rey. Apoyado en el brazo de su hija, Luis XI apareció con las cejas contraídas en el umbral de su puerta y encontró a todos sus servidores con las armas en la mano. Lanzó una mirada equívoca al conde de Saint-Vallier, pensando en la sentencia que tenía que pronunciar contra él. El profundo silencio que reinaba fue interrumpido entonces por los pasos de Tristan, que subía la escalinata. Llegó hasta la sala y, avanzando hacia el rey, dijo:

—Señor, el asunto está listo.

—¡Qué! ¿Todo ha terminado? —dijo el rey.

—Nuestro hombre está en manos de los religiosos. Ha terminado confesando el robo, tras un momento de tortura.

La condesa lanzó un suspiro, se puso pálida, perdió incluso la voz y miró al rey. Esa mirada fue captada por Saint-Vallier, que dijo en voz baja:

—Me han traicionado, mi mujer conoce al ladrón.

—¡Silencio! —exclamó al rey—. Hay aquí alguien que quiere cansarme. —Vete ahora mismo a suspender esa

ejecución —continuó dirigiéndose al gran preboste—. ¡Tú me respondes de la cabeza del criminal con la tuya, compadre! Este asunto requiere ser mejor analizado, y me reservo su conocimiento. Provisionalmente, pon al culpable en libertad. Ya sabré encontrarlo: estos ladrones disponen de retiros que les gusta frecuentar, guaridas en las que se agazapan. Comunica a Cornélius que esta noche irá a su casa, para instruir en persona el proceso. —Señor de Saint-Vallier —dijo el rey mirándole fijamente—, tengo nuevas para vos. Toda vuestra sangre no podría pagar una gota de la mía, ¿lo sabéis? ¡Por Nuestra Señora de Cléry! Habéis cometido crímenes de lesa majestad. ¿Os entregué tan gentil mujer para que la volváis pálida y estéril? Regresad inmediatamente a vuestra casa. Y disponeos a hacer los preparativos para un largo viaje.

El rey se calló tras estas palabras por un hábito de crueldad; luego añadió:

—Partiréis esta noche para cuidar de mis asuntos ante los señores de Venecia. No os preocupéis, yo llevaré esta noche a vuestra mujer a mi castillo del Plessis; desde luego, aquí estará a salvo. De ahora en adelante, velaré por ella mejor de lo que he hecho desde vuestro matrimonio.

Al oír estas palabras, María presionó en silencio del brazo de su padre, como para agradecerle su clemencia y su buen humor. En cuanto a Luis XI, se divertía para sus adentros.

A Luis XI le gustaba mucho intervenir en los asuntos de sus súbditos, y de buena gana mezclaba la majestad real en la escenas de la vida burguesa. Este gusto, severamente censurado por algunos historiadores, no era sin embargo otra cosa que la pasión por el incógnito, uno de los mayores placeres de los príncipes, especie de abdicación momentánea que les permite introducir un poco de

vida corriente en su existencia, insulsa por falta de oposiciones; solo que Luis XI jugaba al incógnito a cara descubierta. En esta especie de encuentros era, además, un buen hombre que se esforzaba por agradar a las gentes del tercer estado, que había convertido en sus aliados contra el feudalismo. Hacía tiempo que no había encontrado ocasión para identificarse con el pueblo y amoldarse a los intereses domésticos de un hombre envuelto en algún asunto «procesivo» (antigua palabra que todavía se usa en Tours), de modo que asumió apasionadamente las inquietudes de maese Cornélius y los pesares secretos de la condesa de Saint-Vallier. Durante la cena, le dijo a su hija varias veces:

—Pero, entonces, ¿quién ha podido robar a mi compadre? Los robos ascienden a más de un millón doscientos mil escudos desde hace ocho años. —Un millón doscientos mil escudos —continuó mirando a los señores que le servían. ¡Virgen Santa!, con esa suma se conseguiría un buen número de absoluciones en la corte de Roma. ¡Por Dios vivo!, yo habría podido canalizar el Loira, o mejor, conquistar el Piamonte, que es una hermosa fortificación perfecta para nuestro reino.

Acabada la comida, Luis XI se llevó consigo a su hija, a su médico, al gran preboste y, seguido por una escolta de gente armada, se dirigió al palacete de Poitiers, donde todavía encontró, como presumía, al sire de Saint-Vallier esperando a su mujer, tal vez para deshacerse de ella.

—Señor —le dijo el rey—, os había recomendado partir cuanto antes. Despedíos de vuestra mujer y encaminaos a la frontera, tendréis una escolta de honor. En cuanto a vuestras instrucciones y cartas credenciales, estarán en Venecia antes que vos.

Luis XI ordenó a un teniente de la guardia escocesa, no sin añadir algunas instrucciones secretas, tomar un escuadrón y acompañar a su embajador hasta Venecia. Saint-Vallier partió apresuradamente, después de haber dado a su mujer un frío beso que él habría deseado poder hacer mortal. Cuando la condesa estuvo de vuelta en su casa, Luis XI fue a la *Malemison*, con prisa por poner fin a la triste farsa que se representaba en casa de su compadre el *torçonnier*, jactándose, en su calidad de rey, de tener suficiente perspicacia para descubrir los secretos de los ladrones. Cornélius no dejó de ver sin cierta aprensión la compañía de su amo.

—¿Es que toda esta gente va a intervenir en la ceremonia? —le dijo en voz baja.

Luis XI no pudo dejar de sonreír al ver el terror del avaro y de su hermana.

—No, compadre —replicó—, tranquilízate. Cenarán con nosotros en mi casa, y nosotros estaremos solos para hacer la investigación. Soy tan buen justiciero que apuesto diez mil escudos a que te encuentro al criminal.

—Encontrémoslo, señor, y no apostemos.

Inmediatamente se dirigieron al gabinete donde el lombardo había puesto sus tesoros. Allí, Luis XI, después de haberse hecho mostrar primero el cofrecillo donde estaban las joyas del elector de Baviera, y luego la chimenea por la que el pretendido ladrón había debido bajar, convenció fácilmente al brabanzón de la falsedad de sus suposiciones, dado que no había hollín en el hogar de la chimenea, donde, a decir verdad, rara vez se hacía fuego; ningún rastro de pasos por el tubo; y, además, la chimenea arrancaba en el techo en una parte casi inaccesible. Por último, después de dos horas de pesquisas marcadas por aquella sagacidad que distinguía el carácter desconfiado

de Luis XI, quedó demostrado con toda evidencia que nadie había podido introducirse en el tesoro de su compadre. No existía marca alguna de violencia ni en el interior de las cerraduras, ni en los cofres de hierro donde se encontraban el oro, la plata y las prendas preciosas dadas por ricos deudores.

—Si el ladrón ha abierto este cofrecillo —dijo Luis XI—, ¿por qué solo ha cogido las joyas de Baviera? ¿Por qué motivo ha respetado este collar de perlas! ¡Singular ladrón!

Ante esta reflexión, el pobre *torçonnier* palideció: el rey y él cruzaron sus miradas durante un momento.

—Pues bien, sire, entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí el ladrón que habéis tomado bajo vuestra protección y que durante la noche se ha dedicado a pasear? —preguntó Cornélius.

—Si no lo adivinas, compadre, te ordeno que lo ignores para siempre: es uno de mis secretos.

—Entonces tengo al diablo en casa —dijo en tono lastimero el avaro.

En cualquier otra circunstancia, el rey quizá se hubiese reído de la exclamación de su tesorero; pero se había quedado pensativo y lanzaba sobre maese Cornélius esas miradas capaces de atravesar la cabeza que son tan familiares a los hombres de talento y de poder; por eso el brabanzón se asustó, temiendo haber ofendido a su temible amo.

—Ángel o diablo, tengo pillados a los malhechores —exclamó bruscamente Luis XI—. Si te roban esta noche, yo sabré mañana quién ha sido. Di a ese viejo adhesio que llamas hermana que suba —añadió.

Cornélius casi dudó en dejar al rey completamente solo en la habitación donde estaban sus tesoros; pero

salió, vencido por la energía de la sonrisa amarga que vagaba por los labios ajados de Luis XI. Sin embargo, a pesar de su confianza, volvió rápidamente seguido por la vieja.

—¿Tenéis harina? —preguntó el rey.

—¡Oh!, claro, ya hemos hecho nuestra provisión para el invierno —respondió ella.

—Bueno, subidla —dijo el rey.

—¿Y qué queréis hacer con nuestra harina, sire? —exclamó ella muy asustada, nada impresionada por la majestad real, y pareciéndose en esto a todas las personas presas de alguna pasión violenta.

—Vieja loca, ¿quieres cumplir las órdenes de nuestro gracioso amo? —exclamó Cornélius—. ¿Necesita acaso el rey harina?

—¡Y una comprando la mejor harina! —rezongó ella por las escaleras—. ¡Ay, mi harina!

Cuando regresó, le dijo al rey:

—Sire, ¡vaya una ocurrencia real querer examinar mi harina!

Por último, volvió a reaparecer armada con uno de esos saquitos de tela que, desde tiempo inmemorial, sirven en la Turena para llevar al mercado o traer de él las nueces, la fruta o el trigo. El saquito estaba lleno de harina hasta la mitad: lo abrió y se lo enseñó tímidamente al rey, sobre el que lanzaba esas miradas feroces y rápidas con que las viejas parecen querer lanzar veneno sobre los hombres.

—Vale seis sueldos el sextario<sup>54</sup> —dijo.

—¡Qué importa! —replicó el Rey—; derramadla por el suelo. Y sobre todo, extendedla de modo que forme una capa uniforme, como si hubiera caído nieve.

<sup>54</sup> Antigua medida de capacidad, de valor muy variable.

La vieja no comprendió. Aquella propuesta la sorprendía más de lo que lo hubiera hecho el fin del mundo.

—¡Mi harina, sire! ¡Por los suelos! Pero...

Maese Cornélius, que empezaba a comprender, aunque vagamente, las intenciones del rey, cogió el saquito y lo esparció suavemente por el suelo. La vieja se estremeció, pero tendió la mano para recuperar el saquito; y cuando su hermano se lo hubo devuelto, desapareció lanzando un gran suspiro. Cornélius cogió un plumero y empezó por un lado del gabinete a extender la harina que producía una especie de capa de nieve, retrocediendo poco a poco, seguido por el rey, que parecía divertirse mucho con aquella operación. Cuando llegaron a la puerta, Luis XI le dijo a su compadre.

—¿Existen dos llaves de la cerradura?

—No, sire.

El rey miró el mecanismo de la puerta, que estaba reforzada por grandes placas y por barras de hierro; todas las piezas de aquel armazón terminaban en una cerradura con secreto cuya llave era guardada por Cornélius. Después de haber examinado todo, Luis XI mandó venir a Tristan, le dijo que por la noche apostase algunos guardias armados con el mayor de los secretos, tanto sobre las moreras de la calzada como sobre los canalones de los palacetes vecinos, y que reuniese toda su escolta para dirigirse al Plessis, a fin de hacer creer que no cenaría en casa de maese Cornélius; luego, recomendó ante todo al avaro cerrar cuidadosamente las ventanas para que no escapase por ellas ningún rayo de luz, y preparar un festín sumario, con el fin de no dar lugar a pensar que alojara al rey aquella noche. El rey partió ceremonialmente por la calzada, y volvió en secreto, con otras dos personas, por la puerta de la muralla a casa de su compadre el *torçonnier*. Todo se

dispuso tan bien que los vecinos, las gentes de la ciudad y de la corte pensaron que el rey había regresado por capricho al Plessis, y que volvería a la noche siguiente a cenar en casa de su tesorero. La hermana de Cornélius confirmó esta creencia comprando salsa verde en la tienda del buen fabricante, que estaba cerca del *quarroi aux herbes*, llamado luego el *carroi de Beaune*, debido a la magnífica fuente de mármol blanco que el desdichado Semblançay (Jacques de Beaune<sup>55</sup>) hizo traer de Italia para ornar la capital de su patria. Hacia las ocho de la noche, en el momento en que el rey cenaba en compañía de su médico, de Cornélius y del capitán de su guardia escocesa, charlando alegremente y olvidando que era Luis XI enfermo y casi muerto, en el exterior reinaba el más profundo silencio, y los transeúntes, y hasta un ladrón, habrían podido tomar la Malemaison por una casa deshabitada.

—Espero —dijo el rey sonriendo— que roben a mi compadre esta noche, para que mi curiosidad quede satisfecha. Ahora bien, señores, que nadie salga de su habitación mañana sin orden mía, so pena de alguna grave penitencia.

Entonces todos se acostaron. A la mañana siguiente, Luis XI fue el primero en salir de su aposento, y se dirigió hacia el tesoro de Cornélius; pero no se asombró mucho al advertir las marcas de un ancho pie esparcidas por las escaleras y los corredores de la casa. Respetando cuidadosamente estas preciosas huellas, fue hacia la puerta del gabinete de escudos, y la encontró cerrada, sin rastro alguno de fractura. Estudió la dirección de los pasos, pero como gradualmente eran más débiles y terminaban

<sup>55</sup> Jacques de Beaune, barón de Semblançay (1457-1527), natural de Tours, fue financiero y banquero real. Para librarse de las pesadas deudas que la corte tenía con él, fue acusado de malversación y ahorcado.

por no dejar el menor vestigio, le fue imposible descubrir por dónde había huido el ladrón.

—¡Ah!, compadre —le gritó el rey a Cornélius—, si que te han robado bien.

A estas palabras, el viejo brabanzón salió presa de visible espanto. Luis XI lo llevó a ver los pasos marcados en los suelos; y, al examinarlos de nuevo, el rey, como hubiese mirado por casualidad las pantuflas del avaro, reconoció el tipo de suela del que tantos ejemplares había grabados en las baldosas. No dijo palabra y contuvo su risa, pensando en todos los inocentes que habían sido colgados. El avaro se dirigió rápidamente a su tesoro. El rey, tras haberle ordenado hacer con su pie una marca nueva al lado de las que ya existían, le convenció de que el ladrón no era otro sino él mismo.

—Me falta el collar de perlas —exclamó Cornélius—. En todo estoy hay brujería. Yo no he salido de mi cuarto.

—¡Vamos a saberlo enseguida! —dijo el rey, a quien la visible buena fe de su tesorero volvió todavía más pensativo.

Acto seguido mandó llamar a su aposento a los hombres armados que habían estado de guardia y les preguntó:

—Bueno, ¿qué habéis visto durante la noche?

—¡Ah, sire, un espectáculo de magia! —dijo el teniente—. Vuestro señor tesorero ha bajado como un gato a lo largo de los muros, y con tal ligereza que al principio creímos que se trataba de una sombra.

—¿Yo? —gritó Cornélius, quien tras esa palabra permaneció de pie y en silencio, como un hombre lisiado.

—Vosotros marchaos —continuó el rey dirigiéndose a sus arqueros—, y decid a los señores Conyngham, Coyctier, Bridoré, así como a Tristan, que pueden salir de

sus camas y venir aquí. —Has incurrido en la pena de muerte —dijo fríamente Luis XI al brabanzón, que afortunadamente no le oyó—; ¡tienes por lo menos diez muertes sobre tu conciencia!

Entonces Luis XI dejó escapar una risa muda e hizo una pausa.

—Pero tranquilízate —prosiguió al observar la extraña palidez difundida por el rostro del avaro—, prefiero sangrarte a matarte. Y mediante una buena cantidad de multa en provecho de mi patrimonio, te librarás de las garras de mi justicia; pero si no haces construir por lo menos una capilla en honor de la Virgen, estás en trance de mezclarte en asuntos graves y calientes durante toda la eternidad.

—Un millón doscientos treinta mil escudos más ochenta y siete mil son un millón trescientos diecisiete mil escudos —respondió maquinalmente Cornélius, absorto en sus cálculos—. ¡Un millón trescientos diecisiete mil escudos perdidos!

—Los habrá enterrado en algún escondite —dijo el rey, a quien la suma empezaba a parecerle regiamente bella—. He ahí el imán que siempre le atraía aquí. Olía su tesoro.

En esto entró Coyctier. Al ver la actitud de Cornélius, lo observó atentamente mientras el rey le contaba su aventura.

—Sire —respondió el médico—, en este asunto no hay nada sobrenatural. Nuestro *torçonnier* tiene la propiedad de caminar durante el sueño. Este es el tercer ejemplo que encuentro de esa singular enfermedad. Si quisierais daros el gusto de ser testigo de su efectos, podríais ver a este viejo caminar sin peligro por el borde de los tejados la primera noche que se vea dominado por un acceso. En los dos hombres que ya he examinado,

observé relaciones curiosas entre las inclinaciones de esa vida nocturna y sus asuntos, o sus ocupaciones del día.

—¡Ah, qué sabio eres, maese Coyctier!

—¿No soy vuestro médico? —dijo con insolencia el físico.

Al oír esta respuesta, a Luis XI se le escapó el gesto que le era familiar cuando topaba con una buena idea, y que consistía en levantar rápidamente su gorro.

—En esta circunstancia —siguió diciendo Coyctier—, la gente hace su trabajo mientras duerme. Como a este no le disgusta atesorar, se habrá entregado en silencio a su costumbre más querida. Por eso ha debido tener accesos siempre que durante el día ha concebido temor por sus tesoros.

—¡Por Dios vivo! ¡Qué tesoro! —exclamó el rey.

—¿Dónde está? —preguntó Cornélius, quien por un singular privilegio de nuestra naturaleza oía las palabras del médico y del rey, aunque estaba casi abotargado por sus ideas y por su desgracia.

—¡Ah! —prosiguió Coyctier con una risotada diabólica—, los noctámbulos no tienen, cuando despiertan, ningún recuerdo de sus hechos ni de sus gestos.

—¡Dejadnos! —dijo el rey.

Cuando Luis XI se quedó a solas con su compadre, lo miró con una risa sarcástica y fría.

—Maese Hoogworst —añadió inclinándose—, todos los tesoros enterrados en Francia pertenecen al rey.

—Sí, sire, todo es vuestro, y vos sois el dueño absoluto de nuestras vidas y de nuestras fortunas; pero hasta ahora habéis tenido la clemencia de coger únicamente lo que necesitabais.

—¡Escucha, compadre! Si te ayudo a encontrar ese tesoro, podrás repartirlo conmigo con audacia y sin temor alguno.

—No, sire, no quiero repartirlo, sino ofrecérselo todo entero después de mi muerte. Pero ¿cuál es vuestro plan?

—Me bastará con espiarte en persona durante tus correrías nocturnas. Otro que no fuese yo sería de temer.

—¡Ah!, sire —prosiguió Cornélius arrojándose a los pies de Luis XI—, sois el único hombre del reino a quien me gustaría confiarme en este asunto, y sabré demostraros mi gratitud por la bondad que mostráis con vuestro servidor, empleándome en cuerpo y alma al matrimonio de la heredera de Borgoña con monseñor. Ese sí que es un hermoso tesoro, no de escudos, sino de dominios, que podrá redondear vuestra corona.

—Alto ahí, flamenco, que me estás engañando —dijo el rey frunciendo el ceño—, o me has servido mal.

—¿Cómo podéis dudar, sire, de mi afecto? Vos que sois el único hombre al que quiero.

—Palabras y nada más —respondió el rey mirando fijamente al brabanzón—. No debías esperar esta ocasión para serme útil. Me vendes tu protección. ¡Por Dios vivo! ¡A mí, a Luis Onceno! ¿Acaso eres tú el amo, y soy yo el servidor?

—¡Ah, sire! —replicó el viejo *torçonier*—, quería sorprenderos agradablemente con la noticia de las connivencias que os he preparado con los de Gante; y esperaba su confirmación por el aprendiz de Oosterlinck. Pero ¿qué ha sido de él?

—Basta —dijo el rey—. Nuevo pecado. No me gusta que se entrometan en mis asuntos a pesar mío. ¡Basta! ¡Quiero meditar sobre todo esto!

Maese Cornélius recuperó la agilidad de la juventud para correr a la sala de la planta baja donde estaba su hermana.

—¡Ah, Jeanne, querida alma mía, tenemos aquí un tesoro en el que he puesto el millón trescientos mil escudos. ¡Y soy yo, yo, yo soy el ladrón!

Jeanne Hoogworst se levantó de su escabel y se irguió sobre sus pies como si el asiento que dejaba hubiera sido de hierro candente. Aquella sacudida fue tan violenta para una vieja acostumbrada desde hacía largos años a extenuarse con ayunos voluntarios que todos sus miembros se estremecieron y sintió un horrible dolor en la espalda. Empezó a palidecer gradualmente y su cara, cuyas alteraciones tan difíciles eran de descifrar entre las arrugas, se descompuso mientras su hermano le explicaba tanto la enfermedad de que era víctima como la extraña situación en la que ambos se encontraban.

—Luis XI y yo —dijo para terminar— acabamos de mentiros el uno al otro como dos vendedores de miróbalano<sup>56</sup>. Comprenderás, hija mía, que si me siguiese, solo él tendría el secreto del tesoro. El rey es el único en el mundo que puede espiar mis correrías nocturnas. No sé si la conciencia del rey, por muy cerca que esté de la muerte, podría resistir ante un millón trescientos diecisiete mil escudos. Hay que adelantarse, descubrir el escondrijo, enviar todos nuestros tesoros a Gante, y sólo tú...

Cornélius se detuvo de pronto, dando la impresión de sopesar el corazón de aquel monarca que, a los veintidós años, ya pensaba en el parricidio<sup>57</sup>. Cuando el tesorero

<sup>56</sup> Fruto de ciertos árboles de la India; unas especies de esa familia de árboles los producen semejantes a la ciruela y otras a la aceituna; se utilizaban en medicina, por atribuírseles virtudes maravillosas, y en tintorería.

<sup>57</sup> Siendo delfín de Francia, Luis XI luchó en el ejército de su padre Carlos VII, pero en 1440 se unió a los señores rebeldes y participó en la revuelta de la Pragerie; no tardó en someterse, por lo que su padre volvió a entregarle el delfinado.

hubo juzgado a Luis XI, se levantó bruscamente, como un hombre a quien urge huir de un peligro. Ante este movimiento, su hermana, demasiado débil o demasiado fuerte para una crisis como aquella, cayó tiesa: estaba muerta. Maese Cornélius agarró a su hermana y la sacudió con violencia mientras le decía:

—No es este el momento para morir. Ya tendrás tiempo después. ¡Oh! Se acabó. Este adefesio de vieja nunca ha sabido hacer nada a su debido tiempo.

Le cerró los ojos y la acostó en el suelo; pero entonces refluyeron en él todos los sentimientos nobles y buenos que estaban en lo más profundo de su alma; y, olvidándose a medias de su ignorado tesoro, exclamó dolorido:

—Pobre compañera mía, te he perdido, a ti, que tan bien me comprendías. ¡Oh!, tú eras un verdadero tesoro. Este era el tesoro. Contigo desaparecen mi tranquilidad, mis afectos. Si hubieses sabido lo provechoso que habría sido vivir solo dos noches más, no habrías muerto, únicamente por agradarme, pobre pequeña. ¡Eh!, Jeanne, un millón trescientos diecisiete mil escudos! ¡Ah, si esto no te despierta!... No. ¡Está muerta!

Entonces se sentó y permaneció callado; pero dos gruesas lágrimas salieron de sus ojos y rodaron por sus mejillas hundidas; luego, dejando escapar varios ¡ah!, ¡ah!, cerró la sala y subió al aposento del rey. Luis XI quedó impresionado por el dolor impreso en los rasgos mojados de su viejo amigo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Ah, sire!, una desgracia nunca llega sola. Mi hermana ha muerto. Me precede ahí abajo —dijo señalando el suelo con un gesto espantoso.

—¡Basta! —exclamó Luis XI, a quien no gustaba oír hablar de la muerte.

—Os hago mi heredero. Ya no me interesa nada. Aquí están mis llaves. Colgadme, si eso os complace, coged todo, registrad la casa, está llena de oro, os doy todo...

—Vamos, compadre —replicó Luis XI, casi enternecido por el espectáculo de aquel extraño dolor—, encontraremos el tesoro alguna hermosa noche, y la vista de tantas riquezas reanimará tu vida. Volveré esta semana...

—Cuando os plazca, sire.

A esta respuesta, Luis XI, que había dado unos pasos hacia la puerta de su aposento, se volvió bruscamente. Entonces, aquellos dos hombres se miraron el uno al otro con una expresión que ni el pincel ni la palabra pueden reproducir.

—¡Adiós, compadre! —dijo por último Luis XI con voz breve y enderezándose el gorro.

—¡Que Dios y la Virgen os conserven en su gracia! —respondió humildemente el *torçonnier* acompañando al rey.

Después de una amistad tan larga, aquellos dos hombres encontraban entre ellos una barrera alzada por la desconfianza y por el dinero, cuando siempre se habían entendido en materia de dinero y de desconfianza; pero se conocían tan bien, estaban ambos tan habituados el uno al otro que el rey debía adivinar, por el acento con que Cornélius pronunció el imprudente *Cuando os plazca, sire*, la repugnancia que su visita causaría en adelante al tesorero, del mismo modo que este reconoció una declaración de guerra en el *¡Adiós, compadre!* dicho por el rey. Así pues, Luis XI y su *torçonnier* se separaron muy desconcertados ante la conducta que debían tener el uno hacia el otro. El monarca poseía desde luego el secreto del brabanzón; pero este también podía asegurar, mediante

sus amistades, el éxito de la conquista más hermosa que nunca rey de Francia alguno haya podido hacer, la de los dominios pertenecientes a la casa de Borgoña, y que en aquel entonces excitaban la envidia de todos los soberanos de Europa. El matrimonio de la célebre Margarita dependía de las gente de Gante y de los flamencos que lo rodeaban. El oro y la influencia de Cornélius debían servir eficazmente en las negociaciones iniciadas por Desquerdes, el general al que Luis XI había confiado el mando del ejército acampado en la frontera de Bélgica. Aquellos dos zorros consumados eran, pues, como dos duelistas cuyas fuerzas hubieran sido neutralizadas por el azar. Por eso, fuera porque desde esa mañana la salud de Luis XI empeorase, fuera porque Cornélius contribuyese a hacer que viniese a Francia Margarita de Borgoña, que llegó efectivamente a Amboise el mes de julio del año 1463 para casarse con el delfín, con quien se desposó en la capilla del castillo, el rey no impuso multa alguna a su tesorero, ni se inició ningún procedimiento, sino que uno y otro se quedaron en el término medio de una amistad armada. Afortunadamente para el *torçonnier*, se difundió por Tours el rumor de que su hermana era la autora de los robos, y que había sido ejecutada en secreto por Tristan. De no ser así, si se hubiera conocido la verdadera historia, la ciudad entera se habría amotinado para destruir la Malemaison antes de que al rey le hubiera sido posible defenderla. Pero si todas estas presunciones históricas tienen algún fundamento respecto a la inacción en que permaneció Luis XI, no ocurrió lo mismo en el caso de maese Cornélius Hoogworst. El *torçonnier* pasó los primeros días que siguieron a esa fatal mañana en continua ocupación. Semejante a los animales carniceros encerrados en una jaula, iba y venía, olfateando el oro por todos

los rincones de su casa, estudiaba sus grietas, inspeccionaba los muros, pidiéndole su tesoro a los árboles del jardín, a los cimientos y a los tejados de la torrecilla, a la tierra y al cielo. A menudo permanecía horas enteras de pie, dirigiendo sus miradas a todo a la vez, hundiéndolas en el vacío. Solicitando los milagros del éxtasis y el poder de los brujos, trataba de ver sus riquezas a través de los espacios y de los obstáculos. Estaba constantemente sumido en un pensamiento abrumador, devorado por un deseo que le quemaba las entrañas, pero roído más gravemente todavía por las angustias renacientes del duelo que mantenía consigo mismo desde que su pasión por el oro se había vuelto contra ella misma; especie de suicidio inacabado que comprendía todos los dolores de la vida y los de la muerte. Nunca el vicio se había abrazado mejor a sí mismo; porque el avaro, al encerrarse por descuido en el calabozo subterráneo donde yace su oro, tiene, como Sardanápalo<sup>58</sup>, el goce de morir en el seno de su fortuna. Pero Cornélius, ladrón y robado al mismo tiempo, poseía y no poseía sus tesoros al no tener el secreto ni del uno ni del otro; tortura absolutamente nueva, absolutamente extraña, pero continuamente terrible. A veces, casi olvidadizo, dejaba abiertas las rejas de su puerta, y entonces los transeúntes podían ver a aquel hombre ya seco plantado sobre sus dos piernas en medio de su inculto jardín, permaneciendo en una inmovilidad completa y lanzando a los que lo examinaban una mirada fija, cuyo insoportable fulgor los helaba de espanto. Si por casualidad salía

<sup>58</sup> Nombre griego de Asurbanipal (m. 626 a. de C.). Último rey de Nínive que gobernó desde el año 686 hasta su muerte. Según Ctesias, al verse perdido en la rebelión de los medos, amontonó sus tesoros, mujeres y concubinas y les prendió fuego para suicidarse arrojándose a la inmensa pira.

por las calles de Tours, hubierais dicho que se trataba de un forastero, nunca sabía dónde estaba, ni si hacía sol o brillaba la luna. A menudo preguntaba por su camino a las gentes que pasaban, creyéndose en Gante, y siempre daba la impresión de estar buscando su patrimonio perdido. La idea más vívida y la mejor materializada de todas las ideas humanas, la idea por la que el hombre se figura a sí mismo creando fuera de él ese ser totalmente ficticio llamado la *propiedad*, ese demonio natural le hundía a cada instante sus aceradas garras en el corazón. Luego, en medio de ese suplicio, el Miedo se alzaba con todos los sentimientos que le sirven de cortejo. En efecto, dos hombres conocían su secreto, aquel secreto que ni siquiera él conocía. Luis XI o Coyctier podían apostar hombres para vigilar sus pasos durante su sueño y adivinar el abismo ignorado en que había escondido sus riquezas en medio de la sangre de tantos inocentes; porque al lado de sus temores también velaba el Remordimiento. Para no dejarse arrebatar en vida su desconocido tesoro, tomó, durante los primeros días que siguieron a su desastre, las precauciones más severas contra su sueño; luego sus relaciones comerciales le permitieron procurarse los antinarcóticos más potentes. Sus vigiliass debieron de ser horribles; estaba solo frente a la noche, el silencio, el remordimiento, el miedo, con todos los pensamientos que mejor ha personificado el hombre, tal vez de manera instintiva, obedeciendo así a una verdad moral falta todavía de pruebas sensibles. Por último, este hombre tan poderoso, este corazón endurecido por la vida política y la vida comercial, este genio oscuro en la historia, hubo de sucumbir a los horrores del suplicio que se había creado. Muerto por algunos pensamientos más agudos que todos aquellos a los que había resistido hasta entonces, se degolló con una navaja

de afeitar. Esta muerte casi coincidió con la de Luis XI, de suerte que la Malemaison fue totalmente saqueada por el pueblo. Algunos ancianos de la región de la Turena pretendieron que un médico llamado Bohier<sup>59</sup> encontró el tesoro del *torçonnier*, y lo empleó para iniciar las construcciones de Chenonceaux, castillo maravilloso que, a pesar de las riquezas de varios reyes, el gusto de Diana de Poitiers y el de su rival Catalina de Médicis por las edificaciones, todavía sigue inacabado.

Afortunadamente para María de Sassenage, el sire de Saint-Vallier murió<sup>60</sup>, como se sabe, durante su embajada. Aquella casa no se extinguió. Después de la partida del conde, la condesa tuvo un hijo cuyo destino fue famoso en nuestra historia de Francia durante el reinado de Francisco I. Fue salvado por su hija, la célebre Diana de Poitiers<sup>61</sup>, biznieta ilegítima de Luis XI, que llegó a ser la esposa ilegítima, la amante bienamada de Enrique II; ¡porque la bastardía y el amor fueron hereditarios en esa noble familia!

*En el castillo de Saché, noviembre y diciembre de 1831.*

<sup>59</sup> Thomas Bohier, barón de Saint-Cyergue, chambelán de Carlos VIII, adquirió Chenonceaux en 1496; nueve años más tarde iniciaba la construcción del castillo. Su hijo Antoine Bohier se lo vendió a Francisco I en 1535; y Enrique II se lo regaló a Diana de Poitiers, amante del monarca desde que era delfín, y cuando ya estaba casado con Catalina de Médicis; esta, a la muerte del monarca, además de recuperar el palacio consiguió desterrar a Diana de la corte; ambas damas hicieron mejoras de embellecimiento en el castillo, que en la época de Balzac estaba «acabado».

<sup>60</sup> ¿Como parte de las instrucciones secretas que Luis XI ha dado al jefe de la guardia escocesa que acompañaba a Saint-Vallier a Venecia?

<sup>61</sup> Diana de Poitiers (1499-1566) era hija de Jean de Poitiers, conde de Saint-Vallier, condenado a muerte por decapitación; se le acusó de haber favorecido la fuga del condestable de Borbón cuando este abandonó a Francisco I; según la leyenda, el monarca francés le habría conmutado esa pena a cambio de los favores de su hija.

## La tragedia del señor Higginbotham

(N. HAWTHORNE)



UN JOVEN, de oficio vendedor ambulante de tabaco, había partido de Morristown, donde había tenido tratos sobre todo con el diácono del asentamiento de la secta *shaker*, camino del pueblo de Parker's Falls, junto al río Salmon. Llevaba un carrito muy bonito, pintado de verde y en el que estaba representada la imagen de una caja de puros a cada lado y, en la parte trasera, un jefe indio que sostenía una pipa y unas hojas doradas de tabaco. El vendedor ambulante tenía una yegüita muy hermosa y era un joven de reputación excelente, vivo a la hora de cerrar un trato, pero no por eso dejaban de apreciarlo los yanquis<sup>1</sup>; a ellos mismos les he oído decir que prefieren que los pelen con una navaja aguda que con una embotada. Lo apreciaban, sobre todo, las muchachas bonitas de las orillas del río Connecticut, a las que solía ganarse con regalos de su mejor picadura, pues él sabía bien que las mozas de campo de Nueva Inglaterra suelen manejar perfectamente la pipa. Además, y tal como se irá viendo en el transcurso de mi relato, el vendedor ambulante era curioso y algo hablador: siempre quería enterarse de las novedades y le apasionaba contárselas a otros.

Después de desayunar temprano en Morristown, el vendedor ambulante de tabaco, que se llamaba Dominicus Pike, había cubierto siete millas por un bosque solitario

<sup>1</sup> En el sentido de «los naturales de los estados del Norte».

sin decir palabra a nadie más que a sí mismo y a su yegüita gris. Como eran casi las siete de la mañana, tenía tantas ganas de mantener un chismorreo matutino como las que tiene un tendero de ciudad de leer el periódico matinal. Supuso que le había surgido la ocasión cuando, tras encender un puro concentrando los rayos del sol con una lupa, levantó la vista y vio que aparecía un hombre en lo alto de la cuesta a cuyo pie había detenido su carro el vendedor ambulante. Dominicus le vio bajar y observó que llevaba un hatillo al hombro, colgado de la punta de un palo, y que caminaba con paso cansado pero decidido. No parecía que hubiese emprendido el viaje con la fresca de la mañana; parecía, más bien, que llevaba caminando toda la noche y que se proponía seguir así todo el día.

—¡Buenos días, señor! —dijo Dominicus cuando estuvo al alcance de su voz—. Camina a buen paso. ¿Qué novedades hay en Parker's Falls?

El hombre se cubrió los ojos con el ala ancha de su sombrero gris y respondió, con voz más bien hosca, que no venía de Parker's Falls, pueblo este que había citado el vendedor ambulante de la manera más natural, teniendo en cuenta que era el destino último al que pensaba llegar aquel día.

—Muy bien —repuso Dominicus Pike—, cuénteme las últimas novedades de donde venga usted. No tengo ninguna predilección especial por Parker's Falls. Cualquier pueblo servirá.

Viéndose importunado de este modo, el viajero (que era un sujeto de la peor catadura imaginable para encontrarse con él en medio de un bosque solitario) aparentó titubear un poco, como si estuviera rebuscando novedades en su memoria o como si estuviera sopesando la conveniencia de contarlas. Por fin, subiéndose al estribo del carro, susu-

rró al oído de Dominicus (aunque podría haberle hablado a gritos sin que ningún otro mortal lo oyera):

—Sí que recuerdo una cosilla sin importancia afirmó —dijo—. viejo señor Higginbotham, de Kimballton, lo asesinaron anoche a las ocho en su huerto de frutales, un irlandés y un negro. Lo colgaron de la rama de un peral de San Miguel, donde nadie lo encontró hasta la mañana siguiente.

En cuanto hubo comunicado esta noticia horrible, el extranjero se puso en camino de nuevo con más prisa que nunca, sin volver siquiera la cabeza cuando Dominicus lo invitó a fumarse un puro español mientras le contaba todos los detalles. El vendedor silbó a su yegua y emprendió la subida de la cuesta, reflexionando sobre la suerte lastimosa que había corrido el señor Higginbotham, a quien había conocido en sus tratos comerciales, pues le había vendido muchos atados de tagarinas<sup>2</sup> y gran cantidad de brevas<sup>3</sup>, trompetillas<sup>4</sup> y señoritas<sup>5</sup>. Le asombraba bastante la rapidez con que había corrido la noticia. Kimballton estaba a casi sesenta millas de distancia en línea recta; el asesinato se había cometido a las ocho de la noche pasada; pero Dominicus se había enterado a las siete de la mañana, cuando lo más probable era que la propia familia del pobre señor Higginbotham acabase de descubrir su cadáver, colgado del peral de San Miguel. El desconocido de a pie debía de llevar botas de siete leguas para haber viajado tan deprisa.

—Dicen que las malas noticias vuelan —pensó Dominicus Pike—, pero esto deja atrás al ferrocarril.

<sup>2</sup> Cigarro puro y muy malo.

<sup>3</sup> Cigarro puro algo aplastado y menos apretado que los de forma cilíndrica.

<sup>4</sup> Cigarro puro filipino, de forma cónica.

<sup>5</sup> No he podido encontrar el significado de este vocablo, aunque, por el contexto en que se encuentra, resulta obvio que debe referirse a una clase de tabaco.

A ese tipo deberían contratarlo para que llevara los mensajes urgentes del presidente.

La dificultad se resolvía suponiendo que el narrador hubiera cometido un error de un día en la fecha del suceso; por ello, nuestro amigo no dudó en comentar el acontecimiento en todas las posadas y en todas las tiendas de pueblo del camino, gastándose un atado entero de capa española entre la veintena o más de públicos horrorizados. Descubría que era invariablemente el primer portador de la noticia, y lo abrumaban tanto a preguntas que no pudo menos de completar los detalles, hasta que aquello se convirtió en una narración muy respetable. Se encontró con un dato que corroboraba el caso. El señor Higginbotham era comerciante, y un antiguo dependiente suyo, a quien relató los hechos Dominicus, confirmó que el anciano caballero tenía la costumbre de volver a su casa a través del huerto de frutales, al caer la noche, llevando en el bolsillo el dinero y los papeles de valor de su comercio. El dependiente no manifestó gran pesar por la tragedia del señor Higginbotham, dando a entender lo mismo que había descubierto el vendedor ambulante en sus tratos con él: que era un viejo cascarrabias, de la orden del puño<sup>6</sup>. Heredaría sus bienes una sobrina suya muy bonita que era maestra de escuela en Kimballton.

Entretenido en contar la noticia para el interés público y en hacer tratos para velar por sus propios intereses, Dominicus se retrasó tanto en su camino que decidió hacer noche en una posada situada unas cinco millas antes de Parker's Falls. Después de la cena, encendiendo uno de sus mejores puros, se acomodó en la taberna y repitió la historia del asesinato, que había crecido tanto que tardó media hora en contarla. Había hasta veinte personas en la

<sup>6</sup> Coloquialmente se aplica a las personas egoístas y avaras.

sala, diecinueve de las cuales lo aceptaron todo como si fuera el Evangelio. Pero la vigésima era un granjero de edad avanzada, que había llegado a caballo hacía poco tiempo y que estaba sentado entonces en un rincón fumando su pipa. Cuando concluyó el relato, el granjero se puso de pie muy despacio, colocó su silla enfrente de la de Dominicus y se quedó mirándolo de hito en hito, echando al vendedor ambulante el humo de tabaco más infame que este había olido en su vida.

—¿Estaría dispuesto a hacer una declaración jurada —le preguntó, con el tono de un juez de pueblo que hace un interrogatorio— en el sentido de que el viejo propietario señor Higginbotham, de Kimballton, fue asesinado en su huerto de frutales anteanoche, y de que lo encontraron ahorcado de su peral grande ayer por la mañana?

—Yo lo cuento como lo oí contar, señor mío —respondió Dominicus, dejando caer el puro que tenía consumido a medias—. No digo que fuera testigo de vista. De manera que no puedo jurar que lo asesinaran exactamente de esa manera.

—Pero yo sí que puedo jurar que si al propietario señor Higginbotham lo asesinaron anteanoche, yo me tomé un vaso de cerveza amarga con su espíritu esta mañana. Como vecino mío que es, me llamó desde su tienda cuando yo pasaba por delante a caballo, me hizo entrar, me convidó y después me encomendó un pequeño recado para que se lo hiciera por el camino. No dio muestras de tener más noticias de su asesinato que yo mismo.

—¡Vaya, entonces no puede haber sucedido! —exclamó Dominicus Pike.

—Sospecho que, en tal caso, él me lo habría comentado —dijo el granjero viejo; y volvió a llevarse la silla al rincón, dejando a Dominicus bastante alicaído.

¡Se había producido una desdichada resurrección del señor Higginbotham! Al vendedor ambulante no le quedaron ánimos para intervenir más en la conversación, pero se consoló con un vaso de ginebra con agua y se fue a la cama, en la que se pasó toda la noche soñando que lo habían ahorcado del peral de San Miguel. Para no encontrarse con el granjero viejo (al que detestaba tanto que le habría agradado más que lo hubiesen ahorcado a él que al señor Higginbotham), Dominicus se levantó al alba, enganchó al carro verde la yeguita y se alejó trotando rápidamente, camino de Parker's Falls. La brisa fresca, la carretera llena de rocío y el amanecer agradable de verano le alegraron el espíritu, y podrían haberlo animado a repetir el viejo relato si hubiera habido alguien despierto para escucharlo. Pero no se cruzó con yunta de bueyes, ni con calesa, ni con jinete ni con viajero de a pie alguno hasta que, cuando atravesaba el río Salmon, bajó hacia el puente un hombre que caminaba a paso cansino, con un hatillo al hombro suspendido de la punta de un palo.

—Buenos días, señor —dijo el vendedor ambulante, tirando de las riendas de su yegua—. Si viene de Kimballton o de sus alrededores, quizá pueda informarme de lo que hay de verdad en este asunto del viejo señor Higginbotham. ¿Es verdad que un irlandés y un negro asesinaron al viejo hace dos o tres noches?

Dominicus había hablado con tanta precipitación que no había tenido tiempo de observar en un primer momento que el propio desconocido también aparentaba tener una buena proporción de sangre negra. Al oír esta pregunta repentina, la piel del africano cambió aparentemente de color: su matiz amarillento adquirió un tono blanco espectral, mientras que el hombre, temblando y balbuciendo, respondió así:

—¡No! ¡No! ¡No intervino ningún hombre de color! Fue un irlandés quien lo ahorcó anoche, a las ocho. ¡Yo me puse en camino a las siete! Su familia no lo habrá encontrado todavía en el huerto.

Apenas hubo dicho esto el hombre amarillo, cuando se calló de pronto y, aunque antes parecía bastante cansado, reemprendió su camino a un paso cuya velocidad equivalía a la de un trotecillo vivo de la yegua del vendedor ambulante. Dominicus se lo quedó mirando muy perplejo. Si el asesinato no se había cometido hasta el martes por la noche, ¿quién era el profeta que lo había predicho con todas sus circunstancias el martes por la mañana? Si la propia familia del señor Higginbotham no había descubierto el cadáver de este, ¿cómo era posible que el mulato supiera que este estaba ahorcado en el huerto, a más de treinta millas de distancia, teniendo en cuenta sobre todo que el mulato había salido de Kimballton antes de que el desventurado fuera ahorcado siquiera? En vista de estas circunstancias ambiguas, sumadas a la sorpresa y al terror de que había dado muestras el desconocido, Dominicus estuvo tentado de levantar la alarma para que se persiguiera a aquel como cómplice del asesinato, dado que, al parecer, se había cometido verdaderamente un asesinato.

—Pero ¡dejemos que siga su camino el pobrecillo! —pensó el vendedor ambulante—. No quiero que caiga sobre mi cabeza su sangre negra; y aunque ahorquen al negro, eso no servirá para desahorcar al señor Higginbotham. Para desahorcar al viejo caballero... ya sé que es pecado pensar esto, ¡pero no me gustaría nada que volviera a la vida por segunda vez y que me dejara de nuevo por mentiroso!

Sumido en estas meditaciones, Dominicus Pike llegó con su carro a la calle principal de Parker's Falls, el cual,

como es bien sabido, es un pueblo tan próspero como puede serlo un pueblo que tiene tres hilaturas de algodón y una serrería. Las máquinas no estaban en marcha y solo unas pocas tiendas habían quitado el cierre cuando él llegó al patio de caballos de la posada y se encargó, como primera providencia, de pedir un celemín<sup>7</sup> de avena para la yegua. Su segunda misión fue, naturalmente, comunicar al mozo de cuadra la tragedia del señor Higginbotham. No obstante, le pareció recomendable no manifestar con demasiada precisión la fecha del lamentable suceso, y tampoco indicar con demasiada seguridad si este había sido cometido por un irlandés y un mulato, o solo por el hijo de la verde Erin<sup>8</sup>. Tampoco pretendió dar fe personalmente del caso ni propuso ningún otro testigo, sino que lo citó como voz que corría de manera general.

La voz se extendió por el pueblo como se extiende el fuego entre los árboles arracimados, y se convirtió de tal modo en materia general de conversación que nadie era capaz de determinar de dónde había salido. El señor Higginbotham era tan conocido en Parker's Falls como cualquier ciudadano local, pues era copropietario de la serrería y accionista importante de las hilaturas de algodón. Los habitantes consideraron que la suerte del señor Higginbotham afectaba a su propia prosperidad. La impresión fue tal que la *Gaceta de Parker's Falls* se publicó con un día de adelanto y salió con la mitad del papel en blanco y una columna impresa con letras del cuerpo 24 y salpicadas de versales, encabezada por el titular: ¡HORRIBLE ASESINATO DEL SEÑOR HIGGINBOTHAM! Entre otros detalles espantosos, la crónica impresa describía la señal que había dejado la soga en el cuello del

muerto e indicaba el número de miles de dólares de los que había sido despojado este; se trataba con mucho patetismo de la aflicción de su sobrina, que había sufrido un desmayo tras otro desde que habían encontrado a su tío ahorcado en el peral de San Miguel con los bolsillos vueltos del revés. El poeta del pueblo solemnizó, asimismo, el dolor de la joven con una balada de diecisiete estrofas. La corporación municipal se reunió y, considerando los intereses que tenía el señor Higginbotham en el pueblo, tomó la decisión de publicar un bando impreso en octavillas, en las que se ofrecía una recompensa de quinientos dólares a quien atrapara a los asesinos y recuperara los bienes robados.

Mientras tanto, toda la población de Parker's Falls, compuesta de tenderos, patronas de casas de huéspedes, muchachas que trabajaban en las hilaturas, obreros de las fábricas y escolares, se echó a la calle precipitadamente y se puso a charlar con una locuacidad tan terrible que compensaba con creces el silencio de las máquinas de las hilaturas, las cuales no producían su estrépito habitual por respeto a la memoria del difunto. Si el señor Higginbotham hubiera albergado alguna duda sobre su posible fama póstuma, su espíritu prematuro habría contemplado aquel tumulto con regocijo. Nuestro amigo Dominicus, con la vanidad de su corazón, olvidó las precauciones que había pensado tomar y, subido al abrevadero municipal, se proclamó a sí mismo como portador de la noticia auténtica que había causado una sensación tan asombrosa. Se convirtió inmediatamente en la celebridad del momento, y acababa de emprender una nueva edición de su narración, con voz digna de un predicador de aldea, cuando enfiló la calle del pueblo la diligencia del correo. Había viajado toda la noche y debía de haber

<sup>7</sup> Medida de capacidad equivalente a 4,626 litros aproximadamente.

<sup>8</sup> Nombre gaelico de Irlanda.

tomado caballos de refresco en Kimballton, a las tres de la madrugada.

—¡Ahora nos enteraremos de todos los detalles! —gritó la multitud.

La diligencia llegó traqueteando al patio de la posada, seguida por mil personas; pues las pocas personas que habían seguido ocupándose de sus propios asuntos hasta entonces los dejaron de cualquier manera en ese instante para entrarse de las novedades. El vendedor ambulante, que encabezaba la carrera, descubrió que la diligencia llevaba a dos pasajeros, que se habían despertado ambos con sorpresa de su sueño tranquilo para encontrarse en el centro de una multitud alborotada. Asaltados ambos por un sinnúmero de personas que les proponían cada uno una pregunta diferente, y todas al mismo tiempo, los dos pasajeros quedaron sin habla: uno era abogado y el otro era una señorita joven.

—¡El señor Higginbotham! ¡El señor Higginbotham! ¡Cuéntennos los detalles de lo del viejo señor Higginbotham! —vociferaba la multitud—. ¿Qué ha dictaminado el forense? ¿Han detenido a los asesinos? ¿Sigue teniendo desmayos la sobrina del señor Higginbotham? ¡El señor Higginbotham! ¡El señor Higginbotham!

El cochero no dijo palabra, excepto unos juramentos terribles dirigidos al mozo de cuadra por no traerle un tiro de caballos de refresco. El abogado que iba dentro de la diligencia solía tener la cabeza en su sitio aun cuando dormía; cuando se enteró de la causa de la agitación, lo primero que hizo fue sacar un libro de bolsillo grande y rojo. Mientras tanto, Dominicus Pike, que era un joven educadísimo, y que sospechaba por otra parte que una lengua femenina sería capaz de relatar el caso con tanta facundia como la de un abogado, había ayudado a la señorita a

bajar de la diligencia, dándole la mano. Era una muchacha fina y bonita, que ya estaba despierta del todo y fresca como una lechuga, y tenía una boca tan hermosa y tan dulce que Dominicus casi habría preferido oírle contar un relato de amor más que la narración de un asesinato.

—Damas y caballeros —dijo el abogado a los tenderos, a los obreros y a las muchachas de las fábricas—, puedo asegurarles que este alboroto tan extraordinario ha sido suscitado por algún error inexplicable o, lo que es más probable, por alguna falsedad voluntaria pergeñada maliciosamente en perjuicio de la buena fama del señor Higginbotham. Hemos pasado por Kimballton esta madrugada, a las tres, y no cabe la menor duda de que caso de haberse cometido algún asesinato nos habrían informado de él. Pero tengo pruebas en sentido contrario, casi tan firmes como una declaración oral del propio señor Higginbotham. He aquí una nota que atañe a un pleito suyo ante los tribunales de Connecticut, y que he recibido del propio caballero. Veo que está fechada a las diez de la noche pasada.

Dicho esto, el abogado exhibió la fecha y la firma de la nota, que demostraban indiscutiblemente o bien que el contradictorio señor Higginbotham estaba vivo cuando la escribió, o bien (lo que algunos consideraban la más probable de dos posibilidades dudosas) que este estaba tan absorto por los negocios del mundo que había seguido ocupándose de ellos aun después de su muerte. Pero surgió otra prueba inesperada. La joven señorita, después de haber escuchado la explicación del vendedor ambulante, se retiró un breve instante para componerse el vestido y para ordenarse los bucles del pelo, y apareció al instante a la puerta de la posada e hizo una seña discreta para pedir que le prestasen atención.

—Buenas gentes —dijo—, yo soy la sobrina del señor Higginbotham.

Un murmullo de asombro recorrió la multitud al contemplar tan alegre y tan sana de color a aquella misma sobrina desdichada a la que se habían imaginado, según la crónica de la *Gaceta de Parker's Falls*, desmayada y al borde de la muerte. Pero no faltaban algunos maliciosos que habían dudado desde el primer momento que una joven señorita pudiera desesperarse tanto por la muerte de un tío rico.

—Ya ven que esta noticia tan extraña no tiene el menor fundamento en lo que a mí respecta —siguió diciendo la señorita Higginbotham con una sonrisa—, y creo que estoy en condiciones de afirmar que lo mismo puede decirse en lo que respecta a mi querido tío Higginbotham. Este tiene la amabilidad de alojarme en su casa, aunque yo contribuyo a mis gastos siendo maestra de escuela. Salí de Kimballton esta mañana para pasar las vacaciones de la semana de entrega de diplomas en casa de una amiga, a unas cinco millas de Parker's Falls. Cuando mi tío, tan generoso, me oyó bajar por la escalera, me llamó, me hizo acudir junto a su cama y me entregó dos dólares y cincuenta centavos para que pagase el pasaje de la diligencia, y un dólar más para mis gastos extraordinarios. Después, guardó la cartera bajo su almohada, me dio la mano y me recomendó que llevase algunas galletas en mi bolsa en vez de pararme a desayunar en algún sitio. Por lo tanto, puedo decir con confianza que dejé con vida a mi querido pariente y que confío en encontrármelo del mismo modo a mi regreso.

La señorita hizo una reverencia cuando hubo terminado su discurso, que había sido tan razonable y tan bien expresado, y que había pronunciado con tanta gracia

y corrección que todos los presentes la juzgaron digna de ser profesora en la mejor academia del estado. Pero cualquier forastero habría supuesto que el señor Higginbotham era aborrecido en Parker's Falls y que se había proclamado una ceremonia de acción de gracias por la noticia de su asesinato: tan exagerada fue la ira de los habitantes al enterarse de su error. Los obreros decidieron hacer los honores a Dominicus Pike: la única duda que tenían era si convenía más embadurnarlo de alquitrán y plumas, sacarlo a la vergüenza pública sobre un raíl de ferrocarril o refrescarlo con un baño en el abrevadero municipal, sobre el cual él mismo se había proclamado portador de la noticia. Los miembros de la corporación municipal, asesorados por el abogado, hablaron de procesarlo por la falta de propalar bulos infundados que habían alterado enormemente la paz común. Lo único que salvó a Dominicus de la ira de la multitud o de verse ante un tribunal de justicia fue la defensa elocuente que hizo de él la señorita. Este, después de dirigir a su benefactora unas palabras de agradecimiento sincero, subió al carro verde y salió del pueblo sufriendo el bombardeo de la artillería de los escolares, que encontraban municiones abundantes en los barrizales y en los lodazales de las proximidades. Cuando volvió la cabeza para intercambiar una mirada de despedida con la sobrina del señor Higginbotham, le golpeó de lleno en la boca una pella que tenía la consistencia de la bechamel y que le dio un aspecto muy lastimoso. Tenía todo el cuerpo tan salpicado de proyectiles sucios como este que casi pensó en volver atrás y solicitar que le administrasen el baño en el abrevadero municipal con el que le habían amenazado; pues, aunque no se lo habían ofrecido con buena intención, ahora sería una verdadera obra de caridad para él.

No obstante, el sol brillaba con fuerza sobre el pobre Dominicus y este pudo quitarse de encima con facilidad el barro, símbolo de todas las manchas del oprobio inmerecido, cuando se secó. Como el muy tuno era un bromista, no tardó en alegrarse el ánimo, ni tampoco pudo contener las carcajadas al pensar en el alboroto que había suscitado su relato. Las octavillas de la corporación municipal provocarían la detención de todos los vagabundos del estado; el párrafo de la *Gaceta de Parker's Falls* se reproduciría en todos los periódicos, desde Maine hasta Florida, y quizá se citaría también en los periódicos de Londres; y muchos avaros temblarían por sus bolsas y por sus vidas al enterarse de la tragedia del señor Higginbotham. El vendedor ambulante meditó con gran fervor sobre los encantos de la joven maestra de escuela y juró que el propio Daniel Webster no habló jamás como había hablado la señorita Higginbotham, ni se había parecido tanto a un ángel como lo había parecido ella al defenderlo del las iras del populacho en Parker's Falls.

Dominicus había llegado al camino de peaje de Kimballton, ya que su intención primera siempre había sido la de visitar dicha población, aunque sus ocupaciones lo hubieran desviado del camino más recto que conducía a esta desde Morrilton. Al acercarse a la escena del supuesto asesinato, seguía dando vueltas en la cabeza a las circunstancias de este y se quedó asombrado al advertir las circunstancias de todo el caso. Si no hubiera sucedido nada que hubiera corroborado la relación del primer viajero, podría considerarlo a estas alturas una invención; pero era evidente que el hombre amarillento estaba familiarizado con la noticia o con el hecho mismo; y la consternación y el aire de culpabilidad de que había dado muestras al ser interrogado tenían algo de misterioso. Si se sumaba a esta

combinación singular de circunstancias el hecho de que el rumor coincidía exactamente con el carácter del señor Higginbotham y con sus costumbres, y con el hecho de que poseía un huerto de frutales y un peral de San Miguel, junto a los cuales pasaba siempre hacia la caída de la noche: las pruebas indirectas parecían tan poderosas que Dominicus dudaba que se pudiera otorgar el mismo peso al documento autógrafo que había presentado el abogado, o incluso al testimonio directo de la sobrina. Haciendo indagaciones discretas por el camino, el vendedor ambulante se enteró, asimismo, de que el señor Higginbotham tenía a su servicio a un irlandés de reputación dudosa, al que había contratado sin recomendaciones por resultarle más barato.

—¡Que me ahorquen a mí si me creo que el viejo Higginbotham no está ahorcado hasta que lo vea con mis propios ojos y lo oiga de su boca! —exclamó Dominicus Pike al llegar a lo alto de una colina solitaria—. Y como él es francamente escurridizo, pediré al párroco o a alguna otra persona responsable que dé fe de la circunstancia.

Ya estaba oscureciendo cuando llegó al puesto del portazgo del camino de peaje de Kimballton, a cosa de un cuarto de milla del pueblo del mismo nombre. Su yegüita iba alcanzando a buen paso a un hombre que iba a caballo y que cruzó el portón al trote a unas pocas docenas de varas por delante de él, dirigió un gesto con la cabeza al portazguero<sup>9</sup> y siguió hacia el pueblo. Dominicus conocía al portazguero y, mientras este le contaba el cambio, los dos intercambiaron los comentarios habituales sobre el tiempo.

—Supongo que no habrá visto al señor Higginbotham de uno o dos días a esta parte. ¿verdad?—dijo el vendedor

<sup>9</sup> El cargado de cobrar el portazgo o derechos que pagan por atravesar un lugar determinado de un camino.

ambulante, mientras tiraba de su látigo para dejarlo caer como una pluma sobre el lomo de la yegua.

—Sí —respondió el portazguero—. Pasó por el portón un momento antes de que llegase usted, y por allí va en su caballo, si es que usted lo ve entre la penumbra. Esta tarde ha ido a Woodfield para asistir a una subasta por quiebra. El viejo suele darme la mano y charlar un poco conmigo, pero esta noche me ha saludado con la cabeza como para decirme: «Apúnteme el portazgo a mi cuenta» y ha seguido adelante a buen paso; pues, vaya donde vaya, siempre tiene que estar en su casa a las ocho.

—Eso he oído decir —dijo Dominicus.

—Jamás he visto a un hombre tan amarillo y tan delgado como ese caballero —siguió diciendo el portazguero—. Me he dicho para mis adentros: «Esta noche más parece un fantasma o una momia vieja que de carne y hueso como es debido».

El vendedor ambulante apenas era capaz de distinguir entre la penumbra, forzando la vista, al jinete que ya se le había adelantado mucho por el camino que conducía hasta el pueblo. Le pareció reconocer la espalda del señor Higginbotham; pero, entre las sombras del anochecer y entre el polvo que levantaba el caballo con los cascos, la figura parecía apagada y tenue, como si la forma del viejo misterioso estuviera compuesta de tenue oscuridad y luz gris. Dominicus se estremeció.

«El señor Higginbotham ha vuelto del otro mundo por el camino de peaje de Kimballton», pensó.

Sacudió las riendas y se puso en marcha, manteniéndose aproximadamente a la misma distancia de la sombra vieja y gris, hasta que esta quedó oculta por una curva del camino. Al llegar a este punto, el vendedor ambulante dejó de ver al jinete y se encontró en la entrada de la calle principal del

pueblo, no lejos de unas cuantas tiendas y de dos posadas, apiñadas junto a la sala de juntas con su torre rematada en una aguja. A su izquierda había un muro de piedra con un portón, que ceñía un bosquecillo de árboles de leña, tras el cual había un huerto de frutales; detrás, un prado, y al fondo, una casa. Era la finca del señor Higginbotham, cuya residencia había estado junto al antiguo camino real pero que había quedado al fondo al construirse el camino de peaje de Kimballton. Dominicus conocía aquel lugar, y la yegua se detuvo, seguramente por instinto, pues él no era consciente de haber tirado de las riendas.

—¡No puedo pasar de este portón así me maten! —dijo, temblando—. ¡No volveré a ser el que era si no veo con mis propios ojos si el señor Higginbotham está ahorcado del peral de San Miguel!

Saltó del carro, dio a las riendas una vuelta alrededor de la jamba del portón y echó a correr por el sendero del bosquecillo como si lo persiguiera Pedro Botero<sup>10</sup>. En ese mismo instante dieron las ocho en el reloj del pueblo, y a cada una de las graves campanadas Dominicus daba un nuevo salto y corría más que antes hasta que vio entre la penumbra, en el centro solitario del huerto, el peral fatídico. Una rama grande salía de su tronco retorcido y se extendía sobre el sendero, arrojando una sombra oscurísima sobre aquel punto. ¡Pero parecía que algo se agitaba bajo la rama!

El vendedor ambulante no se las había echado jamás de ser más valiente que lo indispensable para un hombre que ejerce un oficio pacífico, ni pudo explicarse el valor de que dio muestras en esa tremenda situación apurada. ¡Pero es indudable que avanzó corriendo, que derribó a un

<sup>10</sup> Como se sabe, Pedro Botero sería un apelativo popular para designar al diablo, según se deduce del dicho en que el infierno se designa como «las calderas de Pedro Botero». (*El porqué de los dichos*.)

robusto irlandés con el mango de su látigo y que se encontró (y no colgado del peral de San Miguel, sino temblando bajo el mismo y con una soga al cuello) al mismísimo viejo señor Higginbotham!

—Señor Higginbotham —dijo Dominicus con voz trémula—, usted es hombre honrado y me fiaré de su palabra. ¿Lo han ahorcado o no?

Suponiendo que el lector no haya resuelto todavía el misterio, bastarán unas pocas palabras para desvelar el mecanismo sencillo por el que este «suceso venidero» pudo «adelantar su sombra». Tres hombres habían planeado robar y asesinar al señor Higginbotham; dos de ellos se desanimaron y huyeron sucesivamente y cada uno de ellos retrasó el crimen una noche con su desaparición; el tercero lo estaba perpetrando cuando apareció un campeón que obedecía ciegamente la llamada del destino, como los paladines de las antiguas novelas de caballerías, en la persona de Dominicus Pike.

Solo falta añadir que el señor Higginbotham tomó bajo su protección al vendedor ambulante, consintió que este cortejase a la hermosa maestra y cedió todos sus bienes a los hijos de ambos, reservándoles a ellos el usufructo. Con el tiempo, el anciano caballero culminó sus favores muriendo cristianamente en su cama. Después de este hecho luctuoso, Dominicus Pike se ha mudado de Kimballton y ha abierto una gran fábrica de tabacos en mi pueblo natal.

## Tú eres el hombre

(E. A. POE)



AHORA yo haré el papel de Edipo en el enigma de Rattleborough. Les explicaré a ustedes, como solo yo puedo hacerlo, el secreto del mecanismo que provocó el milagro de Rattleborough, el único, el auténtico, el admitido, el indiscutible, el indisputado milagro que puso el definitivo punto final a la infidelidad entre los rattleburgueses y devolvió a la ortodoxia de los abuelos a todos los pecadores que se habían atrevido a mostrarse escépticos.

Este suceso, que lamentaría mucho tratar en un tono de inadecuada ligereza, ocurrió durante el verano de 18... Mr. Barnabas Schuttleworthly, uno de los vecinos más ricos y respetables de la villa, había desaparecido días pasados en circunstancias que hacían sospechar las más funestas consecuencias. Mr. Shuttleworthly había salido de Rattleborough un sábado por la mañana muy temprano, a caballo, con la confesada intención de trasladarse a la ciudad de... situada a unas quince millas del lugar, y volver la noche de ese mismo sábado. Dos horas después de su partida, su cabalgadura regresó sin él y sin las sacas que al partir llevaba en la montura. El animal venía herido y cubierto de lodo. Aquellas circunstancias, como es lógico, sembraron la alarma entre los amigos del desaparecido; y cuando el domingo por la mañana se supo que

no había regresado, el pueblo todo se levantó en masa para ir en busca de su cadáver.

El primero y más enérgico organizador de la búsqueda fue un amigo íntimo de Mr. Shuttleworth, Mr. Charles Goodfellow, o como todo el mundo lo llamaba «Charle Goodfellow», o «el viejo Charley Goodfellow». Ahora bien, se trate de una maravillosa coincidencia, o posea el nombre influjos imperceptibles sobre el carácter, es cosa que no he podido comprobar jamás; pero existe un hecho incontrastable: que jamás ha existido un hombre llamado Charles que no fuera un sujeto recto, varonil, bondadoso, honesto y franco, dueño de una voz profunda y clara y agradable de escuchar, y unos ojos que miran de frente, como diciendo: «Tengo la conciencia tranquila, no temo a nadie y nunca sería capa de una acción mezquina». De ahí que todos los generosos, negligentes, «actores de carácter» se llamen con toda probabilidad Charles.

Pues bien, aunque no llevara más de seis meses en Rattleborough y nadie supiera nada de él antes de que llegara a instalarse entre nosotros, el «viejo Charley Goodfellow» no halló la menor dificultad en hacerse amigo de toda la gente respetable del lugar. Ni un solo vecino hubiera dudado un momento de su palabra, y en cuanto a las damas hacían cuanto estaba en su poder para congraciarse con él. Esto provenía del hecho de llamarse Charles y de poseer, según se desprende de lo anteriormente dicho, uno de esos rostros ingenuos que proverbialmente constituyen «la mejor carta de recomendación».

Ya he declarado que Mr. Shuttleworth era uno de los hombres más respetables y, sin duda, el más rico de Rattleborough, y que «el viejo Charley Goodfellow»

había intimado con él a tal punto que parecía su propio hermano. Eran vecinos, y aunque Mr. Shuttleworth visitaba rara vez —si es que lo hizo alguna— al «viejo Charley», jamás se supo que comiera en su casa, ello no obsta para que ambos amigos pasaran muchísimo tiempo juntos como también he dicho; en efecto, el «viejo Charley» no dejaba de pasar un solo día sin entrar tres o cuatro veces en casa de Mr. Shuttleworth para ver cómo se encontraba su vecino, y muchas veces se quedaba a tomar el desayuno o el té, y casi siempre a cenar; en cuanto a la cantidad de vino que tomaban los dos camaradas de una sola vez, hubiera sido difícil de precisar. La bebida favorita del «viejo Charley» era el Château Margaux, y a Mr. Shuttleworth parecía agraderle ver cómo su amigo se tomaba botella tras botella; tanto es así que cierto día, cuando el vino —como suele ocurrir— había despertado el ingenio de ambos, aquel dijo a su compinche, dándole una palmada en la espalda:

—Te diré una cosa, «viejo Charley», y es que eres el mejor compañero con que he topado en esta vida; y puesto que tanto te gusta beber ese vino, que me cuelguen si no voy a regalarte un gran cajón de Châteaus Margaux. ¡Qué me cuelguen —repitió Mr. Shuttleworth, que tenía la mala costumbre de soltar juramentos, bastante inofensivos por otra parte—, que me cuelguen si esta misma tarde no mando pedir a la ciudad un cajón doble del mejor vino que tengan y te lo regalo! ¡Vaya si lo haré! No digas ni una palabra: te repito que lo haré y se acabó. De modo que prepárate... un día de estos te llegará... justamente cuando menos lo esperes.

Menciono este ejemplo de generosidad por parte de Mr. Shuttleworth a fin de mostrarles lo muy íntimos que eran estos dos amigos.

Pues bien, la mañana de domingo en cuestión, cuando ya no había duda de que algo grave le había ocurrido a Mr. Shuttleworthy, jamás vi a nadie tan preocupado como al «viejo Charley Goodfellow». Cuando oyó por vez primera que el caballo había regresado a casa sin su amo, sin las sacas de la montura y cubierto de sangre de resultas de un pistoletazo que había atravesado el pecho del pobre animal sin llegar a matarlo, cuando oyó todo eso, se puso tan pálido como si el desaparecido hubiera sido su padre o su hermano, mientras temblaba convulsivamente como si le atacara una fiebre palúdica.

Al principio pareció demasiado abatido por el dolor como para tomar ninguna iniciativa o decidir sobre la marcha de algún plan de acción; durante largo rato trató de disuadir a los restantes amigos de Mr. Shuttleworthy de que tomaran medidas, argumentando que era preferible esperar —una semana o dos, incluso un mes o dos— hasta ver si ocurría alguna novedad o si el mismo desaparecido se presentaba explicando las razones por las que había abandonado de aquella forma su caballo. Pienso que ustedes habrán observado con frecuencia esta tendencia a contemporar o a demorar la acción en gentes que se hallan bajo los efectos de un dolor muy intenso. Sus facultades mentales aparecen entorpecidas y experimentan una especie de horror por cualquier tipo de acción; nada les parece mejor que permanecer inmóviles en su cama y «acunar su propia» pena, como gusta decir a las señoras de edad; en otras palabras, rumiar sus dificultades.

Las gentes de Rattleborough tenían en alta consideración la sensatez y la discreción del «viejo Charley», y la mayoría se mostró dispuesta a seguir sus consejos y no realizar investigación alguna «hasta que hubiera alguna novedad», según se expresaba el honrado caballero.

Y estoy convencido de que esta decisión hubiera prevalecido de no mediar la muy sospechosa intromisión del sobrino de Mr. Shuttleworthy, joven de hábitos disipados y de pésima reputación. El tal sobrino, por nombre Pennifeather, no quiso atender a razones ni «quedarse tranquilo», insistiendo en salir inmediatamente en busca del «cadáver del asesinado». Tal fue la frase que pronunció, y Mr. Goodfellow no dejó de hacer notar en esa ocasión «que era una frase extraña, por no decir otra cosa». Tal observación en labios del «viejo Charley» causó gran impacto en la multitud y se oyó a uno del grupo preguntar de la manera más vehemente «cómo podía el joven Pennifeather estar tan bien enterado de las circunstancias referente a la desaparición de su acaudalado tío como para sentirse autorizado a afirmar, clara e inequívocamente, que su tío había sido asesinado». A esto siguieron picantes réplicas y controversias entre varios de los allí presentes, y sobre todo entre el «viejo Charley» y Mr. Pennifeather, hecho que no provocó sorpresa alguna, pues de todos era conocida la enemistad existente entre ambos desde hacía varios meses. Las cosas habían llegado a tal punto que Mr. Pennifeather se atrevió en una ocasión a derribar de una bofetada al amigo de su tío, acusándolo de ciertos excesos cometidos por aquel en casa de su pariente, donde el joven vivía. Decían que en esa ocasión el «viejo Charley» se había comportado con su acostumbrada moderación y cristiana caridad. Tras incorporarse, sacudió sus ropas y, sin hacer el menor intento de devolver el golpe recibido, se limitó a murmurar algunas frases sobre sus propósitos de «vengarse en la primera oportunidad», reacción totalmente lógica y justificable debido a la cólera y que carecía de sentido especial; por otro lado, la olvidó indudablemente enseguida.

Sea lo que fuere de ese incidente (que no tiene relación alguna con lo que estamos narrando), los habitantes de Rattlebought terminaron dejándose persuadir por Mr. Pennifeather, y decidieron dispersarse por los alrededores de la población en busca del desaparecido. Tal fue su primera intención, porque parecía lo más lógico que se dispersaran en grupos para explorar de la forma más minuciosa las regiones comarcanas. Sin embargo, no sé gracias a qué ingenioso razonamiento que he olvidado, el «viejo Charley» terminó por convencer a todo el pueblo reunido de que este plan no era el más oportuno. Al decir que los convenció, exceptuó a Mr. Pennifeather; pero lo cierto es que al final la asamblea decidió realizar una cuidadosa búsqueda con todos los vecinos «en masse»; naturalmente, el «viejo Charley» se puso al frente como guía.

Por lo que a esto último respecta, no cabe duda alguna de que era el jefe más capacitado, pues todos los convecinos sabían que el «viejo Charley» tenía ojos de lince; sin embargo, aunque los llevó a toda suerte de rincones alejados, por senderos que jamás nadie sospechó que existieran en la región, y aunque la búsqueda prosiguió incesante noche y día durante más de una semana, fue imposible hallar la mínima huella de Mr. Shuttleworthy. Cuando digo «la mínima huella», no debe entenderse literalmente, pues no dejaron de hallarse algunos rastros. Las marcas de las herraduras del caballo (que eran de un tipo especial) fueron seguidas hasta un sitio localizado a tres millas al este del pueblo, en el camino a la ciudad. Aquí las huellas se desviaban por un atajo que cruzaba un bosque y volvía a salir al camino real, acortando en media milla el trayecto regular. Al seguir las pisadas por este sendero, el grupo terminó por llegar a un charco de agua estancada, semioculto por unas zarzas, a la derecha del

camino; precisamente en este punto se interrumpían las señales de las herraduras.

Advirtieron, sin embargo, que en el lugar había habido lucha: las señales demostraban que un cuerpo grande y pesado había sido arrastrado desde el sendero al charco. Procedieron entonces a dragar cuidadosamente este último, pero las tentativas fueron infructuosas. Cuando los presentes se disponían a regresar, sin esperanza de conocer la verdad, la Providencia sugirió a Mr. Goodfellow la idea de desaguar el charco por completo. El plan fue recibido con hurras y el «viejo Charley» muy elogiado por su sagacidad e inteligencia. Como algunos convecinos traían palas, supuesta la eventualidad de desenterrar un cadáver, achicaron el agua del charco con rapidez. Tan pronto como quedó visible el fondo, hallaron en el centro del lecho de barro un chaleco de terciopelo de seda negra que casi todos los presentes reconocieron al instante como propiedad de Mr. Pennifeather. El chaleco estaba desgarrado y manchado de sangre.

Varias personas recordaron claramente habérselo visto puesto a Mr. Pennifeather la mañana de la partida de Mr. Shuttleworthy, mientras otros vecinos se hallaban dispuestos a afirmar bajo juramento que Mr. Pennifeather no había usado aquella prenda en ningún momento posterior a aquel día. No se encontró a nadie dispuesto a afirmar que el joven había vestido el chaleco en cualquier momento posterior a la desaparición de Mr. Shuttleworthy.

Todo lo cual creaba una situación sumamente difícil para el joven. Las sospechas que se desataron en todas las mentes contra él se vieron confirmadas por la palidez que cubrió el rostro del joven y la mudez que sobrecogió su lengua cuando los presentes le urgieron a

que se explicara. Ante este género de respuesta, los pocos amigos que su disoluta manera de vivir le había dejando lo abandonaron instantáneamente y se mostraron todavía más enérgicos que sus antiguos y reconocidos enemigos al exigir el inmediato arresto del presunto culpable.

Sin embargo, entonces resplandeció, por contraste y con su más alto esplendor, la magnanimidad de Mr. Goodfellow, que hizo una cálida y elocuente defensa de Mr. Pennifeather, durante la cual aludió en más de una ocasión a su propio y sincero perdón por la bofetada que el disipado joven le propinara en un arrebato de pasión. «Lo perdonaba —añadió— desde lo más profundo de su corazón; y por lo que a él se refería (Mr. Goodfellow), en vez de llevar a su extremo las sospechosas circunstancias que desgraciadamente existían contra Mr. Pennifeather, haría todo cuanto estuviera en su mano y emplearía la escasa elocuencia de que era capaz para... para suavizar, en la medida en que le permitiera hacerlo la paz de su conciencia, los aspectos más oscuros que presentaba aquel enigmático asunto.»

Mr. Goodfellow prosiguió durante una larga media hora en el mismo tono, que hacía gran honor tanto a su inteligencia como a la bondad natural de su corazón; pero las gentes de corazón generoso pocas veces son capaces de observaciones sensatas; incurren en todo género de mistificaciones, *contresens* y despropósitos en la exaltación de su celo por servir a los amigos; y, con frecuencia, con la mejor intención del mundo, le hacen gravísimo daño en lugar de favorecerlo.

Esto mismo sucedió en nuestro caso con la elocuencia del «viejo Charley», pues, aunque trataba de ayudar por todos los medios al sospechoso, ocurrió —no sé exac-

tamente cómo— que cada sílaba que pronunciaba con la deliberada o inconsciente intención de no exagerar el buen concepto del público sobre el orador, cometió el error de hacer recaer las sospechas ya latentes sobre la persona cuya causa defendía y alimentar contra él la furia de sus convencidos.

La alusión del orador al sospechoso como «el heredero del excelente Mr. Shuttleworthy» fue uno de los errores más inexplicables. Ninguno de los allí presentes había caído en la cuenta: solo recordaban ciertas amenazas proferidas hacía un año por el tío ahora desaparecido en el sentido de desheredar a su sobrino (que era su único pariente) y daban como seguro que Mr. Pennifeather había sido desheredado; tan simples eran los vecinos de Rattlesborough. Pero las palabras del «viejo Charley» les llevaron a pensar en el asunto, advirtiendo entonces la posibilidad de que aquellas amenazas se hubieran quedado en palabras. Inmediatamente, pues, surgió la pregunta natural de *cui bono?* que tuvo más peso aún que el chaleco en la atribución de tan horrible crimen al joven. Se me permitirá, para no ser mal interpretado, que haga una digresión, con objeto de hacer notar que esta breve y sencillísima frase latina es invariablemente mal traducida y peor concebida. En todas las novelas de misterio y en otras, por ejemplo, en las de Ms. Gore<sup>1</sup>, autora de *Cecil*, dama que cita en todas las lenguas habidas y por haber, desde el caldeo al chickasaw<sup>2</sup>, ayudada sistemáticamente en su erudición por Mr. Beckford, en todas esas novelas,

<sup>1</sup> Catalina Francis de Gore (1599-?). Literata inglesa entre cuyas obras destacan: *Teresa Marchmont*, *Madres e hijas*, *El Ministro*, *Cecilia*, *La embajadora*, *El diamante y la perla* o *Las enseñanzas de la vida*.

<sup>2</sup> Lengua de la tribu precolombina del mismo nombre perteneciente al estado de Georgia estadounidense. (*Diccionario del gentilicio*.)

digo, desde las de Bulwert Lytton<sup>3</sup> y Dickens<sup>4</sup>, hasta las de Turnapenny<sup>5</sup> y Ainsworth<sup>6</sup>, las dos palabritas latinas *cui bono* son traducidas sistemáticamente por: «¿con qué fin?» o (como si dijera *que bono*), «¿con qué ventaja?». Su verdadero sentido, no obstante, es: «¿para beneficio de quién?». *Cui*, de quien; *bono*, ¿es para beneficio? La frase resulta puramente legal y se aplica en casos como el que nos ocupa, donde la probabilidad de que alguien haya cometido un delito depende del beneficio que extraiga el mismo como consecuencia del delito. Ahora bien, en el presente caso, la pregunta *cui bono?* se refería directamente a Mr. Pennifeather. Tras haber testado a su favor, su tío le había amenazado con desheredarlo, pero la amenaza no había pasado de las palabras; el testamento original, según se supo, no presentaba ninguna alteración. En caso contrario, el único motivo presumible para aquel crimen habría sido el vulgar de la venganza; pero incluso este podía rebatirse por la esperanza de todo desheredado de recuperar la confianza de su tío. No habiendo sido modificado el testamento mientras la amenaza seguía suspendida sobre la cabeza del sobrino, todos vieron en ello el

<sup>3</sup> Edward Robert Bulwer, primer conde de Lytton (1831-1891). Escritor y político inglés, nacido en Londres, hijo del autor de *Los últimos días de Pompeya*. Fue virrey de la India (1876) y murió siendo embajador en París. Escribió una larga narración poética: *Lucile* (1860).

<sup>4</sup> Charles John Huffam (1812-1870). Novelista inglés, nacido en Portsea (Landport). Trabajó como reportero para distintos periódicos y escribió para *The Old Monthly Magazine* apuntes de escenas callejeras y sucesos que cobrarían importancia al convertirse en los *Pickwick Papers* (1837). Entre sus novelas se cuentan: *Oliver Twist* (1838), *David Copperfield* (1849) o *A Tale of Two Cities* (1859).

<sup>5</sup> Me ha sido imposible identificar este autor.

<sup>6</sup> William Harrison Ainsworth (1805-1882). Novelista inglés nacido en Manchester, autor de obras como: *Sir John Chiverton* (en colaboración con John Aston, 1826), *Rockwood* (1834), *Tower of London* (1840) o *Old St. Paul's* (1841).

motivo más manifiesto de tan horrible crimen; tal fue la sagaz conclusión a que llegaron los meritorios ciudadanos de Rattlesborough.

A consecuencia de todo esto, Mr. Pennifeather fue arrestado allí mismo y la multitud, tras proseguir su búsqueda durante un breve rato, regresó al pueblo llevándolo atado y bien custodiado. En el camino de regreso, además, sucedió otro incidente que vino a confirmar, más si cabe, las sospechas. Mr. Goodfellow, cuyo celo lo impulsaba a adelantarse siempre al grueso del grupo, corrió unos pasos, se agachó y levantó un objeto que halló entre la hierba. Tras examinarlo rápidamente, todos observaron que intentaba esconderlo en el bolsillo de la chaqueta, pero los demás vecinos se lo impidieron; se trataba de una navaja española que más de una docena de personas reconocieron inmediatamente como perteneciente a Mr. Pennifeather. Para colmo, sus iniciales aparecían grabadas en el puño. La hoja de la navaja estaba abierta y cubierta de sangre.

Ya no quedaba duda alguna de la culpabilidad del sobrino del muerto, y apenas llegado a Rattlesborough fue entregado al juez para proceder a su interrogatorio.

La situación del joven adquirió entonces un cariz muy desagradable, porque al preguntársele dónde había estado la mañana del día de autos en que desapareció Mr. Shuttleworthy tuvo la descarada audacia de admitir que aquel día había salido con su escopeta a cazar ciervos en las inmediaciones del charco donde había sido hallado, gracias a la sagacidad de Mr. Goodfellow, el chaleco ensangrentado.

El «viejo Charley» se levantó entonces con lágrimas en los ojos y pidió permiso para declarar. Argumentó que un profundo sentido del deber para con su Hacedor y sus semejantes no le permitía proseguir en silencio por más

tiempo. Hasta ese momento, el más sincero afecto por el joven inculpado (no obstante la forma en que con él se había comportado Mr. Pennifeather) lo había movido a imaginar cuantas hipótesis le sugería su mente, a fin de explicar de la forma más lógica todas aquellas circunstancias tan incriminatorias; pero dichas circunstancias resultaban ya demasiado convincentes, demasiado condenatorias. No podía dudar: diría lo que sabía, aunque su corazón estallara de dolor al hacerlo.

Inició entonces su declaración confesando que la tarde anterior a la partida de Mr. Shuttleworthy, este venerable caballero había confesado a su sobrino (y él, Mr. Goodfellow, lo había oído) que la causa por la que viajaría al día siguiente al amanecer era depositar una cuantiosa suma de dinero en el banco de los Granjeros y Mecánicos de la ciudad; añadió que, durante la conversación, Mr. Shuttleworthy había manifestado a su sobrino la inquebrantable determinación de anular su testamento y desheredarlo hasta del último centavo. Tras ello, el testigo pidió solemnemente al inculpado que declarara si lo que acababa de afirmar era o no la más verdadera de las verdades.

Y ante la estupefacción de todos los presentes, Mr. Pennifeather admitió que lo declarado por Mr. Goodfellow era la verdad.

El juez consideró entonces pertinente mandar a dos oficiales de la policía para que realizaran un registro en el aposento que el joven ocupaba en la casa de su tío. Los policías no tardaron en volver trayendo consigo la de todos conocida cartera de cuero bermejo con incrustaciones de metal que el anciano desaparecido llevara consigo durante muchos años. Faltaba, empeoro, su valioso contenido, y el magistrado se esforzó, aunque en vano, por

sacar al inculpado una confesión sobre el destino del dinero o su escondrijo. Mr. Pennifeather se negó pertinazmente diciendo que no sabía nada de aquel asunto. Los policías, además, encontraron entre el elástico y el colchón de la cama una camisa y un pañuelo para el cuello, con el monograma del acusado, espantosamente manchados con sangre de la víctima.

Cuando la encuesta criminal se hallaba en este punto llegó la noticia de que el caballo del desaparecido acababa de morir a consecuencia de la herida que recibiera. A instancias de Mr. Goodfellow se procedió a realizar la autopsia del animal, con objeto de descubrir, si era posible, la bala; y para que la culpabilidad del acusado quedara demostrada de manera definitiva, Mr. Goodfellow, tras larga búsqueda en el pecho del caballo, terminó por localizar y extraer una bala de gran tamaño que, realizadas las pertinentes pruebas, resultó corresponder exactamente al calibre de la escopeta de Mr. Pennifeather, mayor que la de cualquier otro vecino del pueblo o aldeas comarcanas. Para remachar más aún el asunto, se descubrió que la bala tenía una señal o reborde en ángulo recto con la sutura habitual; no tardó en comprobarse que dicha marca coincidía con la existente en los moldes de fundición de bala que pertenecían al acusado, según propia declaración de Mr. Pennifeather. Una vez que esto fue demostrado, el juez se negó a oír nuevos testimonios, ordenando juzgar de inmediato al preso y negándose resueltamente a dejarlo en libertad bajo fianza, pese a que Mr. Goodfellow protestó fervorosamente contra tamaña severidad, ofreciéndose salir como fiador por cualquier suma que se le pidiera. Tal generosidad por parte del «viejo Charley» estaba muy de acuerdo con su amable y caballeresco comportamiento a lo largo de su existencia

en Rattleborough. En el presente caso, el excelente personaje se dejaba arrastrar quizá demasiado lejos por la excesiva fogosidad de su humanismo, porque al ofrecerse como fiador del joven parecía olvidar que no poseía más de un centavo en toda la vasta extensión del globo.

Los resultados de esta determinación judicial podrán imaginarse sin grandes esfuerzos. Mr. Pennifeather fue juzgado en el tribunal de causas criminales, en aras del odio y la execración de toda la villa; la serie de pruebas circunstanciales (reforzada por algunos hechos condenatorios adicionales, que la sensible conciencia de Mr. Goodfellow le impidió guardar secretos) fue juzgada sólida y concluyente, por lo que el jurado no se molestó siquiera en abandonar sus asientos para pronunciar el inmediato veredicto de «culpable de asesinato en primer grado». Pocos instantes después el miserable era condenado a muerte y metido nuevamente en la cárcel del condado a la espera de la inexorable venganza de la ley.

Entre tanto, la noble conducta del «viejo Charley Goodfellow» había duplicado el aprecio que le profesaban sus honrados conciudadanos. Su popularidad era diez veces mayor que antes de estos hechos y, como lógica consecuencia de la hospitalidad que en todas partes se le tributaba, tuvo que modificar un tanto los parsimoniosos hábitos que su pobreza le había impuesto hasta entonces; empezó a ofrecer con frecuencia pequeñas *Réunions* en su domicilio, donde la alegría y el buen humor reinaban, enfriados momentáneamente, claro está, por el recuerdo ocasional del prematuro y melancólico destino que aguardaba al sobrino del íntimo amigo de tan generoso huésped.

Cierto día, este magnífico caballero experimentó la agradable sorpresa de recibir la siguiente carta:

Mr. Charles Goodfellow, Esq., Rattleborough.

Estimado señor:

De conformidad con un pedido transmitido a nuestra firma hace dos meses por nuestro estimado cliente Mr. Barnabas Shuttleworth, tenemos el honor de remitirle a su domicilio un doble cajón de Château Margaux, marca antilope, sello violeta. Cajón numerado y marcado como se indica al dorso.

Saludándole muy atentamente,

HOGGS, FROGS, BOGS & CIA.

En realidad, Mr. Goodfellow había perdido toda esperanza de recibir alguna vez el prometido Château Margaux desde la muerte de Mr. Shuttleworth, por lo que le pareció que recibirlo en ese momento representaba una merced especial de la Providencia. Como resulta lógico, se alegró mucho, invitando en la exuberancia de su gozo a un numeroso grupo de amigos a un *petit souper* para la noche siguiente dispuesto a que probasen parte del regalo del buen Mr. Shuttleworth. Por cierto, que nada dijo sobre el «buen Mr. Shuttleworth», cuando expidió las invitaciones. Después de pensarlo mucho, decidió proceder así. Que yo sepa, no mencionó a ninguno de sus invitados que hubiera recibido un regalo de Château Margaux, limitándose a convocar a sus amigos para que compartieran con él un vino de excelente calidad y fino aroma que había encargado hacía dos meses y que recibiría al siguiente día. En muchas ocasiones me he quedado

perplejo al preguntarme por qué el viejo Charley decidió no decir a nadie que aquel vino era un obsequio de su antiguo amigo; pero me ha sido imposible comprender las razones de este silencio, aunque sin duda debía tenerlas, y excelentes.

Llegó por fin el día siguiente, y con él un numeroso y distinguido grupo de amigos se presentó en casa de Mr. Goodfellow. Podría decirse que la mitad del pueblo se había congregado allí (y yo entre ellos), pero para gran irritación de nuestro huésped, el Châteu Margaux no apareció hasta última hora, cuando la suntuosa cena ofrecida por el «viejo Charley» había sido ampliamente saboreada por todos los invitados. Pero por fin llegó, y por cierto que era un cajón de gran tamaño; entonces, como la asamblea toda se hallaba de muy buen humor, se decidió unánimemente colocarlo sobre la mesa y extraer, con la mayor presteza posible, su contenido.

Dicho y hecho. Por mi parte, eché una mano, y en menos de un santiamén teníamos el cajón sobre la mesa, en medio de las botellas y vasos que, en gran parte, se rompieron en la confusión. El «viejo Charley», que se hallaba totalmente borracho y tenía el rostro de un color púrpureo, sentose con aire de burlona dignidad a la cabecera, golpeando furiosamente la mesa con un vaso, mientras reclamaba orden y silencio «durante la ceremonia del desentierro del tesoro».

Tras algunos gritos y vociferaciones, se pudo restablecer el orden, y como suele ocurrir en tales casos, se produjo un profundo y extraño silencio. Cuando se me pidió que levantara la tapa, acepté el encargo, como es lógico, «con infinito placer». Metí un formón, pero apenas hube dado unos pocos martillazos, la tapa del cajón se alzó bruscamente, y en ese preciso momento surgió del interior,

enfrentándose al huésped, el magullado, sangriento y putrefacto cadáver de Mr. Shuttleworthy. Por un instante contempló fija y dolorosamente con sus ojos sin brillo y ya deformados el rostro de Mr. Goodfellow. Entonces, lenta, pero claramente, se oyó que decía estas palabras:

—«¡Tú eres el hombre!»

Y cayendo sobre el filo del cajón, como si estuviera satisfecho de lo que había dicho, quedó con los brazos colgando sobre la mesa.

La escena que siguió a este hecho supera todo intento de descripción. Varias personas corrieron hacia las puertas y ventanas con la velocidad que le prestaba el espanto, y muchos de los hombres más robustos se desmayaron allí mismo de puro horror. Pero, tras el primer y clamoroso arrebato del miedo, los ojos de todos los invitados se clavaron en Mr. Goodfellow. Por más que viva mil años, jamás olvidaré la mortal agonía que reflejó la horrorosa expresión de su rostro, espectralmente pálido después de haberse mostrado tan rubicundo y púrpureo de vino y triunfo. Durante varios minutos permaneció rígido, inmóvil como una estatua de mármol; sus ojos, privados por completo de la más mínima expresión, parecían vueltos hacia dentro y perdidos en el espectáculo de su propia alma asesina. Por último, la vida surgió en todos de nuevo, proyectada hacia el mundo exterior; levantándose de un salto, cayó pesadamente con la cabeza y los hombros sobre la mesa, en contacto con el cadáver, mientras de sus labios surgía rápida y vehemente la minuciosa confesión del horroroso crimen por el que Mr. Pennifeather se hallaba preso y en espera de la muerte.

Su relato fue, en resumen, lo siguiente:

Había seguido a su víctima hasta las proximidades del charco donde hirió al caballo de un pistoletazo y mató

a Mr. Shuttleworthy a golpes de culata. Luego de apoderarse de las sacas que la víctima llevaba a la montura, supuso que el caballo había muerto, y lo arrastró con gran trabajo hasta las zarzas cercanas al charco. Y cargando el cadáver de la víctima sobre su propia cabalgadura lo llevó a un lugar donde hacerlo desaparecer, situado a mucha distancia, cruzando el bosque.

El chaleco, la navaja, la carterá y la bala habían sido colocados por él mismo donde fueron encontrados, a fin de vengarse de su enemigo, Mr. Pennifeather. También se las arregló para dejar en su cuarto el pañuelo y la camisa manchados de sangre.

Hacia el final del espantoso relato, las palabras del miserable asesino salieron de sus labios sordas y entrecortadas. Una vez que hubo terminado, se irguió, alejándose tambaleante de la mesa, hasta caer... *muerto*.

Aunque resultaron eminentemente prácticos, los medios gracias a los que pudo lograrse esta oportuna confesión fueron bien sencillos. La exagerada franqueza, sinceridad y bonhomía de Mr. Goodfellow me habían desagradado desde el principio, despertando mis sospechas. Ya me hallaba presente cuando Mr. Pennifeather lo golpeó, y la diabólica expresión de su rostro, por pasajera que fuese, me confirmó que no dejaría de cumplir literalmente su promesa de venganza. Estaba, pues, preparado para apreciar cualquier maniobra del «viejo Charley», de una manera muy distinta a la de los honrados ciudadanos de Rattleboroug. Vi de inmediato que todos y cada uno de los descubrimientos incriminatorios en la desaparición de Mr. Shuttleworthy nacían directa o indirectamente de sus sugerencias o de sus pasos. Pero lo que me abrió los ojos de manera definitiva fue el episodio de la bala encontrada por Mr. Goodfellow en el pecho del caballo. Los vecinos

parecían haberlo olvidado, el cuerpo de la montura herida presentaba un orificio por donde había penetrado el proyectil y otro por donde había salido. Si se encontraba una bala en el caballo, tenía que haber sido depositada allí por alguien, probablemente por la misma persona que decía haberla encontrado. La camisa y el pañuelo para el cuello ensangrentados confirmaron la teoría que surgió en mi mente a raíz del hallazgo de la bala; en efecto, el examen de la sangre demostró que solo se trataba de vino tinto. Pensando en todas estas cosas, y también en el espléndido cambio de vida de Mr. Goodfellow, mis sospechas se hicieron cada vez más vivas y fuertes, y no vieron rebajada su intensidad por el hecho de ser el único vecino de Rattleboroug que las abrigaba.

Mientras en el pueblo tenía lugar el proceso, y a partir de ese momento sobre todo, me dediqué en privado a buscar el cadáver del desaparecido y muerto Mr. Shuttleworthy; por supuesto, tenía espléndidas razones para hacerlo por zonas completamente opuestas a aquellas hacia las que Mr. Goodfellow había dirigido a sus conciudadanos. Como fruto de mis trabajos, y días más tarde, llegué a un antiguo pozo seco, cuya boca se hallaba cubierta, casi por completo, de zarzas; y allí, en el fondo, encontré lo que buscaba.

Como yo había escuchado el diálogo entre los dos amigos el día en que Mr. Goodfellow se las arregló para convencer a su anfitrión para que lo obsequiara con un doble cajón de Château Margaux, decidí obrar en consecuencia, basándome en este hecho. Me preocupé un trozo muy fuerte de barba de ballena, lo introduje en la garganta del cadáver, que metí en un viejo cajón de vino, teniendo especial cuidado de doblarlo en tal forma que la barba de ballena se doblara junto con él. Por eso tuve que apre-

tar con todas mis fuerzas la tapa con objeto de mantenerla ajustada mientras la clavaba; y como es natural, tenía la seguridad de que se levantaría automáticamente y tras ella el cuerpo.

Así preparado el cajón, lo marqué y numeré como queda dicho en la supuesta carta de los vinateros que surtían a Mr. Shuttleworthy; luego, di instrucciones a mi criado para que llevara el cajón en una carretilla hasta el umbral de Mr. Goodfellow a una señal que yo le haría. En cuanto a las palabras que pensaba hacer pronunciar al cadáver, confiaba suficientemente en mis habilidades de ventrílocuo; y por lo que respecta a su efectividad, tenía fe en la conciencia del miserable asesino.

Creo que nada me queda por explicar. Mr. Pennifeather fue puesto en libertad, heredó la fortuna de su tío y, aprovechando la lección de la experiencia, inició desde aquel instante una nueva y feliz vida.

## El robo del elefante blanco<sup>1</sup>

(M. TWAIN)



### I

EL CASO CURIOSO que presento a continuación me lo relató una persona que conocí por casualidad en un viaje en ferrocarril. Era un caballero de más de setenta años de edad, y su rostro perfectamente bueno y amable y sus modales atentos y sinceros daban un sello inconfundible de verdad a cada una de las afirmaciones que salían de sus labios. He aquí lo que me contó:

Sabrán usted la veneración en que tiene al elefante blanco real de Siam la población de dicho país. Sabrán que está consagrado a los reyes, que solo los reyes pueden poseerlo y que, de hecho, es superior a los reyes mismos, dado que no solo es objeto de honra sino también de culto religioso. Muy bien. Hace cinco años, cuando surgieron aquellos problemas entre Gran Bretaña y Siam por la cuestión de la demarcación de las fronteras, no tardó en quedar claro que Siam había sido la parte equivocada. Por lo tanto, el país se apresuró a hacer todas las reparaciones posibles, y el representante británico afirmó que quedaba satisfecho y que debía olvidarse lo pasado. Esto represen-

<sup>1</sup> Este relato no se incluyó en el libro *A Tramp Abroad* porque se temía que algunos de sus detalles se habían exagerado y que otros no eran verídicos. Cuando quedó demostrado que estas sospechas eran infundadas, el libro ya estaba en prensa. M. T.

tó un gran alivio para el rey de Siam, y en parte como muestra de gratitud, pero quizá también en parte para hacer borrar cualquier resto de desagrado que pudiera sentir Inglaterra hacia él, el rey quiso enviar a la reina de Inglaterra un regalo: esta es la única manera de aplacar a un enemigo, según las ideas orientales. El regalo no solo debía ser digno de un rey, sino eminentemente real. Por lo tanto, ¿qué ofrenda más oportuna que un elefante blanco? En virtud del cargo que ejercía yo en la administración de la India, se consideró que debía otorgárseme el honor de encomendarme la misión de llevar el regalo a Su Majestad. Me fletaron un barco para que hiciera el viaje en él con mis criados y con los funcionarios y el séquito del elefante, y arribé a su debido tiempo al puerto de Nueva York y dejé a mi real «pupilo» en un cómodo alojamiento de Jersey City. Era necesario pasar allí una temporada para que el animal cobrase fuerzas antes de seguir viaje.

Todo marchó bien durante quince días... pero después empezaron mis calamidades. ¡Habían robado el elefante blanco! Me despertaron en plena noche para informarme de esta horrible desventura. Pasé unos instantes fuera de mí de terror y de angustia; me sentía impotente. Después me tranquilicé y recuperé mis facultades. No tardé en comprender lo que debía hacer; pues, en efecto, un hombre inteligente sólo podía hacer una cosa. Con todo lo tarde que era, me desplazé apresuradamente a Nueva York y pedí a un agente de policía que me acompañara al cuartel general del cuerpo de detectives. Afortunadamente, llegué a tiempo, aunque el jefe del cuerpo, el célebre inspector Blunt, estaba a punto de salir para su casa. Este era un hombre de tamaño mediano y de formas compactas, y cuando se sumergía en sus pensamientos tenía la costumbre de fruncir el ceño y de apo-

yarse el dedo en la frente con aire reflexivo, lo que daba al espectador inmediatamente la impresión de hallarse ante la presencia de una persona que se salía de lo común. El mero hecho de verlo me llenó de confianza y de esperanzas. Le expuse mi caso. No le inquietó en absoluto; no se apreciaba más alteración en su férrea serenidad que si le hubiera dicho que me habían robado un perro. Me indicó que tomara asiento y me dijo con calma:

—Permítame que medite un instante, por favor.

Dicho esto, se sentó ante su escritorio y apoyó la cabeza en una mano. Al fondo de la sala trabajaban varios escribientes; durante los seis o siete minutos siguientes no oí más sonido que el chirrido de sus plumas. Mientras tanto, el inspector se quedó sentado, sumido en sus pensamientos. Por fin, levantó la cabeza, y en las líneas firmes de su rostro había algo que me indicaba que su cerebro había cumplido su misión y que su plan había quedado trazado. Con voz grave e imponente me dijo:

—No es un caso corriente. Es preciso avanzar a pasos prudentes; debe afianzarse cada paso antes de tomar el siguiente. Y debe guardarse discreción: una discreción profunda y absoluta. No hable de la cuestión con nadie, ni siquiera con los periodistas. Ya me ocuparé yo de ellos; yo me encargaré de que solo se enteren de lo que a mí me conviene que se enteren.

Hizo sonar un timbre; apareció un joven.

—Alarico, di a los periodistas que se queden de momento.

El muchacho se retiró.

—Ahora vamos a entrar en materia, y de una manera sistemática. En esta profesión mía no es posible conseguir nada sin llevar un método estricto y minucioso.

Tomó pluma y papel.

—Ahora dígame: ¿nombre del elefante?

—Hassan Ben Ali Ben Selim Abdallah Mohammed Moisés Alhammal Jamsetjeebhoy Dhuleep Sultán Eb Bhudpoor.

—Muy bien. ¿Alias?

—Jumbo.

—Muy bien. ¿Lugar de nacimiento?

—La capital de Siam.

—¿Viven sus padres?

—No; murieron.

—¿Tuvieron otros descendientes aparte de él?

—Ninguno. Fue hijo único.

—Magnífico. Con esto basta en cuanto a la filiación.

Ahora tenga la bondad de describirme al elefante sin dejar ningún detalle, por insignificante que sea; es decir, por insignificante que le parezca a usted. Para los de mi profesión *no hay* detalles insignificantes: no existe tal cosa.

Me puse a describir y él fue tomando nota. Cuando hube terminado, él dijo:

—Ahora tenga la bondad de escuchar. Si he cometido algún error, corrija-me.

Me leyó lo siguiente:

—«Altura, 19 pies. Longitud, desde lo alto de la frente hasta el arranque de la cola, 26 pies. Longitud de la trompa, 16 pies. Longitud de la cola, 6 pies. Longitud total, incluida la trompa y la cola, 48 pies. Longitud de los colmillos, 9 pies y medio. Orejas, proporcionadas a estas dimensiones. Sus huellas parecen la señal que se deja al apoyar un barril en la nieve. Color del elefante, blanco mate. Tiene en cada oreja un agujero del tamaño de un plato para insertar joyas, y tiene desarrollada notablemente la costumbre de echar agua con la trompa a los presen-

tes y de maltratar también con la trompa no solo a las personas que conoce sino incluso a perfectos desconocidos. Cojea levemente con la pata trasera derecha y tiene en la axila izquierda una cicatriz pequeña provocada por un divieso<sup>2</sup> antiguo. Cuando lo robaron llevaba puesto un castillo con asientos para quince personas y una manta de paño dorado del tamaño de una alfombra corriente.»

No había ningún error. El inspector hizo sonar el timbre, entregó la descripción a Alarico y le dijo:

—Que impriman cincuenta mil copias de esto ahora mismo y las envíen por correo a todas las oficinas de detectives y a todas las casas de empeños del continente.

Alarico se retiró.

—Bueno, vamos bien de momento. A continuación, necesito una fotografía del artículo robado.

Le entregué una. Él la examinó con aire crítico y dijo:

—Tendrá que servirnos a falta de algo mejor; pero tiene la trompa doblada y con la punta metida en la boca. Es una circunstancia desafortunada y hecha con ánimo de desorientar, pues, naturalmente, en circunstancias normales no la suele tener en esa postura.

Hizo sonar su timbre.

—Alarico, que hagan cincuenta mil reproducciones de esta fotografía mañana a primera hora y que las envíen por correo con las circulares de la descripción.

Alarico se retiró para llevar a cabo sus órdenes. El inspector dijo:

—Será necesario ofrecer una recompensa, naturalmente. En cuanto al importe...

—¿Qué cantidad recomendaría usted?

<sup>2</sup>Tumor inflamatorio, pequeño, puntiagudo y doloroso, que se forma en el espesor de la dermis y termina por supuración seguida del desprendimiento del llamado clavo.

—Para *empezar*, yo diría... bueno, veinticinco mil dólares. Es un asunto difícil e intrincado; hay mil vías de huida y mil oportunidades de encubrimiento. Estos ladrones tienen amigos y compinches por todas partes...

—Dios mío, ¿es que usted sabe quiénes son?

Su cara circunspecta, acostumbrada a ocultar sus pensamientos y sentimientos interiores, no me reveló nada, como tampoco me revelaron nada sus palabras de respuesta que pronunció con voz muy suave:

—No se preocupe por eso. Puede que lo sepa, y puede que no lo sepa. Solemos hacer una idea bastante clara de quién es nuestro hombre atendiendo a su modo de trabajar y al tamaño del botín que persigue. En este caso no nos encontramos con un carterista ni con un ladrón de maletas, puede hacerse a la idea. Este artículo no lo ha birlado ningún novato. Pero, tal como iba diciendo, y teniendo en cuenta la cantidad de desplazamientos que habrá que realizar y la diligencia con la que ocultarán sus huellas los ladrones en sus movimientos, puede que la suma de veinticinco mil dólares sea una oferta demasiado pequeña; aunque creo que valdría la pena empezar con esta cantidad.

De manera que acordamos esta cifra para empezar. Después, este hombre, al que no se le escapaba nada que tuviera la menor posibilidad de servir de pista, dijo:

—Se han dado casos en la historia del detectivismo en los que se ha localizado a los delincuentes en virtud de particularidades de sus gustos alimenticios. Dígame: ¿qué come ese elefante, y cuánto?

—Bueno, en cuanto a lo que come... es capaz de comer *cualquier cosa*. Es capaz de comerse a un hombre, es capaz de comerse una Biblia... es capaz de comerse cualquier cosa mayor que una Biblia y menor que un hombre.

—Bueno; magnífico, pero demasiado genérico. Necesitamos detalles: los detalles son lo único que tiene valor en nuestro oficio. Estupendo; en cuanto a los hombres... ¿a cuántos hombres frescos es capaz de comerse de una sentada o, si prefiere, en un solo día?

—No le importaría que estuvieran frescos o no. Es capaz de comerse a cinco hombres corrientes de una sentada.

—Muy bien; cinco hombres: lo anotaremos así. ¿De qué nacionalidades los prefiere?

—Las nacionalidades le son indiferentes. Prefiere a sus conocidos, pero no tiene prejuicios con los desconocidos.

—Perfecto. Ahora, en cuanto a las Biblias. ¿Cuántas Biblias es capaz de comerse de una sentada?

—Es capaz de comerse una edición completa.

—Eso no es muy concreto. ¿Se refiere a las Biblias corrientes en octavo o a las familiares ilustradas?

—Creo que las ilustraciones le resultarían indiferentes. Lo que quiero decir es que no creo que las ilustraciones le gustasen más que las páginas de texto.

—No, no me ha entendido bien. Me refiero al volumen. Una Biblia corriente en octavo pesa unas dos libras y media, mientras que las grandes en cuarto con ilustraciones pesan de diez a doce libras. ¿Cuántas Biblias con ilustraciones de Doré<sup>3</sup> se comería de una sentada?

—Si usted conociera a este elefante, no me lo preguntaría. Se comería las que le echaran.

<sup>3</sup> Gustave Doré (1833-1883). Pintor, escritor y dibujante francés, nacido en Estrasburgo, cuya reputación se debe sobre todo a sus ilustraciones. Entre los textos que ilustró se encuentra los *Contes drolatiques*, de Balzac, el *Infierno*, de Dante, o *El Quijote*. Descendió a flojas versiones de modelos clásicos o renacentistas en sus ilustraciones de la Biblia y las *Fábulas* de La Fontaine. Su monumento a Alejandro Dumas lo acreditó como escultor excelente.

—Bueno, expresémoslo en dólares y en centavos, entonces. Debemos cuantificarlo de alguna manera. La Biblia ilustrada por Doré cuesta cien dólares el ejemplar, encuadernada en piel de Rusia, biselada.

—Le harían falta por valor de unos cincuenta mil dólares; una edición de quinientos ejemplares, pongamos.

—Esto ya es más exacto. Lo anotaré así. Muy bien; le gustan los hombres y le gustan las Biblias; vamos bien de momento. ¿Qué otras cosas come? Quiero detalles.

—Prefiere los ladrillos a las Biblias; prefiere las botellas a los ladrillos; prefiere la ropa a las botellas; prefiere los gatos a la ropa; prefiere las ostras a los gatos; prefiere el jamón a las ostras; prefiere el azúcar al jamón; prefiere las empanadas al azúcar; prefiere las patatas a las empanadas; prefiere el salvado a las patatas; prefiere el heno al salvado; prefiere la avena al heno; prefiere el arroz a la avena, pues lo criaron principalmente con arroz. No existe absolutamente nada que no coma, salvo la mantequilla europea, y también la comería si la probara.

—Muy bien. Cantidad general en cada comida... dígame, aproximadamente...

—Bueno, puede variar entre un cuarto de tonelada y media tonelada.

—Y bebe...

—Cualquier cosa líquida. Leche, agua, whisky, melaza, aceite de ricino, alcanfor, ácido carbólico... es inútil entrar en detalles: bebe cualquier líquido que se le ocurra a uno ofrecerle. Bebe cualquier cosa que sea líquida, salvo el café europeo.

—Muy bien. ¿Y la cantidad?

—Pongamos entre cinco y quince barriles: su sed es variable; el resto de sus apetitos no lo son.

—Estas cosas se salen de lo común. Deberán aportarnos unas pistas muy valiosas para localizarlo.

Hizo sonar el timbre.

—Alarico, haz pasar al capitán Burns.

Burns apareció. El inspector Blunt le expuso detalladamente todo el asunto. Después, dijo con el tono perfectamente claro y decidido del hombre que tiene definidos claramente en la cabeza sus planes y que está acostumbrado a mandar:

—Capitán Burns, destaque a los detectives Jones, Davis, Halsey, Bates y Hackett para que sigan la pista del elefante.

—Sí, señor.

—Destaque a los detectives Moses, Dakin, Murphy, Rogers, Tupper, Higgins y Bartholomew para que sigan la pista de los ladrones.

—Sí, señor.

—Ponga una guardia fuerte, una guardia de treinta hombres escogidos con un retén de otros treinta, para que vigilen estrictamente el lugar del que se robó al elefante, día y noche, y no permitan que se aproxime nadie (salvo los periodistas) sin permiso mío por escrito.

—Sí, señor.

—Ponga detectives de paisano en las estaciones de ferrocarril y en los embarcaderos de vapores y de transbordadores, y en todas las carreteras que salen de Jersey City, con órdenes de que registren a toda persona sospechosa.

—Sí, señor.

—Entregue a dichos hombres la fotografía del elefante y la descripción del mismo, y ordéneles que registren todos los trenes y transbordadores y demás naves que salgan de la ciudad.

—Sí, señor.

—Caso de encontrarse el elefante, este se decomisará y se me dará parte a mí por telegrama.

—Sí, señor.

—Que se me notifique inmediatamente cualquier pista que aparezca: huellas del animal, o cualquier otra cosa semejante.

—Sí, señor.

—Solicite una orden para mandar a la policía portuaria que inspeccione con atención los muelles.

—Sí, señor.

—Envíe detectives de paisano por todos los ferrocarriles; hasta Canadá por el norte; hasta Ohio por el oeste; hasta Washington por el sur.

—Sí, señor.

—Ponga expertos en todas las oficinas de telégrafos, para que escuchen todos los mensajes, y que exijan que se les descifren todos los mensajes transmitidos en clave.

—Sí, señor.

—Que todas estas cosas se hagan con la máxima discreción: fíjese bien, con la discreción más impenetrable.

—Sí, señor.

—¡En marcha!

—Sí, señor.

Y se marchó.

El inspector Blunt se quedó en silencio y pensativo durante un instante, mientras el fuego de su mirada se iba enfriando y apagando. Después, se volvió hacia mí y dijo con voz plácida:

—No soy dado a presumir ni lo tengo por costumbre, pero... encontraremos al elefante.

Yo le di un apretón de manos caluroso y las gracias; y era cierto que me sentía agradecido. Cuanto más veía a aquel hombre más me agradaba y más lo admiraba y más me asombraba de las maravillas misteriosas de su profesión. Después nos despedimos hasta el día siguiente y yo volví a mi casa con el corazón mucho más alegre que cuando había entrado en su oficina.

## II

A la mañana siguiente apareció todo en los periódicos con abundancia de detalles. Hasta se habían añadido más cosas, que consistían en la «Teoría» del detective Fulano, la del detective Mengano y la del detective Zutano sobre cómo se había llevado a cabo el robo, sobre quiénes eran los ladrones y sobre si habían huido con su botín. Había once teorías de esta clase, que cubrían todas las posibilidades; y hay un hecho que demuestra la independencia de pensamiento que caracteriza a los detectives. No había dos teorías iguales, ni siquiera muy parecidas entre sí, salvo en un detalle sorprendente; y en este las once teorías coincidían por completo. Se trataba de que, a pesar de que la pared trasera de mi edificio se había hundido y de que la única puerta seguía cerrada con llave, el elefante no había sido retirado a través de la brecha sino por alguna otra salida que no se había descubierto todavía. Todos estaban de acuerdo en que los ladrones habían abierto aquella brecha con el único fin de dar una pista falsa a los detectives. Esto no se me habría ocurrido jamás a mí ni a ningún otro profano, quizá, pero los detectives no se habían engañado ni por un instante. De esta manera, lo que yo suponía que era lo único del caso que no tenía ningún misterio era en realidad aquello en lo que me había

confundido más. En las once teorías se citaba el nombre de los presuntos ladrones, pero no había dos que citaran a unos mismos ladrones; el número total de sospechosos era de treinta y siete. Todas las crónicas de los periódicos terminaban con la opinión más importante de todas, la del inspector jefe Blunt. He aquí una parte de sus declaraciones:

El jefe conoce la identidad de los dos autores principales, a saber, Duffy *El Ladrillo* y McFadden *El Rojo*. Él ya sabía que se iba a intentar el robo desde diez días antes de que se realizase este, y había hecho seguir discretamente a estos dos célebres bandidos; pero, por desgracia, en la noche de autos se perdió su pista y, antes de que pudiera volverse a recuperar, el pájaro había volado; es decir, el elefante.

Duffy y McFadden son los malhechores más atrevidos de su profesión; el jefe tiene motivos para creer que fueron ellos los que robaron la estufa del cuartel general de los detectives una cruda noche del invierno pasado, a consecuencia de lo cual el jefe y todos los detectives presentes tuvieron que ponerse en manos de los médicos antes de la mañana siguiente, algunos con congelaciones en los pies, otros en las manos, en las orejas y en otros miembros.

Cuando leí la primera mitad de esto, me quedé más asombrado que nunca de la sagacidad maravillosa de aquel hombre fuera de lo común. No solo veía con claridad todo lo presente, sino que ni siquiera era posible ocultarle el futuro. Al poco rato me presenté en su oficina y le dije que no podía menos de lamentarme de que no hubiera hecho detener a aquellos hombres, evitando así las molestias y las pérdidas; pero su respuesta fue sencilla y no admitía respuesta:

—No es misión nuestra evitar los delitos, sino castigarlos. No podemos castigarlos hasta que se hayan cometido.

Le observé que la discreción con la que habíamos comenzado a trabajar había quedado truncada por los periódicos; que no solo se habían desvelado los hechos, sino también todos nuestros planes y nuestros propósitos; hasta se habían publicado los nombres de todos los sospechosos; ahora, estos se disfrazarían o se esconderían, sin duda.

—Que hagan lo que quieran. Ya descubrirán que, en cuanto yo me lo proponga, mi mano caerá sobre ellos en sus escondrijos secretos, tan infaliblemente como la mano del destino. En cuanto a los periódicos, *tenemos* la necesidad de llevarnos bien con ellos. La fama, la reputación, la mención pública constante de su nombre, son el pan del detective. Este debe publicar sus datos; de lo contrario, el público supondrá que no tiene ningún. Debe publicar su teoría, pues nada hay tan extraño ni tan sorprendente como la teoría del detective, y nada hay que merezca a este tanto asombro ni tanto respeto. Debemos publicar nuestros planes, pues los periódicos se empeñan en conocerlos y nosotros no podemos negárselos sin ofenderlos. Debemos mostrar constantemente al público lo que hacemos, pues de lo contrario el público creerá que no hacemos nada. Es mucho más agradable que un periódico diga: «La teoría ingeniosa y extraordinaria del inspector Blunt es la siguiente...», que diga algo más duro o, peor aún, que diga algún sarcasmo.

—Me doy cuenta del peso que tiene lo que dice usted. Pero he observado que en una parte de sus comentarios publicados esta mañana en los periódicos usted se negaba a desvelar su opinión sobre cierto punto de menor importancia.

—Sí, siempre hacemos eso: hace buen efecto. Por otra parte, y en todo caso, yo no me había formado una opinión sobre aquel punto.

Dejé en depósito al inspector una cantidad considerable de dinero para cubrir los gastos corrientes y me puse a esperar noticias. Confiábamos en que los telegramas empezaran a llegar en cualquier momento. Mientras tanto, yo repasaba los periódicos, así como nuestra circular con la descripción, y observé que nuestra recompensa de 25.000 dólares solo se ofrecía, al parecer, a los detectives. Dije entonces que me parecía que debía ofrecerse a cualquier persona que atrapase al elefante. El inspector me dijo:

—Serán los detectives los que encontrarán al elefante; por eso, la recompensa irá al lugar adecuado. Si otras personas encontrasen al elefante, lo habrían conseguido únicamente a base de observar a los detectives y de aprovechar las pistas y las indicaciones que les habrán robado; y, por lo tanto, también serían los detectives los que se merecerían la recompensa. Una recompensa debe servir para estimular a los hombres que dedican a este tipo de trabajos su tiempo y su sagacidad bien formada, y no para otorgar beneficios a unos ciudadanos cualquiera que encuentran algo por casualidad sin habérselo ganado con su mérito y con su trabajo.

Aquello era bastante razonable, sin duda. Entonces empezó a tintinear la máquina telegráfica del rincón, y el resultado fue el mensaje siguiente:

FLOWER STATION, NUEVA YORK, 7:30 DE LA MAÑANA.

Tengo una pista. He encontrado una serie de huellas profundas que atraviesan una granja de las proximidades. Las he seguido dos millas

hacia el este sin resultado; creo que el elefante fue hacia el oeste. Lo seguiré ahora en dicha dirección.

DARLEY, *detective*.

—Darley es uno de los mejores hombres del cuerpo —dijo el inspector—. No tardaremos en tener noticias tuyas.

Llegó el telegrama número 2:

BARKER'S, NUEVA JERSEY, 7:40 DE LA MAÑANA.

Acabo de llegar. Aquí se ha forzado la entrada de una fábrica de vidrio esta noche y se han robado ochocientas botellas. Solo hay agua en cantidad a cinco millas de aquí. Iré hacia allí. El elefante tendrá sed. Las botellas estaban vacías.

BAKER, *detective*.

—Esto también promete —dijo el inspector—. Ya le dije que los hábitos alimenticios del animal no serían malas pistas.

Telegrama número 3:

TAYLORVILLE, LONG ISLAND, 8:15 DE LA MAÑANA.

Desaparecida aquí la paja de un pajar durante la noche. Seguramente comida. Tengo una pista, y me pongo en marcha.

HUBBARD, *detective*.

—¡Qué manera de moverse! —dijo el inspector—. Ya sabía que nos encontrábamos ante una tarea difícil; pero todavía lo atraparemos.

FLOWER STATION, NUEVA YORK, 9 DE LA MAÑANA.

Seguí las huellas tres millas al oeste. Grandes, profundas y desiguales. Acabo de encontrarme con un granjero que dice que no son huellas de elefantes. Dice que son hoyos que quedaron de donde arrancó retoños para transplantar árboles de sombra cuando el suelo estaba helado el invierno pasado. Solicito instrucciones.

DARLEY, *detective*.

—¡Ajá! ¡Un cómplice de los ladrones! Nos vamos acercando —dijo el inspector.

Dictó el telegrama siguiente dirigido a Darley:

Detenga al hombre y oblíguelo a dar el nombre de sus compinches. Siga las huellas, hasta el Pacífico si hace falta.

Jefe BLUNT.

Telegrama siguiente:

CONEY POINT, FILADELFIA, 8:45 DE LA MAÑANA.

Oficina del gas de aquí forzada durante la noche y robadas las facturas pendientes de pago

de tres meses. Tengo una pista y me pongo en camino.

MURPHY, *detective*.

—¡Cielo santo! —exclamó el inspector—. ¿Es capaz de comerse facturas del gas?

—Sí, por ignorancia; pero no tienen ningún alimento. Por lo menos, por sí solas.

Entonces llegó este telegrama apasionante:

IRONVILLE, NUEVA YORK, 9:30 DE LA MAÑANA.

Acabo de llegar. El pueblo está consternado. El elefante pasó por aquí a las cinco de la madrugada. Algunos dicen que se dirigió al este, otros que al oeste, otros que al norte, otros que al sur, pero todos dicen que no quisieron quedarse para cerciorarse. Mató a un caballo; me he quedado con un trozo de caballo como pista. Lo mató con la trompa; por la forma del golpe, creo que se lo dio con la zurda. A juzgar por la posición del cadáver, creo que el elefante se dirigió hacia el norte siguiendo la vía del ferrocarril de Berkley. Tiene cuatro horas y media de ventaja, pero emprendo su persecución inmediatamente.

HAWES, *detective*.

Solté exclamaciones de alegría. El inspector se quedó tan circunspecto como una estatua. Hizo sonar su timbre con calma.

—Alarico, haz pasar al capitán Burns.

Burns apareció.

—¿Cuántos hombre están dispuestos para recibir órdenes inmediatas?

—Noventa y seis, señor.

—Mándelos al norte enseguida. Que se concentren a lo largo del tendido del ferrocarril de Berkley, al norte de Ironville.

—Sí, señor.

—Que se muevan con la mayor discreción. En cuando queden disponibles nuevos hombres, que se presenten para recibir órdenes.

—Sí, señor.

—¡En marcha!

—Sí, señor.

Y se marchó.

Llegó entonces otro telegrama:

SAGE CORNERS, NUEVA YORK, 10:30.

Acabo de llegar. El elefante pasó por aquí a las 8:15. Huyó toda la población, salvo un agente de policía. Al parecer, el elefante no quiso golpear al policía, sino a una farola. Dio a los dos. Me he quedado con un trozo del policía como pista.

STUMM, *detective*.

—De modo que el elefante se ha dirigido al oeste —dijo el inspector—. Pero no escapará, pues mis hombres están dispersos por toda esa zona.

El telegrama siguiente decía:

GLOVER'S, 11:15.

Acabo de llegar. El pueblo está desierto, a excepción de los viejos y de los enfermos. El elefante pasó por aquí hace tres cuartos de hora. Se estaba celebrando la reunión general de la liga pro-alcohólica; el elefante metió la trompa por una ventana y la salpicó de agua tomada de una cisterna. Algunos la tragarón; fallecieron después; varios se ahogaron. Los detectives Cross y O'Shaughnessy pasaban por el pueblo pero se dirigían al sur; por lo tanto, no encontraron al elefante. Toda la comarca está sumida en el terror en muchas millas a la redonda. La gente huye de sus casas. Se encuentran con el elefante por todas partes y mueren muchos.

BRANT, *detective*.

Estos desastres me conmovieron tanto que estuve a punto de derramar lágrimas. Pero el inspector dijo únicamente:

—Ya lo ve: cada vez lo tenemos más cerca. Percibe nuestra presencia; ha vuelto a dirigirse al este de nuevo.

Pero nos esperaban nuevas noticias inquietantes. El telégrafo dijo lo siguiente:

HOGANPORT, 12:19.

Acabo de llegar. El elefante ha pasado por aquí hace media hora sembrando el máximo terror y agi-

tación. El elefante recorrió las calles desenfrenadamente; se encontró con dos fontaneros; mató a uno, el otro huyó. Todos lo lamentan.

O'FLAHERTY, *detective*.

—Ahora está entre mis hombres —dijo el inspector—. Nada podrá salvarlo.

Fue llegando una serie de telegramas de detectives que estaban dispersos por Nueva Jersey y por Pensilvania y que seguían pistas que consistían en destrozos en graneros, en fábricas y en bibliotecas de escuelas dominicales, con grandes expectativas; con unas expectativas que equivalían, de hecho, a verdaderas certezas. El inspector dijo:

—Me gustaría poder comunicarme con ellos y enviarlos al norte, pero es imposible. El detective solo se pasa por la oficina de telégrafos a remitir su informe y se vuelve a poner en marcha inmediatamente, y no se sabe dónde se le puede poner la mano encima.

Entonces llegó el mensaje siguiente:

BRIDGEPORT, CONNECTICUT, 12:15.

Barnum ofrece contrato de 4.000 dólares al año por la exclusiva del elefante como soporte publicitario ambulante desde ahora hasta que los detectives lo encuentren. Quiere pegarle carteles del circo. Desea respuesta inmediata.

BOGGS, *detective*.

—¡Eso es completamente absurdo! —exclamé yo.

—Claro que lo es —dijo el inspector—. Es evidente que el señor Barnum, que se cree tan listo, no me conoce. Pero yo sí que lo conozco a él.

Acto seguido, dictó la siguiente respuesta al mensaje:

Oferta del señor Barnum rechazada; 7.000 dólares o nada.

Jefe BLUNT.

—Ya está. La respuesta no se hará esperar. El señor Barnum no estará en su casa: estará en la oficina de telégrafos. Es su costumbre cuando trata de negocios. Antes de tres...

TRATO HECHO. P. T. BARNUM.

Así lo interrumpió el tintineo del aparato telegráfico. Antes de que yo hubiera tenido tiempo de comentar este episodio extraordinario, llegó el mensaje siguiente, que desvió mis pensamientos por otros rumbos muy lastimosos:

Bolivia, Nueva York, 12:50.

El elefante llegó aquí procedente del sur y atravesó el pueblo hacia el bosque a las 11:50, dispersando un cortejo fúnebre al pasar y reduciendo en dos el número de miembros del cortejo. Los ciudadanos le dispararon algunos proyectiles de cañón de poco calibre y huyeron. El detective Burke y yo llegamos diez minutos más

tarde, procedentes del norte, y confundimos unos hoyos con huellas y perdimos así mucho tiempo; pero encontramos por fin el buen rastro y lo seguimos hasta el bosque. Entonces nos pusimos a gatear para seguir con cuidado la pista y lo seguimos así hasta la espesura. Burke iba por delante. Por desgracia, el animal se había detenido a descansar; por eso, como Burke tenía la cabeza bajada siguiendo con atención el rastro, se dio un cabezazo con las patas traseras del animal antes de ser consciente de que estaba cerca. Burke se puso de pie inmediatamente, cogió la cola y exclamó con alegría: «Me he ganado la recom...», pero no tuvo tiempo de decir más, pues con un solo golpe de la enorme trompa el valiente cayó muerto y reducido a pedazos. Yo hui hacia la retaguardia y el elefante se volvió y me siguió la pista hasta el borde del bosque, a una velocidad enorme, y sin duda habría acabado conmigo si no hubiera intervenido providencialmente lo que quedaba del cortejo fúnebre, que distrajo su atención. Acabo de enterarme de que no ha quedado nada de ese cortejo fúnebre, pero no se pierde gran cosa, pues quedan muchos materiales para organizar otro. Entre tanto, el elefante ha vuelto a desaparecer.

MULROONEY, *detective*.

No recibimos más noticias, salvo las que enviaban los detectives, diligentes y llenos de confianza en sí mismos, que estaban dispersos por Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware y Virginia (todos los cuales se-

guían pistas frescas y alentadoras), hasta que, poco después de las dos de la tarde, llegó este telegrama:

BAXTER CENTRE, 2:15.

El elefante estuvo aquí, cubierto de carteles de circo, y dispersó un zóto evangelista, abatiendo e hiriendo a muchas personas que estaban a punto de emprender una vida mejor. Los ciudadanos lo encerraron en un redil y organizaron una guardia. Cuando llegamos el detective Brown y yo, un rato más tarde, entramos en el recinto y procedimos a identificar al elefante comparándolo con la fotografía y con la descripción. Todas las señas personales coincidían salvo una que no veíamos: la cicatriz del divieso bajo la axila. Brown se metió debajo del elefante para asegurarse y quedó descerebrado al instante; es decir, la cabeza le quedó aplastada y destruida, aunque no salió nada de los restos. Todos huyeron, y también el elefante, que repartía golpes a diestro y siniestro con efecto devastador. Ha huido, pero ha dejado un claro rastro de sangre de las heridas de los cañonazos. Es seguro que se volverá a localizar. Partió hacia el sur a través de un bosque espeso.

BRENT, *detective*.

Este fue el último telegrama. Al caer la noche se levantó una niebla tan espesa que no era posible ver los objetos ni siquiera a un metro de distancia. Duró toda la

noche. Tuvieron que dejar de circular los transbordadores, e incluso los autobuses.

### III

A la mañana siguiente, los periódicos estaban tan llenos de teorías de los detectives como el día anterior. También conocían con detalle todos nuestros datos trágicos, así como otros muchos que habían recibido de sus corresponsales telegráficos. Había columna tras columna ocupada hasta una tercera parte de su extensión por titulares chillones cuya lectura me oprimía el corazón. Su tono general venía a ser el siguiente:

¡EL ELEFANTE BLANCO ANDA SUELTO! ¡PROSIGUE SU MARCHA MORTÍFERA! ¡PUEBLOS ENTEROS ABANDONADOS POR SUS HABITANTES ATERRORIZADOS! ¡LO PRECEDE EL PÁLIDO TERROR; DEJA TRAS DE SÍ LA MUERTE Y LA DEVASTACIÓN! DEJA MÁS ATRÁS TODAVÍA A LOS DETECTIVES. ¡GRANEROS DESTRUIDOS, FÁBRICAS DESTROZADAS, COSECHAS DEVORADAS, ASAMBLEAS PÚBLICAS DISPERSADAS, TODO ELLO ACOMPAÑADO DE MATANZAS INDESCRIPIBLES! ¡LAS TEORÍAS DE TREINTA Y CUATRO DE LOS DETECTIVES MÁS DISTINGUIDOS DEL CUERPO! ¡LA TEORÍA DEL JEFE BLUNT!

—¡Eso es! —dijo el inspector Blunt, que a punto estuvo de dejarse llevar por la emoción—. ¡Es magnífico! Es el mayor golpe de suerte que ha tenido jamás una organización detectivesca. Su fama llegará hasta los confines de la tierra y perdurará hasta el final de los tiempos, y mi nombre con ella.

Pero yo no tenía motivos para alegrarme. Me sentía como si hubiera sido yo el autor de todos aquellos crí-

menes sangrientos y como si el elefante no fuera más que un agente mío sin responsabilidad propia. ¡Y cómo había aumentado la lista! En cierto lugar había «obstaculizado unas elecciones y había matado a cinco electores que habían votado más de una vez». Acto seguido, había acabado con dos pobres sujetos llamados O'Donohue y McFlannigan, quienes «el mismo día anterior acababan de encontrar refugio en el país donde acuden los oprimidos de todos los países, y estaban a punto de ejercer por primera vez el noble derecho de los ciudadanos americanos en las urnas, cuando los había abatido la mano implacable del Azote de Siam». En otro lugar se había encontrado con «un predicador loco y sensacionalista que preparaba sus ataques heroicos de la próxima temporada contra el baile, contra el teatro y contra otras cosas que no pueden defenderse, y lo había pisoteado». Y en un tercer lugar «había matado a un vendedor de pararrayos». Y la lista seguía así, cada vez más sangrienta y más lastimosa. Habían muerto sesenta personas y había doscientos cuarenta heridos. Todas las crónicas daban justa fe de la actividad y de la dedicación de los detectives, y todas terminaban comentando que «trescientos mil ciudadanos y cuatro detectives habían visto a la temible criatura, y quien había abatido a dos de estos últimos».

Yo temblaba temiendo que volviera a sonar de nuevo el tintineo del telégrafo. Los mensajes empezaron a llegar poco a poco, pero su contenido me desengañó alegremente. No tardó en quedar claro que se había perdido todo rastro del elefante. La niebla le habría permitido encontrar un buen escondrijo sin que lo observaran. Llegaban telegramas procedentes de los puntos más absurdos por su lejanía en los que se contaba que se había atisbado allí una masa enorme

y confusa que se movía entre la niebla a tal hora, y que ésta «era sin duda el elefante». ¡Aquella masa confusa se había atisbado en New Haven, en Nueva Jersey, en Pensilvania, en el interior del estado de Nueva York, en Brooklyn y en la propia ciudad de Nueva York! Pero en todos los casos la masa enorme y confusa había desaparecido rápidamente sin dejar rastro. Cada uno de los miembros del numeroso cuerpo de detectives que estaban dispersos por este territorio enorme enviaba su informe cada hora, y todos y cada uno de ellos tenían su pista y seguían el rastro de algo y le iban pisando los talones.

Pero el día transcurrió sin más resultados.

Y el día siguiente, lo mismo.

Y el día siguiente, exactamente lo mismo.

Las crónicas periodísticas empezaron a volverse monótonas, llenas de datos que no significaban nada, de pistas que no conducían a nada y de teorías en las que casi se habían agotado los elementos sorprendentes, agradables y deslumbrantes.

Duplicué la recompensa por consejo del inspector.

Transcurrieron cuatro días monótonos más. Después llegó un golpe duro para los pobres detectives laboriosos: los periodistas se negaron a publicar sus teorías y dijeron friamente: «Déjenos descansar».

Dos semanas después de la desaparición del elefante, aumenté la recompensa a 75.000 dólares por consejo del inspector. Era una cantidad muy elevada, pero me pareció que prefería más bien sacrificar toda mi fortuna particular antes que perder mi buen nombre ante el gobierno de mi nación. Ahora que los detectives estaban pasando un mal momento, se les echaron encima los periódicos, que empezaron a dirigirles los sarcasmos más punzantes. Esto dio una idea a la gente del espectáculo, que se disfrazaban

de detectives y buscaban al elefante por los escenarios de las maneras más extravagantes. Los caricaturistas dibujaban a detectives que oteaban el campo con catalejos mientras el elefante, a su espalda, les robaba las manzanas que llevaban en los bolsillos. Y dibujaron todo tipo de versiones ridículas de la insignia de los detectives. Usted la habrá visto reproducida en oro en la contracubierta de las novelas de detectives, sin duda: es un ojo muy abierto con el lema: «No dormimos nunca». Cuando los detectives pedían una copa, los taberneros que se las echaban de graciosos resucitaban una expresión antigua y les decían: «¿Le apetece algo para abrir el ojo?». El aire estaba cargado de sarcasmos.

Pero había un hombre que superaba todo aquello con calma, impasible, impertérrito. Este era el inspector jefe, con su intrépido corazón. Sus ojos valerosos no titubeaban jamás; su confianza serena jamás flaqueaba. Decía siempre:

—Que sigan con sus burlas; el que ríe el último ríe mejor.

La admiración que sentía yo por aquel hombre se convirtió en una especie de adoración. Estaba siempre a su lado. Su oficina se había convertido en un lugar desagradable para mí, y ahora lo era cada vez más, cada día que pasaba. Pero si él era capaz de soportarlo, yo estaba dispuesto a soportarlo también, al menos mientras me quedaran fuerzas. De manera que yo acudía allí con regularidad y me quedaba: al parecer, era la única persona ajena a la oficina que era capaz de hacerlo. Todo el mundo se preguntaba cómo me era posible, y a mí me parecía a veces que debía desertar; pero en aquellos momentos miraba aquel rostro tranquilo y aparentemente despreocupado y me mantenía firme.

Cierta mañana, cuando habían pasado unas tres semanas de la desaparición del elefante, yo estaba a punto de decir que me veía *obligado* a arriar la bandera y a retirarme, cuando el gran detective cortó de raíz este pensamiento mío proponiendo una nueva medida maravillosa y maestra.

Consistía en llegar a un acuerdo con los ladrones. La fertilidad de la inventiva de este hombre superaba cualquier cosa que yo hubiera visto en mi vida, y eso que he tratado ampliamente con las mentes más elevadas del mundo. Dijo que confiaba en ser capaz de llegar a un acuerdo por 100.000 dólares y recuperar así al elefante. Yo le dije que me consideraba capaz de reunir esa cantidad a duras penas, pero ¿qué sería de los pobres detectives que habían trabajado con tanta fidelidad?

—En los acuerdos siempre perciben la mitad —me dijo él. Así quedaba resuelto mi único reparo. En vista de lo cual, el inspector redactó dos notas del tenor siguiente:

MUY SEÑORA MÍA: Su esposo puede ganarse una cantidad elevada de dinero (y quedar completamente libre de la acción de la ley) si se reúne inmediatamente conmigo.

Jefe BLUNT.

Envío una de estas notas, por medio de su mensajero confidencial, a la «supuesta esposa» de Duffy *El Ladrillo*, y la otra a la supuesta esposa de McFadden *El Rojo*.

Antes de que hubiera transcurrido una hora llegaron estas dos respuestas tan ofensivas:

BIEJO TONTO: McDuffy el ladrillo lleva muerto dos haños.

BRÍGIDA MAHONEY.

JEFE BAT: A McFadden el Rojo lo ahorcaron ya lla para 18 meses. Eso lo saven todos los asnos, menos los detectives.

MARY O'HOOOLIGAN.

—Hacía mucho tiempo que sospechaba estos hechos —dijo el inspector—. Este testimonio demuestra la precisión infalible de mi instinto.

En cuanto le fallaba un recurso ya tenía otro dispuesto. Redactó inmediatamente un anuncio para que se publicase en los diarios de la mañana, y yo me guardé una copia:

A. —xwblv. 242 N. Tjnd — fz328wmlg. Ozpo.—; 2 m! ogw. Chitón.

Dijo que, si el ladrón vivía, esto serviría para convocarlo al lugar de cita habitual. Me explicó también que el lugar de cita habitual era un sitio donde se realizaban todas las reuniones de negocios entre los detectives y los delincuentes. Esta reunión se produciría a las doce de la noche siguiente.

No podíamos hacer nada hasta entonces, y yo no perdí tiempo en salir de la oficina, de lo cual me alegré mucho.

A las once de la noche siguiente acudí con 100.000 dólares en billetes de banco y los puse en manos del jefe; y poco más tarde este se despidió de mí, con su confianza y su valor habitual reflejados en su mirada. Transcurrió lentamente una hora casi insoportable; después oí sus

pasos bienvenidos y me puse de pie, jadeante, y acudí a su encuentro con paso vacilante. ¡Con qué expresión de triunfo brillaban sus ojos firmes!

—¡Hemos llegado a un acuerdo! —me dijo—. ¡Los bromistas cantarán de otra manera mañana! ¡Sígame!

Tomó una vela encendida y bajó al gran sótano abovedado donde dormían siempre sesenta detectives y donde había entonces una veintena que jugaban a las cartas para matar el rato. Yo lo seguí de cerca. Caminó con paso vivo hasta el fondo del sótano, que estaba en penumbra, y mientras yo sucumbía al ahogo y me desmayaba, él tropezó y cayó entre los miembros extendidos de un objeto inmenso, y oí que exclamaba al caer:

—Nuestra noble profesión queda reivindicada. ¡Aquí tiene a su elefante!

Me llevaron a la oficina del piso superior y me hicieron volver en mí con ácido carbólico. Irrumpió en tropel todo el cuerpo de detectives, y se inauguró una serie de festejos triunfales como yo no había visto jamás. Se llamó a los periodistas; se abrieron cajas enteras de champán; se pronunciaban brindis; los apretones de manos y las felicitaciones eran continuas y entusiastas. Naturalmente, el jefe era el héroe del momento, y su felicidad era tan completa y se la había ganado con tanta paciencia, con tanta dignidad y con tanto valor que yo me alegraba de verla, aunque yo me había convertido en un mendigo sin hogar, mi «pupilo» de valor incalculable había muerto y yo había perdido mi cargo en la administración de mi país por haber cometido lo que parecería siempre un descuido atroz en el desempeño de una misión importante. Muchas miradas elocuentes daban fe de la admiración profunda que les merecía el jefe, y muchos detectives murmuraban:

—Miradlo: es el rey de su profesión. Basta con darle una pista, no necesita más, y él es capaz de encontrar cualquier cosa oculta.

El reparto de los 50.000 dólares causó mucha alegría. Cuando concluyó, el jefe pronunció un breve discurso mientras se metía en el bolsillo su parte. Dijo, entre otras cosas: «Disfrutadlo, muchachos, pues os lo habéis ganado; y, lo que es más, habéis ganado una fama inmortal para la profesión del detectivismo».

Llegó un telegrama que decía:

MONROE, MICHIGAN, 10 de la noche.

Es la primera oficina de telégrafos que encuentro desde hace más de tres semanas. He seguido esas huellas a caballo por los bosques recorriendo mil millas hasta llegar aquí y cada vez son más grandes y más frescas. No se preocupe: tendré al elefante antes de que pase una semana. Es completamente seguro.

DARLEY, *detective*.

El jefe mandó que se dieran tres hurras por «Darley, una de las mentes más profundas del cuerpo», y ordenó a continuación que se le telegrafara que volviera para recoger su parte de la recompensa.

Así terminó aquel episodio maravilloso del elefante robado. Los periódicos volvieron a publicar alabanzas amables, con una excepción despreciable. El periodicocho en cuestión decía: «¡Qué grande es el detective! Puede que tarde algo de tiempo en encontrar una cosa pequeña, como es un elefante... Puede que se pase todo el día buscándolo y que duerma toda la noche junto a su

cadáver putrefacto durante tres semanas, pero acabará encontrándolo... ¡si consigue que quien lo robó le enseñe dónde está!».

Perdí al pobre Hassán para siempre. Los cañonazos lo habían herido mortalmente; él se había refugiado entre la niebla en aquel lugar adverso, y allí, rodeado de sus enemigos y corriendo el riesgo constante de que lo detectaran, se había ido debilitando por el hambre y por los sufrimientos hasta que la muerte le había dado la paz.

El acuerdo me costó 100.000 dólares; tuve que pagar otros 42.000 dólares por los gastos de los detectives; no volví a solicitar ningún cargo al servicio de mi gobierno; soy un hombre arruinado y un vagabundo sobre la faz de la tierra... pero la admiración que siento por aquel hombre, a quien considero el mejor detective que ha dado el mundo, sigue sin empañarse hasta el día de hoy, y seguirá así hasta el fin de mis días.

## El maestro del misterio

(J. LONDON)



EN LA ALDEA REINABA el desasosiego. Las mujeres chismorreaban en corro con voces agudas y chillonas. Los hombres tenían un aspecto triste e indeciso, y hasta los mismos perros vagaban con aire indeciso, ligeramente alarmados por la inquietud del campamento y dispuestos a huir al bosque al primer indicio de disturbios. El ambiente estaba cargado de sospechas. Ningún hombre confiaba en su vecino, y todos eran conscientes de que ellos mismos resultaban igualmente sospechosos a los ojos de su prójimo. Hasta los niños estaban deprimidos y serios, y el pequeño Di Ya, que era el causante de todo, había recibido dos buenas palizas, primero a manos de Hooniah, su madre, y después a manos de su padre, Bawn, y ahora sollozaba y contemplaba el mundo con pesimismo refugiado bajo la gran canoa que estaba puesta del revés en la playa.

Y para colmo de males, Scundoo, el chamán, había caído en desgracia, y no se podía recurrir a su conocida magia para encontrar al malhechor. En verdad, hacía un mes había prometido un buen viento del sur para que la tribu pudiera viajar al *potlach*<sup>1</sup> de Tonkin, donde Taku

<sup>1</sup> *Potlach*: entre los indios kwakiutl, chimmesianos y otros de la costa noroeste de América del Norte, ceremonia en la que un hombre reparte presentes a sus compañeros de tribu y a los de las tribus próximas, a veces hasta arruinarse.

Jim iba a regalar los ahorros de veinte años; y he aquí que cuando llegó el día sopló un cruel viento del sur, y de las tres primeras canoas que se aventuraron a salir, una se hundió entre las altas olas y dos se hicieron trizas contra las rocas, y un niño se ahogó. Scundoo explicó que había tirado del cordel de la bolsa equivocada; un error. Pero la gente no quiso escucharlo; dejaron de llegar a su puerta las ofrendas de carne y de pescado y él se quedó encerrado, enfadado, ayunando para hacer penitencia, según creía la gente; en realidad, comiendo en abundancia de su despensa secreta y bien repleta y meditando sobre la inconstancia de las masas.

Habían desaparecido las mantas de Hooniah. Eran unas mantas buenas, maravillosamente gruesas y de abrigo, y ella estaba todavía más orgullosa de ellas teniendo en cuenta lo baratas que le habían costado. Ty-Kwan, el de la segunda aldea, era un necio por haberlas vendido con tanta facilidad. Pero es que ella no sabía que eran las mantas del inglés asesinado, por cuya muerte el patrullero de los Estados Unidos se pasó una temporada recorriendo la costa mientras sus lanchas bufaban y echaban humo por las calas secretas. Y como Hooniah no sabía que Ty-Kwan se las había quitado de encima precipitadamente para que su gente no tuviera que rendir cuentas al Gobierno, el orgullo de Hooniah era firme. Y como las mujeres la envidiaban, su orgullo era limitado y no conocía fronteras, hasta que llenó todo el pueblo y se extendió por toda la costa de Alaska, desde Dutch Harbor hasta Saint Mary's. Su tótem se había ganado una justa fama, y su nombre corría por los labios de los hombres dondequiera que los hombres pescaban y celebraban banquetes, a cuenta de las mantas y de su grosor y su abrigo maravilloso. Su desaparición había sido un hecho harto misterioso.

—No hice sino tenderlas al sol, junto a la pared lateral de la casa —explicaba Hooniah por milésima vez a sus hermanas thlinget—. No hice sino tenderlas y volver la espalda; pues Di Ya, ese ladrón de masa de pan y comedor de harina cruda, metió la cabeza en la olla grande de hierro, la volcó y se quedó allí atascado, meneando las piernas como las ramas de un árbol del bosque al viento. Y yo no hice sino sacarlo a rastras y golpearle la cabeza dos veces con la puerta para que cobrase mayor juicio, ¡y he aquí que las mantas no estaban!

—¡Las mantas no estaban! —repitieron las mujeres con susurros de asombro.

—Una gran pérdida —añadió una.

—Nunca hubo otras mantas tales —dijo una segunda.

—Lamentamos tu pérdida, Hooniah —dijo una tercera. Pero cada una de las mujeres se alegraba en su corazón de que hubieran desaparecido aquellas mantas odiosas y que sembraban la discordia.

—No hice sino tenderlas al sol —empezó a contar Hooniah por milésima primera vez.

—Sí, sí —intervino Bawn, cansado—. Pero en la aldea no había ningún entrometido de otras partes. En vista de lo cual queda claro que alguien de entre nuestros propios hermanos de tribu ha puesto la mano en las mantas ilícitamente.

—¿Cómo puede ser eso, oh Bawn? —respondieron a coro las mujeres, indignadas—. ¿Quién podría ser?

—Aquí ha habido brujería —siguió diciendo Bawn, completamente impasible, aunque les echó una mirada furtiva a las caras.

—¡Brujería!

Y al exclamar la palabra temida bajaron la voz y se miraron temerosas entre sí.

—Sí—afirmó Hooniah, mientras la maldad que podía encerrar su carácter salía a relucir en un instante de júbilo—. Y se ha mandado aviso a Klok-No-Ton, y se le han mandado remeros fuertes. En verdad que estará aquí con la marea de la tarde.

Los grupitos se disgregaron y el miedo cayó sobre la aldea. La brujería era la más espantosa de todas las desventuras. Solo los chamanes podían hacer frente a las cosas intangibles e invisibles, y ningún hombre, mujer ni niño podía saber, hasta el momento de la ordalía<sup>2</sup>, si su alma estaba poseída por espíritus o no. Y Klok-No-Ton era el más terrible de todos los chamanes. Ninguno encontraba más espíritus malos que él; ninguno infligía a sus víctimas mayores tormentos. Hasta había encontrado una vez un demonio alojado en el cuerpo de un niño de tres meses; un demonio muy terco que solo se pudo expulsar poniendo al niño durante una semana sobre un lecho de zarzas y de espinos. Después arrojaron el cadáver al mar, pero las olas volvían a devolverlo una y otra vez como devolviendo la maldición al pueblo, y no se marchó por fin hasta que ahogaron a dos hombres fuertes atándolos a sendas estacas clavadas en la orilla del mar en la marea baja.

Y Hooniah había mandado llamar a este Klok-No-Ton. Habría sido mejor que Scundoo, el chamán propio del pueblo, no hubiera caído en desgracia. Pues sus métodos eran más suaves, y se sabía que había expulsado dos demonios de un hombre que había engendrado después siete hijos sanos. ¡Pero Klok-No-Ton! Al pensar en él temblaban temiendo lo peor, y cada uno se sentía blanco

<sup>2</sup> Medio de averiguación o prueba, usado por algunos pueblos primitivos, en la Edad Media europea y aun posteriormente, fundado en el sometimiento ritual a prácticas destinadas a establecer la certeza, principalmente con fines judiciales.

de ojos acusadores, y miraba a su vez con ojos acusadores a sus compañeros; todos hacían lo mismo con la única excepción de Sime, y Sime era un burlón que acabaría mal, eso se sabía con certidumbre a pesar de que de momento se saliera con la suya.

—¡Jo, jo! —se reía—. ¡Demonios y Klock-No-Ton! No hay demonio mayor que él en la Tierra de Thlinket.

—¡Necio! ¡Ahora mismo viene hacia aquí con hechizos y brujerías; de manera que modera tu lengua, no sea que te sobrevengan males y que vivas pocos días en la tierra!

Eso dijo La-lah, llamado también El Tramposo, y Sime se rio burlonamente.

—Yo soy Sime; no conozco el miedo, no temo la oscuridad. Soy hombre fuerte como lo fue mi padre y tengo la cabeza clara. Ni tú ni yo hemos visto con nuestros propios ojos las cosas malignas invisibles...

—Pero Scundoo sí las ha visto —respondió La-lah—. Y Klok-No-Ton ni más ni menos. Eso lo sabemos.

—¿Cómo puedes saberlo, hijo de un necio? —bramó Sime, mientras su sangre colérica le oscurecía el grueso cuello de toro.

—Por las palabras de sus bocas: así es cómo lo sabemos.

—Un chamán no es más que un hombre —dijo Sime con un bufido de desprecio—. ¿Acaso no puede hablar con palabras torcidas, como tú y como yo? ¡Bah! ¡Bah! Y, una vez más, ¡bah! ¡Esto valen para mí vuestros chamanes y los demonios de vuestros chamanes! ¡Y esto! ¡Y esto!

Y Sime, chascando los dedos a diestro y siniestro, se alejó de los espectadores, que le abrieron paso con atención exagerada y temerosos.

—Buen pescador y fuerte cazador, pero mal hombre —dijo uno.

—Pero prospera —especuló otro.

—Así pues, sed malos y prosperad —repuso Sime volviendo atrás la cabeza—. Y si todos fuésemos malos, no habría necesidad de chamanes. ¡Bah! ¡Niños asustados de la oscuridad!

Y cuando llegó Klok-No-Ton, con la marea de la tarde, Sime seguía con su risa de desafío; y no olvidó soltar una pulla cuando el chamán tropezó en la arena del embarcadero. Klok-No-Ton le dirigió una mirada agria y, sin saludar a nadie, pasó entre ellos a paso vivo y se dirigió a la casa de Scundoo.

Ninguno de los habitantes de la tribu pudo saber qué se dijeron Klok-No-Ton y Scundoo en su reunión, pues mientras los maestros del misterio estuvieron reunidos, todos los demás se apiñaron con respeto a lo lejos y hablaban en susurros.

—¡Saludos, oh Scundoo! —dijo Klok-No-Ton con voz cavernosa y con apreciable recelo ante cómo sería recibido.

Era un gigante en estatura, y se cernía inmenso por encima del pequeño Scundoo, cuya voz débil flotaba hacia lo alto como el chirrido apagado y lejano de un grillo.

—Saludos, Klok-No-Ton —respondió—. Tu llegada alegró el día.

—Pero parece que... —dijo Klok-No-Ton, titubeando.

—Sí, sí —lo interrumpió con impaciencia el pequeño chamán—, que estoy pasando una mala época; de lo contrario no tendría que agradecerte que hicieras mi trabajo.

—Lo lamento, amigo Scundoo...

—No; yo me alegro, Klok-No-Ton.

—Pero yo te daré la mitad de lo que me den.

—No tal, buen Klok-No-Ton —murmuró Scundoo, haciendo un gesto de desaprobación con la mano—. Soy yo quien soy tu esclavo, y mis días se llenarán del deseo de brindarte mi amistad.

—Del mismo modo que yo...

—Del mismo modo que tú me la brindas ahora.

—Sea así. ¿Es, pues, mal asunto, lo de las mantas de la mujer llamada Hooniah?

El chamán corpulento iba a tientos en su misión, y Scundoo esbozó una sonrisa gris y mustia, pues estaba acostumbrado a interpretar a los hombres y todos los hombres le parecían muy pequeños.

—Tú medicina siempre ha sido fuerte —dijo—. Sin duda no tardarás en conocer al malhechor.

—Sí, no tardaré en conocerlo cuando le ponga los ojos encima —afirmó Klok-No-Ton; y titubeó de nuevo—. ¿Ha habido por aquí entrometidos de otras partes? —preguntó.

Scundoo negó con la cabeza.

—¡Mira! ¿Verdad que este *mucluc* es excelente?

Presentó el abrigo para pies de piel de foca y de morsa, y su visitante lo examinó con interés oculto.

—Hice un buen negocio cuando lo compré.

Klok-No-Ton asintió con la cabeza, atento.

—Se lo compré al hombre llamado La-lah. Es un hombre notable, y he pensado muchas veces...

—¿Y bien? —se aventuró a decir Klok-No-Ton con impaciencia.

—He pensado muchas veces —concluyó Scundoo con voz apagada; e hizo una pausa—. Hace buen día, y tu medicina es fuerte, Klok-No-Ton.

A Klok-No-Ton se le alegró la cara.

—Eres un gran hombre, Scundoo, chamán de chamanes —dijo—. Ya me voy. Te recordaré siempre. Y, tal como dices, el hombre llamado La-lah es un hombre notable.

Scundoo sonrió con una sonrisa todavía más gris y más mustia que la anterior, cerró la puerta en cuanto salió su visitante y la aseguró con doble tranca.

Cuando Klok-No-Ton bajó por la playa, Sime estaba reparando su canoa, y solo interrumpió su trabajo el tiempo justo para cargar ostensiblemente su rifle y dejarlo al alcance de su mano. El chamán observó su gesto y gritó:

—¡Que todo el pueblo se reúna en este punto! ¡Lo manda Klok-No-Ton, que encuentra a los demonios y que expulsa a los demonios!

Había pensado reunirlos a todos ante la casa de Hooniah, pero era necesario que estuvieran presentes todos, y Klok-No-Ton dudaba de que Sime le obedeciera y no quería tener problemas. Consideraba que Sime era un hombre al que más valía dejar en paz, y que podía ser malo para la salud de cualquier chamán.

—Que traigan a la mujer llamada Hooniah —ordenó Klok-No-Ton, echando miradas furiosas a los reunidos en círculo y provocando escalofríos que recorrían el espinazo de aquellos a los que miraba.

Hooniah se adelantó con paso inseguro, con la cabeza inclinada y evitando mirarlo a la cara.

—¿Dónde están tus mantas?

—No hice sino tenerlas al sol, ¡y he aquí que no estaban! —dijo con voz quejumbrosa.

—¿Y bien?

—Fue por culpa de Di Ya.

—¿Y bien?

—A este le he dado una paliza, y he de propinarle otra, pues nos ha traído la desventura a nosotros, que somos gente pobre.

—¡Las mantas! —rugió roncamente Klok-No-Ton, adelantándose a la intención de la mujer de rebajar el precio que habría de percibir él por su trabajo—. ¡Las mantas, mujer! Es bien sabido que eres rica.

—No hice sino tenderlas al sol —sollozó—, y somos gente pobre y no tenemos nada.

Klok-No-Ton se puso rígido de pronto, haciendo una mueca horrible, y Hooniah retrocedió. Pero este saltó hacia delante con tanta rapidez, con los ojos en blanco y la mandíbula flácida, que la mujer tropezó y cayó al suelo a sus pies en actitud de súplica. Klok-No-Ton se puso a agitar los brazos azotando desenfrenadamente el aire, mientras el cuerpo se le retorció y se agitaba atormentadamente. Parecía que sufriera un ataque de epilepsia. Le caía espuma blanca por los labios y su cuerpo se convulsionaba con temblores y estremecimientos.

Las mujeres empezaron a entonar un cántico lastimero, agitándose hacia delante y hacia atrás con abandono, mientras los hombres iban sucumbiendo uno a uno a la emoción hasta que solo quedó Sime. Este, sentado sobre su canoa, lo observaba todo con aire de burla; pero sentía con fuerza la presión poderosa de los antepasados cuya semilla llevaba, y pronunciaba los juramentos más fuertes que conocía para darse ánimos. La figura de Klok-No-Ton era un espectáculo horrible. Se había despojado de su manta y se había arrancado de encima las ropas, de modo que estaba desnudo del todo salvo un taparrabos de garras de águila que le rodeaba los muslos. Saltaba frenéticamente ante el círculo de personas, profiriendo chillidos y alaridos, con el cabello largo y negro suelto al aire como

una mancha de noche. Su frenesí seguía un cierto ritmo rudimentario, y cuando todos estuvieron dominados por este, agitando los cuerpos en armonía con el suyo y soltando sus gritos al unísono, Klok-No-Ton se quedó sentado, muy erguido, con el brazo extendido y señalando con un dedo largo, como un espolón de ave. Esto fue recibido con un lamento grave, como los lamentos por los muertos; y la gente se encogía con rodillas temblorosas cuando les pasaba por delante el dedo temido. Pues lo seguía la muerte: los que lo veían pasar conservaban la vida y, después de ser descartados, seguían observando con gran atención e interés.

Por fin, con un grito tremendo, el dedo fatídico reposó sobre La-lah. Este tembló como un álamo: ya se veía muerto, sus bienes domésticos repartidos entre todos y su viuda casada con su hermano. Quiso hablar, negar, pero tenía la lengua pegada al paladar y una sed insoportable le reseca la garganta. Pareció que Klok-No-Ton, una vez realizado su trabajo, se quedaba medio desmayado; pero esperó con los ojos cerrados, esperó a que empezara a sonar el gran griterío de la sangre; el gran griterío de la sangre que le resultaba familiar a sus oídos tras mil conjuros, cuando los miembros de la tribu caían como lobos sobre la víctima temblorosa. Pero solo hubo silencio, y después unas leves risitas que no salían de ninguna parte en especial, que se fueron extendiendo más y más hasta convertirse en una carcajada general que subió a los cielos.

—¿A qué viene esto? —exclamó Klok-No-Ton.

—¡Nah! ¡Nah! —reía la gente—. ¡Tu medicina es mala, oh, Klok-No-Ton!

—Es bien sabido por todos —balbució La-lah—. ¡He pasado ocho meses de trabajos, lejos de mi casa, con los cazadores de foca Siwash, y hoy mismo he regresado,

para encontrarme que las mantas de Hooniah habían desaparecido en mi ausencia!

—¡Es cierto! —exclamaron todos al unísono—. ¡Las mantas de Hooniah habían desaparecido en su ausencia!

—Y a ti no se te pagará nada por tu medicina, que de nada sirve —anunció Hooniah, que había vuelto a ponerse de pie y hablaba con rabia, picada por la sensación de haber hecho el ridículo.

Pero Klok-No-Ton no veía más que la cara de Scundoo y su sonrisa gris y mustia, no oía más que el chirrido apagado y lejano del grillo, que decía: «Se lo compré al hombre llamado La-lah, y he pensado muchas veces», y «Hace buen día, y tu medicina es fuerte».

Pasó junto a Hooniah y el círculo se abrió instintivamente para dejarle paso. Slime lo abucheó, subido en su canoa; las mujeres se le reían abiertamente, sonaban voces de burla a sus espaldas, pero él no se dio por aludido y siguió adelante apresuradamente hasta llegar a la casa de Scundoo. Aporreó la puerta, la golpeó con los puños y aulló insultos viles. Pero no obtuvo respuesta, aunque en sus momentos de silencio se oía el sonido inquietante de la voz de Scundoo, que canturreaba un conjuro. Klok-No-Ton estaba rabioso, como loco, pero cuando se dispuso a derribar la puerta con una piedra enorme surgieron murmullos entre los hombres y las mujeres. Y él, Klok-No-Ton, comprendió que se encontraba desposeído de su fuerza y de su autoridad ante una gente que no era la suya. Vio que un hombre se agachaba a recoger una piedra, y que un segundo hacía otro tanto, y le invadió el temor.

—¡No hagas daño a Scundoo, que es un maestro! —gritó una mujer.

—Más te vale regresar a tu propia aldea —le recomendó un hombre con voz amenazadora.

Klok-No-Ton se volvió y bajó entre ellos hasta la playa, con el corazón lleno de una rabia amarga y con la cabeza llena de justa aprensión por lo que le pudiera caer en la espalda indefensa. Pero no le tiraron ninguna piedra. Los niños hormigueaban a sus pies, mofándose de él, y las risas y las burlas llenaban el aire, pero no pasó nada más. Con todo, no respiró hasta que su canoa se hubo adentrado bien en el agua; y entonces se puso de pie y lanzó una maldición inútil sobre aquella aldea y sobre sus habitantes, sin olvidarse de mencionar especialmente a Scundoo, que le había hecho ponerse en ridículo.

En tierra llamaban a gritos a Scundoo, y toda la población se arremolinaba ante su puerta, suplicándole e implorándole con vocerío confuso hasta que salió y levantó la mano.

—Os perdono sin condiciones porque sois mis hijos —dijo—. Pero no volváis a hacerlo. Vuestra necesidad queda sin castigo por última vez. Lo que deseáis se os concederá, y yo ya lo conozco. Esta noche, cuando la luna se haya metido tras el mundo para contemplar a los muertos poderosos, que todo el pueblo se reúna en la oscuridad ante la casa de Hooniah. Entonces saldrá el malhechor y recibirá el galardón que merece. He dicho.

—Será la muerte —vociferó Bawn—, pues nos ha acarreado inquietudes y vergüenza.

—Así sea —replicó Scundoo, y cerró la puerta de su casa.

—Ahora quedará todo claro y patente, y volverá a reinar la tranquilidad entre nosotros —anunció La-lah con voz de oráculo.

—Gracias a Scundoo, el hombrecito —dijo Sime en son de burla.

—Gracias a la medicina del Scundoo, el hombrecito —le corrigió La-lah.

—¡Hijos de la necedad, pueblo Thlinket! —exclamó Sime, dándose una palmada sonora en el muslo—. Es incomprensible que unas mujeres adultas y unos hombres fuertes se humillen en el polvo ante cosas soñadas y cuentos fantásticos.

—Yo he visto el mundo —respondió La-lah—. He viajado por los mares profundos y he visto señales y maravillas, y sé que estas cosas son así. Soy La-lah...

—El Tramposo...

—Así me llaman, pero deberían llamarme El Viajero.

—Yo no he viajado tanto... —empezó a decir Sime.

—Entonces, refrena tu lengua —intervino Bawn, y se separaron airados.

Cuando terminaron de desaparecer tras el mundo los últimos rayos plateados de la luz de la luna, Scundoo se presentó entre la gente que se apiñaba alrededor de la casa de Hooniah. Caminaba con paso vivo y despierto, y los que lo vieron a la luz de la lámpara de grasa de Hooniah observaron que venía con las manos vacías, sin sonajas, ni máscaras ni otros accesorios propios del chamán, a excepción de un gran cuervo adormilado que llevaba bajo un brazo.

—¿Hay leña preparada para hacer una hoguera, para que todos podáis ver cuando yo haya cumplido mi tarea? —preguntó.

—Sí —respondió Bawn—. Hay leña en abundancia.

—Entonces, escuchad todos, pues mis palabras serán pocas. He traído conmigo a Jelchs, el Cuervo, el que adivina el misterio y el que ve las cosas. A él, con todo lo negro que es, lo meteré bajo la gran olla negra de Hooniah, en el rincón más oscuro de su casa. La lámpa-

ra de grasa se apagará y todo quedará completamente a oscuras. Es muy sencillo. Entraréis uno a uno en la casa, pondréis la mano sobre la olla durante el tiempo que se tarda en respirar hondo una vez, y la retiraréis después. Sin duda, Jelchs chillará cuando tenga cerca de él la mano del malhechor. ¿O quién sabe si manifestará su sabiduría de algún otro modo? ¿Estáis dispuestos?

—Estamos dispuestos —fue la respuesta pronunciada por múltiples voces.

—Entonces, yo iré diciendo los nombres en voz alta, cada uno y cada una por su orden, hasta que hayan sido llamados todos.

Y entonces el primer elegido fue La-lah, y este entró enseguida. Todos escucharon con atención y pudieron oír entre el silencio sus pasos que hacían crujir el suelo desvencijado. Pero aquello fue todo. Jelchs no chilló, no dio ninguna señal. Bawn fue designado a continuación, pues bien puede pasar que un hombre robe sus propias mantas con la intención de avergonzar a sus vecinos. Lo siguió Hooniah, y después otras mujeres y niños, pero sin resultado.

—¡Sime! —dijo en voz alta Scundoo—. ¡Sime! —repitió.

Pero Sime no se movió.

—¿Es que tienes miedo a la oscuridad? —le preguntó La-lah, acalorado, ahora que su propia integridad ya había quedado probada.

Sime se rio entre dientes.

—Me río de todo esto, pues es una gran tontería. Pero entraré, no porque crea en maravillas, sino para demostrar que no tengo miedo.

Y entró animosamente y salió todavía con aire burlón.

—Algún día morirás de manera bien repentina —susurró La-lah, con la indignación del justo.

—No lo dudo —respondió con ligereza el burlón—. Somos pocos los que morimos en nuestros lechos, entre los chamanes y la mar.

Cuando la mitad de los habitantes del pueblo habían superado la ordalía, reinaba una emoción cuya intensidad resultaba dolorosa por la necesidad de reprimirla. Cuando hubieron pasado las dos terceras partes, una joven que estaba a punto de dar a luz por primera vez no lo pudo soportar más y manifestó su terror en forma de chillidos y de risas nerviosas.

Por fin, le tocaba pasar al último de todos y no había sucedido nada todavía. Y el último de todos era Di Ya. Debía de ser él, sin duda. Hooniah soltó un lamento dirigido a las estrellas mientras los demás se apartaban del desdichado muchacho. Este estaba medio muerto de miedo y le fallaban las piernas, de tal modo que se tambaleó en el umbral de la puerta y estuvo a punto de caerse. Scundoo lo hizo entrar de un empujón y cerró la puerta. Pasó un rato largo durante el cual no se oyó más que el llanto del niño. Después, muy despacio, sonaron los crujidos de sus pasos hasta el rincón del fondo, una pausa, y los crujidos de sus pasos al volver. Se abrió la puerta y salió. No había pasado nada, y él había sido el último.

—Que se encienda el fuego —ordenó Scundoo.

Cuando se levantaron las llamas luminosas, iluminaron unos rostros marcados todavía por el miedo que iban dejando atrás, pero enturbiados también por la desconfianza.

—Sin duda, la cosa ha fallado —susurró roncamente Hooniah.

—Sí —replicó Bawn con complacencia—. Scundoo se hace viejo, y nosotros tenemos que buscarnos un chamán nuevo.

—¿Dónde está ahora la sabiduría de Jelchs? —dijo burlonamente Sime al oído de La-lah.

La-lah se pasó la mano por la frente con un gesto de incompreensión y no dijo nada.

Sime sacó pecho con arrogancia y se acercó al pequeño chamán con andar orgulloso.

—¡Jo, jo! ¡Tal como decía yo, esto ha quedado en nada!

—Eso parece, eso parece —respondió mansamente Scundoo—. Y podría parecer extraño a los que no conocen bien las cosas del misterio.

—¿Como tú? —le preguntó Sime con descaro.

—Puede que como yo, en efecto —respondió Scundoo, hablando con voz muy suave, dejando caer los párpados poco a poco, poco a poco, hasta que tuvo los ojos casi cerrados—. De manera que he recordado otra prueba. ¡Que todo hombre, mujer y niño, ahora mismo y a la vez, levante las manos bien altas, por encima de la cabeza!

Aquella orden fue tan inesperada, y se había dado de una manera tan imperiosa, que se obedeció sin titubear. Todas las manos se levantaron al aire.

—Mirad todos las manos de los demás, y que todos miren y vean... —ordenó Scundoo.

Pero un rumor de risas, que más bien eran de ira, ahogó su voz. Todas las miradas se dirigían a Sime. Todas las manos estaban tiznadas de hollín menos la suya, y en la suya no había rastro alguno de la mugre de la olla de Hooniah.

Una piedra surcó el aire y le golpeó en la mejilla.

—¡Es mentira! —gritó—. ¡Mentira! ¡No sé nada de las mantas de Hooniah!

Una segunda piedra lo hirió en la frente; una tercera le pasó silbando cerca de la cabeza; empezó a sonar el gran griterío de la sangre y se veía por todas partes gente agachada que rebuscaba proyectiles por el suelo. Sime se tambaleó y cayó de rodillas.

—¡Fue una broma! ¡Nada más que una broma! —chilló—. ¡Las cogí para gastar una bronía!

—¿Dónde las has escondido? —dijo la voz aguda y penetrante de Scundoo, que cortó el tumulto como un cuchillo.

—En el fardo grande de pieles que está en mi casa, en el que está colgado de la viga del tejado —fue la respuesta—. Pero fue una broma, os digo, nada más...

Scundoo asintió con la cabeza, y el aire se llenó de piedras que volaban. La mujer de Sime lloraba en silencio, con la cabeza sobre las rodillas; pero su hijo pequeño tiraba piedras con los demás, entre risas y chillidos.

Hooniah volvió contoneándose con las mantas preciosas. Scundoo la detuvo.

—Somos pobres y tenemos poco —lloriqueó ella—. ¡No seas duro con nosotros, oh Scundoo!

La gente dejó de atender al montón de piedras tembloroso que habían levantado y los miraron.

—No; nunca ha sido esa mi costumbre, mi buena Hooniah —respondió Scundoo, cogiendo las mantas—. En prueba de que no soy duro, solo me quedaré con estas mantas.

—¿No es verdad que soy sabio, hijos míos? —preguntó a todos.

—¡En verdad que eres sabio, oh Scundoo! —exclamaron todos al unísono.

Y Scundoo se alejó entre la oscuridad, envuelto en las mantas y llevando bajo el brazo al cuervo Jelchs, que dormitaba.

## Un abono excelente

(R. GRAVES)



¡Sí, sí y sí! No me entiendan mal, por el amor de Dios. Estoy de acuerdo con ustedes de todo corazón. Estoy de acuerdo en que el Hombre está despojando malignamente a la Madre Tierra de sus antiguos derechos al no devolver a la tierra tanto alimento como saca de ella. Y en que el alcantarillado moderno es, si quieren que lo digamos así, una herida abierta en el cuerpo de la sociedad. Y en que las incineradoras de basuras municipales tienen más de genocidas que de bactericidas... Y en que la cremación de los cadáveres debería castigarse con la pena de muerte. Y en que las tormentas de arena provocadas por el arado ambicioso...

... Sí, sí y sí, repito. ¡Pero...!

A Elsie y a Roland Hedge (ella, ilustradora de libros; él, arquitecto delicado de los pulmones) ya se les había advertido que desconfiasen del doctor Eugen Steinpilz.

—No os acarrearé nada bueno —les dije yo—. Me da en la nariz decididamente.

—¿Tú también? —me preguntó Elsie, indignada. (Esto sucedía en Brixham, en el sur de Devon, en marzo del año 1940)—. Supongo que crees que, como tiene acento extranjero y barba, debe ser espía.

—No —dije con frialdad—, ese aspecto de la cuestión no se me había ocurrido. Pero no voy a llevarte la contraria.

Al día siguiente, Elsie trabó amistad deliberadamente (no me gusta decirlo así, pero es que eso fue lo que hizo) con el doctor, que era alsaciano con pasaporte americano y que se calificaba a sí mismo de *Naturphilosoph*; y al cabo de poco tiempo tanto ella como Roland estuvieron metidos en Steinpilzerei hasta las orejas. Todo empezó cuando él los invitó a almorzar y les presentó embutidos y dos conjuntos rivales de platos de vegetales: patatas (asadas), zanahorias (con crema) compradas en la verdulería local, y patatas (asadas) y zanahorias (con crema) cultivadas con compost<sup>1</sup> en el propio huerto del doctor.

La superioridad de las últimas respecto de las primeras en cuanto a aspecto, tamaño y, sobre todo, sabor, abrió los ojos a Elsie y a Roland. Sí, y sí, yo sé lo que sintieron. ¿Por qué no voy a saberlo? Cuando voy al mercado, aquí, en Palma, rechazo siempre las patatas de La Torre, porque estas se cultivan para el mercado temprano inglés y, en consecuencia, apestan a fertilizantes químicos importados. En vez de estas, compro patatas de Son Sardina, que saben tan bien como las que comprábamos en Inglaterra hace cincuenta años. Esto se debe a que los agricultores de Son Sardina abonan sus campos con desperdicios de las cocinas de Palma, que todavía se pueden comprar por carros, ya que esta ciudad está tan atrasada que no puede costearse métodos modernos y eficaces para destruirlos.

De este modo, el doctor Steinpilz convirtió a aquella pareja amante y sin hijos al método Steinpilz de preparación de compost. En realidad, el método no difería mucho de los que usted puede leer en la sección de

<sup>1</sup> Vocablo inglés utilizado para designar la mezcla de residuos orgánicos y suelo tratado de forma tal que ha experimentado una descomposición termófila que ha alterado sustancialmente los materiales orgánicos originales. (*Diccionario de Ciencias Hortícolas*.)

*Notas de jardinería* de su periódico nacional favorito, con la única diferencia de que era mucho más violento. El doctor Steinpilz había descubierto una fórmula que permitía producir unas bacterias enormemente feroces, capaces (según afirmaba Roland) de desmenuzar una bota vieja, o la Biblia familiar, o una camiseta de lana rota, convirtiéndolas en un hermoso humus negro casi a ojos vista. Pero la fórmula no estaba en venta y solo la podían conocer, bajo juramento de secreto, los miembros de la Asociación Eugen Steinpilz, a la que yo me negué a afiliarme. Por lo tanto, no voy a afirmar que conozco personalmente la fórmula, pero cierta noche oí por casualidad que Elsie y Roland discutían en su jardín si las influencias planetarias eran favorables; y hablaron también de un cuerno de carnero en cuyo interior debía cocerse, al parecer, una mezcla complicada de productos animales y vegetales triturados, a la que llamaban técnicamente «la Madre». Tengo entendido que intervenían también una pata de toro y un páncreas de cabra, pues el señor Pook, el carnicero, me dijo más tarde que se había quedado muy sorprendido cuando Roland le había pedido estos cortes tan poco corrientes. Entre los ingredientes vegetales de la Madre figuraban sin duda la polígala<sup>2</sup>, el poleo, la flor de abeja<sup>3</sup> y la arveja<sup>4</sup>: reconocí estas hierbas un día en una cesta de jardinería que se había dejado Elsie en la oficina de correos.

Los Hedge no tardaron en tener su primer montón de compost guisándose en su jardín, que venía a tener el

<sup>2</sup> Planta herbácea de la familia de las poligaláceas, dura y de sabor amargo. El cocimiento de la raíz se usa en medicina contra el reumatismo y el tratamiento de las vías respiratorias.

<sup>3</sup> Especie de orquídea que recibe su nombre porque la flor, vista de frente, se parece a una abeja.

<sup>4</sup> Algarroba.

tamaño de una pista de tenis y que estaba cubierto principalmente de césped bien cuidado. El doctor Steinpilz, que supervisaba la operación, empezó a convertirse en una presencia tan ineludible en la casita como el olor de una alcantarilla; yo tuve que renunciar a hacerles visitas. Después, tras la caída de Francia, Brixham se convirtió en zona de guerra, de la que quedó excluido todo el mundo salvo nosotros, los británicos, y nuestros aliados los franceses libres y los belgas libres. En consecuencia, el doctor Steinpilz tuvo que marcharse, cosa que hizo con grandes muestras de desagrado, y murió en un bombardeo en Liverpool, el día antes de que zarpara el barco en el que pensaba volver a Nueva York. Pero el libro no quedó cerrado con esto, ni mucho menos. Creo que Elsie debía de estar enamorada del doctor, y no cabe duda de que Roland lo adoraba como a un héroe. Conservaban como un tesoro una colección firmada de todos sus libros esotéricos, cada uno de los cuales llevaba por título el nombre de una piedra semipreciosa distinta, y se los leían el uno al otro, por turnos, en las comidas. Después, para demostrar que aquella era una filosofía práctica y no una mera recopilación, sin orden ni concierto, de pensamientos bonitos acerca de la Naturaleza, empezaron a producir compost de una manera más profunda y todavía más religiosa que antes. Habían retirado el césped, por supuesto, pero aprovecharon los tepes<sup>5</sup> para emparedar entre ellos capas de desperdicios de cocina, que mezclaron con las barreduras de una pocilga abandonada, con dos carretillas de hojas de chopo mojadas, recogidas del parque, y con un saco de nabos podridos. Asomándome por encima del

<sup>5</sup> Pedazo de tierra cubierto de césped y muy trabado con las raíces de esta hierba que, cortada generalmente en forma prismática, sirve para hacer paredes y malecones.

seto, capté el brillo fanático de los ojos de Elsie cuando esta soltaba a las bacterias hambrientas en el montón, y no pude contener un escalofrío premonitorio.

Las cosas no marchaban tan mal de momento, quizá. Pero cuando empezaron los bombardeos en serio y los alimentos escasearon tanto que se imponían multas a las amas de casa que no entregaban las lavaduras de los platos para alimentar a los cerdos nacionales, Elsie y Roland se preocuparon. Ya habían abandonado su sistema de saneamiento normal y habían construido en el jardín un retrete con un hoyo en el suelo, y entonces intentaron convencer a sus vecinos de que tenían el deber de hacer otro tanto, aun a riesgo de coger un resfriado y de que se te metieran arañas por el cuello de la ropa. Elsie mandaba también a Roland a que siguiese a las lentas vacas de raza Devon Roja, cuando estas volvían a casa contoneándose por el camino, al anochecer, para que rescatase las preciosas boñigas con una pala de cocina; ella, por su parte, visitaba el vertedero local con una caja de embalaje sobre ruedas y recogía allí todo lo que encontraba que tuviera carácter orgánico: gatos muertos, trapos viejos, flores marchitas, troncos de col y otros residuos domésticos que habría despreciado hasta un cerdo nacional en tiempo de guerra. Elsie conservaba también hasta la última gota del agua del baño de los dos para regar con ella los montones, pues, según decía ella, contenía sales minerales valiosas.

Como saben todos los iniciados, un buen montón de compost se caracteriza porque brotan de él ciertos hongos de aspecto repugnante, aunque benéficos. Los montones de Elsie estaban tan recubiertos de este cultivo que parecían grises, y en su interior estaban tan calientes que se podían guisar alimentos metiéndolos dentro en cajas, con lo que debían de ahorrarse mucho combustible. Los llamo

«los montones de Elsie» porque ella se consideraba ya la representante del doctor Steinpilz en la tierra, y el leal Roland no le disputaba sus derechos al título.

La temporada de los grandes bombardeos sobre Londres representó una etapa crucial de esta historia. Los lectores recordarán que trenes enteros de londinenses que habían sido evacuados al sur de Devon cuando estalló la guerra, se desevacuaban, se reevacuaban y se desreevacuaban ellos mismos de cuando en cuando de una manera muy desorganizada. Resultó que Elsie y Roland se libraron de alojar a evacuados en su casa porque no tenían ningún dormitorio de sobra; pero cierta noche llamó a su puerta un viejo marino jubilado que les pidió alojamiento por una noche. Había perdido en un incendio su casa de Plymouth, donde reinaba el caos, y se había puesto a andar y a vagar sin rumbo, desorientado, hasta que había acabado aquí, hambriento y agotado. Le dieron una comida y le prepararon la cama en el sofá; pero cuando Elsie bajó por la mañana a revolver los montones con la horca, se lo encontró muerto de un fallo cardíaco.

Roland rompió una larga temporada de silencio acudiendo, algo avergonzado, a pedirme consejo. Me dijo que Elsie había decidido que no estaría bien molestar a la policía por el caso, pues la policía estaba muy ocupada en aquellos tiempos y aquel pobre hombre les había dicho que no tenía familia ni amigos. De manera que le habían leído las honras fúnebres y, después de quitarle la hebilla del cinturón, los botones de los pantalones, un estuche de gafas de metal y un manojo de llaves, todo lo que era irreductible, lo habían depositado con respeto en el nuevo montón de compost. Roland añadió que el resto de su contenido era un carro de residuos de la fábrica de sidra, boñigas de vaca recuperadas

y varias cestas de recortes de setos vivos. ¿Habían hecho mal?

—Si lo que me preguntas es si voy a dar parte a las autoridades, te contesto que no —le respondí para tranquilizarlo—. No estaba mirando por encima del seto a aquella hora, y lo que me cuentas no son más que habladurías.

Roland se marchó satisfecho.

La guerra siguió adelante. Los Hedge no solo convirtieron todo su jardín en una serie de hileras de montones-monumentos a Eugen Steinpilz, sin dejar ningún espacio para plantar las patatas o las zanahorias para las que debía servir el compost, sino que recogían los desperdicios del mercado de pescado de Brisham y rescataban el contenido del cubo de desechos que ponían ante la puerta de la sala quirúrgica del hospital local. Recuerdo que Elsie recogía todas las primaveras grandes manojos de primulas<sup>6</sup> y las echaba directamente al compost sin despedirse de ellas siquiera oliéndolas con melancolía: al parecer, a las fieras bacterias les gustaban de manera especial las primulas vírgenes.

Llegado este punto, el relato se vuelve un poco duro para los lectores, digamos, del ámbito familiar: lo suavizaré todo lo que pueda. Cierta mañana llamó a la puerta de los Hedge un agente de policía que traía una citación judicial, y yo vi por casualidad que Roland miraba nervioso por la ventana del dormitorio pero retiraba la cabeza apresuradamente. El policía llamó al timbre, dio golpes en la puerta y esperó, y probó después por la puerta trasera; por fin, se marchó. La citación judicial era por no haber apagado las luces durante un bombardeo, pero al

<sup>6</sup> Primavera, planta herbácea perenne, de la familia de las primuláceas.

parecer los Hedge no lo sabían. El policía llamó a la puerta a la mañana siguiente y, al no responder nadie, forzó la cerradura de la puerta trasera. Los encontraron muertos en la cama, juntos: se habrían tomado una sobredosis de pastillas para dormir. Había sobre la colcha una nota que decía simplemente:

Rogamos que depositen nuestros cuerpos en el montón que está más próximo a la pocilga. Se admiten flores. Esparcir algunas sobre los cadáveres, mezcladas con algunos desperdicios de cocina, y echar ligeramente tierra por encima con la horca. E. H.; R. H.

El nuevo inquilino, George Irks, se propuso cultivar patatas y «cavar para la victoria». Alquiló un carro y se puso a arrojar el compost al río Dart, pues, tal como explicó más tarde, «no le gustaba la pinta que tenían esas setas». Cuando terminó la guerra, todavía no se había identificado a quién pertenecían los cinco esqueletos humanos, maravillosamente limpios, que desenterró George a lo largo de su labor.

## Humo

(W. FAULKNER)



ANSELM HOLLAND llegó a Jefferson hace muchos años. Nadie sabía de dónde había venido. Pero por aquella época era joven y hombre de buenas prendas, o por lo menos de buena presencia, pues al cabo de tres años ya se había casado con la hija única de un hombre que era propietario de dos mil acres de la mejor tierra del condado, y se quedó a vivir en casa de su suegro, donde, dos años más tarde, su mujer le dio dos gemelos y donde, pasados algunos años más, murió el suegro y Holland quedó como dueño de la finca, que ahora estaba a nombre de su mujer. Pero ya antes de aquello, los de Jefferson ya le habíamos oído hablar de una manera un si es no es demasiado ruidosa de «mi tierra, mis cultivos»; y los que teníamos padres y abuelos que se habían criado aquí lo mirábamos con cierta frialdad y con cierta desconfianza como hombre cruel y violento, en vista de lo que contaban sus aparceros, tanto los blancos como los negros, y otras personas con las que tenía tratos. Pero, por consideración hacia su esposa y por respeto a su suegro, lo tratábamos con educación, aunque no con aprecio. De manera que cuando murió también su esposa, mientras los gemelos eran todavía niños, lo consideramos responsable, consideramos que su vida se había consumido a causa de la violencia grosera de un foráneo mal educado. Y cuando

sus hijos se hicieron mayores y se marcharon de su casa para no volver, primero el uno y luego el otro, a nosotros no nos sorprendió. Y cuando a él lo encontraron muerto un día, hace seis meses, con el pie trabado en el estribo del caballo de silla que montaba y con el cuerpo bastante destrozado en las partes donde se había golpeado, al parecer, con una cerca, arrastrado por el caballo (por entonces se notaban todavía en el lomo y en los costados del caballo las señales de los golpes que le había asestado en uno de sus ataques de rabia), ninguno de nosotros lo sintió, pues poco antes había cometido lo que a los hombres de nuestro pueblo, de nuestra época y de nuestra manera nos parecía el más imperdonable de los ultrajes. Se supo que el día que murió había estado abriendo las sepulturas del cementerio familiar donde descansaban los parientes de su esposa, entre ellas la sepultura en la que reposaba su esposa desde hacía treinta años. De manera que al viejo enloquecido e infestado de odio lo enterraron entre las sepulturas que había intentado profanar, y su testamento se presentó en el plazo reglamentario para su validación. Y nos enteramos del contenido esencial del testamento sin sorprendernos. No nos sorprendió enterarnos de que, aun desde más allá de la sepultura, había asestado un golpe final a los únicos a los que todavía podía injuriar u ofender: a sus supervivientes que llevaban su carne y su sangre.

Los dos gemelos tenían cuarenta años cuando murió su padre. Se decía que el menor, Anselm hijo, había sido el favorito de la madre, quizá porque se parecía más a su padre. Fuera como fuese, desde que murió ella, siendo todavía casi niños los hijos, escucharíamos las discusiones entre Anse padre y Anse hijo, en las que intervenía en calidad de mediador el otro gemelo Virginus, ganándose

los insultos del padre y del hermano. Así era Virginus. Y Anse hijo también era así; cuando tenía poco menos de veinte años se escapó de su casa y faltó diez años. Cuando regresó, su hermano y él ya eran mayores de edad, y Anselm pidió formalmente a su padre que repartiera la tierra, que, según nos enteramos entonces, solo tenía en fideicomiso, y que se le diera su parte a él, a Anse hijo. Anse padre se negó con violencia. No cabe duda de que la petición también se había realizado con violencia, en vista de lo mucho que se parecían los dos, Anse padre y Anse hijo. Y oímos contar que, cosa rara, Virginus había tomado partido por su padre. Eso oímos contar. Pues la tierra quedó intacta, y oímos contar que, en una escena de violencia sin precedentes aun entre ellos (en una escena de tal violencia que todos los criados negros huyeron de la casa y se dispersaron hasta la mañana siguiente), Anse hijo se marchó, llevándose el tiro de mulas que era de su propiedad; y desde aquel día hasta la muerte de su padre, aun después de que Virginus se viera obligado también a marcharse de la casa, Anselm no volvió a hablarse jamás con su padre ni con su hermano. Pero esta vez no se marchó del condado. Se limitó a retirarse al monte («para poder ver lo que hacen el viejo y Virginus», dijeron algunos y pensamos todos); y se pasó quince años viviendo solo en una cabaña de suelo de tierra, de dos habitaciones, como un ermitaño, haciéndose la comida él mismo y bajando al pueblo detrás de sus dos mulas cuatro veces al año o menos. Hacía algún tiempo lo habían detenido y lo habían juzgado acusándolo de hacer whisky. No se defendió, se negó a declararse culpable o inocente, lo condenaron a una multa por la acusación y a otra por desacato y tuvo un ataque de rabia exactamente igual a los de su padre cuando su hermano Virginus se ofreció a pagar la

multa. Intentó agredir a Virginius en la sala de audiencias y fue a la penitenciaría a petición propia y le levantaron la sentencia ocho meses más tarde por buena conducta y regresó a su cabaña; un hombre sombrío, callado, de rostro aquilino, al que dejaban estrictamente en paz tanto sus vecinos como los desconocidos.

El otro gemelo, Virginius, siguió allí, trabajando la tierra a la que no había hecho justicia su padre, ni siquiera en vida. (Se decía de Anse padre: «No sé de dónde vendrá ni cuál es su oficio, pero seguro que no es el de agricultor». Y por eso decíamos entre nosotros, considerando cierto: «De ahí venían las diferencias entre Anse hijo y él: de que el hijo veía al padre maltratar la tierra que su madre quería que recibieran Virginius y él».) Pero Virginius siguió allí. Aquello no debía de ser muy divertido para él, y nos decíamos más tarde que Virginius debía de haber sabido que aquella situación no podía durar. Y, más tarde, decíamos: «Puede que lo supiera». Porque Virginius era así. No se sabía lo que estaba pensando, en ningún momento. Anse padre y Anse hijo eran como el agua. Como el agua turbia, puede, pero la gente les veía las intenciones. Pero nadie sabía nunca lo que pensaba o lo que hacía Virginius hasta después. Ni siquiera supimos qué había pasado aquella vez, cuando Virginius, que había aguantado diez años él solo mientras Anse hijo estaba fuera, tuvo que marcharse por fin; él no lo contó; seguramente, ni siquiera se lo contó a Granby Dodge. Pero conocíamos a Anse padre y conocíamos a Virginius, y nos lo pudimos imaginar, una cosa así:

Veíamos a Anse padre echar humo durante cosa de un año, desde el momento en que Anse hijo cogió sus mulas y se retiró al monte. Por fin, un día estalló; puede que fuera una cosa así:

—Tú te has creído que, ahora que ya no está tu hermano, te basta con quedarte por aquí para apropiarte de todo, ¿verdad?

—No lo quiero todo —decía Virginius—. Solo quiero mi parte.

—Ah —exclamaba Anse padre—. Tú también querías que se parcelara y se repartiera ahora mismo, ¿verdad? Me vas a decir que debería haberse repartido cuando él y tú fuisteis mayores de edad.

—Preferiría quedarme con un poco de tierra y cultivarla bien, en vez de ver cómo está toda ahora —decía Virginius, todavía imparcial, todavía tranquilo; no había nadie en el condado que hubiera visto a Virginius perder los estribos, ni siquiera enfadarse, ni siquiera cuando Anselm quiso pegarse con él en la sala de audiencias por aquello de la multa.

—¿Eso quieres, eh? —gritaba Anse padre—. Y yo que lo he mantenido todo en marcha, pagando las contribuciones, mientras tu hermano y tú habéis estado ahorrando todos los años, sin pagarlas.

—Sabes que Anse no ha ahorrado ni cinco centavos en su vida —asiguraba Virginius—. Podrás decir de él lo que quieras, pero no lo acuses de ser tacaño.

—¡Sí, por Dios! Fue lo bastante hombre para dar la cara y pedir lo que consideraba suyo, y largarse cuando no lo recibió. Pero tú... Tú te quedas por aquí, esperando a que yo me muera, hablándome con esa maldita boquita tuya camandulera<sup>1</sup>. Págame la contribución de tu mitad desde el día que murió tu madre, y te la puedes quedar.

—No —respondía Virginius—. No quiero.

<sup>1</sup> Hipócrita, astuto y embustero.

—¿No? —decía Anse padre—. ¿No?. ¡Ah, no! ¿Para qué gastarte la mitad de tu dinero cuando puedes esperar y llevártelo todo algún día sin perder un centavo?

Después, nos imaginábamos que Anse padre se ponía de pie (hasta entonces nos los habíamos imaginados sentados, hablando como dos personas civilizadas), con aquel pelo desgredado y aquellas espesas cejas suyas.

—¡Vete de mi casa! —gritaba. Pero Virginius no se movía, no se levantaba, se quedaba contemplando a su padre. Anse padre se dirigía hacia él con la mano levantada—. Vete. Vete de mi casa. Voto al cielo que...

Entonces se marchaba Virginius. No tenía prisa, no corría. Recogía sus pertenencias (tendría más que Anse, bastantes cosillas) y se marchaba a cuatro o cinco millas de distancia, a vivir con un primo suyo, hijo de un pariente lejano de su madre. El primo vivía solo, también en una buena granja, pero comida ya por las hipotecas, porque tampoco el primo era agricultor: era mitad tratante de ganados, mitad predicador seglar; y probablemente ninguno de estos dos oficios se le daba mejor que la agricultura. Era un hombre pequeño, rubio rojizo, anodino, del que no se acordaba uno un minuto después de mirarle la cara y de quitarle la vista de encima.

Virginius se marchó sin prisa, sin la determinación irrevocable necia y violenta de su hermano; cosa rara, nosotros no teníamos peor concepto de Anse hijo por poseerla y dar muestras de ella. La verdad es que siempre miramos también con cierta desconfianza a Anse hijo; tenía un control de sí mismo un poco excesivo. Pues es propio de la naturaleza humana que confiemos más en la gente que no puede estar segura de sí misma. Decíamos que Virginius era un tipo profundo; no nos sorprendimos cuando nos enteramos que se había servido de sus ahorros

para librar de cargas la granja del primo. Y tampoco nos sorprendimos cuando nos enteramos, un año más tarde, de que Anse padre se había negado a pagar la contribución de su tierra y de que cuando faltaban dos días para que se decretara el embargo de la finca, el sheriff recibió por correo de manera anónima dinero al contado que cubría exactamente, al centavo, la contribución de la finca de Holland. «Es cosa de Virginius», dijimos, ya que creíamos saber que a aquel dinero no le hacía falta llevar nombre. El sheriff había enviado una notificación a Anse padre.

—Póngala en venta y que se la lleven los demonios —dijo Anse padre—. Si se han creído que lo único que tienen que hacer es quedarse allí esperando, toda la camada...

El sheriff mandó aviso a Anse hijo.

—La tierra no es mía —fue la respuesta que le había enviado Anse hijo.

El sheriff se lo notificó a Virginius. Virginius vino al pueblo y estudió personalmente la contabilidad fiscal.

—Ahora ya tengo bastante con lo que llevo —dijo—. Claro que, si la da por perdida, espero poder comprarla. Pero no lo sé. Una finca buena como es esa no tardará en venderse, ni se venderá barata.

Y eso había sido todo. Sin ira, sin asombro, sin lamentaciones. Pero era un tipo profundo; no nos sorprendimos cuando nos enteramos de que el sheriff había recibido aquel paquete de dinero con una nota sin firma: *Para pagar la contribución de la finca de Anselm Holland. Enviar recibo a Anselm Holland padre.* «Es cosa de Virginius», nos dijimos. Durante el año siguiente pensamos bastante en Virginius, solo como estaba en una casa ajena, labrando una tierra ajena, mientras veía cómo

se deterioraba la finca y la casa donde había nacido y que le pertenecía de pleno derecho. Pues el viejo ya la estaba abandonando del todo: los campos, buenos y amplios, volvían a convertirse en monte y en matorral a cada año que pasaba, aunque el sheriff seguía recibiendo por correo cada mes de enero aquel dinero anónimo, y enviaba el recibo a Anse padre, porque el viejo había dejado de bajar al pueblo ahora, y la casa misma se le caía encima y nadie se pasaba por allí nunca, salvo Virginus. Este llegaba a caballo cinco o seis veces al año ante el porche de la entrada, y el viejo salía y se ponía a vociferarle vituperios salvajes y violentos; Virginus lo soportaba con calma, hablaba con los pocos negros que quedaban después de haberse cerciorado con sus propios ojos de que su padre estaba bien, y volvía a marcharse a caballo. Pero nadie más se acercaba nunca por allí, aunque alguien veía de vez en cuando, de lejos, al viejo que se paseaba por los campos tristes y cubiertos de maleza en el viejo caballo blanco que lo mataría.

Después, en el verano pasado, nos enteramos de que estaba exhumando las sepulturas del bosquecillo de cedros donde descansaban cinco generaciones de la familia de su esposa. Dio aviso un negro, y el funcionario de Sanidad del condado fue allí y se encontró al caballo blanco atado en el bosquecillo y el viejo en persona salió del bosquecillo con una escopeta. El funcionario de Sanidad se volvió, y dos días más tarde fue allí un ayudante del sheriff y se encontró al viejo tendido junto al caballo, con el pie trabado en el estribo, y en la grupa del caballo las huellas brutales del palo (no de una fusta: de un palo), donde lo habían golpeado una y otra vez.

De modo que lo enterraron entre las sepulturas que él había profanado. Virginus y el primo asistieron al fune-

ral. El funeral fueron ellos solos, en realidad. Porque Anse hijo no asistió. Tampoco se acercó a la finca más tarde, aunque Virginus se quedó el tiempo necesario para cerrar la casa y para liquidar a los negros lo que se les debía. Pero también él volvió a casa del primo, y al cabo del plazo reglamentario el testamento se presentó al juez Dukinfield para su validación. El contenido esencial del testamento no era ningún secreto: nos enteramos todos. Era normal, y no nos sorprendió ni su normalidad, ni su contenido esencial, ni su redacción: (...) *a excepción de estas dos mandas, dejo y lego (...) mi propiedad a mi hijo mayor, Virginus, siempre que se demuestre a la plena satisfacción del Registrador (...) que el citado Virginus es quien ha estado pagando la contribución de mi tierra; el Registrador (...) dictaminará y juzgará inapelablemente si queda demostrado este extremo.*

Las otras dos mandas eran las siguientes:

*A mi hijo mayor, Anselm, le dejo (...) dos juegos completos de arreos para mulas, a condición de que (...) Anselm utilice estos arreos (...) para hacer una visita a mi tumba. En caso contrario, estos arreos (...) pasarán y se incorporarán (...) a mis propiedades antes citadas.*

*A mi primo político Granby Dodge le dejo (...) un dólar al contado, que deberá usar para comprar uno o varios libros de himnos religiosos, en muestra de mi agradecimiento por haber alojado y alimentado a mi hijo Virginus desde que (...) Virginus abandonó mi vivienda.*

Este era el testamento. Y nos pusimos a observar y a escuchar para ver o para oír lo que diría o lo que haría Anse hijo. Y ni oímos ni vimos nada. Y nos pusimos a observar lo que haría Virginus. Y este no hizo nada. O nosotros no sabíamos qué hacía, qué pensaba. Pero Virginus era así. Porque todo había terminado ya, en todo

caso. Solo tenía que esperar a que el juez Dukinfield diera por válido el testamento, enonces Virginius podría entregar a Anse acto seguido su mitad, suponiendo que tuviera intención de entregársela. En esta cuestión teníamos diversidad de opiniones. Algunos decían: «Anse y él no han discutido nunca». Otros afirmaban: «Virginius no ha discutido nunca con nadie. Por esa regla, tendría que repartir la finca con todo el condado». «Pero fue Virginius quien quiso pagar la multa de Anse», aseguraban los primeros. «Y también fue Virginius quien se puso de parte de su padre cuando Anse hijo quiso que se repartiera la tierra», decían los segundos.

De modo que nos pusimos a esperar y a observar. Ahora observábamos al juez Dukinfield; de pronto, era como si todo hubiera pasado a sus manos; como si estuviera sentado como un dios por encima de la risa vengativa y burlona de aquel viejo que no estaba dispuesto a morir, aun estando enterrado, y por encima de aquellos dos hermanos irreconciliables que habían estado como muertos el uno para el otro desde hacía quince años. Pero creíamos que Anse padre había llegado demasiado lejos en su último golpe; que la propia furia del viejo le había dado jaque mate al elegir al juez Dukinfield; pues creíamos que Anse padre había elegido en el juez Dukinfield al único hombre que había entre nosotros dotado de la probidad, del honor y del buen juicio suficientes: de esa probidad y de ese honor que no han tenido tiempo de embrollarse y de dudar de sí mismos por saber demasiado de leyes. El hecho mismo de que pareciera que estaba tardando más de lo normal en validar un documento tan sencillo nos aportaba una nueva prueba de que el juez Dukinfield era el único hombre de entre nosotros que creía que la justicia es un cincuenta por ciento de conoci-

miento de leyes y un cincuenta por ciento de sosiego y confianza en sí mismo y en Dios.

Así pues, cuando iba terminando el plazo legal, observábamos al juez Dukinfield en sus paseos diarios entre su casa y su despacho en el patio del juzgado. Se movía despacio y sin prisas. Era un viudo de sesenta y tantos años, grueso, de cabello blanco, con ese porte erguido y digno que los negros llaman «con el trasero metido». Lo habían nombrado registrador hacía diecisiete años; tenía pocos conocimientos de leyes y mucho sentido común sólido; y hacía trece años que no se presentaba ningún candidato que le disputase la reelección al cargo; y hasta aquellos a los que enfurecería más su aire de condescendencia benévola y afable lo votaban cuando llegaba el caso con una especie de fe y de confianza infantil en él. De modo que lo observábamos sin impaciencia, sabiendo que lo que hiciera por fin estaría bien, no porque lo hiciera él, sino porque él no estaría dispuesto a consentir que él ni nadie hiciera nada hasta que estuviera bien hecho. De modo que lo veíamos atravesar la plaza todas las mañanas, a las ocho y diez en punto, y entrar en el juzgado, donde había llegado justo diez minutos antes que él el conserje negro, con la misma precisión de reloj con que la señal presagia la llegada del tren, para abrir el despacho para la jornada. El juez entraba en el despacho y el negro tomaba posiciones en una silla de tablillas, arreglada con alambres, en el pasillo de suelo de losas que separaba el despacho del juzgado propiamente dicho, donde se quedaba sentado todo el día, dormitando, tal como llevaba haciendo desde hacía diecisiete años. Después, a las cinco de la tarde, el negro se despertaba y entraba en el despacho, despertando quizá también al juez, quien había vivido lo suficiente para haber aprendido que la carga de cual-

quier asunto se suele encontrar en las mentes precipitadas de los teóricos que no tienen asuntos propios; y después los veíamos atravesar la plaza de nuevo, en fila india, y subir por la calle hacia su casa, los dos, con la vista al frente y a unos cinco metros de distancia, caminando tan erguidos que las dos levitas, cortadas por el mismo sastre y a la medida del juez, caían de los dos pares de hombros formando dos planos únicos, como tablas, sin dar indicios de cintura ni de caderas.

Y una tarde, poco después de las cinco, algunos hombres echaron a correr de pronto a través de la plaza, hacia el juzgado. Otros hombres los vieron y echaron a correr también, golpeando pesadamente el pavimento, entre las carretas y los automóviles, exclamando con voces tensas, apremiantes: «¿Qué? ¿Qué pasa?». «El juez Dukinfield», se decían; y siguieron corriendo y entraron en el pasillo enlosado que está entre el juzgado y el despacho, donde estaba de pie el negro viejo con su levita heredada entrechocando las manos en el aire. Lo dejaron atrás y entraron corriendo en la oficina. El juez estaba sentado tras la mesa, recostado un poco en su sillón, muy a sus anchas. Tenía los ojos abiertos, y le habían pegado limpiamente un tiro en el caballete de la nariz, de tal modo que daba la impresión de que tenía tres ojos en fila. Era una bala, pero nadie que hubiera pasado por la plaza aquel día, ni el negro viejo que se había pasado todo el día sentado en la silla en el pasillo, habían oído ruido alguno.

Aquel día dio mucho que hacer a Gavin Stevens; a él y a la cajita de bronce. Porque el Gran Jurado no entendía al principio dónde quería ir a parar, si es que lo entendía alguno de los presentes en aquella sala aquel día: el jurado, los dos hermanos, el primo, el negro

viejo. De modo que, por fin, el presidente le preguntó a quemarropa:

—¿Pretendes afirmar que existe una relación entre el testamento del señor Holland y el asesinato del juez Dukinfield, Gavin?

—Sí —dijo el fiscal del condado—. Y voy a afirmar todavía más.

Lo observaban: el jurado, los dos hermanos. Solo el negro viejo y el primo no lo miraban. Parecía que el negro hubiese envejecido cincuenta años en la última semana. Había ocupado su cargo público a la vez que el juez; de hecho, lo había ocupado a consecuencia del nombramiento del juez, pues llevaba al servicio de la familia del juez desde antes de lo que podíamos recordar algunos. Era mayor que el juez, aunque hasta aquella tarde de hacía una semana había aparentado cuarenta años menos: una figura enjuta, sin forma dentro de la levita voluminosa, que llegaba al despacho diez minutos antes que el juez, lo abría, lo barría y quitaba el polvo a la mesa sin mover un solo objeto de esta, todo ello con una dejadez hábil que era fruto de diecisiete años de práctica, y después se retiraba a dormir en la silla reforzada con alambres del pasillo. Es decir, aparentaba dormir. (Solo había otra manera de llegar al despacho, por la estrecha escalera privada que bajaba de la sala de audiencias y que solo utilizaba el juez titular durante las sesiones, y aun este tenía que atravesar el pasillo y que pasar a dos metros y medio de la silla del negro, a no ser que siguiera el pasillo hasta su recodo, bajo la única ventana del despacho, y entrase por esta ventana.) Pues nadie, hombre o mujer, había pasado jamás por delante de esa silla sin ver abrirse al instante los párpados arrugados de su ocupante, que cubrían sus ojos castaños y sin iris por la edad avanzada. De vez en cuando

nos deteníamos a hablar con él, para oír el sonido de su voz que pronunciaba con ricos gazapatones<sup>2</sup> la terminología jurídica rotunda y carente de sentido que él había ido absorbiendo sin darse cuenta, como podría haber absorbido microbios, y que reproducía con una profundidad *ex cátedra*, que a más de uno nos parecía escuchar al propio juez con regocijo cariñoso. Pero, con todo, era viejo; a veces se le olvidaban nuestros nombres y nos confundía a unos con otros; y, además de confundir nuestros nombres y nuestras generaciones, a veces se despertaba de su sueño ligero para dirigir la palabra a visitantes que no estaban allí, que llevaban muertos muchos años. Pero no se conocía ningún caso de que alguien le hubiera pasado por delante sin que él se diera cuenta.

Pero los demás presentes en la sala observaban a Stevens: el jurado que estaba sentado alrededor de la mesa, los dos hermanos sentados en los dos extremos del banquillo, con sus caras sombrías, idénticas, aquilinas, con los brazos cruzados en idéntica postura.

—¿Afirmas que el asesino del juez Dukinfield está en esta sala? —preguntó el presidente.

El fiscal del condado los miró, miró las caras que lo observaban.

—Voy a afirmar todavía más —dijo.

—¿Afirmar? —dijo Anselm, el mayor de los gemelos. Estaba sentado solo, en el extremo del banquillo, con toda la extensión del banquillo entre su hermano, a quien llevaba quince años sin hablar, y él, y observaba a Stevens con una mirada dura, furiosa y fija.

—Sí —dijo Stevens. Se puso de pie ante la cabecera de la mesa. Empezó a hablar sin mirar a nadie en concreto, expresándose en tono distendido, intrascendente, con-

tando lo que ya sabíamos, pidiendo de vez en cuando al otro gemelo, a Virginius, que corroborase sus palabras. Habló de Anse hijo y de su padre. Su tono era amable, agradable. Parecía que defendía la postura de los vivos; contó cómo se había marchado Anse hijo de la casa, lleno de ira, de ira natural en vista de cómo estaba tratando su padre aquella tierra que había sido de su madre, la mitad de la cual ya era suya de pleno derecho. Su tono era muy justo, especioso<sup>3</sup>, franco; en todo caso, levemente favorable a Anselm hijo. Aquello tuvo su efecto. A causa de aquella parcialidad aparente, de ese favoritismo aparente, empezó a surgir una imagen de Anse hijo que lo condenaba a algo que no sabíamos por entonces, que lo condenaba a causa de su mismo deseo de justicia y de afecto a su madre difunta, distorsionado por la violencia que había heredado del mismo hombre que lo había agraviado. Y los dos hermanos allí sentados, separados por aquella superficie de banquillo liso por el roce, el menor observando a Stevens con aquella mirada violenta, contenida; el mayor mirándolo con la misma atención, pero con el rostro inescrutable. Stevens contaba ahora cómo se había marchado Anse hijo lleno de ira y cómo, un año más tarde, Virginius, el más callado, el más tranquilo, que había intentado más de una vez establecer la paz entre los dos, había tenido que marcharse a su vez. Y volvió a trazar un cuadro especioso y franco de los hermanos separados entre sí, no por el padre vivo sino por lo que habían heredado de él cada uno de ellos; y unidos, ligados, por aquella tierra, que no solo les pertenecía de pleno derecho, sino que reposaban en ella los huesos de su madre.

»I así estaban, contemplando de lejos cómo se iba perdiendo aquella buena tierra, cómo se iba hundiendo la

<sup>2</sup> Disparate o yerro en el hablar.

<sup>3</sup> Tiene aquí el sentido de preciso.

casa en la que habían nacido ellos y en la que había nacido su madre, a causa de un viejo enloquecido que por fin, cuando los hubo expulsado y ya no podía hacerles nada más, intentó desposeerlos de ella definitivamente dejando que se vendiera la tierra por falta de pago de las contribuciones. Pero alguien desbarató sus planes en este caso, alguien que tuvo la previsión y el control de sí mismo suficientes para no darse a conocer por nadie —y a nadie le importaba quién era, de cualquier modo— con tal de que se pagaran las contribuciones. Así pues, lo único que tenían que hacer era esperar a que muriera el viejo. Era viejo, al fin y al cabo, y aunque hubiera sido joven, la espera no habría costado demasiado trabajo a un hombre que se sabía controlar a sí mismo, aunque no conociera el contenido del testamento del viejo. Sin embargo, la espera no habría resultado tan fácil para un hombre vivaz y violento, sobre todo si el hombre violento conociera o sospechara el contenido esencial del testamento y estaba contento con él y, lo que es más, supiera que había sido objeto de un agravio irrevocable; si le hubieran arrancado sus derechos civiles y su buen nombre por mediación de alguien que ya lo había despojado y que lo había obligado a renunciar al contacto humano durante los mejores años de su vida, a vivir como un ermitaño en una cabaña, en el monte. Un hombre así no tendría ni tiempo ni inclinación para molestarse gran cosa en esperar algo o en no esperarlo.

Los dos hermanos lo miraban fijamente. Podrían haber pasado por figuras esculpidas en piedra, a excepción de los ojos de Anselm. Stevens hablaba con voz tranquila, sin mirar a nadie en concreto. Había ejercido el cargo de fiscal del condado casi tanto tiempo como el que había pasado el juez Dukinfield ejerciendo el de

registrador. Era licenciado en Harvard; hombre ágil, con una buena cabellera gris metálica, capaz de hablar de Einstein con catedráticos y que se pasaba tardes enteras con los hombres que se sentaban en cuclillas apoyados en la pared de los comercios de pueblo, hablando con ellos en su propia jerga. Decía que estas eran sus vacaciones.

—Después, con el tiempo, el padre murió, como habría esperado cualquier hombre dotado de control de sí mismo y de previsión. Y se presentó su testamento para que fuera validado; y hasta la gente que vive allá en el monte se ha enterado de lo que decía, se ha enterado de que aquella tierra maltratada volvería a ser por fin de su propietario legítimo. O de sus propietarios, dado que Anse Holland sabe tan bien como nosotros que Virge no se quedaría con más de la mitad que le pertenecía legítimamente, con testamento o sin él, como no se había quedado con ella cuando su padre le brindó la oportunidad. Anse lo sabe, porque sabe que él haría lo mismo (que daría a Virge su parte) si él fuera Virge. Porque los dos eran hijos de Anselm Holland, pero también eran hijos de Cornelia Mardis. Pero aunque Anse no supiera aquello, aunque no lo creyera, sabía que la tierra que había sido de su madre y en la que descansan ahora sus huesos sería bien tratada desde ahora. De modo que puede que aquella noche en que oyó decir que su padre había muerto, puede que, por primera vez desde que Anse era niño, quizá desde el tiempo en que su madre vivía aún y subía de noche al piso de arriba y se asomaba a la habitación donde dormía él y volvía a marcharse; puede que Anse pudiera dormir por primera vez desde entonces. Porque, verán, todo quedaba reivindicado en ese momento: el ultraje, la injusticia, la buena fama perdida y la mancha de la peni-

tenciaria; todo había desaparecido ya como un sueño, para quedar olvidado, pues todo se había arreglado. Verán, por entonces ya se había acostumbrado a ser ermitaño, a estar solo; después de tanto tiempo ya no podía cambiar. Se encontraba más a gusto donde estaba, allí apartado él solo. Y saber ahora que todo había pasado como un mal sueño y que la tierra, la tierra de su madre, su legado y su mausoleo, estaban ya en manos del único hombre en quien él podía y quería confiar, aunque no se hablasen. ¿Os dais cuenta?

Nosotros lo observábamos sentados alrededor de la mesa en que no se había tocado nada desde el día de la muerte del juez Dukinfield, sobre la que estaban todavía los objetos que habían sido lo último que había visto en este mundo, aparte de la boca del cañón de la pistola, y con la que estábamos familiarizados todos desde hacía años: los papeles, el tintero sucio, la pluma corta que se empeñaba en seguir usando el juez, la cajita de bronce que había sido su pisapapeles innecesario. Los gemelos observaban a Stevens desde los extremos opuestos del banquillo de madera, inmóviles, atentos.

—No, no nos damos cuenta —dijo el presidente—. ¿Dónde quieres ir a parar? ¿Qué relación tiene todo esto con el asesinato del juez Dukinfield?

—La siguiente —dijo Stevens—. El Juez Dukinfield estaba validando el testamento cuando lo mataron. Era un testamento raro; pero todos esperábamos que lo fuera, conociendo al señor Holland. Pero todo estaba en orden; los beneficiarios han quedado satisfechos; todos sabemos que la mitad de esa tierra es de Anse en cuanto él la pida. De modo que el testamento es correcto. Su validación debería haber sido un mero trámite. Pero el juez Dukinfield lo había tenido pendiente durante más de dos

semanas cuando murió. De modo que aquel hombre, que creía que lo único que tenía que hacer era esperar...

—¿Qué hombre? —preguntó el presidente.

—Espera —dijo Stevens—. Lo único que tenía que hacer aquel hombre era esperar. Pero lo que lo inquietaba no era la espera, ya que llevaba quince años esperando. No era aquello. Era otra cosa, de la que se enteró (o que recordó) cuando era demasiado tarde y que no debería haber olvidado, porque es hombre astuto, es hombre dotado de control de sí mismo y de previsión; del control de sí mismo suficiente para pasarse quince años esperando su oportunidad, y de la previsión suficiente para haberse preparado para todos los imponderables menos uno: su propia memoria. Y recordó, cuando era demasiado tarde, que había otro hombre que sabría también lo que se le había olvidado a él. Y aquel otro hombre que lo sabía era el juez Dukinfield. Y lo que sabría también era que aquel caballo no pudo matar al señor Holland.

Cuando cesó su voz no hubo ningún sonido en la sala. Los miembros del jurado se quedaron sentados en silencio alrededor de la mesa, mirando a Stevens. Anselm volvió la cara contenida y furiosa y miró una vez a su hermano, y después volvió a mirar a Stevens, inclinado ahora un poco hacia delante. Virginius no se había movido; su expresión grave y atenta no cambió en nada. El sobrino estaba sentado entre él y la pared. Tenía las manos en el regazo y la cabeza un poco vencida hacia delante, como si estuviera en la iglesia. Lo único que sabíamos de él es que era una especie de predicador ambulante y que de vez en cuando reunía reatas de caballos y mulas encanijados y se los llevaba a alguna parte y los cambiaba o los vendía. Siendo como era hombre parco en palabras, que en sus tratos con los demás mani-

festaba una timidez y una falta de confianza en sí mismo tan insoportables que nos daba lástima, con ese género de asco lastimoso que se siente por un gusano herido, y hasta temíamos hacerle padecer el suplicio de responder «sí» o «no» a una pregunta. Pero oímos contar que los domingos, en los púlpitos de las iglesias del campo, se convertía en un hombre distinto, cambiado; su voz era entonces modulada, conmovedora y segura, de manera completamente desproporcionada respecto de su carácter y de su tamaño.

—Ahora, imaginaos la espera —dijo Stevens—, cuando ese hombre sabía lo que iba a suceder antes de que sucediera, cuando sabía por fin que si no sucedía nada, que si parecía como si aquel testamento hubiera entrado en el despacho del juez Dukinfield y después se hubiera caído del mundo, se hubiera borrado de las mentes de los hombres, era porque a él se le había olvidado una cosa que no debería haberse olvidado. Y esto era que el juez Dukinfield sabía también que el hombre que había golpeado a aquel caballo con aquel palo hasta dejarle señales en el lomo era el hombre que primero había matado al señor Holland y después le había metido el pie en aquel estribo y había golpeado a aquel caballo con un palo para hacer que se desbocara. Pero el caballo no se desbocó. El hombre sabía de antemano que no se desbocaría; sabía desde hacía años que no se desbocaría, pero se le había olvidado. Porque cuando todavía era potro, una vez le habían pegado tanto que, desde entonces, aun con solo ver una fusta en la mano del jinete, se acostaba en el suelo, como sabía el señor Holland y como sabían todos los que trataban de cerca a la familia del señor Holland. De modo que lo único que hizo fue acostarse sobre el cadáver del señor Holland. Pero aque-

llo tampoco estaba mal al principio, aquello tampoco tenía importancia. Eso era lo que pensaba aquel hombre durante la primera semana, poco más o menos, acostado en su cama de noche y esperando, él que ya se había pasado quince años esperando. Porque, incluso entonces, cuando ya era demasiado tarde y se dio cuenta de que había cometido un error, ni siquiera entonces recordó lo que no debería haber olvidado nunca. Después recordó aquello también, cuando era demasiado tarde, cuando ya habían encontrado el cadáver y ya se habían visto y observado las señales del palo en el caballo y era demasiado tarde para quitarlas. En todo caso, probablemente ya le habían desaparecido al caballo por entonces. Pero él sólo podía servirse de un instrumento para borrarlas de las mentes de los hombres. Imagínenselo entonces, su terror, su agravio, su sensación de que alguien le había engañado de manera irreparable: ese deseo furioso de volver atrás el tiempo aunque solo sea por un minuto, para deshacer o para completar algo cuando es demasiado tarde. Porque aquella última cosa que recordó cuando era demasiado tarde era que el señor Holland había comprado aquel caballo al juez Dukinfield, al hombre que estaba sentado aquí, en esta mesa, dictaminando sobre la validez de un testamento que transmitía dos mil acres de las mejores tierras del condado. Y esperó, pues solo tenía un instrumento que serviría para borrar esas señales de palos, y no pasaba nada. Y no pasaba nada, y él sabía por qué. Y esperó todo lo que fue capaz de esperar, hasta que llegó a creer que había en juego algo más que unos cuantos celemines y estadales cuadrados de tierra. Por tanto, ¿qué otra cosa podría haber hecho, más que la que hizo?

Apenas se había apagado su voz cuando Anselm empezó a hablar. Tenía la voz dura, brusca.

—Te equivocas —dijo.

Todos lo miramos como un solo hombre; estaba sentado en el banquillo, inclinado hacia delante, con sus botas embarradas y su ropa de trabajo desgastada, mirando con rabia a Stevens; hasta el propio Virginius se volvió y lo miró un momento. Solo el primo y el negro viejo no se movieron. Al parecer, no estaban prestando atención.

—¿En qué me he equivocado? —preguntó Stevens.

Pero Anselm no respondió. Miró con rabia a Stevens.

—¿Se quedará Virginius con la finca a pesar de... de...?

—¿A pesar de qué? —preguntó Stevens.

—De si él... aquello...

—¿Te refieres a tu padre? ¿De si murió accidentalmente o lo asesinaron?

—Sí —dijo Anselm.

—Sí. Virge y tú os quedáis con la finca, tenga o no validez el testamento; naturalmente, a condición de que Virge la reparta contigo en el caso de que sí tenga validez. Pero el hombre que mató a vuestro padre no estaba seguro de aquello y no se atrevía a preguntarlo. Porque aquello no era lo que él quería. Lo que quería era que Virge se quedara con todo. Por eso quiere que el testamento tenga validez.

—Te equivocas —dijo Anselm, con ese tono duro y repentino—. Lo maté yo. Pero no fue por aquella finca condenada. Ahora, llama a tu sheriff.

Y entonces fue Stevens quien, mirando con firmeza el rostro furioso de Anselm, dijo con voz tranquila:

—Y yo digo que te equivocas, Anse.

Desde ese momento, los que veíamos y escuchábamos aquello pasamos un rato sumidos en un anticlímax, en un estado de ensueño en el que daba la impresión de

que sabíamos de antemano lo que iba a pasar, siendo conscientes al mismo tiempo de que no importaba porque no tardaríamos en despertarnos. Era como si estuviésemos fuera del tiempo, viendo las cosas desde fuera; como si siguiésemos fuera del tiempo y más allá de él desde aquel primer instante en que volvimos a mirar a Anselm como si no lo hubiésemos visto desde entonces. Hubo un sonido, un sonido lento, como un suspiro, no fuerte; puede que fuera de alivio... algo. Quizá estuviésemos pensando todos que la pesadilla de Anse ya debía de haber terminado por fin; era como si también nosotros hubiésemos vuelto corriendo de pronto a su lado, junto a su cama de niño y junto a la madre que decían que le tenía un cariño especial (y cuyo legado había perdido él, profanado hasta el lugar mismo de reposo de su polvo trágico y callado desde hacía mucho tiempo), que volvía a mirarlo un instante antes de volver a marcharse. Aquello estaba en un lugar muy hondo del tiempo, por muy recto que sea este. Y por muy recto que fuera aquel pasillo, el niño que había estado acostado en aquella cama sin darse cuenta de todo esto se había perdido en él, como todos nos perdemos, tenemos que perdernos y nos perderemos siempre; ese niño estaba tan muerto como cualquiera de los de su sangre que estaban en aquel bosquecillo de cedros profanado, y a aquel hombre al que mirábamos lo estábamos mirando desde el otro lado del abismo irrevocable; con pena, quizás, pero no con misericordia. Así pues, tardamos en captar el sentido de las palabras de Stevens casi tanto tiempo como el propio Anse; Stevens tuvo que repetir:

—Y yo digo que te equivocas, Anse.

—¿Qué? —inquirió Anse. Dicho esto, se movió. No se levantó, pero dio de alguna manera la impresión de arremeter hacia delante de manera repentina y violenta.

—Eres un mentiroso. Eres un...

—Te equivocas, Anse. Tú no mataste a tu padre. El hombre que mató a tu padre fue el hombre capaz de planear y de concebir la idea de matar a aquel viejo que estaba sentado tras esta mesa todos los días, día tras día, hasta que entraba un negro viejo y lo despertaba y le decía que era la hora de volver a casa; a una persona que no había hecho jamás a ningún hombre, mujer ni niño más que el bien, tal como juzgaba que Dios y él lo concebían. No fuiste tú quien mataste a tu padre. Le exigiste lo que creías que era tuyo, y cuando él se negó a entregártelo, te fuiste, te marchaste, no volviste a hablar con él en tu vida. Te enteraste de cómo maltrataba la finca pero te callaste, porque la tierra no era más que «aquella finca maldita». Te callaste hasta que te enteraste de que un loco estaba exhumando las tumbas donde estaban enterradas las personas de la carne y de la sangre de tu madre y de tu propia carne y sangre. Entonces, y solo entonces, te presentaste ante él para reprenderlo. Pero nunca fuiste hombre dado a las reprensiones, y tampoco fue él nunca hombre dado a escucharlas. De modo que te lo encontraste allí, en el bosquecillo, con la escopeta. Supongo que tú no prestarías gran atención a la escopeta siquiera. Me imagino que se la quitaste, sin más, y le pegaste con las manos y lo dejaste allí, junto al caballo; puede que lo dices por muerto. Y entonces dio la casualidad de que alguien pasó por allí cuando tú te habías marchado y se lo encontró; puede que fuera alguien que había estado allí todo el tiempo, mirando. Alguien que también quería su muerte; no por ira ni por sentirse ultrajado, sino por cálculo. Por un beneficio; por un testamento, quizá. De modo que llegó allí y se encontró con lo que habías dejado tú y lo terminó: trabó el pie de tu padre en ese estribo e intentó azotar

a aquel caballo para que se desbocara y aquello pareciera normal, olvidándose con las prisas de lo que no debía habersele olvidado. Pero no fuiste tú. Porque tú volviste a tu casa y, cuando te enteraste de lo que se habían encontrado, no dijiste nada. Porque entonces pensaste una cosa que ni siquiera te dijiste a ti mismo. Y cuando te enteraste de lo que decía el testamento, creíste saberlo. Y entonces te alegraste. Porque habías vivido solo desde tu juventud y se te había quitado la tendencia a querer cosas; lo único que querías era que te dejaran en paz, del mismo modo que querías que dejaran en paz el polvo de tu madre. Y, por otra parte, ¿de qué podía servir la tierra y la posición entre los hombres para un hombre que no tenía derechos civiles, con el nombre manchado?

Escuchamos en silencio mientras la voz de Stevens se apagaba en aquella sala pequeña en la que no se movía nunca el aire, en la que no había nunca ninguna corriente a causa de su situación, de su abrigo natural tras el muro del juzgado.

—Tampoco fuiste tú quien mataste a tu padre ni al juez Dukinfield, Anse. Porque si el hombre que mató a tu padre hubiera recordado a tiempo que el juez Dukinfield había sido propietario de aquel caballo, entonces el juez Dukinfield estaría vivo hoy.

Respirábamos calladamente, sentados alrededor de la mesa tras la que había estado sentado el juez Dukinfield cuando levantó la vista y vio la pistola. No se habían movido las cosas en la mesa. Seguían sobre ella los papeles, las plumas, el tintero, la cajita de bronce con curiosos repujados que le había traído de Europa su hija hacía doce años (sin que ni ella ni el juez supieran para qué, pues la caja solo habría sido adecuada para guardar sales de baño o tabaco, y el juez no gastaba ninguna de las dos cosas),

y que él había dedicado a pisapapeles, también innecesario en aquel lugar donde no había nunca ninguna corriente de aire. Pero la había dejado allí, en la mesa, y todos la conocíamos, todos lo habíamos visto jugar con ella mientras hablaba, abriendo la tapa de resorte y viéndola cerrarse de golpe, con furia, al más leve contacto.

Ahora que recuerdo todo aquello, me doy cuenta de que todo lo demás no debió alargarse tanto como se alargó. Ahora me parece que debimos haberlo sabido siempre; todavía me parece que siento esa especie de asco carente de misericordia que hace las veces de la piedad, al fin y al cabo, como cuando ves un gusano blando ensartado en una aguja, cuando sientes esa repugnancia que produce arcadas, que te impulsa a usar la palma de la mano desnuda a falta de cualquier otra cosa, pensando: «Vamos. Aplástalo. Machácalo. Termina con él». Pero no era aquel el plan de Stevens. Porque Stevens tenía un plan, y más tarde comprendimos que, como no tenía pruebas para condenar a aquel hombre, tendría que ser el propio hombre el que se condenase a sí mismo. Y su manera de hacerlo fue injusta; eso le dijimos más tarde. («Ah —dijo él—. ¿Pero acaso no es siempre injusta la justicia? ¿Acaso no está compuesta siempre de injusticia, de suerte y de lugares comunes, a partes desiguales?»)

Pero, en todo caso, todavía no veíamos dónde quería ir a parar cuando se puso a hablar de nuevo con aquel tono distendido, intrascendente, con la mano apoyada ahora en la caja de bronce. Pero los hombres nos dejamos llevar por las ideas preconcebidas. Lo que nos asombra no son las realidades, las circunstancias; es la conmoción de lo que deberíamos haber sabido si no hubiésemos estado tan ocupados creyendonos lo que descubrimos más tarde que habíamos tomado por la verdad sin mayor motivo que el

hecho de que nos lo estábamos creyendo en aquellos momentos. Ahora hablaba del tabaco, de que un hombre no llega a disfrutar del tabaco de verdad hasta que empieza a creer que le hace daño, y que los que no fuman se pierden uno de los grandes placeres de la vida para el hombre sensible: el de saber que está sucumbiendo a un vicio que solo le puede hacer daño a él mismo.

—¿Tú fumas, Anse? —preguntó.

—No —respondió Anse.

—Y tú tampoco, ¿verdad, Virge?

—No —dijo Virginius—. Ninguno fumamos nunca: ni nuestro padre, ni Anse ni yo. Supongo que lo heredamos.

—Un rasgo de familia —expuso Stevens—. ¿Lo tienen también en la familia de tu madre? ¿Lo tienen en tu rama de la familia, Granby?

El primo miró a Stevens durante menos de un instante. Sin moverse, dio la impresión de retorcerse lentamente dentro de su traje pulcro, de mal paño.

—No, señor. No lo he usado nunca.

—Puede que sea porque eres predicador —dijo Stevens. El primo no respondió. Volvió a mirar a Stevens con su cara mansa, quieta, irremediablemente avergonzada.

—Yo he fumado siempre —admitió Stevens—. Desde que superé por fin las náuseas que me daba, cuando tenía catorce años. Hace mucho tiempo, el suficiente para volverme exigente con el tabaco. Pero la mayoría de los fumadores lo somos, a pesar de lo que dicen los psicólogos y de lo normalizado que está el tabaco. O puede que solo sean los cigarrillos los que están normalizados. O puede que solo estén normalizados para los profanos, para los no fumadores. Porque he observado que los no

fumadores tienden a quitar importancia al tabaco, del mismo modo que los demás tienden a quitar importancia a las cosas que nosotros no gastamos, que no nos resultan familiares, ya que el hombre se deja dirigir por sus ideas preconcebidas o mal concebidas. Porque podemos tomar el caso del hombre que vende tabaco, aunque él mismo no lo usa, que ve a un cliente tras otro abrir el paquete y encender el cigarrillo delante de él, con solo el mostrador por medio. Podemos preguntarle si todo el tabaco huele igual, si él no es capaz de distinguir una clase de otra por el olor. O puede que sea cuestión de la forma y del color del paquete en el que viene; porque ni siquiera los psicólogos nos han dicho todavía dónde termina la vista y dónde empieza el olfato, o dónde termina el oído y dónde empieza la vista. Cualquier abogado os lo podrá decir.

El presidente volvió a interrumpirlo de nuevo. Le habíamos escuchado guardando silencio, pero creo que todos teníamos la impresión de que tener confuso al asesino era una cosa, pero tenernos a nosotros, al jurado, era otra cosa.

—Deberías haber realizado todas estas investigaciones antes de habernos hecho reunir —dijo el presidente—. Aunque esto sean pruebas, ¿de qué nos servirán si no se prende al asesino? Es muy bonito hacer conjeturas, pero...

—Está bien —dijo Stevens—. Déjame que haga algunas conjeturas más, y si no te parece que avanzo, me lo dirás y dejaré de hacerlo a mi manera y lo haré a la tuya. Y supongo que vas a pensar al principio que me voy a tomar muchísimas libertades, aun dentro de lo que son conjeturas. Pero nos encontramos al juez Dukinfield muerto, con un tiro entre los ojos, en este sillón, detrás de esta mesa. Eso no son conjeturas. Y el tío Job se pasó todo el día sentado en esa silla del pasillo, donde tendría que

pasar a un metro de él cualquier persona que entrase en esta sala (a no ser que bajase por la escalera privada, desde la sala de audiencias, y entrase por la ventana). Y no conocemos ningún caso de que nadie haya pasado por delante del tío Job, sentado en esa silla, sin que él lo viera, desde hace diecisiete años. Esto no son conjeturas.

—¿Cuál es tu conjetura, entonces?

Pero Stevens volvía a hablar del tabaco, del fumar.

—La semana pasada me pasé por la botica de West a comprar tabaco, y West me habló de un hombre que también tenía gustos exigentes con lo que fumaba. Mientras sacaba mi tabaco de la caja, sacó un paquete de cigarrillos y me lo dio. Estaba lleno de polvo, con los colores apagados, como si hiciera mucho tiempo que lo tenía, y me contó que le había dejado un par de paquetes un representante de comercio hacía años. «¿Los has fumado alguna vez?», me preguntó. «No —le dije yo—. Deben de ser cigarrillos de ciudad.» Y él me contó que acababa de vender la otra cajetilla aquel mismo día. Me dijo que estaba detrás del mostrador, con el periódico sobre el mostrador, como medio leyendo el periódico medio vigilando la tienda, porque el dependiente había salido a comer. Y me dijo que ni oyó ni vio a aquel hombre en absoluto hasta que levantó la vista y le tenía delante, ante el mostrador, tan cerca que le hizo dar un respingo. Un hombre más bien pequeño, con ropa de ciudad, cuenta West, y que le pidió una marca de cigarrillos de la que él no había oído hablar nunca. «No tengo de esa marca —dijo West—. No la trabajo.» «¿Por qué no la trabaja?», le preguntó el hombre. «Aquí no se venden», le respondió West. Y me habló del hombre con su ropa de ciudad, con una cara como una muñeca de cera afeitada y con unos ojos que miraban con quietud y con una voz que hablaba con quietud. West me

aseguró que vio después los ojos del hombre y le miró las ventanas de la nariz y comprendió entonces lo que pasaba. Porque el hombre estaba lleno de droga en esos momentos. «No me los piden», dijo West. «¿Y qué estoy haciendo yo ahora? —le dijo el hombre—. ¿Intentando venderle papel atrapamoscas?» Acto seguido, el hombre compró la otra cajetilla de cigarrillos y se marchó. Y West me dijo que estaba furioso y que también estaba sudando, como si tuviera ganas de vomitar, me aseguró. Me dijo: «Si yo tuviera que hacer alguna diablura y me diera miedo hacerla yo mismo, ¿sabes lo que haría? Daría a aquel tipo cosa de diez dólares y le diría dónde había que hacer la diablura y le pediría que no volviese a hablar conmigo en la vida. Cuando salió, yo me sentía así exactamente. Como si fuera a vomitar».

Stevens nos miró en redondo; hizo una pausa breve. Nosotros lo mirábamos.

—Vino de alguna parte en un automóvil, en un automóvil grande, ese hombre de ciudad. Ese hombre de ciudad al que se le había acabado el tabaco de su marca.

Volvió a hacer una pausa y después volvió lentamente la cabeza y miró a Virginius Holland. Nos pareció que nos pasamos un minuto entero viéndolos mirarse fijamente el uno al otro.

—Y un negro me dijo que aquel automóvil grande estuvo aparcado en el granero de Virginius Holland la noche anterior al día en que mataron al juez Dukinfield.

Y pasamos otro rato viéndolos mirarse fijamente el uno al otro, sin cambio alguno de expresión en el rostro de ninguno de los dos. Stevens siguió hablando con un tono tranquilo, especulativo, casi como pensando en voz alta.

—Alguien intentó impedir que viniera aquí en ese automóvil, con ese automóvil grande que cualquiera re-

cordaría y reconocería con solo haberlo visto una vez. Puede que alguien quisiera prohibirle que viniera en él, amenazarle. Solo que el hombre al que vendió aquellos cigarrillos el doctor West no habría aguantado muchas amenazas.

—Y cuando dices «alguien» te refieres a mí —dijo Virginius. No se movió ni apartó su mirada fija de la cara de Stevens. Perc Anselm sí se movió. Volvió la cabeza y miró a su hermano, una sola vez. Aunque había mucho silencio, cuando habló el primo no fuimos capaces de oírlo ni de entenderlo inmediatamente; solo había hablado una vez desde que habíamos entrado en la sala y Stevens había cerrado la puerta con llave. Tenía la voz débil. Pareció de nuevo, sin moverse, que se retorció levemente dentro de su ropa. Habló con esa debilidad avergonzada, con ese deseo atormentado de pasar desapercibido que nos resultaba familiar a todos.

—Ese tipo del que habla usted vino a verme —dijo Dodge—. Se pasó a verme. Se pasó por la casa aquella noche, hacia la puesta de sol, y me dijo que estaba buscando caballos de poca alzada para comprarlos, para usarlos en... en ese juego...

—¿El polo? —dijo Stevens. El primo no había mirado a nadie al hablar; era como si estuviera hablando a sus manos, que se movían despacio sobre su regazo.

—Sí, señor. Virginius estaba delante. Hablamos de caballos. Después, a la mañana siguiente, cogió su automóvil y siguió su camino. Yo no tenía nada que le conviniera. No sé de dónde vino ni dónde se fue.

—Ni a quién más vino a ver —dijo Stevens—. Ni qué otra cosa vino a hacer. No eres capaz de decirlo.

Dodge no respondió. No era necesario, y había vuelto a refugiarse tras la forma de su timidez, como una

criatura silvestre pequeña y débil que se esconde en un agujero.

—Esta es mi conjetura —dijo Stevens.

Y debimos darnos cuenta entonces. Lo teníamos delante de los ojos, tan claro como una mano desnuda. Debimos haberlo notado, que alguien entre los presentes en aquella sala había sentido lo que Stevens había llamado aquel horror, aquel ultraje, aquel deseo furioso de volver atrás el tiempo aunque solo fuese por un segundo, para desdecir, para deshacer. Pero puede que aquel alguien no hubiera sentido todavía el golpe, el impacto, del mismo modo que un hombre puede pasarse un segundo o dos sin darse cuenta de que le han pegado un tiro. Porque entonces fue Virge quien habló de manera abrupta, dura:

—¿Cómo vas a demostrarlo?

—¿A demostrar qué, Virge? —inquirió Stevens. Volvieron a mirarse el uno al otro, callados, duros, como dos boxeadores. No como esgrimidores, pero sí como boxeadores; o al menos como si empuñaran pistolas—. ¿Quién contrató a aquel gorila, a aquel matón que bajó de Memphis? No me hace falta demostrarlo. Lo contó él. En el camino de vuelta a Memphis atropelló a un niño en Battenburg (seguía lleno de droga; seguramente se habría tomado otra dosis cuando terminó el trabajo aquí), y lo atraparon y lo encerraron, y cuando empezaron a pasárselo los efectos de la droga él contó dónde había estado, a quién había ido a ver, sentado en el calabozo de la cárcel de allí, revolviéndose y gruñendo, después de que le quitaran la pistola con silenciador.

—Ah —dijo Virginius—. Esto está bien. De modo que lo único que tienes que demostrar es que él estuvo en esta sala aquel día. ¿Y cómo lo demostrarás? ¿Vas a dar otro dólar al negro para que vuelva a recordar cosas?

Pero Stevens no daba muestras de estar escuchando. Estaba de pie al extremo de la mesa, entre los dos grupos, y hablaba ahora con la caja de bronce en la mano, volviéndola, mirándola, hablando con ese tono tranquilo, como pensando en voz alta.

—Todos conocéis la característica peculiar que tiene esta sala. Que nunca hay en ella ninguna corriente de aire. Que cuando alguien ha fumado aquí un sábado, por ejemplo, el humo sigue aquí el lunes por la mañana cuando abre la puerta el tío Job, acostado contra ese zócalo como un perro dormido, por así decirlo. Todos lo habéis visto.

Ahora estábamos sentados inclinándonos un poco hacia delante, como Anse, mirando a Stevens.

—Sí —admitió el presidente—. Lo hemos visto.

—Sí —reconoció Stevens, todavía como si no estuviera escuchando, volviendo para aquí y para allá la caja cerrada que tenía en la mano—. Me habéis pedido mi conjetura. Aquí está. Tuvo que haberlo hecho un hombre, un hombre capaz de llegar junto a un comerciante que está detrás de su mostrador, leyendo un periódico con un ojo y atendiendo con el otro ojo a la puerta por si llegan clientes, sin que el comerciante se diera cuenta de su presencia. Un hombre de ciudad, que se empeñaba en fumar cigarrillos de ciudad. De manera que este hombre salió de aquella tienda y atravesó la calle hasta llegar al juzgado y entró y fue al piso de arriba, como podría haber hecho cualquiera. Puede que lo viera una docena de personas; puede que fueran el doble los que no lo miraron en absoluto, ya que hay dos sitios en los que un hombre no mira a la gente a la cara: en los santuarios del derecho civil y en los retretes públicos. De modo que entró en la sala de audiencias y bajó por la escalera privada y llegó al pasillo y vio al tío Job dormido en su silla. Así que puede que

siguiera por el pasillo y que entrara por la ventana, a espaldas del juez Dukinfield. O puede que pasara junto al tío Job, habiendo llegado por detrás, como veis. Y pasar a dos metros y medio de un hombre que está dormido en una silla no resultaría muy difícil a un hombre capaz de plantarse junto a un comerciante que está apoyado en el mostrador de su propia tienda. Puede que hasta encendiera el cigarrillo de la cajetilla que le había vendido West antes incluso de que el juez Dukinfield se diese cuenta de su presencia en la sala. O puede que el juez estuviera dormido en su sillón, como lo estaba a veces. De modo que puede que el hombre se quedara allí de pie, se terminara el cigarrillo y viera cómo el humo se esparcía lentamente por la mesa y se acumulaba contra la pared, pensando en el dinero fácil, en estos paletos fáciles, antes de sacar siquiera la pistola. Y esta hizo menos ruido que el que había hecho la cerilla con la que había encendido el cigarrillo, porque él se había prevenido tanto contra el ruido que no tenía que pensar en el silencio. Y después se marchó por donde había venido, y aquella docena de hombres y aquellas dos docenas lo vieron y no lo vieron, y a las cinco de la tarde el tío Job entró a despertar al juez y a decirle que era hora de volver a casa. ¿No es así, tío Job?

El negro viejo levantó la vista.

—Cuidé de él, tal como prometí a la Ñora —dijo—. Y me preocupaba por él, tal como prometí a la Ñora. Y entré aquí y pensé al principio que estaba dormido, como a veces...

—Espera —dijo Stevens—. Entraste y lo viste en el sillón, como siempre, y observaste el humo junto a la pared, tras la mesa, cuando atravesaste la sala. ¿No fue eso lo que me contaste?

El negro viejo, sentado en su silla remendada, se echó a llorar. Parecía un mono viejo que lloraba débilmente lágrimas negras, que se frotaba la cara con el dorso de una mano nudosa que temblaba por la vejez, por algo.

—He entrado aquí muchas veces por la mañana, a limpiar, y me lo he encontrado allí tendido, el humo, y él, que no se fumó nunca un pitillo en su vida, entraba y olisqueaba con esa nariz tan fina que tenía y decía: «Vaya, Job, parece que conseguimos que ese *corpus juris* de anoche se largara echando humo».

—No —dijo Stevens—. Háblame del humo que estaba allí, detrás de esa mesa, aquella tarde en que viniste a despertarlo para volver a casa, cuando no te había pasado por delante nadie en todo el día, salvo el señor Virge Holland, aquí presente. Y el señor Virge no fuma, y el juez no fumaba. Pero aquel humo estaba allí. Di lo que me has contado.

—Estaba allí. Y yo creí que estaba dormido, como siempre, y fui a despertarlo...

—Y esta cajita estaba en el borde de la mesa, donde él la había estado manipulando mientras hablaba con el señor Virge, y cuando tú extendiste la mano para despertarlo...

—Sí, señor. Saltó de la mesa, y yo creí que estaba dormido...

—La caja saltó de la mesa. E hizo ruido, y tú te preguntaste por qué no despertó al juez, y miraste la caja que estaba en el suelo, entre el humo, con la tapa abierta, y creíste que se había roto. Y extendiste la mano para inspeccionarla, ya que el juez la apreciaba porque la señorita Emma se la había traído del otro lado del charco, aunque él no la necesitase para que le sirviera de pisapapeles en su despacho. De manera que cerraste la tapa y volvís-

te a ponerla en la mesa. Y entonces descubriste que el juez estaba algo más que dormido.

Dejó de hablar. Respirábamos en silencio, oyéndonos respirar. Parecía que Stevens contemplaba su mano, que volvía la caja para aquí y para allá. Se había apartado un poco de la mesa al hablar con el negro viejo, de tal modo que ahora se dirigía al banquillo más que al jurado, a la mesa.

—El tío Job llama a esta caja «la caja de oro». Y es un nombre tan bueno como cualquiera. Mejor que la mayoría. Porque todos los metales vienen a ser más o menos lo mismo; lo único que pasa es que algunas personas desean unos más que otros. Pero todo el metal tiene determinados atributos generales, semejanzas. Una de ellas es que cualquier cosa que se guarde en una caja de metal se conserva inalterada allí dentro más tiempo que en una caja de madera o de papel. Por ejemplo, se puede guardar el humo en una caja de metal con tapa que cierre bien, como esta, y seguirá allí hasta una semana más tarde. Y no solo eso: un boticario, o fumador, o vendedor de tabaco, como es el doctor West, es capaz de determinar de dónde salió el humo, de qué clase de tabaco, sobre todo si da la casualidad de que es de una marca rara, de una clase que no se vende en Jefferson, y de la que casualmente solo tenía dos paquetes y recordaba a quién había vendido uno.

No nos movimos. Nos quedamos allí sentados y oímos los pasos precipitados e inseguros del hombre sobre el suelo, y después lo vimos tirar de un golpe la caja de la mano de Stevens. Pero ni siquiera entonces lo mirábamos especialmente a él. Como él, mirábamos la caja, que rebotó en dos partes cuando se abrió la tapa de golpe y emitió un vapor desvanecido que se fue disolviendo

perezosamente. Como un solo hombre, nos inclinamos sobre la mesa y vimos desde lo alto la mediocridad rubia rojiza e inútil de la cabeza de Granby Dodge, que, arrodillado en el suelo, azotaba el aire con las manos para disipar el humo que se iba desvaneciendo.

—Pero yo sigo sin... —dijo Virginius. Ya estábamos fuera, en el patio del juzgado, los cinco, pestañeando un poco al mirarnos como si acabásemos de salir de una cueva.

—Has hecho testamento, ¿no? —manifestó Stevens. Entonces, Virginius se detuvo y se quedó completamente inmóvil, mirando a Stevens.

—Ah —dijo por fin.

—Uno de esos testamentos comunes en los que cada uno de los dos socios deja por albacea al otro —expuso Stevens—. Granby y tú sois heredero y albacea el uno del otro, para la protección mutua de vuestras propiedades comunes. Eso es natural. Lo más probable es que Granby fuera el primero que lo propuso, diciéndote que él te había nombrado heredero a ti. Así pues, más vale que rompas el tuyo, tu copia. Si te parece necesario otorgar testamento, nombra heredero tuyo a Anse.

—No tendrá que esperar a eso —dijo Virginius—. La mitad de esa tierra es suya.

—Tú trátala bien, como él sabe que la tratarás —dijo Stevens—. Anse no necesita tierras.

—Sí —admitió Virginius. Apartó la vista—. Pero a mí me gustaría...

—Tú trátala bien. Él sabe que lo harás.

—Sí —respondió Virginius. Volvió a mirar a Stevens—. Bueno, supongo que yo... que los dos te debemos...

—Más de lo que crees —dijo Stevens. Hablaba con voz muy seria—. Y a ese caballo también. Una semana después de la muerte de vuestro padre, Granby compró matarratas suficiente para matar a tres elefantes, según me dijo West. Pero cuando hubo recordado lo que se le había olvidado acerca de aquel caballo, le dio miedo matar a las ratas antes de que estuviera arreglado lo del testamento. Porque es un hombre astuto e ignorante al mismo tiempo: una combinación peligrosa. Es lo bastante ignorante como para creerse que la ley es algo parecido a la dinamita: que es esclava del primero que le echa la mano encima, y que es una esclava peligrosa incluso en ese caso; y es lo bastante astuto como para creerse que la gente se aprovecha de ella, que solo recurre a ella para fines personales. Esto lo descubrí cuando mandó a un negro a visitarme, un día del verano pasado, para enterarse de si el modo en que moría un hombre podía afectar a la validación de su testamento. Y yo sabía quién me había mandado al negro, y supe que cualquiera que fuera la información que transmitiese el negro al hombre que lo había enviado, aquel hombre ya se había decidido a no creerla, ya que yo era un criado del esclavo, de la dinamita. De manera que si hubiera sido un caballo normal, o si Granby lo hubiera recordado a tiempo, ahora tú estarías enterrado. Puede que Granby no estuviera en mejor situación que ahora, pero tú estarías muerto.

—Ah —dijo Virginius, con voz callada, tranquila—. Creo que estoy en deuda contigo.

—Sí —afirmó Stevens—. Has contraído un montón de deudas. Debes algo a Granby.

Virginius lo miró.

—Le debes todas esas contribuciones que lleva pagando quince años.

—Ah —exclamó Virginius—. Sí. Yo creía que mi padre... Todos los años, hacia el mes de noviembre, Granby me pedía dinero prestado, no mucho, y nunca una misma cantidad. Para comprar ganado, decía. Me devolvía una parte. Pero todavía me debe... no, ahora soy yo quien le debo. Cuando un hombre empieza a hacer el mal, lo que importa no es lo que hace, es lo que deja por hacer —añadió. Estaba muy formal, muy serio.

—Pero la gente, los de fuera, tendrán que hacerle daño por lo que hace. Porque la gente a la que hará daño lo que deja por hacer no le hará daño a él. De manera que es bueno para nosotros, para los demás, que lo que ha hecho lo quite de las manos de los otros. Ahora lo he quitado de tus manos, Virge, con sangre o sin ella. ¿Entiendes?

—Entiendo —admitió Virginius—. En todo caso, yo no sería capaz...

Miró de pronto a Stevens.

—Gavin... —dijo.

—¿Qué? —inquirió Stevens.

Virginius lo miró.

—Allí dentro dijiste muchas cosas de química y tal, de ese humo. Yo diría que me creí algunas y diría que no me creí algunas otras. Y yo diría que si te dijera lo que me creí y lo que no me creí, te reirías de mí.

Tenía la cara muy seria. Stevens también tenía la cara muy formal. Pero en los ojos de Stevens, en su mirada, había algo; algo vivo y animado; pero que tampoco era de desprecio.

—Eso pasó hace una semana. Si hubieras abierto esa caja para ver si el humo seguía allí, se habría disipado. Y si no hubiera habido humo en aquella caja, Granby no se habría descubierto. Y eso pasó hace una semana. ¿Cómo sabías que iba a haber humo en esa caja?

—No lo sabía —respondió Stevens. Lo dijo con viveza, con ánimo, con satisfacción, casi con alegría, casi con regocijo—. No lo sabía. Esperé hasta el último momento para meter allí el humo. Antes de que entráseis todos en la sala, llené de humo de pipa aquella caja y la cerré. Pero no lo sabía. Yo tenía mucho más miedo que Granby Dodge. Pero todo salió bien. Aquel humo aguantó casi una hora en esa caja.

## La zambullida

(R. DAHL)



**L**A MAR QUEDÓ EN CALMA en la mañana del tercer día. Hasta los pasajeros más delicados, a los que no se había visto por el barco desde el momento de zarpar, surgieron de sus cabinas y llegaron penosamente a la cubierta superior, donde el camarero les daba tumbonas, les arropaba las piernas con mantas y los dejaba tendidos en hileras con las caras vueltas hacia el sol pálido de enero que casi no despedía calor alguno.

La mar había estado relativamente picada en los dos primeros días, y aquella calma repentina y la sensación de comodidad que la acompañaba producía un ambiente más amable en todo el barco. Hacia el anochecer, los pasajeros ya habían disfrutado de doce horas de buen tiempo y empezaban a sentir confianza en sí mismos, y a las ocho de la noche el comedor principal estaba lleno de gente que comía y que bebía con el aire de seguridad y de complacencia de la gente acostumbrada a los viajes por mar.

Los pasajeros no habían llegado a la mitad de la cena cuando fueron conscientes, por el leve rozamiento entre sus cuerpos y los asientos de sus sillas, de que el gran barco había empezado a balancearse de nuevo. El movimiento fue muy suave al principio, solo una inclinación lenta y perezosa hacia un lado y después hacia el otro, pero bastó para provocar un cambio sutil e inmediato del

ánimo que reinaba en toda la sala. Algunos pasajeros levantaron la vista del plato, titubeando, esperando, casi escuchando la llegada del balanceo siguiente, sonriendo nerviosos con leves destellos secretos de aprensión en los ojos. Otros se quedaron completamente imperturbables; otros dieron muestras claras de satisfacción, y algunos de los que manifestaban satisfacción hicieron bromitas sobre la comida y el tiempo para atormentar a los pocos que empezaban a sufrir. El movimiento del barco adquirió rápidamente una violencia cada vez mayor, y cuando solo habían transcurrido cinco o seis minutos desde que se advirtiera el primer balanceo, la nave oscilaba violentamente de lado a lado y los pasajeros se reafirmaban en sus asientos oponiéndose al empuje como en un automóvil que toma una curva.

Por fin llegó una oscilación francamente fuerte, y el señor William Botibol, que estaba sentado en la mesa del contador de a bordo, vio apartarse de pronto de su tenedor su plato de rodaballo hervido con salsa holandesa, que se deslizaba por la mesa. Hubo un alboroto de emoción mientras todo el mundo sujetaba los platos y las copas. La señora Renshaw, que estaba sentada a la derecha del contador, soltó un grito y agarró el brazo de este.

—Vamos a tener una noche movida —dijo el contador, mirando a la señora Renshaw—. Creo que se está levantando una noche muy movida.

En su manera de decirlo se apreciaba un levísimo matiz de agrado.

Llegó apresuradamente un camarero que salpicó con agua el mantel entre los platos. La emoción se apaciguó. La mayoría de los pasajeros siguieron con su comida. Unos pocos, entre ellos la señora Renshaw, se pusieron de pie cuidadosamente y se abrieron camino

entre las mesas y hasta la puerta con una especie de prisa disimulada.

—Bueno, allá va —dijo el contador. Dirigió una mirada de aprobación al resto de los suyos que se habían quedado sentados con tranquilidad, con aire de complacencia, dejando traslucir abiertamente en las caras ese orgullo extraordinario que provoca al parecer a los viajeros el que los demás adviertan que no se marean al navegar.

Cuando los comensales terminaron de comer y se sirvió el café, el señor Botibol, que había mantenido una actitud extrañamente seria y reflexiva desde que el barco había empezado a balancearse, se puso de pie de pronto y se llevó su taza de café al sitio que había dejado vacío la señora Renshaw, junto al contador. Se sentó en la silla de esta y, acto seguido, se inclinó hacia el contador y se puso a hablarle en un susurro con voz apremiante.

—Disculpe, ¿podría usted decirme una cosa? —le dijo.

El contador, hombre pequeño, gordo y de tez roja, se inclinó hacia delante para escucharlo.

—¿Qué problema tiene, señor Botibol?

—Lo que me gustaría saber es lo siguiente —dijo el señor Bobitol, mientras el contador observaba su cara de inquietud—. Lo que me gustaría saber es si el capitán habrá estimado ya la singladura del día, para la porra de apuestas sobre la singladura, ¿me entiende? Quiero decir, si la habrá estimado antes de que empezara a agitarse la mar de esta manera.

El contador, que había esperado que le hicieran una confidencia de carácter personal, sonrió y se recostó en su silla para relajar su vientre bien lleno.

—Yo diría que sí —respondió. No se molestó en responder a su vez con un susurro, aunque bajó la voz auto-

máticamente, tal como se suele hacer al responder a un susurro.

—¿Hace cuánto tiempo diría usted que lo hizo?

—A alguna hora de la tarde. Suele hacerlo por la tarde.

—¿Hacia qué hora?

—Ah, no lo sé. Hacia las cuatro, supongo.

—Ahora, dígame otra cosa. ¿Cómo decide el capitán qué número será? ¿Lo estudia mucho?

El contador contempló la cara inquieta y contraída del señor Botibol y sonrió, pues sabía muy bien dónde quería ir a parar aquel hombre.

—Bueno, verá usted, el capitán mantiene una consulta con el oficial de navegación y los dos estudian el estado de la mar y muchos otros factores y acto seguido realizan su estimación.

El señor Botibol asintió con la cabeza, meditando esta respuesta durante un instante. Después, dijo:

—¿Cree usted que el capitán sabía que se avecinaba mal tiempo para hoy?

—No sabría decírselo —respondió el contador. Miraba los ojos negros y pequeños del otro hombre y veía en ellos las dos leves chispas de emoción que bailaban en el centro de cada uno—. La verdad, no sabría decírselo, señor Botibol. No tengo manera de saberlo.

—Si esto empeora, podría valer la pena suscribir algunos de los números bajos. ¿Qué le parece?

Sus susurros se habían vuelto más apremiantes, más inquietos.

—Puede que sí —dijo el contador—. Dudo que el viejo haya esperado una noche verdaderamente agitada. Hacía bastante calma esta tarde cuando hizo su estimación.

Los otros presentes en la mesa se habían quedado en silencio e intentaban oír sus palabras, contemplando al contador con esa mirada atenta, absorta, de escucha, que se ve también en los hipódromos cuando los aficionados intentan captar lo que dice un entrenador que habla de sus posibilidades: los labios entreabiertos, las cejas levantadas, la cabeza inclinada hacia delante y un poco torcida hacia un lado, esa mirada forzada desesperadamente, semihipnotizada, de escucha, que ponen todos cuando están oyendo una novedad directamente de la boca de los entendidos.

—Y bien, suponiendo que se le permitiera suscribir un número *a usted*, ¿cuál elegiría *usted* hoy? —susurró el señor Botibol.

—Todavía no sé cuál es el intervalo —respondió el contador con paciencia—. No anuncian el intervalo hasta que empieza la subasta, después de la cena. Y la verdad es que yo tampoco entiendo mucho de eso. No soy más que el contador, usted ya lo sabe.

Entonces el señor Botibol se puso de pie.

—Con su permiso, señores —dijo, y se alejó caminando cuidadosamente sobre el suelo que oscilaba entre las demás mesas, y en dos ocasiones tuvo que sujetarse al respaldo de una silla para no perder el equilibrio con la oscilación del barco.

—A la cubierta superior, por favor —dijo al ascensorista.

El viento le azotó la cara de pleno cuando salió a la cubierta superior. Se tambaleó, se sujetó a la barandilla y se aferró a ella firmemente con las dos manos, y se quedó allí mirando el mar que iba quedando a oscuras, con grandes olas que surgían y con cabrillas que se oponían al viento dejando atrás mechones de espuma.

—Está bastante feo allí fuera, ¿verdad, señor? —le dijo el ascensorista cuando bajaba.

El señor Botibol se peinaba el pelo revuelto con un peine rojo pequeño.

—¿Cree usted que hemos perdido velocidad por el mal tiempo? —preguntó.

—Vaya, ya lo creo que sí, señor. Hemos aflojado mucho desde que empezó esto. Con el mal tiempo hay que aflojar la marcha; si no, los pasajeros saldrían volando por todo el barco.

En el salón ya se reunía el público para asistir a la subasta. Se iban reuniendo sentándose con saludos corteses alrededor de las diversas mesas; los hombres un poco rígidos con sus esmóquines, con la tez un poco rosácea, como de haberse apurado mucho al afeitarse, y rígidos junto a sus mujeres frías de brazos blancos. El señor Botibol tomó un sillón próximo a la mesa del subastador. Cruzó las piernas, cruzó los brazos y se acomodó en su sillón con el aire más bien desesperado del hombre que ha tomado una decisión tremenda y que se niega a dejarse asustar.

Según se decía a sí mismo, la porra valdría probablemente unos siete mil dólares. Esto era casi exactamente lo que había valido en los dos días anteriores, ya que cada número se había cotizado de trescientos a cuatrocientos dólares. Como aquel barco era británico, las transacciones se hacían en libras esterlinas, pero él prefería pensar en la moneda de su país. Siete mil dólares era mucho dinero. ¡Sí, cielo santo! Y pensaba hacer que se lo dieran en billetes de cien dólares, y desembarcaría llevándolos en el bolsillo interior de su chaqueta. No le pondrían ninguna dificultad. E inmediatamente, sí, inmediatamente, se compraría un Lincoln descapotable. Lo recogería camino de su casa y llegaría a ella en el coche, por el gusto de ver la cara

que pondría Ethel cuando abriera la puerta de casa y lo viera. ¡Aquello sería digno de verse, la cara de Ethel cuando él llegase suavemente hasta la puerta de la casa en un Lincoln descapotable, verde claro, nuevecito! «Hola, Ethel, querida —le diría, hablando como sin darle importancia—. He pensado comprarte un regalito. Lo vi en el escaparate cuando venía hacia aquí y pensé que siempre lo habías querido. ¿Te gusta, querida? —le diría—. ¿Te gusta el color?» Y después miraría la cara que pondría ella.

El subastador ya estaba de pie detrás de su mesa.

—¡Damas y caballeros! —gritó—. El capitán ha estimado que la singladura del día que concluirá al mediodía de mañana será de quinientas quince millas náuticas. Como es habitual, tomaremos los diez números superiores e inferiores a esta cifra para componer el intervalo. Así pues, el intervalo irá del quinientos cinco al quinientos veinticinco. Y, naturalmente, para los que consideran que la cifra verdadera se apartará todavía más de la estimada, también se ofrecerá por separado el «campo inferior» y el «campo superior». Ahora, sacaremos del sombrero los primeros números. Aquí está. El quinientos doce.

La sala quedó en silencio. El público estaba sentado tranquilamente en los sillones y todas las miradas se hallaban puestas en el subastador. Había una cierta tensión en el ambiente, y la tensión aumentaba al ir subiendo las pujas. Aquello no era un juego ni una broma: eso se apreciaba claramente por el modo en que los hombres miraban al que había mejorado su puja: con una sonrisa, quizá, pero sonriendo solo con los labios, con los ojos brillantes y absolutamente fríos.

El número quinientos doce se suscribió por ciento diez libras. Los tres o cuatro números siguientes recaudaron aproximadamente la misma cantidad.

El barco oscilaba mucho, y a cada oscilación los paneles de madera de los tabiques crujían como si fueran a quebrarse. Los pasajeros se sujetaban de los brazos de sus sillones, concentrándose en la subasta.

—¡«Campo inferior»! —cantó el subastador—. El número siguiente es el «campo inferior».

El señor Botibol se incorporó en su asiento, muy tenso. Había decidido que esperaría a que los demás hubieran terminado de pujar, para intervenir él entonces y hacer la última puja. Había calculado que tendría por lo menos quinientos dólares en su cuenta del banco, seguramente casi seiscientos. Esa cantidad equivalía a unas doscientas libras esterlinas, a más de doscientas. Aquella papeleta no podría costar más.

—Como todos saben —decía el subastador—, el «campo inferior» cubre todos los números *por debajo* del número menor del intervalo; en este caso, todos los números por debajo del quinientos cinco. Así pues, si alguno de ustedes cree que este barco va a navegar menos de quinientas cinco millas en el periodo de veinticuatro horas que terminará mañana a mediodía, le interesa participar y suscribir este número. De manera que ¿cuánto me ofrecen?

Las pujas subieron enseguida hasta las ciento treinta libras. Al parecer, el señor Botibol no era el único en darse cuenta de que la mar estaba agitada. Ciento cuarenta... ciento cincuenta... y allí se detuvieron. El subastador levantó el mazo.

—Ciento cincuenta a la una...

—¡Sesenta! —dijo en voz alta el señor Botibol, y todas las caras de la sala se volvieron hacia él.

—¡Setenta!

—¡Ochenta! —dijo el señor Botibol.

—¡Noventa!

—¡Doscientas! —dijo el señor Botibol. Ya no estaba dispuesto a dejarse detener por nadie.

Hubo una pausa.

—¿Alguien da más de doscientas libras?

«Quédate quieto en tu asiento», se dijo a sí mismo. «Quédate completamente quieto en tu asiento y no levantes la vista. Trae mala suerte levantar la vista. Contén la respiración. Nadie va a superar tu puja mientras contengas la respiración.»

—Doscientas libras a la una...

El subastador tenía una calva rosada, en lo alto de la cual brillaban perlas pequeñas de sudor.

—A las dos...

El señor Botibol contenía la respiración.

—A las tres... ¡Adjudicado!

El hombre golpeó la mesa con el mazo. El señor Botibol extendió un cheque y se lo entregó al ayudante del subastador. Después, se arrellanó en su sillón para contemplar el final. No quería irse a acostar hasta haberse enterado de cuánto dinero había en la porra.

Después de adjudicarse el último número, calcularon el total, que ascendía a dos mil ciento y pico libras esterlinas. Esta cantidad equivalía a unos seis mil dólares. El noventa por ciento era para el ganador, el diez por ciento se destinaba al montepío de marinos. El noventa por ciento de seis mil eran cinco mil cuatrocientos. Bueno... era suficiente. Podría comprarse el Lincoln descapotable y todavía sobraría algo. Con este pensamiento agradable se dirigió, contento y emocionado, a su camarote.

Cuando el señor Botibol se despertó a la mañana siguiente, se quedó varios minutos muy quieto, con los ojos cerrados, atento al ruido de la tempestad, esperando

el balanceo del barco. No se oía ningún ruido de tempestad, y el barco no se balanceaba. Se levantó de un salto y se asomó por el ojo de buey. La mar (ay, Dios) estaba lisa como el cristal; el gran barco avanzaba deprisa por ella, evidentemente recuperando el tiempo perdido durante la noche. El señor Botibol se apartó del ojo de buey y se sentó despacio en el borde de su cama. Empezaba a hormiguearle bajo la piel del estómago una fina corriente eléctrica de miedo. Ya no tenía ninguna posibilidad. Con esto, era seguro que el ganador sería uno de los números superiores.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? —dijo en voz alta.

¿Qué diría Ethel, por ejemplo? Era sencillamente imposible decirle que se había gastado casi todos los ahorros de ambos de dos años en un billete de la porra del barco. Tampoco era posible guardar el secreto. Para ello, tendría que decir a Ethel que dejara de extender cheques. ¿Y los plazos mensuales del televisor y de la *Enciclopedia Británica*? Ya podía ver la ira y el desprecio reflejados en los ojos de la mujer, el azul que se volvía gris y los ojos que se entrecerraban como pasaba siempre que había ira en ellos.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?

Era inútil engañarse a sí mismo pensando que le quedaba la más mínima oportunidad; solo la tendría si el maldito barco empezara a ir marcha atrás. Para que tuviera ahora alguna posibilidad de ganar tendrían que invertir el sentido de la marcha y ciar<sup>1</sup> a toda máquina y seguir así sin parar. Bueno, tal vez debiera pedir al capitán que hiciera eso mismo. Ofreciéndole un diez por ciento de los beneficios. U ofreciéndole más, si lo

<sup>1</sup> Remar hacia atrás.

pedía. Al señor Botibol se le escapó una risita. Después se contuvo de manera muy repentina, abriendo mucho los ojos y la boca con un gesto como de sorpresa asustada. Pues fue en aquel momento cuando se le ocurrió la idea. Se le vino encima de manera brutal y repentina, y se levantó de la cama de un salto, emocionadísimo, corrió al ojo de buey y volvió a asomarse. Bueno, pensó, ¿por qué no? ¿Por qué no iba a poder ser? La mar estaba en calma y a él no le costaría ningún trabajo mantenerse a flote hasta que lo recogieran. Tenía la leve impresión de que alguien había hecho aquello mismo una vez, pero eso no era obstáculo para que él volviera a hacerlo. El barco tendría que parar y arriar un bote, y el bote tendría que volver atrás cosa de media milla para recogerlo, y después tendría que regresar al barco, toda la operación. Una hora equivalía a unas treinta millas. Se perderían treinta millas de singladura. Eso bastaría. Así ganaría el «campo inferior», con toda seguridad. Con tal de asegurarse de que alguien lo viera caer al agua; pero aquello sería fácil de organizar. Y más le valía llevar ropa ligera, con la que pudiera nadar fácilmente. Ropa deportiva: eso era lo que le convenía. Se vestiría como si fuera a jugar al tenis en la cubierta: solo llevaría una camisa, unos pantalones cortos y zapatillas de tenis. Y se dejaría el reloj. ¿Qué hora era? Las nueve y cuarto. Cuanto antes mejor, entonces. Hacerlo ahora y quitárselo de encima. Había que hacerlo pronto, pues el plazo terminaba a mediodía.

El señor Botibol estaba asustado y emocionado a la vez cuando salió a la cubierta superior ataviado con su ropa deportiva. Su pequeño cuerpo era ancho de caderas y se iba encogiendo hasta llegar a unos hombros estrechí-

simos y hundidos, de modo que parecía, en su forma por lo menos, un bolo. Tenía las piernas blancas y escuálidas cubiertas de pelos negros, y salió con cautela a la cubierta pisando suavemente con sus zapatillas de tenis. Miró a su alrededor. Solo había a la vista otra persona, una mujer mayor de tobillos muy gruesos y nalgas inmensas que estaba apoyada en la barandilla, mirando fijamente la mar. Llevaba puesto un abrigo de cordero persa y tenía levantado el cuello de tal modo que el señor Botibol no le podía ver la cara.

Se quedó quieto, examinándola desde lejos. «Sí, se dijo a sí mismo, seguramente servirá. Seguramente será capaz de levantar la voz de alarma casi con tanta rapidez como cualquiera. Pero ¡espera un momento, no te precipites, William Botibol, espera un momento! ¿Recuerdas lo que te dijiste a ti mismo hace unos momentos en el camarote, cuando te estabas cambiando? ¿Lo recuerdas?»

La idea de tirarse al mar saltando por la borda de un barco, a mil millas de la tierra más próxima, había dotado al señor Botibol (que ya era de suyo hombre prudente en cualquier circunstancia) de una cautela fuera de lo común. Todavía no daba por demostrado de ningún modo que aquella mujer que veía ante sí fuera a dar la voz de alarma *con toda seguridad* cuando él saltara. En su opinión, podían existir dos motivos posibles por los que la mujer podría fallarle. En primer lugar, podía ser sorda y ciega. No era muy probable, pero por otra parte *podía* ser, y, siendo así, ¿por qué arriesgarse? Le bastaba con asegurarse hablando con ella previamente unos momentos. En segundo lugar (y esto demuestra lo desconfiada que se puede volver la mente de un hombre cuando la mueve el instinto de

conservación y el miedo), en segundo lugar se le había ocurrido que la mujer podía ser, a su vez, propietaria de uno de los números altos de la porra y que, en tal caso, tendría poderosos motivos económicos para no sentir deseos de hacer detener el barco. El señor Botibol recordaba que algunas personas habían matado a su prójimo por mucho menos de seis mil dólares. Los periódicos contaban casos todos los días. De modo que ¿por qué arriesgarse también en este sentido? Debía comprobarlo primero. Debía estar seguro de sus datos. Debía enterarse con una breve conversación amable. Después, y suponiendo que la mujer también diera muestras de ser un ser humano agradable y amable, la operación sería muy sencilla y él podría tirarse por la borda alegremente.

El señor Botibol avanzó despreocupadamente hacia la mujer y se colocó a su lado, apoyado en la barandilla.

—Hola —dijo amablemente.

Ella se volvió y le sonrió con una sonrisa sorprendentemente encantadora, casi hermosa, aunque su cara en sí era muy corriente.

—Hola —le respondió.

«Primera cuestión, comprobada (se dijo a sí mismo el señor Botibol). No es ciega ni sorda.»

—Dígame —dijo, yendo directamente al grano—. ¿Qué le pareció la subasta de anoche?

—¿La subasta? —dijo ella, frunciendo el ceño—. ¿Qué subasta?

—Ya sabe, esa tontería que hacen en el salón después de la cena, vendiendo números para apostar por la singladura del barco. Me preguntaba qué le parecía a usted.

Ella sacudió la cabeza y volvió a sonreír con una sonrisa dulce y agradable que contenía quizá un vestigio de disculpa.

—Soy muy perezosa —dijo—. Siempre me acuesto temprano. Ceno en la cama. Cenar en la cama es muy descansado.

El señor Botibol le devolvió la sonrisa y empezó a apartarse de ella.

—Ahora tengo que hacer mis ejercicios —dijo—. Nunca dejo de hacer mis ejercicios por las mañanas. Ha sido un placer hablar con usted. Ha sido un gran placer hablar con usted...

Se retiró cosa de diez pasos, y la mujer lo dejó marchar sin volver la vista atrás.

Todo estaba ya dispuesto. La mar estaba en calma; él llevaba ropa ligera para nadar, era prácticamente seguro que en aquella parte del océano Atlántico no había tiburones que atacasen al hombre, y allí estaba aquella anciana amable para dar la voz de alarma. Ya solo era cuestión de que el barco se retrasara lo suficiente para que la balanza cayera a su favor. Era casi seguro que sería así. En cualquier caso, él mismo podría contribuir un poco en ese sentido. Podría dificultar un poco su recogida por parte del bote salvavidas. Nadaría un poco de un lado a otro, apartándose de ellos disimuladamente mientras intentaban acercarse a él para sacarlo del agua. Cada minuto, cada segundo que perdiera le ayudaría a ganar. Empezó a acercarse de nuevo a la barandilla, pero entonces lo asaltó un nuevo temor. ¿Lo alcanzaría la hélice? Había oído contar que pasaba eso a las personas que se caían por la borda de los barcos grandes. Pero también era verdad que él no iba a caerse, iba a saltar, lo cual era muy diferente: con tal de que saltara lo bastante lejos, era seguro que no lo alcanzaría la hélice.

El señor Botibol avanzó despacio hasta un punto de la barandilla situado a unos veinte metros de la mujer. Esta no lo miraba. Tanto mejor. Él no quería que ella lo estuviera mirando cuando saltara. Si nadie lo miraba, podría decir más tarde que se había resbalado y que se había caído accidentalmente. Se asomó a la borda del barco. Estaba muy alto, altísimo. Bien pensado, podía hacerse mucho daño si caía en el agua de plano. ¿No se había dado el caso de una persona que se había abierto el vientre de esa manera, cayendo de plano desde un trampolín alto? Debía saltar de pie y caer con los pies por delante. Debía entrar en el agua como un cuchillo. Sí, señor. El agua parecía fría, profunda y gris, y solo de mirarla le daban escalofríos. Pero era ahora o nunca. Sé hombre, William Botibol, sé hombre. Está, bien, entonces... ya... allá va...

Se subió a la ancha barandilla de madera, se quedó allí subido haciendo equilibrios durante tres segundos terribles y después saltó: saltó hacia arriba y hacia fuera todo lo que pudo, y, al mismo tiempo, gritó: «¡Socorro!».

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó mientras caía. Después, llegó al agua y se sumergió.

Cuando sonó el primer grito de socorro, la mujer que estaba apoyada en la barandilla levantó la vista bruscamente y dio un respingo de sorpresa. Volvió la cabeza rápidamente y vio volar por el aire ante ella a aquel hombrecillo de los pantalones cortos blancos y las zapatillas de tenis, que tenía los brazos y las piernas muy abiertos e iba gritando por el aire. Pareció por un instante que no estaba segura de lo que debía hacer: arrojarle un chaleco salvavidas; echar a correr y dar la voz de alarma o simplemente volverse y ponerse a gritar. Dio un paso atrás retirándose de la barandilla y se volvió en parte, mirando hacia el puente, y durante

aquel breve instante se quedó inmóvil, tensa, indecisa. Casi inmediatamente después pareció que se tranquilizaba y se apoyó de nuevo en la barandilla asomándose mucho, mirando con atención el agua turbulenta de la estela del barco. No tardó en aparecer entre la espuma una cabecita negra redonda; se levantó sobre ella un brazo que se agitó vigorosamente una vez, dos veces, y se oyó una vocecilla lejana que gritaba algo difícil de entender. La mujer volvió a asomarse todavía más sobre la barandilla, intentando no perder de vista la pequeña mancha negra que flotaba, pero al cabo de poco tiempo, de poquísimo tiempo, estaba tan lejos que ella ni siquiera podía estar segura de que siguiera allí.

Al cabo de un rato salió a la cubierta otra mujer. Esta era huesuda y angulosa y llevaba gafas de concha. Vio a la primera mujer y caminó hacia ella pisando la cubierta con ese paso decidido, militar, propio de todas las solteronas.

—Conque estás aquí —dijo.

La mujer de los tobillos gruesos se volvió y la miró, pero no dijo nada.

—Te he estado buscando —dijo la mujer huesuda—. Te he estado buscando por todas partes.

—Es muy raro —dijo la mujer de los tobillos gruesos—. Acaba de saltar por la borda un hombre, con la ropa puesta.

—¡Tonterías!

—Que sí. Me dijo que quería hacer ejercicio, y se ha tirado al agua y ni siquiera se ha molestado en quitarse la ropa.

—Más vale que bajas ya —dijo la mujer huesuda. Se le había puesto de pronto la boca dura, la cara severa y vigilante, y hablaba con menos amabilidad que antes—. Y no vuelvas a salir tú sola por la cubierta de este modo. Sabes muy bien que debes esperarme.

—Sí, Maggie —respondió la mujer de los tobillos gordos, y volvió a sonreír con una sonrisa tierna y confiada, y tomó la mano de la otra y se dejó llevar por la cubierta.

—Qué hombre tan amable —dijo—. Me saludó con la mano.